



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Doctorado en comunicación

**El deporte olímpico como material de la cultura: Tokio 2020+1 desde
la comunicación**

Director: Alejandro Kaufman

Codirectora: Melina Daniela Gaona

Autor: Juan Bautista Paiva

Cohorte: 2018

La Plata, diciembre de 2023

Agradecimientos

A la Universidad Nacional de La Plata, porque sin el otorgamiento de la beca doctoral en abril de 2018 esta tesis no hubiese sido posible ser una realidad. Agradezco profundamente a la educación pública, gratuita y de calidad de nuestro país por darme la posibilidad de hacer una carrera universitaria y llegar a escribir una tesis doctoral. Pero, sobre todo, por haber transformado mi vida.

A Melina, por el acompañamiento, la paciencia y por todas sus enseñanzas. Lo más valioso de todo lo que tengo para decirle, es que me encontré con una nueva amistad.

A Alejandro, por su lucidez, inteligencia y referencia. Pero, sobre todo, por aquellas palabras de aliento a finales de 2019 en una clase del edificio de la Facultad de la calle 44 que me dieron la fuerza, el entusiasmo y la ilusión que necesita todo sueño para concretarse.

A la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, por todas las puertas, caminos y posibilidades que me abrió desde aquel 5 de febrero de 2011 cuando empecé el curso de ingreso. Este es un agradecimiento por todo lo vivido. Siempre la voy a sentir como mi propia casa..

A mí mamá, mi papá y mi hermano por escucharme y estar, aún en los peores momentos de angustia e incertidumbre de este recorrido.

A mi abuela, por siempre darme todo su amor, acompañamiento y apoyo. Sin su aliento, ayuda y sus mimos, esa tesis tampoco hubiera sido posible.

A Gala, porque todo el amor, respeto, aprendizaje, contención y el crecimiento compartido quedará en el corazón.

A mis amistades, por caminar juntos esta vida.

A todas las personas que me acompañaron en este recorrido. Sé muy bien quienes me ayudaron y sería muy injusto mencionar a algunas/os y no a otras/os. Sepan que las y los llevé en mis pensamientos durante todo este camino.

A quienes luchan por un mundo más justo, libre e igualitario. En tiempos donde la hostilidad y la violencia se acrecientan, esta investigación abraza las luchas populares y democráticas.

A mi abuelo, que allá por 2019 me acompañó cuando todo esto empezó, alentándome para ir para adelante y recordarme que la vida es linda. Te extraño todos los días.

Índice

Introducción

Presentación del recorrido.....	7
Puntos de partida metodológicos.....	10
Contextualización del objeto de estudio.....	13
Partes y capítulos que componen la tesis.....	15

Primera parte. Recorridos históricos

Capítulo 1. Deporte y modernidad

El surgimiento de los Juegos Olímpicos.....	20
Una celebración del nuevo sistema político.....	23
Los herederos de Grecia.....	27
Premisas sobre las que se fundaron los Juegos Olímpicos.....	30
El récord: el tiempo como estructurador del deporte moderno.....	35
Reflexiones finales del apartado.....	38

Capítulo 2. El deporte en un “mundo feliz”

La conformación de la era neoliberal del deporte.....	41
Berlín 1936 y Múnich 1972.....	43
Juegos Olímpicos y tecnologías de la comunicación.....	48
La fractura del olimpismo (como el lugar del progreso).....	55
La década de 1970 y el surgimiento de un nuevo espectáculo.....	57
La construcción de una sede en tiempos neoliberales.....	60
Barcelona 1992, los Juegos Olímpicos de “un mundo feliz”.....	63

El deporte entre el fin de la historia y un nuevo escenario mundial.....	65
Jordan es la cultura.....	68
Atlanta 1996, Coca Cola le gana al Partenón.....	72
La era de los super hombres y las super mujeres.....	77
Reflexiones finales del apartado.....	79

Capítulo 3. Deporte y pandemia

Tokio 2020+1. Fracturas en el centro del mundo.....	85
Simone Biles y una denuncia de los peligros.....	89
Lxs oprimidxs en el centro del mundo.....	95
Demandas por otros escenarios deportivos y de vidas posibles.....	102
Reflexiones finales del apartado.....	109

Segunda Parte. Analizar el deporte olímpico

Capítulo 4. Persecución y exclusión en el deporte

Historización de los mecanismos de exclusión en los Juegos Olímpicos.....	116
Género, exclusión y olimpismo.....	119
Políticas de control en tiempos de Guerra Fría.....	125
El fin de las pruebas de verificación de sexo.....	130
El inicio de una nueva era de control y la búsqueda de la paridad.....	133
Reflexiones finales del apartado.....	139

Capítulo 5. Guerra y olimpismo

Juegos Olímpicos y narrativas bélicas.....	144
---	------------

El olimpismo desde la crítica cultural.....	147
La guerra en el deporte olímpico.....	150
El triunfo como único camino posible.....	159
La fragilidad del heroísmo olímpico.....	162
Batallas del deporte olímpico.....	168
Reflexiones finales del apartado.....	175
<u>Capítulo 6. Corporalidades olímpicas</u>	
Juegos Olímpicos y corporalidades.....	180
Transgresión de los límites.....	182
Los quince pensamientos de Ryan Murphy abren el debate.....	184
El doping como norma guardiana de la organicidad de los cuerpos.....	185
Premisas para pensar las corporalidades olímpicas.....	187
Las regulaciones en un sistema caliente, psicotrópico y punk.....	188
Exposiciones en un mundo donde <i>lo que tú me has hecho a mí, yo te lo hago a ti</i>.....	193
Posthumanización y transhumanización en el deporte.....	196
Reflexiones finales del apartado.....	197
Reflexiones finales.....	201
Referencias bibliográficas.....	224
Hemerografía.....	239

Introducción

Presentación del recorrido

Esta es una tesis del campo de estudios de la comunicación/cultura que tiene como objetivo investigar sobre los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 en un tiempo histórico signado por la lesión de las estatalidades y la intensificación de las violencias y las desigualdades materiales y simbólicas en todo el mundo a causa de la propagación de la pandemia por el COVID-19. Antes que nada, se debe aclarar que este evento deportivo funcionará como una plataforma para reflexionar en torno a las problemáticas y las transformaciones ocurridas durante esta coyuntura, partiendo de entender que la indagación en las prácticas sociales colectivas e individuales posibilita conocer los modos en que las personas les dan sentidos a sus vidas en entramados sociales más amplios (Schmucler, 1984).

Más precisamente, lo que impulsó este trabajo fue el deseo de identificar las formas novedosas en que se expresaron problemáticas culturales, sociopolíticas y geopolíticas en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 para rastrear cómo estas tensiones convergen en un umbral histórico para el deporte y la sociedad en el marco de transformaciones ocurridas en la cultura durante la pandemia y, por otra parte, se indaga cómo en el deporte de los Juegos Olímpicos se nos presentan históricamente visiones del mundo en torno al género, la salud mental, las corporalidades y los conflictos geopolíticos en una época. De esta manera, se propone considerar el evento como un material de la cultura cargado de historia y a las y los atletas que participan como una vía para observar proyecciones sociopolíticas y culturales.

Para la búsqueda de respuestas a estos objetivos se desarrollaron distintas líneas de acción. En primer lugar, se trabajó con distintos materiales bibliográficos especializados en este campo de estudios, lo cual permitió una profundización sobre las conversaciones y debates de sus líneas de investigación. En segunda instancia, se realizó la búsqueda de artículos periodísticos, imágenes, relevamientos en archivos históricos y se exploraron producciones de la industria cultural centradas en narrar distintas dimensiones del deporte olímpico. Esto fue acompañado de reiteradas participaciones en actividades oficiales organizadas por el Comité Olímpico Argentino (COA) y el Comité Olímpico Internacional (COI, por sus siglas en inglés) donde se recopilaban testimonios de atletas y de autoridades de estas instituciones.

Esto se hizo en razón de identificar las novedosas formas de expresión de determinados posicionamientos políticos durante los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1, a fin de apreciar su vinculación con procesos y experiencias históricas más amplias del deporte y la cultura que ocurrieron durante la pandemia y cómo estos actos pueden leerse como una crisis en la forma de organizar y concebir el deporte olímpico y un hito en su historia.

A partir de estas problematizaciones se buscó construir un análisis crítico en torno a la experiencia acontecida durante la pandemia, sobre *“el devenir colectivo de la construcción social de significaciones (...) aquello sobre lo cual se cierne la interrogación, a la vez trama del desenvolvimiento de la experiencia social”* (Kaufman, 2012, p. 9), utilizando a los Juegos Olímpicos como un motivo desde donde hacer un cúmulo de interrogantes a una escena del presente, comprendiendo que *“en las escenas se tensionan lenguajes, prácticas y culturas, a partir de modos diversos de intervención (...) cultural y política”* (Delfino, citada en Leavi, 2013, p. 4) y que el presente *“no cesa de fluctuar entre un pasado desde donde se acumula y un futuro hacia donde se proyecta un porvenir transformador”* (Cangi, citado en Gaona, 2015).

Las respuestas a las preguntas planteadas se desandarán considerando que el otorgamiento del estatus de deporte a una actividad física es una decisión cargada de supuestos culturales y políticos (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 13), por lo que a lo largo del análisis se reflexionará sobre esta categoría con la intención de visibilizar qué sentidos se construyen sobre ella y cómo se la concibe en el marco de los Juegos Olímpicos. De esta manera, se expondrán cuáles son las formas deseables de practicar, competir y vivir el deporte en el hiper profesionalismo deportivo¹.

En esta línea es necesario señalar que la pregunta sobre la experiencia ocurrida en los tiempos de la pandemia implica adentrarse en un período bisagra, un determinado espacio temporal donde se alteraron las experiencias del mundo, las costumbres, las instituciones, perdiendo vigencia el pasado (*sattelzeit*, Koselleck, 1993). La pregunta por los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 es un interrogante por el tiempo histórico, por la relación entre historia y

¹ En los Juegos Olímpicos de la era moderna se produce la particularidad de que compiten entre sí tanto atletas que provienen del más alto rendimiento como amateurs que costean sus propias carreras deportivas. Recién en la década de 1980, el COI aceptó modificar la legislación construida en base al pensamiento del barón Pierre de Coubertin que prohibía la presencia de atletas profesionales en la grilla olímpica.

tiempo, que significa una confrontación entre pasado y futuro, entre la experiencia y la expectativa, donde se articula el tiempo pretérito y lo que vendrá, *“podría decirse que el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas de esta imagen evocan respectivamente, ruina, y un aviso”* (Svampa, 2014, p. 88). Al respecto, la indagación en torno a los umbrales cobra una particular importancia ya que son un periodo en el que se produce una serie de transformaciones claves de los tiempos venideros, donde se hacen visibles las luchas por las apropiaciones de los significantes y donde se originan las experiencias del tiempo histórico.

El filósofo Koselleck (1993) plantea que la pregunta por el tiempo histórico, por la relación entre historia y tiempo, significa una confrontación entre pasado y futuro, entre la experiencia y la expectativa partiendo de entender que la modernidad significó una alteración de la relación entre el pasado y el futuro puesto que el proyecto de la Revolución Francesa se convirtió en proyecto y posibilidad (Koselleck, 1993). Este cambio hizo que la historia, que previo a la modernidad sólo podía enseñar, se transforme en propuesta, en motor y, por lo tanto, en un futuro a ser construido, proyectado y planeado (Vázquez Semadeni, 2003, p. 304). Aquí, se entiende que la indagación en torno a un evento de escala global transcurrido en un umbral, como lo fueron los Juegos Olímpicos realizados durante la pandemia a causa del COVID-19, permite leer las transformaciones y las experiencias de la época.

Durante el siglo XX, en las ciencias sociales se han formado distintas tradiciones teóricas desde donde se explicó el funcionamiento y las lógicas de las prácticas deportivas con el objetivo de establecer su importancia en las sociedades modernas, esto desde la teoría crítica (Brohm, 1994; Sebrelli, 1981), la teoría figuracional (Elias y Dunning, 1992 [1986]), la teoría de la práctica (Bourdieu, 1990; 2000) y las teorías meritocráticas (Ehrenberg, 1991; Bromberger, 1995). Estos esfuerzos teóricos se produjeron en el marco de un crecimiento y expansión del deporte profesional, sus coberturas a través de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías para la difusión de las competencias. Por ejemplo, en nuestro país durante las primeras décadas del siglo XX se inauguraron clubes deportivos y estadios, especialmente los relacionados al fútbol, creció la asistencia de público y la radio difundió a miles de personas los partidos. Estas transformaciones demuestran que la profesionalización del deporte estuvo acompañada por los avances tecnológicos, que no solamente han tenido una repercusión en lo que refiere a la difusión del espectáculo sino que progresivamente transformaron las propias prácticas deportivas. En el deporte moderno hay dos grandes citas que actúan como ordenadoras de la agenda deportiva global, los Juegos Olímpicos

organizados por el COI y la Copa Mundial de la Federación Internacional de Fútbol (FIFA, por sus siglas en inglés).

Ambos son los eventos deportivos más importantes y durante sus respectivas celebraciones concentran un interés central en las agendas mediáticas y debates del espacio público. Pero, a diferencia del Mundial, los Juegos Olímpicos tienen la particularidad de ser la competencia deportiva que reúne a la mayor variedad de deportes y atletas del mundo. Por lo tanto, el ejercicio de realizar una investigación sobre este acontecimiento, que posee una escala mundial, implica analizar sus dimensiones políticas, económicas y sociales teniendo en cuenta que es un espacio donde se disputan diferentes intereses que no se agotan en lo estrictamente disciplinar. Como señala el antropólogo Geertz (2005), el deporte puede ser un escenario privilegiado desde donde entender procesos sociales y culturales más amplios.

Puntos de partida metodológicos

La realización de la pregunta histórica sobre los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 implica la tarea de visibilizar cuáles fueron las transformaciones significativas del deporte olímpico durante la pandemia a través de identificar qué acontecimientos observados en las competencias reflejan discusiones, cambios y procesos sociales más amplios de la sociedad y la cultura. Para abordar este desafío se llevarán adelante distintas líneas de acción metodológicas que tendrán como finalidad generar datos para responder a una serie de interrogantes relacionados con distintas problemáticas sociales identificadas en las agendas institucionales, políticas, mediáticas y públicas durante el transcurso de la pandemia. Sin embargo, en el análisis estas cuestiones no serán reducidas meramente al tiempo que transcurrió durante la pandemia ya que se parte de entender que tienen una historicidad en su relación con el deporte que será rastreada y recuperada. De esta manera, las indagaciones sobre los materiales culturales acerca de Tokio permitirán construir una investigación que entienda al deporte como una práctica política donde se ponen en tensión relaciones de poder desiguales que están directamente relacionadas con su contexto socio histórico, dejando de lado las frases hechas o cierto sentido común que advierte que los deportes son un espacio escindido, autónomo o donde no se deben realizar militancias políticas. En este marco, las siguientes preguntas tienen como finalidad responder a inquietudes que recuperan este modo de interpretar las prácticas deportivas: ¿Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 dan cuenta de un período bisagra en la historia del deporte moderno? ¿Las manifestaciones y las

acciones de las y los atletas en torno a la salud, el género, las corporalidades y los conflictos geopolíticos representan nuevas maneras de participar y expresarse en este evento deportivo? ¿Estos posicionamientos lograron tensionar o modificar la forma en que se concibe y organiza el deporte olímpico? ¿Cómo conviven estas demandas políticas de inclusión, reconocimiento y cuidado con un escenario donde toda la importancia está enfocada en la competencia?

Para responder a estos interrogantes se llevaron adelante distintas líneas de acción metodológicas en razón de un análisis centrado en un proceso relativo al presente, y a considerar el carácter histórico que comportan los materiales sociales desde la comunicación. Para ello, se realizó una búsqueda de datos socio históricos que permitan explorar testimonios lingüísticos que contengan las experiencias y los conceptos del tiempo que están contenidos en ellos y cómo dialogan entre sí en el presente (Koselleck, 1993). En este marco fue primordial desarrollar lecturas, fichaje de bibliografía relacionada con el tema de investigación y un seguimiento mediático, conocido como “clipping” de noticias, en distintos portales gráficos, audiovisuales y digitales de nuestro país y de otras partes del mundo durante las dos semanas de duración de los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1. Asimismo se participó en distintos encuentros virtuales organizados por el COA y se asistió a charlas ligadas a distintas cuestiones del mundo olímpico organizadas por el Estado.

En tercer lugar se buscaron materiales audiovisuales, gráficos y digitales ligados a la temática que se propone abordar, como por ejemplo películas y podcasts sobre los Juegos Olímpicos que sirvieron de insumos para reflexionar de qué manera se reconstruye la historicidad sobre este evento y cómo la industria cultural construye determinadas narrativas sobre lo que es y lo que no es el deporte. En cuarta instancia se asistió a charlas, capacitaciones, encuentros y otras actividades organizadas por instituciones gubernamentales relacionadas con el deporte, como las desarrolladas por el Ministerio de Turismo y Deportes de la Nación, para conocer la perspectiva y la agenda estatal en relación al olimpismo.

En quinto lugar se participó de espacios académicos proveedores de nueva bibliografía, perspectivas y debates sobre las prácticas deportivas, como por ejemplo la inscripción en seminarios y diplomaturas para conocer cómo se construyen discursos de la academia en relación al olimpismo en la actualidad. En sexta instancia se concurrió a distintos congresos y jornadas destinadas al intercambio de experiencias en el marco de la investigación social.

En último lugar se rastrearon los encuentros, reuniones y presentaciones académicas y editoriales abocadas a analizar las prácticas deportivas. Sobre todo aquellas relacionadas al deporte olímpico, en la medida en que dieron cuenta e hicieron de insumo como agenda contemporánea de los estudios sociales del deporte, agenda en la que se asienta esta investigación.

Estas acciones recopilaron distintos materiales de la cultura que dieron cuenta de la heterogeneidad y conflictividad de las problemáticas que se sucedieron en un escenario histórico determinado, como fue la pandemia por el COVID-19. Todos estos elementos, bibliografías, revistas, insumos periodísticos y materiales ficcionales estuvieron atravesados por un problema en común, la discusión de las dinámicas que dan forma al deporte moderno. De este modo compusieron un corpus que dio cuenta de los alcances y las limitaciones de estas conversaciones y discusiones. A la vez, actuaron como delimitantes culturales bastante precisos para los objetivos que se propusieron en esta tesis, ya que sirvieron como puntos de partida desde donde explorar en una clave crítica las reverberaciones que tuvieron las problemáticas sociales de la época en las instancias deportivas.

En este sentido se trató de trabajar con esta constelación de elementos para construir una relación a través de un análisis sobre cómo problemáticas específicas de este período histórico irrumpieron en los Juegos Olímpicos, para así desentrañar las relaciones subterráneas de todos estos elementos. Se asume que sus resonancias cruzadas construyen un sentido y una línea de interpretación, que siempre es una línea de fuerzas. En esta instancia, se vuelve clave la *imaginación política* para el desarrollo de la tesis, “*no como forma de inventar lo que no hay, sino de entender lo que existe de otra manera. Sólo así se abren otros posibles (de interpretación, de acción, de fuerzas)*” (Gago y Cavallero, 2023). Este ejercicio transita por argumentaciones que evitan caer en la desesperada necesidad de encontrar explicaciones que monopolicen la conversación y el debate, por lo tanto, no interesa ir en búsqueda de rasgos únicos para la explicación de los fenómenos sociales, sino abrir el abanico a transitar por distintos recorridos y claves de lecturas.

Para ello, se propone hacer “constelar” distintos materiales que se entiende que poseen un valor fundamental para distinguir las complejidades y las relaciones de poder que se pusieron en tensión al momento que se manifiestan problemáticas culturales, sociopolíticas y

geopolíticas en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1. Estos elementos sirven también para profundizar y reconstruir el modo en que estas expresiones políticas están recubiertas por antecedentes similares a lo largo de la historia moderna del olimpismo.

Este grupo de objetos posibilitó abordar lo que se considerará como las “*zonas ciegas de la cultura*” (Montaldo, 2010), espacios “clandestinos”, poco tenidos en cuenta en términos académicos y que habilitan a experimentar en torno a las demandas, las confrontaciones y los antagonismos del conjunto de lo social. O sea, piezas desde las cuales pensar las formas de nombrar una época. Además de provenir de distintos formatos y de contextos diversos, todos tienen en común que son intervenciones de circulación discursiva que describen las lógicas, las violencias, las desigualdades y los relatos del deporte. En cierto modo se puede afirmar que esta tesis se propuso adentrarse en los espacios conflictivos del deporte y de la cultura en un momento determinado que tuvo la particularidad de ser un período donde las zonas ciegas salieron al relieve, a partir del suceso de la pandemia por el COVID-19, cuando todo podía suceder.

Contextualización del objeto de estudio

Cuando en marzo del 2020 el COI comunicó que los Juegos Olímpicos de Tokio se postergaban para el siguiente año, ya se habían vendido más de ocho millones y medio de entradas a personas de todo el mundo que pretendían asistir y ser parte de este evento, lo que lo transformaba en la cita olímpica más convocante de la era moderna. Pero la aparición y la siguiente propagación del COVID-19 obligó a suspenderlo y reprogramarlo para un año más adelante. Esta decisión hizo que, de precedente histórico, una cita olímpica se realizará en pleno transcurso de la primera pandemia del siglo XXI, y del impacto que ésta tuvo en las subjetividades a nivel global.

Como se sabe, este virus transformó el mundo y trajo consigo postales nunca vistas. Los lineamientos de las medidas sanitarias establecidas por la Organización Mundial de la Salud (OMS) remarcaban la necesidad del aislamiento y el distanciamiento social, el uso del barbijo, la restricción de las salidas, la ventilación cruzada de los espacios cerrados, la sanitización de las manos con alcohol en gel y la desinfección de las superficies y los objetos con las cuales se estaba en contacto, entre otras medidas. Todas estas nuevas políticas de cuidado fueron anunciadas, a la par que aumentaba el número de casos infectados por el virus

y el fallecimiento de millones de personas en todo el mundo. Fue un período excepcional para toda la humanidad y el deporte no fue omitido en esta coyuntura histórica.

Asimismo, esta pandemia fue un período excepcional en la historia de la humanidad, al ser la primera ocurrida en los tiempos de las tecnologías de la comunicación y las redes de transporte que permiten trasladarse de un parte del planeta a otra en cuestión de horas. Justamente, el COVID-19 se transportó en aviones a través de personas que estaban contagiadas y aún no lo sabían. A diferencia de otros momentos, el virus no se redujo a un territorio o a una región específica, sino que se transformó en una preocupación sanitaria de una escala sin precedentes con el correr de las semanas y de los primeros meses del 2020. Aquí también el deporte cumplió un rol prominente, ya que la realización de distintas competencias deportivas y sus espectáculos generaron las condiciones para que el virus se propague de una forma acelerada y masiva por distintas regiones del mundo².

Pero se debe aclarar que no se pretende suponer que las transformaciones culturales relacionadas con el género, la salud, las corporalidades y los conflictos geopolíticos de esta época se reducen a lo que trajo consigo la pandemia, sino que tienen sus propias historias de luchas y resistencias que no pueden ser pasadas por alto y que es fundamental recuperar. Teniendo en cuenta esto, se vuelve prominente problematizar cuáles fueron las formas novedosas con las que se expresaron durante la pandemia y cómo lograron reverberar en los debates y las discusiones institucionales, mediáticas y públicas, y establecer diálogos con las organizaciones y los movimientos políticos que denuncian estas problemáticas. En relación al deporte, los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 fueron un espacio privilegiado para identificar las tensiones de estas transformaciones y reconocer cómo se hacían presentes en instancias del más alto rendimiento deportivo. Si partimos de entender que la pandemia cambió el mundo sería necesario reflexionar sobre si también transformó el deporte

² El partido de fútbol disputado entre Valencia de España y Atalanta de Italia por la Liga de Campeones (Champions League) el 19 de febrero del 2020 fue considerado como una “bomba biológica” por el personal sanitario que allí se encontraba ya que se estima que los más de 40 mil espectadores que asistieron al encuentro y los jugadores que compitieron intercambiaron el COVID-19 sin saberlo, acelerando los tiempos de contagio del virus. Sobre todo en la región de Bérgamo, Italia. En estos tiempos era escasa la información precisa sobre las formas de transmisión y no había vacunas. Posteriormente, en julio del 2021, cuando la selección italiana ganó la Eurocopa, autoridades de la OMS repudiaron abiertamente los festejos porque por ese entonces se estaba propagando la variante Delta en todo el continente europeo.

profesional y analizar de qué modo se podrían conectar las problemáticas que aparecieron en el deporte durante el avance del COVID-19 con procesos históricos sociales y culturales más amplios.

Este escenario dio lugar a que atletas del más alto rendimiento se expresen sobre distintas violencias que han formado parte del deporte moderno y que en distintas circunstancias y contextos se han reproducido y naturalizado. Es el caso de las desigualdades de género, las lesiones relacionadas con la salud y sus ocultamientos, las presiones de un circuito deportivo cada vez más profesionalizado, el racismo, los abusos, el cuidado de los cuerpos, los debates por cómo repercuten en el cuerpo el virus y las vacunas o la ausencia de condiciones de posibilidad para el acceso a centros de entrenamiento de alto rendimiento durante los aislamientos sociales.

Con el correr de la pandemia y la interrupción de los calendarios deportivos, las y los atletas atravesaron situaciones atípicas, como transitar sus vidas en burbujas sanitarias, que les imposibilitaron continuar con normalidad sus trayectorias deportivas y, al mismo tiempo, se vieron en una situación de aislamiento, por lo que rápidamente denunciaron sus situaciones de fragilidad y la ausencia de un acompañamiento por parte de las instituciones del deporte, que solamente se preocuparon por seguir garantizando sus ganancias. Por lo tanto, estas demandas mostraron las falencias y las múltiples vulnerabilidades que padecen dentro de las lógicas dominantes con la que se constituyó el deporte olímpico.

El hecho de que todas estas problemáticas dejaran de estar encriptadas en los ámbitos deportivos y hubiesen tenido un diálogo con movimientos y organizaciones políticas y una reverberación en el debate público, en las agendas mediáticas y en las institucionales, significó un hito en la historia del deporte profesional. Y para que esto ocurra, las y los atletas tuvieron un rol protagónico en un período excepcional, donde la pandemia representó un desborde de lo previsible para el sistema mundo de la era moderna.

Partes y capítulos que componen la tesis

Esta tesis se encuentra dividida en dos partes. Los primeros tres capítulos se presentan como recorridos históricos desde los cuales leer las lógicas y los devenires que han estructurado al actual mapa del deporte moderno. Y, la segunda parte, compuesta por otros tres apartados,

busca hilar reflexiones para pensar las complejidades de las problemáticas que se hicieron presentes en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1. A continuación, se detallan los abordajes realizados en cada uno de los capítulos.

En el primer capítulo de este trabajo se analiza el contexto histórico en el que resurgieron los Juegos Olímpicos modernos y se identifican cuáles fueron las bases de su proyecto político en el marco del proceso civilizatorio e imperialista que desarrolló Europa con el advenimiento de la modernidad. A partir de estos señalamientos se enumera una serie de premisas que pretenden ser una instancia desde la cual ahondar sobre las perspectivas, los alcances y las formas sobre las que se institucionalizó el deporte desde finales del siglo XIX.

En el segundo capítulo se construye un recorrido que vislumbra cómo los procesos tecnológicos, económicos, políticos, mediáticos, urbanísticos y jurídicos a lo largo del siglo XX conformaron el actual escenario del deporte profesional, que será definido como la *era neoliberal del deporte*. Para esto se hace énfasis en tres dimensiones. En primer lugar se detalla cómo se fueron incorporando las tecnologías de la comunicación a los espectáculos deportivos. Posteriormente se describe cómo la presencia de los conflictos políticos de cada una de las épocas en los Juegos Olímpicos quebró la idea de que ese evento es un lugar de celebración del progreso de la humanidad distante de los compromisos y las pugnas geopolíticas. Y, en tercer lugar, se problematiza cómo los intereses de los grupos económicos que auspician y financian el deporte modificaron las narrativas y las lógicas con las que se experimenta esa práctica.

El tercer capítulo tiene como objetivo dar cuenta de cómo los posicionamientos expresados por las y los atletas durante los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 presentaron fracturas para el sistema deportivo fundado con el advenimiento de la modernidad. Por lo cual se expone cómo la enunciación de estas demandas significó la visibilización de violencias y peligros naturalizadas en las trayectorias y las competencias del olimpismo pero que, sin embargo, vulneran la dignidad de quienes desarrollan trayectorias en el más alto rendimiento. En este marco resulta fundamental dimensionar el carácter de espectacularidad con que se constituye el deporte olímpico y cómo se ubica como una instancia que anula cualquier tipo de disenso, conversación o diálogo ya que opera sobre el desvanecimiento de la conflictividad política del reparto global desigual.

En el cuarto capítulo se desarrollará un análisis histórico sobre los fundamentos y las lógicas en que se institucionalizaron y operaron los mecanismos de exclusión y expulsión para las mujeres, las personas transgénero y no binarias en el deporte olímpico. Por lo tanto, se fija cómo los debates y las exclusiones alrededor del género se desplazaron de la incorporación de las mujeres cisgénero al deporte olímpico a lo largo del siglo XX a las discusiones que cuestionan las normativas biomédicas que organizan el deporte de alto rendimiento a través de un señalamiento que habilita conocer cómo operaron los mecanismos de exclusión y expulsión sobre todas aquellas personas que no se ajustan al modelo del atleta ideal del COI, que es varonil, cisgénero, heterosexual, blanco, de clase media, media alta y de origen occidental.

En el quinto capítulo se desandan reflexiones que dan marco al vínculo entre las competencias deportivas y las narrativas bélicas presentes en las lógicas del deporte contemporáneo y, de esta manera, se cuestiona el ideal heroico con el que se ha construido la figura de las y los atletas del olimpismo, un legado de la cultura clásica de Grecia. Para eso se señala cómo la guerra aparece en el olimpismo, de qué manera el triunfo es el único camino posible para que una trayectoria olímpica sea considerada como exitosa, las fragilidades que todo esto conlleva y de qué formas los Juegos Olímpicos fueron utilizados como escenarios donde estuvieron permitidas aquellas batallas que los Estados-nación no podían materializar en otras instancias de lo social.

En el sexto capítulo se propone discurrir en torno a dos aristas. En primer lugar, visibilizar cómo el doping opera en beneficio de ciertas naciones, siendo una de las premisas de esta tesis que la reglamentación del COI es una vía política más que encuentran los países y las autoridades olímpicas para manifestarse acerca de la intervención tecnocientífica sobre el deporte. Posteriormente se piensan las corporalidades de los Juegos Olímpicos desde aportes teóricos que entienden que las intervenciones científicas y tecnológicas contemporáneas ponen en tensión la constitución de los cuerpos, al desafiar los límites y las fronteras entre lo orgánico/artificial y lo humano/no humano. De esta manera se busca dar cuenta de cómo entran en crisis las ideas olímpicas que se sustentan sobre la existencia de cuerpos naturales que están escindidos de cualquier tipo de intervención tecnocientífica. Aquí se analizará el doping como una instancia de sanción y persecución que vela por la continuidad de las narrativas que exaltan una supuesta figura atlética moderna poseedora de un cuerpo totalmente libre de cualquier tipo de “corrupción” tecnológica. La posición de esta tesis

sostiene que, en realidad, esta perspectiva entra en tensión con una coyuntura donde los sistemas deportivos, y las y los atletas eliminan las fronteras entre lo artificial y lo orgánico. Esto habilita a pensar que solamente se persigue el interés de sostener una mirada antropocéntrica que busca apoderarse de la vocería de la naturaleza.

Por último, el trabajo finaliza con una serie de reflexiones que sistematizan los análisis desarrollados a lo largo de los apartados y, también, se expresan algunas preguntas e inquietudes que pueden funcionar como posibles continuidades para lo planteado en esta investigación.

PRIMERA PARTE. RECORRIDOS HISTÓRICOS

Capítulo 1. Deporte y modernidad

“El auténtico héroe olímpico es, a mi entender, el adulto masculino individual”

Pierre de Coubertin (1863-1937).

El surgimiento de los Juegos Olímpicos

En esta tesis se rastrearán las formas novedosas en que se expresaron problemáticas culturales, sociopolíticas y geopolíticas en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 para reconocer cómo estas tensiones convergen en un umbral histórico para el deporte y la sociedad en el marco de transformaciones ocurridas en la cultura durante la pandemia. Como un primer paso para desandar esta propuesta es necesario preguntarse por los pilares sobre los que se cimenta el sistema del deporte moderno y qué se puso en el debate del espacio público y de las agendas mediáticas e institucionales durante Tokio 2020+1³. La intención del capítulo es identificar cuáles fueron las perspectivas sobre las que se fundaron los deportes modernos y en qué contexto esto se produjo.

El proyecto del pedagogo Pierre de Coubertin para resurgir y organizar los Juegos Olímpicos de la Antigua Grecia se produjo en un momento histórico marcado por el avance industrializador y mercantil de los principales países de Europa Occidental y por los progresos científicos y técnicos en el marco de una expansión colonial sin precedentes en África, Asia, Oceanía y América. Durante estos años, sus economías pasaron de ser agrarias y rurales a ser industrializadas y urbanas. Este pasaje trajo consigo grandes crecimientos económicos que fueron acompañados por políticas expansionistas y colonialistas que buscaban ampliar los alcances de los comercios que se articulaban desde las metrópolis y que requerían de una reorganización política y una transformación cultural y social en distintas esferas sociales, como el trabajo, los controles del crecimiento poblacional, la necesidad de mejoras en las comunicaciones y los sistemas de transportes terrestres y fluviales. Este nuevo

³ En esta tesis se mencionará en ciertas ocasiones a las distintas ediciones de los Juegos Olímpicos por la ciudad y el año en que fueron organizados. Esta decisión se encuentra fundamentada en que funcionará como una marca que permitirá situar e identificar al evento en su tiempo histórico.

escenario de modernidad estuvo signado por los avances en la ciencia, la técnica y por un pasaje de la agricultura a una estructura industrial y comercial de escala global.

Durante este mismo período surgieron los Estados Nación y lo que se conoce como la política moderna. En este mundo se impusieron cada vez más los intercambios que causaron los transportes y las comunicaciones en un tablero político configurado por los intereses y el poderío militar de los imperios europeos occidentales. Durante este siglo XIX se desarrollaron notorios avances tecnológicos y medicinales, se expandieron los comercios, se fundaron ciudades, se transformaron legislaciones, se abolió la esclavitud, surgieron movimientos políticos y obreros con una capacidad de movilización masiva y se crearon teorías para entender los fenómenos sociales. Todas estas transformaciones conformaron una coyuntura histórica de novedosos progresos en las formas de organización social. Pero también fue un tiempo caracterizado por el conflicto social, grandes desigualdades en términos materiales y simbólicos entre las distintas clases sociales, el trabajo infantil era una problemática naturalizada, se registraba una enorme disparidad entre hombres y mujeres, reducidas al cuidado de la casa y la familia, donde la pobreza y las enfermedades crecieron ante los hacinamientos de los centros urbanos y donde la violencia y la delincuencia eran una problemática del cotidiano.

¿Pero cómo puede ser leído el regreso de los Juegos Olímpicos con este escenario de modernidad? ¿Cuáles fueron las condiciones que habilitaron a que esto ocurriera? ¿Cómo se entendió el deporte en los tiempos de la modernidad? Las respuestas a estas preguntas son múltiples y requieren reflexionar sobre las formas de organización social, política y económica presentes en lo que se puede denominar como la *época victoriana*. Por lo tanto, construir un análisis sobre estas dimensiones nos permitirá dar cuenta de premisas específicas que habiliten saber cuáles fueron los sustentos que dieron forma a los deportes modernos y cómo todavía estos se siguen haciendo presentes en las instancias competitivas del deporte profesional.

Pero antes de desarrollar estas afirmaciones, es oportuno recuperar lo que señalan los sociólogos Norbert Elias y Eric Dunning (2014) sobre la forma en que fueron concebidos los deportes como hoy los conocemos, algo que está estrictamente asociado a este tiempo histórico ya que “*la modernidad funda las bases para el progreso institucional del deporte al llevar alianzas, las regulaciones, los rasgos ceremoniales y lúdicos del juego al ordenamiento general, duradero, al margen de los condicionamientos locales*” (p. 18). De

esta manera, la generalización de las prácticas deportivas comenzó a asegurar la incorporación de amplias mayorías a un mismo orden normativo bajo estructuras de regulación generales con aplicaciones individuales fundadas en imperativos argumentativos y simbólicos. En estos patrones de regulación neutros el deporte fundó la posibilidad de afirmarse también como espectáculo. A fines del siglo XIX y principios del XX las burguesías europeas institucionalizaron y reglamentaron los deportes para que tengan una capacidad de convocatoria masiva a través del establecimiento de reglas y normas que puedan ser comprendidas y realizadas y, al mismo tiempo, que puedan delimitar los alcances de la práctica. Esto no puede ser pensado de forma escindida de los nuevos paisajes de la vida cotidiana de la modernidad, donde los grandes centros urbanos empezaron a ser los protagonistas de congregaciones de millones de personas de distintos orígenes que dejaron atrás la vida rural para buscar trabajo en los sectores industriales y comerciales.

Por ende, la configuración de los deportes está íntimamente ligada al fortalecimiento de los Estados, a la urbanización, al nacimiento de instituciones como las escuelas y los medios de comunicación, y a las nuevas formas de vida que se constituyeron con el desarrollo de las sociedades industriales occidentales (Paiva, 2020). En este punto resulta oportuno traer a colación las palabras del sociólogo Stuart Hall (1983) para precisar cómo fue este proceso: *“los deportes modernos sólo pudieron aparecer como una consecuencia de la destrucción de una cultura anterior, en parte por imposición, en parte inconscientemente, dentro del proceso más extenso de adaptarse al trabajo industrial y a la vida urbana”* (Hall, 2017, p. 72). Tomando como referencia estos aportes se puede señalar que el deporte moderno constituyó un categoría del vivir en una sociedad industrial al organizarse en lugares delimitados, amplios y particulares al que las personas debían asistir, celebrándose los días en que no se trabajaba. Todos estos desplazamientos dan la pauta de una transformación donde se pone en diálogo el tiempo del trabajo, el del ocio y el del juego a través de sistemas internos de significación subjetivos.

Las disposiciones estructurales de la expansión del comercio y de las urbanidades durante fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX permitieron la institucionalización del deporte profesional a partir de múltiples transformaciones sociales que daban testimonio de un nuevo sistema político-económico en el mundo, como el nacimiento de una prensa gráfica especializada en las coberturas de las prácticas deportivas o la utilización de las nuevas tecnologías de la comunicación, como la masificación de las radios, que habilitaron

un contexto donde los deportes más convocantes se convirtieron en prácticas populares vinculadas a formas novedosas de habitar las ciudades a principios del siglo pasado.

Una celebración del nuevo sistema político

Como ya ha quedado expuesto, los Juegos Olímpicos nacen en una modernidad donde Europa estaba confirmando su dominio sobre el resto del mundo a través de la “*comparación de las civilizaciones*” (Wallerstein, 2006, p. 32). Mejor dicho, la civilización europea se impuso sobre el resto de los pueblos a través de su superioridad militar y productiva con respecto al poseído por otras sociedades y no por medio de las políticas y las propuestas de sus Estados soberanos. Como señala Enrique Dussel (1994), la modernidad surge cuando Europa tiene la capacidad de enfrentarse con el “Otro” y “*controlarlo, vencerlo, violentarlo; cuando pudo definirse como un "ego" descubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad*” (p. 8). Una vez que la fuerza se afligía, se establecieron como deseables los valores y las ideas de su civilización y su cultura.

Considerando esto, la historia moderna se construyó a medida que avanzaron y expandieron las expediciones, los descubrimientos y las colonizaciones de territorios que se integraron a los países imperialistas. En este nuevo tiempo histórico “*la historia del globo está hecha de conquistas*” (Todorov, 1982, p. 15) y de sus genocidios para alimentar a un sistema donde ahora “el mundo es poco”, según las propias palabras de Cristóbal Colón. En este período los hombres de la modernidad ya no son una parte sin todo, sino que han descubierto la totalidad.

Este proyecto civilizatorio se sustentó en el progreso y el orden impulsados por los desarrollos científicos de una ciencia que pasó a ser definida como “*la búsqueda de leyes naturales que se mantenían en el tiempo y el espacio*” (Wallerstein, 2006, p. 5). Aquello que en la actualidad denominamos como “progresos científicos” son una empresa que nace en este mundo moderno en base a su intención de avanzar y conformar un conocimiento secular sistemático sobre el cual explicar la realidad a través de la validación empírica, apoyándose en un

modelo newtoniano en el cual hay una simetría entre el pasado y el futuro. Era una visión teológica, al igual que Dios, podemos alcanzar certezas, y por lo tanto, no necesitamos distinguir entre el pasado y el futuro puesto que todo coexiste en un presente eterno (Wallerstein, 2006, p. 4).

Tanto la ciencia como la técnica empezaron a estar al servicio de los Estados Nación y así aportar al surgimiento de nuevas categorías de análisis en favor de conocimientos exactos sobre los cuales el poder estatal tomaría sus decisiones.

Se puede afirmar que este es un mundo donde la esfera terrestre es cada vez más “finita” ante un progreso nunca antes presenciado, que no sabe de límites y que se alimenta de la noción de la infinitud del tiempo y el espacio. Este sistema científico de finales de siglo XIX posee una epistemología que entiende que el progreso se encuentra detrás de los secretos más íntimos de la naturaleza y es por esto que es necesaria la utilización de todos los recursos naturales alcanzables. Esto se entiende de una mejor manera cuando se recuerda que las aspiraciones políticas de la cultura occidental de expandirse en busca de nuevos mercados requieren de la explotación de la naturaleza. Y necesitan que esas obtenciones estén al servicio del progreso, ocasionando que nuestra vivencia pasada y presente empiece a

parecerse cada vez menos al hogar y cada vez más a una plataforma de lanzamiento, el lugar desde el cual nosotros, como hombres (y también unas pocas mujeres) de ciencias, podamos lanzarnos al espacio de dominio sobre una unidad cada vez más cósmica (Wallerstein, 2006, p. 7).

De este modo, la ciencia y el progreso avanzaron bajo el paraguas de un mito, el del nacimiento de la modernidad que trajo consigo una “*violencia sacrificial muy particular y, al mismo tiempo, un proceso de "en-cubrimiento" de lo no-europeo*” (Dussel, 1994, p. 8).

Estas palabras de Dussel nos permiten vislumbrar que en este momento histórico el hombre blanco, cis-heterosexual, burgués y occidental desarrolló una estructura de pensamiento filosófico que lo posicionó en el centro de la historia, ocupando el lugar que en el Edad Media tenía el pensamiento teológico. Ahora, este “nuevo hombre” es lo único indubitable. En este punto, interesa retomar al filósofo José Pablo Feinmann (2018), quien recupera lo esbozado por el pensador alemán Martin Heidegger en su libro *Ser y Tiempo* (1927), donde desarrolla una crítica a la razón occidental. En dicha obra, Heidegger señala que la modernidad capitalista se encuentra destruyendo la Tierra mediante la técnica y en este nuevo escenario, “*el hombre se consagra a la conquista de los entes. Los entes son las cosas (...) se consagra a través de la técnica al dominio de la naturaleza, a la explotación y destrucción de la Tierra*” (Feinmann, 2018, p. 30). Este es un dominio que se dio con esfuerzos que persiguieron crear un conocimiento “objetivo” en base a descubrimientos empíricos que

permitieron entender la realidad a partir de aprenderla, no intuyéndola o inventándola. Este proceso no ocurrió solamente a las ciencias duras, sino que contempló a las Ciencias Sociales. En ambos campos se instauraron categorías que buscaron comprender los fenómenos sociales que daban forma a la organización de la temporalidad y la estructura social y el ordenamiento del espacio público en los Estados Nación con el objetivo de regular los procesos políticos de transformación, mientras otorga legitimidad a ciertas prácticas y niega a otras.

En este contexto, Pierre de Coubertin decidió volver a organizar los Juegos Olímpicos. No es una casualidad que este proyecto haya surgido en uno de los principales países que impulsó la expansión de los intereses políticos y económicos de Europa. Pero ¿Qué tipo de expansionismo llevaron adelante estas naciones? Los imperios europeos colonizaron en *“nombre de la religión, en nombre nada menos que de Dios”* (Feinmann, 2018, p. 16). Este colonialismo encontró en la racionalidad el epicentro del motor de la historia. A partir de esto, todo territorio que era conquistado encontraba una justificación bajo el nombre y los argumentos de la racionalidad. Durante todo el siglo XIX, Europa convirtió a estos otros pueblos en colonias, o semicolonias, bajo el pretexto de las innovaciones tecnológicas y su civilización. Una vez que esto se consumó, los Estados Nación de la modernidad empezaron a crear experiencias comunes en las fronteras de sus territorios. Es decir, instaurar expresiones únicas tras la unificación de experiencias históricas y culturales diversas, que no anulaban el conflicto político sino que intentaban encauzarlo. En el caso del deporte se puede considerar que el resurgimiento de los Juegos representó un acto de legitimación material y simbólica de una determinada institucionalización para concebir y ordenar el deporte basado en la competencia y la cronometración de los rendimientos corporales. Ambos aspectos como clave de las voluntades de los proyectos de la época: la supremacía y el dominio sobre otros, y el dominio del poder/saber sobre las variables de tiempo y espacio.

Mientras se consumó la confirmación del dominio de Europa sobre el resto del mundo, el estudio sobre la realidad social se fragmentó cada vez más en distintas disciplinas que estaban al servicio de la colonización. Las Ciencias Sociales pasaron a tener su atención en *“el progreso y la política de la organización social”* (Wallerstein, 2006, p. 29), dejando de lado el tratamiento del tiempo y el espacio. El nuevo énfasis estaba centrado en el conjunto de las estructuras poblacionales por medio de las cuales se organizaba la vida social en los territorios soberanos que daban forma al mapa político internacional. En este marco se puede

afirmar que las Ciencias Sociales nacieron como creaciones de los estados nacionales de la modernidad y que se dedicaron a investigar lo que ocurría en la vida social hacia adentro de sus fronteras, teniendo cada una de ellas un proceso de institucionalización que las distinguía de las demás y que ponía el acento en llegar a “leyes generales” que supuestamente gobernaban los comportamientos de las personas.

A la par de la consolidación de las instituciones académicas, que aportaban sus saberes a la justificación de la expansión imperialista, surgieron las organizaciones europeas encargadas de legislar el deporte. Desde un principio, estas también reprodujeron una lógica colonialista intentando posicionarse como las encargadas de controlar y reglamentar la forma en que se entendían y practicaban los deportes en todo el mundo. Esto significó que para ser parte de un Juego Olímpico los países y las naciones debían aceptar la creación de sus propios comités olímpicos y sus correspondientes estatutos. De este modo se podría entender su objetivo como una forma de colonización institucional, no militar, de imposición a través de los consensos, intentando imponer y establecer una cierta perspectiva en torno a las prácticas deportivas. Bajo estos parámetros se inició el dominio de una idea sobre lo que eran los deportes ligada a la sociedad burguesa europea del siglo XIX. Los Juegos Olímpicos nacieron bajo el proyecto de congregar a todos los países y naciones del mundo bajo lineamientos redactados al calor de la expansión colonial. El hecho de asistir a una cita olímpica empezó a significar un acto que habilitaba a ser considerado como un integrante del mundo. Pero el participar y encontrarse allí implicaba aceptar los lineamientos y las reglas ideadas por la cultura europea. En este punto es que se produce una arista: la manera de concebir, ponderar y legitimar al evento más importante del deporte mundial encontró su univocidad en la operación de un borramiento de la alteridad, de las otras formas de imaginar y pensar definiciones y las formas de practicar los deportes. Es necesario remarcar que más allá de que con el correr del tiempo el olimpismo se consolidó como la cita máxima del deporte y terminó imponiendo su forma de definir lo que es deporte, no hay un solo saber o definición con respecto a cómo vivir y practicar el deporte en tanto práctica cultural.

Si las Ciencias Sociales se encargaron de investigar los fenómenos sociales hacia adentro de las fronteras de los nuevos estados nacionales, los Juegos Olímpicos nacieron como una celebración de estos y del novedoso mapa internacional marcado por el dominio político y económico de Europa. De este modo pasaron a ser el escenario predilecto en el plano deportivo desde donde construir una narrativa sobre la capacidad estatal de conocer y legislar

la realidad social a una escala de representación global. Esta visión era abonada por la ausencia de límites que prometían los progresos de la civilización, la ciencia y la técnica. Al mismo tiempo, también se hacían presentes en el deporte olímpico a través de la realización y organización de un evento que comienza a establecer competencias deportivas de una magnitud y una convocatoria sin precedentes. Los Juegos Olímpicos son una extensión de la narración del nuevo sistema mundo y, por esto, recrean una celebración con la capacidad de reunir a atletas y delegaciones de la mayor cantidad de países y naciones de todos los continentes. Aunque se puede hacer otra lectura de una “celebración”, que en realidad da cuenta de un orden político y económico determinado sustentado en el dominio y la expansión de la cultura civilizatoria europea sobre todos los demás pueblos del mundo.

Así, el deporte olímpico se posicionó como un espacio de “festejo” pero también de disputa que excedía las cuestiones estrictamente disciplinarias para los países y las naciones participantes puesto que al tener un lugar de reconocimiento comenzaron a expresar allí sus problemáticas e intereses políticos. Con el comienzo del siglo XX, las citas olímpicas fueron cobrando un mayor protagonismo en las tramas de relaciones geopolíticas que cada vez se fueron complejizando más. Sin embargo, algo que siempre fue inamovible es el posicionamiento ideológico y político de la institución encargada de legislar el olimpismo, el COI. A lo largo de su historia moderna reprodujo los intereses y las ideas sobre el orden social impuesto por la burguesía de Europa a través de la colonización militar, económica y cultural.

Los herederos de Grecia

En 1885, el ingeniero mecánico francés Émile Levassor ganó la primera carrera automovilística documentada en la historia: París - Burdeos - París. El tiempo final de su trayecto fue de 48 horas y 48 minutos para realizar 1.178 kilómetros; un registro llamativo para la época por las características de los autos que competían. Dos años antes de esta epopeya, el Barón de Coubertin había señalado la importancia del deporte como un medio para posibilitar la relación y el buen diálogo entre los Estados Nación. Cuando hizo esta mención en un discurso en la Universidad de la Sorbona se estaban por cumplir 1500 años desde que Teodosio I, El Grande, había finalizado con las olimpiadas de la Antigüedad. El logro de Levassor y las palabras de Coubertin fueron dos acontecimientos que vaticinaron un nuevo escenario para el deporte. Pero, a diferencia de los tiempos antiguos, las nacientes

tecnologías cumplirían un rol fundamental. Sobre todo para la medición del tiempo y el desempeño de las y los atletas.

La decisión de revivir los Juegos Olímpicos debe ser leída dentro de un entramado social más amplio donde los hombres de la modernidad se proyectaron como los herederos de las ideologías y los valores de civilización de Grecia en la Antigüedad. Justamente, no fue una casualidad que la primera edición de los Juegos Olímpicos se desarrollaran en Atenas en 1896, en homenaje a la cuna del olimpismo. A pesar de que estos Juegos se disputaron en un mundo donde todavía no había aviones, auspiciantes, publicidad, televisión o radio, llegaron a presentarse 176 atletas de doce naciones que se desempeñaron en nueve deportes y 43 disciplinas.

El proyecto político de Coubertin representó la cosmovisión de los hombres blancos cis-heterosexuales, europeos, de la racionalidad moderna capitalista que se sustentó en una decisión, la instalación de un sistema-mundo en tanto sistema de circulación de mercancías y materias primas para fabricar esas manufacturas que conlleva una nueva división político-económica desigual entre los Estados Nación (Feinmann, 2018). Por un lado, los países y naciones que exportan las materias primas a un bajo costo y, por otro, quienes las utilizan para producir manufacturas con un valor agregado elevado. De esta manera se creó una relación de dominación a través de mecanismos económicos, que se sumó a las relaciones de dependencia política existentes previamente. Pero no se agotaba allí, porque a esto se le debe sumar que la difusión de prácticas culturales representaba el proyecto de la modernidad.

Retomar lo que se indica desde la historiografía británica del deporte (Appadurai, 2001; Carrington, 2010) respecto al vínculo de la modernidad y las prácticas deportivas nos otorga una dimensión de la implicancia del deporte para el modelo de desarrollo capitalista. En estos estudios se indica que el crecimiento de los *sports* se encauza dentro del surgimiento de la sociedad "burguesa", siendo estos una manifestación de las transformaciones del momento ya que su realización y su despliegue a escala global no pueden ser concebidos sin este escenario social (Frydenberg y Sazbón, 2018). Como venimos mencionando, deben pensarse dentro del surgimiento de esa clase social y de la profundización de las desigualdades entre las naciones. De este modo, los cambios en las formas de vida de las personas se produjeron como consecuencia de la imposición del sistema social capitalista que profundizaba su carácter

transnacional, al igual que el deporte. En este contexto, se produjeron dos procesos que juntos moldearon el futuro de las prácticas deportivas a una escala internacional.

Por un lado, la palabra “*sport*” comenzó a ser asociada a la actividad deportiva que se regía por reglas, apareciendo por primera vez en 1863, ya que antes su uso se encontraba asociado al entretenimiento y la dispersión. Pero el avance de los deportes organizados durante el siglo XIX “*reforzó la idea de sport como competencia física*” (Mandell, 1976 citado en Frydenberg y Sazbón, 2018, p.6). Por otro lado, pero en estrecha relación con el punto anterior, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se fundaron una serie de organizaciones e instituciones que regularon los *sports*. En primer lugar, en 1886, se creó el ente encargado de establecer las reglas del fútbol a nivel mundial, la *International Football Association Board* (IFAB). Posteriormente, en 1894, surgió el COI con el objetivo de volver a restaurar los Juegos Olímpicos de la Antigüedad y, en 1904, apareció la FIFA, que cumple funciones gubernamentales sobre el resto de las federaciones de fútbol del planeta.

Estas instituciones son las encargadas de organizar los dos grandes megaeventos del deporte del mundo moderno: los Juegos Olímpicos y la Copa Mundial de la FIFA. Ambos eventos son los espacios donde se conjugan todos los elementos que definen cómo se entienden las prácticas deportivas en las organizaciones que regulan el deporte. Tanto los Juegos Olímpicos como la Copa Mundial son competencias en las que las instituciones del deporte como los Estados Nación, corporaciones transnacionales, deportistas y espectadores disputan intereses políticos y económicos, sentidos sociales, imaginarios sobre trayectorias deportivas, emociones e ideologías. Estos hechos pueden ser pensados como la institucionalización de un campo y la fundación de una determinada perspectiva para entender el deporte moderno. De esta manera, se posicionan como hitos que habilitan a pensar la creación de instituciones que van a regular el deporte, y establecer normas y criterios sobre él.

A su vez, durante estos años, el interés por reconocer determinadas prácticas como deportes se materializó en las grillas de los Juegos Olímpicos. En la edición de 1896, las competencias se desarrollaron en 9 deportes y 43 disciplinas con la presencia de 176 atletas, pero el número se incrementó drásticamente en la celebración de 1912, en Estocolmo, los últimos juegos previos a la Primera Guerra Mundial (1914-1918). En esta ocasión, se disputaron 17 deportes en más de 100 disciplinas con la presencia de 2359 atletas masculinos y 48 atletas femeninas provenientes de 14 países. El repaso por estos números no pretende agotarse solamente en la construcción de una estadística, sino que busca reflexionar en torno al interrogante planteado

al principio de este capítulo, relacionado con los paradigmas sobre los cuales se sentaron las bases de los Juegos Olímpicos Modernos durante estos primeros años del siglo XX.

Premisas sobre las que se fundaron los Juegos Olímpicos

Los investigadores Julio Frydenberg y Daniel Sazbón (2018) se han preguntado cuáles han sido los elementos novedosos de los deportes modernos. Para responder a este interrogante retoman el trabajo desarrollado por el historiador norteamericano Allen Guttman (1978) y su conceptualización de las prácticas deportivas “modernas”. Para este, los deportes modernos se sostienen sobre seis ejes, que también pueden pensarse como otros atributos de la Modernidad: secularismo en la competencia, igualdad de los competidores, especialización de los deportistas, racionalización del sistema de reglas que rige la actividad, burocratización de las instituciones y organismos donde se los practica y, sobre todo, cuantificación de los resultados (Guttman, 1978).

Estas aristas sobre las características de las prácticas deportivas modernas nos ayudan a definir dos dimensiones. En primer lugar, más allá de que existe una asociación entre deporte y modernidad, tal como hemos expuesto hasta aquí, no se debe pasar por alto que los deportes tienen una determinada especificidad y relativa autonomía en relación con el entramado del que forman parte (Archetti, 2003). Y, por otro lado, hay que indicar que cuando se le otorga el estatus de deporte a una práctica se implementa una identificación que no es más que una decisión política y cultural (Besnier, Brownell y Carter, 2018). Por ende, no hay prácticas físicas que sean en su propia esencia deportes, sino que obtienen esta categoría por la voluntad política de personas o instituciones que desearon que se las califique de esta manera a través de la creación de una reglamentación.

A partir de estas dos dimensiones se expondrá una serie de reflexiones que nos permitirá visibilizar de qué maneras fueron concebidas las prácticas deportivas por las instituciones que se han encargado de su legislación desde finales del siglo XIX. Dar cuenta de esto tiene como objetivo desandar un aporte a la búsqueda de respuestas de las problemáticas contemporáneas del deporte y, por ende, de la sociedad.

La primera cuestión a señalar es que el nacimiento de los Juegos Olímpicos se produjo en un pasaje histórico en el que la cultura de la Modernidad se constituyó sobre una estrategia consciente de exclusión (Huysen, 2006). Las prácticas deportivas del modernismo sufrieron la “angustia” de ser transformadas por la creciente cultura de masas en las sociedades

occidentales, al igual que otras expresiones artísticas. En este momento, tanto el deporte como el arte ocuparon un rol central en el proyecto civilizatorio a finales del siglo XIX. Una muestra de esto era el vínculo entre los acontecimientos que reunían a las muestras artísticas y a los eventos deportivos. Las primeras ediciones de los Juegos Olímpicos se realizaban mientras se llevaban adelante las Exposiciones Universales, como ocurrió en las citas olímpicas de París 1900 y San Luis 1904.

Esta “angustia”, en palabras del filólogo Andreas Huyssen (1986), es una conjetura que nos posibilita analizar cómo fue el período de la institucionalización del deporte moderno. El proceso de reglamentación de distintas prácticas corporales puede ser pensado como una forma de “resguardar” los sentidos y los valores en torno a determinados deportes que eran practicados por la burguesía, reproduciendo los valores, los intereses y las perspectivas de esta clase social. Hacia finales del siglo XIX, muchas disciplinas actuaban como un espacio donde las élites, especialmente los “*gentlemen*”, fortalecían sus vínculos sociales y construían perspectivas de entender la realidad.

En relación a esto, los aportes del sociólogo francés Pierre Bourdieu (1988) resultan adecuados para pensar la construcción del deporte moderno. En primer lugar, desde su conceptualización sobre los *campos*, los deportes pueden ser pensados como: “*espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias*” (Bourdieu, 1988, p 108). En segunda instancia, es oportuno retomar la idea de *ilusio* como

el hecho de estar llevado a invertir, tomando un juego y por el juego; estar interesado es acordar un juego social determinado que lo que allí ocurre tiene un sentido, que sus apuestas son importantes y dignas de ser perseguidas (Bourdieu, Wacquant, 1995, p. 92).

Estas categorías aportan a reflexionar sobre el modo en que la burguesía europea de fines del siglo XIX fundó una serie de instituciones con el objetivo de legislar el deporte en base a una perspectiva estrictamente relacionada con su manera de comprender lo social. De esta manera se creó un determinado marco de posibilidades en el ámbito de los deportes que demarcó lo que se considera como legítimo y deseable y lo que no, siendo el establecimiento de normas/reglas las que materializaron la proyección acerca de cuál era el deporte deseable y el

que se debía practicar y cuáles eran las facultades de un campo social que buscaba resguardar su capital simbólico (Bourdieu, 2018).

En segundo lugar, el sistema y los deportes olímpicos se han cimentado desde una mirada patriarcal, binaria y heteronormativa (Ibarra, 2020). Esta forma de entender el deporte, como una práctica circunscrita al hombre blanco cis-heterosexual burgués, influyó en todo aquello que tuviera que ver con la participación de las mujeres en las disciplinas olímpicas. Este pensamiento contaba con aceptación pública en una sociedad marcada por el conservadurismo propio de la época victoriana. En una oportunidad, Coubertin llegó a declarar: *“en cuanto a la participación femenina en los Juegos, soy contrario a ella. En contra de mi voluntad, han sido admitidas en un número de pruebas cada día mayor”* (cit. en Tenca, 2016, p. 27). El sistema olímpico se construyó partiendo de una perspectiva misógina. Esto quedó demostrado en la edición de los Juegos Olímpicos de París 1900, donde participaron por primera vez 22 atletas femeninas, un número muy lejano a los 975 varones. Esta desigualdad en la paridad de género olímpica fue una realidad que hasta el día de la fecha es un tema a abordar y solucionar para el COI.

En los Juegos Olímpicos de Londres 2012 participaron 5.892 hombres y 4.676 mujeres. Estos números representaron un avance importante en materia de igualdad. Sin embargo, no sería hasta los tiempos previos de Tokio 2020+1 que el COI anunció el primer Juego Olímpico con paridad de género ya que casi el 49% de las plazas fueron asignadas a mujeres. En este marco inaugural de paridad deportiva, los 206 Comités Olímpicos que participaron tuvieron en sus delegaciones al menos una atleta mujer y un atleta hombre. En esta línea, se invitó a que todos los equipos olímpicos cuenten con dos abanderados en la ceremonia de inauguración, una mujer y un hombre. Más allá de esto, no se puede dejar de señalar que la óptica masculina sigue estando presente en las instituciones que legislan el deporte profesional. La exclusión de ciertas mujeres y otras identidades del ejercicio de los deportes profesionales es consecuencia de las medidas persecutorias sobre determinados cuerpos que ponen en tensión el paradigma binario que estructura al deporte y se encuentra basado en un discurso biomédico (Ibarra, 2020).

En tercera instancia, los acontecimientos deportivos surgieron como un nuevo canal para el ejercicio de una diplomacia que requería de grandes desafíos políticos frente al avance del capitalismo, la expansión imperialista, el robustecimiento de los movimientos obreros y la emersión de una derecha radical antiliberal y nacionalista (Béjar, 2011). En este sentido, se

puede afirmar que los megaeventos deportivos posibilitaron que los Estados Nación descubrieran un espacio de encuentro durante los últimos años del siglo XIX, caracterizado por los conflictos bélicos, étnicos y raciales, originados en las políticas expansionistas de las potencias europeas. Sin embargo, las competencias deportivas de los Juegos no estuvieron exentas del conflicto, por lo que fueron espacios de escenificación de conflictos étnicos, religiosos y militares entre distintas naciones y países. El ganar o perder ante cierto competidor o competidora pasó a ser asociado a un triunfo en el plano de una narrativa bélica. En cierto modo, los Juegos Olímpicos se transformaron en “nuevos” frentes de combates en el plano material y simbólico del tablero geopolítico internacional moderno.

Tampoco los megaeventos deportivos de la modernidad estuvieron exentos de la manifestación de conflictos previamente existentes de las naciones participantes. En Londres, en 1908 fueron presenciados varios acontecimientos extradeportivos asociados a la situación que relacionaba a las potencias económicas y militares (Tenca, 2016). Un caso de esto sucedió con las delegaciones de Irlanda y Finlandia que se negaron a desfilan con la bandera de Rusia y de Gran Bretaña respectivamente a modo de protesta debido a los protectorados que ambas naciones atravesaban.

En cuarta instancia, en los Juegos Olímpicos se suscitaron acontecimientos que representaban los valores y las perspectivas políticas del proyecto modernizador de la sociedad burguesa. Este fue el caso de los Juegos Olímpicos de San Luis en 1904, cuando se incluyeron dentro de la grilla olímpica los “Días Antropológicos” que consistieron en actividades extradeportivas donde se exhibieron ante el público personas de distintas etnias en lo que las autoridades habían denominado como un “*zoológico de personas*” (Wernicke, 2016). Si bien este suceso debe ser pensado como un acto de la histórica tradición esclavista sureña de Estados Unidos (EE.UU) que encontró lugar en la celebración de la Exposición Universal realizada por el centenario de la cesión del territorio de Luisiana que estaba bajo el dominio de Francia, no puede escindirse de las implicancias del proyecto modernizador de los países imperialistas. El control político y económico que llevaron adelante en distintas regiones del mundo hizo que todas aquellas personas que no representaran los valores y las costumbres de la “civilización” blanca, varonil y burguesa de Europa fueran sometidas e inferiorizadas.

En quinto lugar, el amateurismo jugó un papel primordial en los inicios del olimpismo y posteriormente configuraría la historia del deporte durante el siglo XX. Para participar de los

Juegos Olímpicos se debía ser amateur debido a la perspectiva del COI de entender al deporte. En 1954, su presidente, Avery Brundage (1887-1975), declaró:

Los Juegos Olímpicos son consagrados al deporte y no a los negocios o al trabajo. Sólo tienen razón de ser al servicio del amateurismo, y si esto dejara de ocurrir (¡Dios quiera que no!) entonces el olimpismo perdería su razón de ser (Fernández Moores, 2019, p. 289).

La condición de que los deportistas tenían que ser amateurs puede interpretarse de dos maneras. En primer lugar, en los Juegos Olímpicos de la Antigüedad, las y los atletas eran amateurs, no existía el profesionalismo por lo que Pierre de Coubertin continuó con esta tradición. Sin embargo, esto no debe ser pensado solamente como la continuidad de un antecedente ni por fuera de las condiciones sociales en que renacieron los Juegos de la Modernidad. En la sociedad burguesa, quienes podían practicar deportes eran los *gentlemen*, los hombres blancos, cis-heterosexuales con una posición socioeconómica acomodada, que en su tiempo libre desarrollaban algún tipo de práctica recreativa. Esta es la primera lectura: los grandes deportes de la modernidad fueron un acontecimiento específicamente destinado a ser transitado por hombres, al ser los únicos con posibilidad de ejercer la recreación en el espacio público. En segunda instancia, esta condición actuó como un mecanismo de exclusión hacia las personas que no pertenecían a la burguesía y no podían destinar tiempo a desarrollar un deporte de forma amateur. De alguna forma debían tener un ingreso para mantenerse y hacer lo mismo con su familia en la cotidianidad. Por lo tanto, para llegar a participar de los megaeventos deportivos de la modernidad, se debía contar con un capital económico que habilitase la posibilidad de desarrollar una práctica recreativa por fuera del tiempo del trabajo. En síntesis, una serie de condiciones de privilegios sociales que eran casi exclusiva de ciertos hombres.

Las premisas enumeradas anteriormente nos permiten pensar que las prácticas deportivas fueron edificadas bajo dos dimensiones. Por un lado, los deportes modernos se concibieron como una práctica doblemente excluyente (Teijeiro, Patiño y Padorno, 2005). Por otra parte, relegó a quienes no eran parte de la elite social y, a su vez, fueron pensados como un espacio exclusivamente varonil. A partir de este doble mecanismo de exclusión se puede afirmar que las prácticas deportivas han puesto en evidencia el funcionamiento de las jerarquías sociales y las sexo genéricas. En consecuencia, desde su fundación el COI construyó una propuesta deportiva que ha excluido a todos aquellos cuerpos y personas que no se asemejan a los

estereotipos proyectados por el proyecto civilizatorio occidental, aquellos cuerpos que el filósofo Paul B. Preciado (2011) denominó como “impropios”.

Mientras tanto, las instituciones deportivas de la modernidad han configurado sus reglamentos, códigos y documentos que hacen a la organización del deporte desde una perspectiva filosófica y política específica: el igualitarismo meritocrático universalista (Frydenberg y Sazbón, 2018). Si bien los deportes modernos pueden entenderse como un “*ritual del récord*” (Guttman, 2000), es esencial mencionar lo que el discurso de la meritocracia oculta: no todas las personas parten de las mismas condiciones materiales y simbólicas para realizar un deporte y, mucho menos, para poder establecer un récord. Esto se puede hacer extensivo para cualquier actividad que conlleve hacer uso del espacio público en una sociedad caracterizada por la desigualdad social. La perspectiva meritocrática no solamente se agotó en los estatutos y las reglamentaciones de las prácticas deportivas, sino que encontró espacio en los estudios sociales del deporte. Así, para explicar los deportes, surgieron las teorías meritocráticas que partieron del mito igualitarista, relacionado al imaginario de las sociedades democráticas (Ehrenberg, 1991; Bromberger, 1995). Estas postulaban que todas las personas partían de las mismas condiciones de igualdad, otorgadas por los códigos normativos que eran garantes de dicha equidad y que funcionaban como reconocedores de jerarquías y ascensos sociales (y deportivos) únicamente como consecuencia del mérito de los participantes (Garriga Zucal, Hang, Iuliano, 2018). Las producciones de conocimiento que se inscriben en esta perspectiva construyen un marco conceptual que deja por fuera las complejidades sociales, históricas y culturales que configuran al deporte. En este contexto de profesionalización y reglamentación de las prácticas, una de las dimensiones que se volvió protagonista fue la cuantificación de los resultados y la medición del tiempo de desempeño de las y los atletas, a través de la figura del “*récord*”.

El récord: el tiempo como estructurador del deporte moderno

En el año 776 antes de Cristo, un hombre llamado Coreobo (Koroibos o Choroebus, dependiendo de la traducción) fue el primer medallista olímpico de la humanidad luego de ganar una carrera de 192,28 metros. Según los registros, esta fue la primera prueba de las competencias de los Juegos Olímpicos en la Antigüedad. Veinticinco siglos después, en 1896, el griego Charislaos Vasilakos corrió 3 horas y 18 minutos para ganar la primera maratón de los Juegos de la Modernidad. Pero este registro no duraría mucho ya que a la semana, Ioannis

Laventis bajó el “récord mundial” a un tiempo de 3 horas, 11 minutos y 27 segundos. Tanto Vasilakos como Laventis fueron deportistas especializados en atletismo, a diferencia de Coreobo que luego de la competencia volvió a su aldea, donde tenía como profesión ser cocinero.

El ejemplo comparativo entre Coreobo, Vasilakos y Laventis nos permite observar que el récord deportivo no es una práctica exclusivamente moderna (Behringer, 2009). Sin embargo, la celebración de los récords del deporte pasó a tener una centralidad que excede a lo disciplinario en la modernidad: las tecnologías de medición y registro (Besnier, Brownell y Carter, 2018). Mientras que los registros de distancias y tiempos eran algo impensado para las olimpiadas de la Antigüedad en Grecia, para Coubertin fue una cuestión central desde donde construir los Juegos Olímpicos de la era moderna.

Así, el concepto moderno de “deporte” se construyó de manera entrelazada con la noción de “tiempo” hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, específicamente con la posibilidad de registrarlo y analizarlo con la mayor precisión posible (Besnier, Brownell y Carter, 2018). Dentro del campo deportivo, en particular en los Juegos Olímpicos tomó preponderancia el “récord”, la construcción de medidas estandarizadas para registrar los desempeños de las y los deportistas en las distintas disciplinas. En cambio, en la Antigüedad, las Olimpiadas eran un símbolo que estaba emparentado con un ideal de creación y goce para el pueblo de Grecia (Villalba i Varneda, 1994). Sobre todo, los Juegos tuvieron un origen religioso arraigado en los cultos mediterráneos de la fertilidad, al ser entendidos en ese entonces como un regalo de los dioses a esta humanidad (Sesé Alegre, 2008). Para los antiguos griegos, las prácticas deportivas no estaban vinculadas de una forma importante a la medición, más allá de la mencionada experiencia de Coreobo, por lo que no era una preocupación establecer un registro de las capacidades atléticas, sino que el fin era el encuentro gozoso que posibilitara la creatividad de la sociedad.

Según la investigadora social Sanz Garrido (2020), *“el éxito deportivo influye positivamente en el ánimo colectivo de un país y en el reforzamiento de una identidad nacional”* (p. 131). Esta afirmación permite detenernos en algunas consideraciones a tener en cuenta sobre la búsqueda de los récords y las marcas deportivas y su relación con los Estados Nación. En primer lugar, la celebración y el establecimiento de un nuevo tiempo no es motivo de festejo solamente para las y los deportistas, sino que también lo es para los gobiernos. A través de la búsqueda y la conquista de “nuevos tiempos”, se incrementa el número de las delegaciones

olímpicas y, de esta manera, se pueden exponer los éxitos de los programas y las políticas destinadas al deporte profesional. Por otro lado, las posibilidades de alcanzar estas marcas para las y los atletas determinarán el presupuesto y los recursos que se destinarán al deporte en las agendas gubernamentales. Por ende, el “récord deportivo” es un objetivo en la agenda de todas las personas que integran el sistema deportivo y también de los Estados Nación para alcanzar el “éxito” y crear un marco de celebración en la sociedad.

Con el resurgimiento de los Juegos Olímpicos en la modernidad, la medición del tiempo pasó a ocupar un lugar central. Desde la edición de Los Ángeles en 1932, la encargada de medir los tiempos de las disciplinas deportivas fue la marca de relojes suiza Omega. En aquella oportunidad, la empresa envió 30 cronómetros que eran utilizados por personas que paraban el tiempo de las y los atletas usando sus ojos en las competencias de atletismo. Pero con el paso de los años, y el avance de la tecnología, se eliminó la reacción humana con el objetivo de buscar la mayor precisión en los registros (Lichinizer, 2018). El rol que ha tenido esta empresa en los Juegos nos permite visibilizar cómo el tiempo se ha transformado en la piedra fundamental de la arquitectura de los acontecimientos deportivos de escala global en la contemporaneidad. Los tiempos son los que estructuran la planificación de los entrenamientos de las y los atletas que buscan clasificar a una cita olímpica ya que lo que les permite participar en estos eventos es alcanzar y/o superar ciertas marcas. Por lo tanto, los entrenamientos, las competencias previas y todo lo que está relacionado con la construcción de las trayectorias deportivas se encuentra íntimamente ligado a la cronometración de la disciplina. De este modo, en múltiples instancias la victoria en el deporte se encuentra en alcanzar un determinado tiempo, superando los registros del pasado y, de esta manera, ir en búsqueda de nuevas marcas que serán las metas a ser alcanzadas en el futuro.

El repaso por las características de los Juegos Olímpicos y su relación con la noción del tiempo se transforma en un ejercicio obligatorio para reflexionar sobre el deporte moderno. En la actualidad, los esfuerzos por obtener una mayor precisión en el registro de los tiempos se han transformado en una búsqueda que incorpora nuevos episodios de forma continua. Por caso, se han llegado a instalar sensores en las y los atletas para medir su desempeño desde los Juegos de invierno realizados en Pyeongchang en 2018. También se colocaron cámaras con el propósito de seguir los movimientos biomecánicos y así leer los desempeños en comparación con el resto de las y los competidores para, de esta manera, identificar dónde se ganó y se

perdió tiempo. En los Juegos Olímpicos de Tokio 2020, la empresa Omega avanzó de una manera más extendida con la cronometración de las disciplinas a través de los sensores.

En 2028, cuando los Juegos Olímpicos vuelvan a celebrarse en la ciudad de Los Ángeles, a casi cien años de la primera vez que allí se realizaron, se estará por llegar al primer siglo desde que se dió inicio de la utilización de las tecnologías para la medición de los tiempos en el deporte. Al igual que quedó demostrado en las últimas ediciones de las citas olímpicas, las transformaciones tecnológicas volverán a ser protagonistas ofreciendo nuevas posibilidades en la forma de medir el tiempo y ofreciendo nuevas posibilidades en la forma en que se leerán estos datos posteriormente. Si bien cómo se cuantifica el tiempo no se modificará, los nuevos “récords” continuarán dando testimonio de los momentos históricos en los que se realizan y de las formas en que se entiende y practica el deporte profesional.

Reflexiones finales del apartado

Los deportes modernos se institucionalizaron en un paisaje caracterizado por el surgimiento de la sociedad burguesa en un mundo donde las potencias europeas se apoderaban de nuevos mercados y territorios a través de su poderío bélico. En este marco, los Juegos Olímpicos resurgieron para recrear en el ámbito deportivo este nuevo sistema político del tablero moderno que se constituyó tras el encuentro de Europa con los pueblos del resto del mundo, que en su mayoría fueron conquistados en nombre de los valores de la civilización. El proyecto civilizatorio de estas naciones no se basó solamente en una opresión militar y una dependencia en términos políticos económicos, sino que implicó la inserción de determinadas prácticas culturales que representaban la incorporación social a este nuevo escenario histórico, como fue el caso de ciertos deportes.

Desde finales del siglo XIX, los Juegos Olímpicos y las Ferias Mundiales tuvieron un papel protagónico durante los primeros años de globalización. Estos no eran eventos solamente destinados a los deportes y las artes respectivamente, sino que eran espacios donde circulaban personas, ideas y capitales materiales y simbólicos. Estas propuestas actuaron como difusoras de las nuevas estéticas modernas sobre las cuestiones que tenían que ver con temas como la política y la economía, la salud, los cuerpos y la urbanidad. A su vez, ayudaron a las nacientes corporaciones multinacionales a expandirse y encontrar nuevos mercados, al mismo tiempo que eran acontecimientos donde se justificaba y elogiaba el colonialismo y el imperialismo de las potencias occidentales (Rennie Short, 2012).

Teniendo en cuenta las premisas enumeradas previamente, se puede responder en las siguientes características a la pregunta sobre cuáles fueron los pilares que dieron forma al deporte moderno. En primer lugar, la idea predominante de un deporte “para pocos”, para aquellos hombres que representarán los valores de los gentlemen. En segunda instancia se lo pensó como una práctica que solamente podía ser habitada por el hombre blanco cis-heterosexual perteneciente a la burguesía, excluyendo a las mujeres y al resto de las personas de acceder y habitar esta práctica cultural. Asimismo, fue utilizado como un nuevo canal de diplomacia entre los distintos países y naciones en un escenario caracterizado por el conflicto bélico que implicaba el avance imperialista. Más allá de funcionar como un canal de diálogo y encuentro para las autoridades gubernamentales, no estuvo exento de que los valores y la ideología que conllevaba el proyecto modernizador de la civilización europea se hicieran presentes en sus reglamentaciones. Y, por último, el carácter amateur bajo el que nació el deporte moderno era un rasgo más de un posicionamiento que deseaba y entendía que a esta práctica solamente podían acceder quienes tuvieran las condiciones de posibilidad de acceder al ocio y la recreación por fuera del tiempo del trabajo. En tiempos de Revolución Industrial y jornadas sin ningún tipo de derecho laboral, estos destinatarios eran los hombres de los estamentos sociales más privilegiados.

En 1914, el asesinato del archiduque Franz Ferdinand en la ciudad de Sarajevo y el posterior comienzo de la Primera Guerra Mundial significó un antes y un después en la historia de las sociedades burguesas occidentales ya que fue el fin de un período de paz y el inicio de un mundo que se acostumbró a las matanzas y al destierro obligatorio a escalas incalculables (Hobsbawn, 1994). Con respecto al deporte, tras este conflicto bélico (que se suponía que sería la guerra “que terminaría con todas las guerras”) los Estados Nación decidieron desarrollar políticas asociadas a la actividad física en sociedades donde la participación política de las mayorías en los asuntos públicos era cada vez más notoria. La importancia de la formación corporal de la población era una exigencia para un mundo donde se crearon nuevas categorías que permitieran narrar el horror de la guerra, como el caso de las palabras “apátrida” o “genocidio”.

Un claro ejemplo de esto se puede apreciar en el documental *Ellos no envejecerán* (2018), del cineasta Peter Jackson. Aquí se narra de una forma detallada cómo surge la necesidad de la formación corporal durante la Primera Guerra Mundial ya que uno de los principales problemas que afrontó Gran Bretaña tras el inicio del conflicto bélico fue la falta de

preparación física de miles de jóvenes que se alistaron sin previa formación castrense. Para modificar esto, se los sometía a largas caminatas diarias y a horas de actividad física con el fin de que sus cuerpos pudieran soportar las exigencias que requerían estar en el frente de batalla. La ausencia de educación corporal sería una arista de la cual los Estados Nación tomarían nota para que no volviera a ocurrir en un futuro. Sobre todo teniendo en cuenta que este es un momento histórico donde se produjo la mayor conflagración bélica conocida hasta entonces (Béjar, 2011). En las siguientes décadas la preparación física de las juventudes pasaría a ser una política de Estado que cada vez iría tomando mayor importancia a medida que avanzó el siglo XX.

Sin embargo, lo que aquí interesa remarcar es cómo el comienzo de la Guerra Mundial representó el fin de un período histórico donde la burguesía edificó las legislaciones y los reglamentos de las competencias de los deportes profesionales modernos, inclusive los olímpicos, sustentándose en una implementación de sus valores y perspectivas sobre la realidad social. Aquellas prácticas deportivas regidas por normas son una manifestación primordial del hombre burgués, racional, blanco y cis-heterosexual de la modernidad, que encontró en los tiempos por fuera del trabajo nuevas formas de habitar el espacio público a través de establecer competencias, cronometrando los tiempos de los esfuerzos físicos, midiéndose corporalmente y manejando distintos tipos de máquinas que le permitieran demostrar y celebrar los nuevos alcances del proyecto civilizatorio.

Las características que dieron forma a cada una de las premisas que fueron expuestas previamente no son una cuestión de finales de siglo XIX y principios del XX, sino que son problemáticas que actualmente se siguen reproduciendo y se expresan en los escenarios del deporte profesional contemporáneo. El ejercicio de hacer una revisión de cada una de ellas es un esfuerzo que pretende buscar preguntas a las problemáticas sociales que se manifiestan en las prácticas deportivas del presente. Los casos de racismo, las violencias de género y otras formas de discriminación y segregación son una constante que se siguen reproduciendo en los grandes eventos del deporte moderno, tal como quedó expuesto en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1.

Capítulo 2. El deporte en un “mundo feliz”

“Asimilamos lo que queremos y podemos asimilar. No lo que nos echan encima deprisa y con tal ímpetu y volumen que acabamos apabullados”

Ursula K. Le Guin (1929-2018).

La conformación de la era neoliberal del deporte

El desarrollo del deporte olímpico durante el siglo XX y principios del XXI hizo que sea posible identificarse con un atleta, un país o una nación aunque no tengamos su misma nacionalidad, no vivamos allí, ni hablemos la misma lengua o compartamos la misma cultura. Al menos, así lo demuestran los alcances públicos y mediáticos que tienen las figuras deportivas como Simone Biles, Michael Phelps, Usain Bolt, Rafael Nadal o Lionel Messi, superestrellas de un mundo cada vez más conectado por las tecnologías de comunicación y las redes de transporte. Pero ¿cómo se conformó un escenario donde el pueblo de Bangladesh puede alentar por la selección argentina en la Copa del Mundo de Qatar 2022, donde el nadador estadounidense Michael Phelps se transforma en el atleta más mencionado en las redes sociales de Latinoamérica durante los primeros Juegos Olímpicos que se realizaron en esta región del mundo, o donde la gimnasta Simone Biles genera un debate sobre la salud que tiene un alcance global a partir de no presentarse a una final olímpica porque no se encontraba en condiciones psicológicas de hacerlo? Estas son algunas de las preguntas que permitirán reflexionar sobre cómo la expresión de determinados posicionamientos políticos en el deporte dialogan con procesos y experiencias históricas más amplias dentro de la cultura en un mundo que transitó una crisis sanitaria, económica, política y social sin precedentes debido a la pandemia causada por la propagación del COVID-19. En este caso se hará hincapié en analizar cómo la incorporación de nuevas tecnologías de la comunicación y la información transformaron las formas de narrar y experimentar el deporte profesional.

Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 dan cuenta de una época en la que el espectáculo es *“tan obligatorio como lo sería una ley”* (Debord, 2012, p. 15) y donde las pantallas ganaron un total protagonismo ante la imposibilidad de ser parte de acontecimientos colectivos, de espacios de discusión y debate, de instancias de construcción del tejido social. Sin embargo, sería errado pensar que los Juegos Olímpicos o los grandes eventos del deporte tienen el lugar

que tienen en los medios de comunicación y las plataformas digitales solamente por lo que ocurrió en la pandemia. Por lo que resta preguntarse ¿en qué momento de la historia el deporte se convirtió más en un espectáculo televisado/de imágenes que en un acontecimiento al cual asistir? ¿De qué manera se fue dando este proceso a lo largo del siglo XX? ¿Cómo se intersectan las imágenes de Messi, Bolt, Phelps o Biles y lo que representan para millones de personas con los conglomerados comunicacionales, las grandes cadenas televisivas y digitales del deporte en todo el mundo? Las personas que las y los siguen aparecen en regiones y sociedades alejadas por miles de kilómetros y con tradiciones totalmente distintas, pero se encuentran unidas por algo entre sí, son contemporáneas a la era del deporte neoliberal, definida “*por la promoción de la privatización y el libre mercado*” (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 252).

Si bien ninguna práctica deportiva se encuentra del todo controlada por las fuerzas mercantiles, dado que los Estados Nación tiene algún tipo de regulación sobre la comercialización de las industrias deportivas, en este nuevo escenario se profundiza el deterioro y el retroceso del poder estatal para planificar y regular las políticas deportivas en sus respectivas sociedades y aumenta el poder de las corporaciones transnacionales y los conglomerados mediáticos transnacionales. Estos son quienes auspician y financian a los organismos que legislan el deporte y durante las últimas décadas ganaron un mayor poder en las decisiones vinculadas a la organización y la reestructuración de las prácticas deportivas que tuvieron como objetivo el aprovechamiento al máximo de sus oportunidades comerciales a través de la televisación de los megaeventos como los Juegos Olímpicos o la Copa Mundial de la Federación Internacional de la FIFA, por sus siglas en inglés). Considerando esto se puede afirmar que en ambos acontecimientos se legitiman los intereses y el orden mundial que imponen las potencias occidentales a partir de llevar a cabo una digitalización del espectáculo deportivo que se muestra al mundo. Al mismo tiempo, si bien la alteridad del resto de los países y naciones no es borrada, se les otorga un lugar específico para simular su alternancia. Esto no impide que sean parte de los consensos y la virtualización de la realidad que implementa el régimen neoliberal Occidental y sus medios de comunicación (Baudrillard, 1993). Los Juegos Olímpicos son un espacio desde el cual se recrea una extensión del reparto global desigual impuesto por Occidente.

En el siglo XXI, los deportes del más alto rendimiento pueden ser pensados como los tiempos de la celebración de las grandes estrellas deportivas y de las marcas que participan en los

grandes megaeventos deportivos, que proponen más una fiesta de los alcances del poder de los intereses del mercado que de la posibilidad de los Estados nación de exhibir al mundo una planificación política en relación con el deporte. Es más, la organización de un Juego Olímpico o de la Copa Mundial suele dejar a las ciudades y los Estados nación en una posición de subordinación a través del endeudamiento financiero y la aceptación de medidas foráneas que no se relacionan con las urgencias y necesidades de sus respectivos pueblos, mientras que su implementación es condición por parte del COI y la FIFA para el desarrollo de los eventos (García, 2018)⁴.

En este apartado se explorarán los procesos sociales que involucraron a las tecnologías en el deporte y cómo impactaron en las formas de organizar esta práctica en las sociedades contemporáneas, partiendo de entender que estos sucesos generaron tensiones, rupturas y posibilidades para la historia del deporte y la cultura. Para construir el siguiente análisis se tomarán como referencia los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, Múnich en 1972, Barcelona en 1992 y Atlanta en 1996. A través de estas ediciones se identificarán y pondrán en diálogo las transformaciones que abrieron novedades en la experiencia histórica del deporte olímpico.

Berlín 1936⁵ y Múnich 1972

⁴ Algunos de los ejemplos más notorios de estas situaciones fueron los Juegos Olímpicos de Atenas 2004, Río de Janeiro 2016 y la Copa del Mundo de Sudáfrica 2010. Tal vez, el más dramático sea el de Atenas 2004 porque su organización contribuyó al desplome de las finanzas públicas de Grecia. Tras la finalización de los Juegos, muchas de las instalaciones olímpicas fueron transferidas al sector privado, específicamente a grupos inmobiliarios debido a la imposibilidad del Estado de hacerse cargo de su mantención. Asimismo, el Banco Central Europeo fue quien exigió la privatización de varias sedes olímpicas para liquidar deuda pública griega. En este marco se debe recordar que estos Juegos Olímpicos tuvieron lugar tres años después del 11 de septiembre de 2001. Por lo tanto, el COI y EE.UU. le exigieron a Grecia medidas de seguridad drásticas. Esto derivó en una licitación de vigilancia electrónica que ascendió a 259 millones de euros y fue ganada, justamente, por una empresa germano-estadounidense (SIAC-Siemens). En el documental el “Escándalo Siemens”, el profesor universitario griego, Minas Samtas, denunció que ese dispositivo “*nunca funcionó*”. Luego de cinco años de los Juegos Olímpicos, la sociedad griega atravesaría por la peor crisis económica y política de su historia pero para el COI Atenas 2004 representó una ganancia de 228 millones de euros (García, 2018).

⁵ A lo largo de esta tesis se utilizará la expresión *Berlín 1936* para hacer referencia a la XI Olimpiada de verano que se realizó en Berlín, Alemania, entre el 1 y el 16 de agosto de 1936. Pero, a diferencia de otras ediciones, es necesario aclarar que dicha forma de nombrar a estos Juegos Olímpicos fue utilizada de una manera propagandística por el Partido Nacional Socialista para mostrar una Alemania “*en paz y cosmopolita*” (Hilmes, 2017, p. 93). Aunque en realidad, el vocablo *Berlín 1936* fue parte de un mensaje desafiante y bélico del Tercer

Para comenzar a reflexionar sobre cómo se constituyó la era neoliberal del deporte se tomarán como punto de partida los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 y Múnich de 1972. Ambos Juegos se realizaron en territorio alemán y tuvieron un protagonismo en la incorporación de nuevas tecnologías en la organización y la difusión del deporte olímpico. Sin embargo, tuvieron significaciones totalmente opuestas. Mientras que el primero puede ser considerado como la máxima expresión del proyecto político nacionalsocialista en materia deportiva, la organización de Múnich pretendió ser todo lo contrario en cuanto a la Alemania que se quería mostrar al mundo.

Un suceso que nos permite conocer en qué momento la televisación empezó a cumplir un rol prominente en el deporte olímpico lo señala el historiador norteamericano Mark Dyreson (1997) al indicar que el debut de la televisión en un Juego Olímpico fue en Berlín 1936 cuando se proyectaron por circuito cerrado las imágenes de las competencias en distintas ciudades de Alemania. Sin embargo, no sería hasta la década de 1970 que se realizaron los primeros eventos en que se modificaría la relación entre las comunicaciones y el deporte. A partir de estos años, distintos Estados dejaron de monopolizar la propiedad de los canales de televisión y abrieron el mercado a los capitales privados que desde su ingreso desempeñan un rol cada vez más importante en el deporte (Boyle y Haynes, 2009).

Para la década de 1930, los Juegos Olímpicos de Berlín fueron un acontecimiento que logró obtener un nivel mediático mundial sin precedentes por distintos motivos. Entre los más destacados se puede mencionar la acreditación de 1.800 periodistas que llegaron desde noventa y cinco países, la llegada de ciento veinticinco fotógrafos que tomaron alrededor de dieciséis mil fotografías para sus respectivos medios, se utilizaron tres cámaras electrónicas que hicieron retransmisiones para las novedosas cadenas de televisión de aquel entonces, llegando a mostrar las pruebas con una demora de apenas cincuenta segundos a través de

Reich hacia el resto del mundo, en un año donde esta ciudad era el epicentro de una dictadura que perseguía, encarcelaba y asesinaba a sus opositores políticos. Mientras que en la República de Weimar (1918-1933) Berlín “floreció” artísticamente, la llegada de Hitler al poder (1933) la transforma en absoluto, convirtiéndose en un lugar de persecución para quienes amenazan la moral nacionalista. Por lo tanto, en 1936 Berlín muestra un paisaje contradictorio. Mientras el gobierno nazi se muestra como “cosmopolita y amable” y celebra las hazañas deportivas de los Juegos Olímpicos, a pocos kilómetros se abrían campos de concentración donde poblaciones como gitanos, judíos y disidentes padecen la brutal represión del régimen. Por este motivo, en esta investigación la marca *Berlin 1936* debe ser leída como una referencia a este complejo escenario y no solamente como una alusión a las XI Olimpiadas de verano.

pantallas ubicadas en 21 auditorios situados en la capital alemana y en las localidades de Potsdam y Leipzig. Mientras todos estos avances tecnológicos se transformaron en una realidad, la cineasta Leni Riefenstahl (1902-2003) tuvo un importante protagonismo a través de lograr una forma de narrar las competencias olímpicas sin precedentes al incorporar técnicas de rodaje que revolucionaron para siempre la forma de filmar el deporte, plasmando estos avances en la película Olympia (1938). El espíritu y objetivo de esta filmación fue impresionar al mundo con el poder del gobierno alemán. Por ende, estos cambios en la forma de narrar el deporte olímpico debían ser leídos como una acción más en este sentido (Hilmes, 2017, p. 62). Al respecto, el historiador Oliver Hilmes (2017) señala que *“la propaganda nacionalista durante los Juegos Olímpicos es tan eficaz que es posible construir campos de concentración sin que la opinión internacional se percate”* (p.123).

Como queda expuesto, no solamente fue una exhibición de los cambios tecnológicos en materia de las comunicaciones, sino que allí se podía traslucir un mensaje de trasfondo que tenía un carácter bélico y amenazante hacia el resto de las potencias occidentales. Este escenario fue aprovechado por Adolf Hitler para exhibir una nación industrializada con la capacidad de alcanzar grandes avances en términos científicos y técnicos. En este sentido, los Juegos Olímpicos también se transformaron en una señal de advertencia sobre el nuevo poderío que poseía la nación alemana tras el Tratado de Versalles y la República de Weimar. Teniendo en cuenta esto se puede afirmar que no fue una casualidad que tres años después de la finalización de Berlín 1936 comenzara la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Luego de Berlín 1936 transcurrieron treinta y dos años para que se volviera a realizar un Juego Olímpico en Alemania. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, su territorio se repartió para ser administrado por los países vencedores del conflicto. Durante este período de posguerra los avances tecnológicos fueron notorios y así como en 1936 Hitler buscó impresionar al mundo con una exposición de las novedades tecnológicas y comunicacionales, la organización de Múnich 1972 también tuvo un objetivo pretencioso al perseguir el olvido de lo que había sido Berlín. En esta línea, se decidió que el lema de la cita fuese *“The Happy Games”* (Los juegos felices), en una clara indicación de lo que se quería mostrar al mundo de Alemania. Para quienes lo organizaron, Múnich debía manifestarse como una ciudad en paz y cosmopolita donde el arte y la cultura se entrelazaban con la alegría de vivir. De este modo, se dejaron atrás los protocolos convencionales en materia de seguridad y se desarrollaron

políticas más innovadoras, como la implementación de los denominados “psicólogos policiales”, fuerzas de seguridad que no portaban armas.

En este marco, las fuerzas de seguridad de Múnich, que estaban a cargo de Manfred Schreiber, interpretaron este mensaje y, junto a la organización, apartaron y prescindieron de la policía en la Villa Olímpica y en las sedes de los equipos olímpicos. En el marco de esta nueva estrategia, la seguridad consistió en el despliegue de dos mil agentes de policías desarmados, vestidos con “colores alegres” (blanco, celeste y/o naranja) y solamente equipados con walkie talkies para comunicarse entre sí ellos. En este escenario, el concepto de seguridad entró en cuestionamiento al incorporar una serie de medidas en esta línea, ganando protagonismo las ideas provenientes de los carnavales (principalmente del de New Orleans). Por ejemplo, se disparaban caramelos con cañones desde el río Rin a la ciudad para crear un clima de festividad, las y los agentes ofrecían abrazos colectivos y ramos de flores a las personas visitantes. Es decir, esfuerzos dentro de una idea estratégica central: crear un ambiente de distensión y alegría para dejar atrás la imagen de una nación fuertemente militarizada, como la que se difundió en 1936 y que alcanzó una drástica magnitud durante la Segunda Guerra Mundial.

Estas novedosas medidas también se hicieron presentes en el plano de la arquitectura de las instalaciones de Múnich 1972. Cuando los arquitectos alemanes Günther Behnisch y Frei Otto presentaron el diseño del estadio que albergaría a los Juegos expusieron una maqueta donde se levantaba una estructura caracterizada por su ligereza y la ausencia de tensiones por medio de un sistema de apoyos y cables que creaban una novedosa forma dentro de la arquitectura tradicional para este tipo de construcciones. Para esto fue esencial que incursionaran en la utilización de nuevas tecnologías que mediante cálculos matemáticos de computadoras les permitieron determinar la forma y el comportamiento de la superficie y de la cubierta de este nuevo estadio que se irguió en una zona que había sido devastada por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial. El concepto era claro: concebir una estructura en suspensión donde la iluminación proveniente de los Alpes suizos abarcara todo el estadio mostrando la nueva luz de una Alemania que había dejado atrás las ideas del nazismo. La idea era contrastar estos dos momentos históricos. La construcción del Olímpico de Berlín en la década de 1930 representaba las corrientes de la rigidez arquitectónica de la modernidad, mientras que el estadio de Múnich fue una sofisticada respuesta por parte las

tendencias artísticas de la década de 1960 que buscaron dejar atrás el oscuro y pesado legado de los Juegos Olímpicos de 1936.

Pero más allá de todo esto, y al igual que Berlín 1936, Múnich no pasó a la historia solamente por cuestiones de lo meramente deportivo o por mostrar una cuidadosa imagen de Alemania. En la madrugada del 5 de septiembre de 1972, ocho integrantes de la organización palestina *Septiembre Negro* se infiltraron en la Villa Olímpica y asesinaron a un entrenador y a un atleta israelí y, posteriormente, tomaron a otros nueve integrantes de la delegación de Israel como rehenes. Esta infiltración terrorista, que se encontraba en diálogo con las problemáticas de la agenda geopolítica de las décadas de 1960 y 1970, tuvo una repercusión mediática con un alcance global. Este atentado fue un episodio más de una nueva agenda bélica, expresada a través de otra modalidad de la guerra tradicional, que tenía que ver con entender al terrorismo como un problema generado en el fragor de la reorganización de las potencias. Apenas cinco años atrás había sido la Guerra de los Seis Días, un conflicto que involucró y militarizó a casi todos los países de la zona árabe y que como resultado hizo que Israel pasara a controlar la Franja de Gaza.

Todo lo sucedido durante la toma fue televisado a cientos de países en un momento donde las tecnologías de la comunicación y la información se encontraban siendo perfeccionadas e incluidas en la organización de los eventos deportivos. Incluso las secuelas del atentado llegaron a ser un tema de debate en las instituciones de representación internacional, como las Naciones Unidas (ONU, por sus siglas en inglés). En esta coyuntura no fue una cuestión menor el rol protagónico que tuvieron los medios y las tecnologías de comunicación en las coberturas masivas de los eventos internacionales. En este caso, se transmitieron en vivo y en directo los sucesos hacia todo el mundo en novedosas imágenes en color que llegaban por los primeros televisores hogareños de estas características. Según las propias fuerzas de seguridad que actuaron allí, la televisación de esta escena perjudicó su accionar para solucionar el conflicto ya que los propios terroristas seguían por televisión sus procedimientos. Años más tarde, la policía manifestó que no se encontraba preparada para una situación de tal magnitud con tantos medios de comunicación siguiendo los hechos minuto a minuto. A pesar de esto, los Juegos Olímpicos siguieron desarrollándose tras la decisión de Avery Brundage, el presidente del COI.

Este acontecimiento fue una muestra más de cómo estos eventos deportivos eran utilizados como espacios de extensión de la conflictividad de intereses vinculados a tramas políticas y

culturales. En la Guerra Fría, los Juegos Olímpicos ofrecieron uno de los testimonios más claros de cómo las instancias deportivas profesionales fueron un espacio de expresión de los conflictos políticos y de la cultura. Pero, a diferencia de la década del 30, en 1972 las tecnologías de comunicación cumplían un rol diferente y fundamental en su cobertura y difusión. En el caso de Múnich, se debe mencionar que se realizaron en una década teñida por la incertidumbre en materia de la economía como producto de la caída de la producción y el aumento de los precios (Hobsbawn, 1994). Con esta llamada “Crisis del petróleo”, concluían los denominados “años dorados” del ascenso social y el consumo para las sociedades occidentales. Por otra parte, en lo referido a lo político, esta década se caracterizó por la movilización social, cultural e ideológica, sobre todo de las juventudes, el desarrollo de distintas revoluciones y la violencia institucional y política en el espacio público. Algunos de los episodios más importantes en este escenario de convulsión política fueron la Revolución cubana (1959), el Mayo Francés (1968), la Primavera de Praga (1968), la Revolución Iraní (1979) y la Guerra de Vietnam (1955-1975).

Juegos Olímpicos y tecnologías de la comunicación

Tal como se señalaron las aristas económicas y políticas, también es necesario referirse a los avances tecnológicos, retomando lo expuesto por la investigadora José Van Dijck (2019) sobre las perspectivas en torno a las tecnologías de la información en aquellos años. Esta autora indica que en la década de 1960 las tecnologías eran vistas en la agenda pública como *“instrumentos de control al servicio de las corporaciones o los gobiernos burocráticos”* (p. 26). Aunque esto cambió en la década de 1970, cuando comenzaron a ser entendidas como instrumentos de liberación en un contexto donde la cibercultura “nerd” se entrecruzó con las banderas políticas de la libertad individual y el empoderamiento propuesto por el movimiento contracultural (Van Dijck, 2019, p. 26). En los años ‘70, las tecnologías de la información y el deporte encontraron una forma de relacionarse que modificó las prácticas deportivas en el futuro a partir del desarrollo de las tecnologías de la información, sobre todo las relacionadas con el formato multimedial y de convergencia. De esta manera, los adelantos tecnológicos empezaron a ser utilizados en las coberturas de los deportes transformando las características de los eventos deportivos más importantes. De esta manera, los Juegos Olímpicos se convirtieron paulatinamente en una expresión deportiva a la cual podían acceder millones de personas (Fernández y Hernández, 2014).

A finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX se pudieron presenciar los primeros avances en lo referido a la implementación de nuevas tecnologías de la comunicación en el deporte olímpico. En Atenas 1896, las noticias sobre los Juegos eran seguidas por una prensa que cubría las competencias mediante artículos ilustrados con aguafuertes y fotografías. En los Juegos de Estocolmo 1912 se filmó la primera película de este evento que se compone de 24 vídeos de una breve duración. La utilización de la radio llegaría en París 1924. Más adelante, en Amsterdam 1928 y Los Ángeles 1932 se llevaron adelante experiencias de retransmisiones radiofónicas, aunque Berlín 1936 sería la cita que abriría una nueva etapa en la relación entre el deporte y estas tecnologías, al realizar una producción como Olympia (1938) y llevar a cabo retransmisiones radiofónicas masivas. Es importante señalar dos motivos por lo que no ocurrió previamente esta apertura de la “nueva etapa” durante las dos primeras décadas del siglo XX. Por un lado, por la ausencia de cables transoceánicos y de una tecnología de emisión desarrollada para largas distancias y, por otra parte, por la presión de los diarios de Gran Bretaña, de los estudios de Hollywood, más las restricciones del COI, que veían a la radio como una amenaza al valor de las entradas, que tenían un valor muy elevado por aquellos años (McVoy, 1997; Llinés y Moreno, 1999).

Berlín 1936 marcó el inicio de la era de la televisión al ser la primera experiencia en que las telecomunicaciones intervinieron en el proceso del envío de imágenes a distancia por medio de ondas hertzianas en el marco de un Juego Olímpico que fue cubierto en 28 idiomas y tuvo 2500 retransmisiones. Además, la manera en que Leni Riefenstahl filmó Olympia marcó un precedente y un estándar en las retransmisiones deportivas televisivas. Tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, la televisión pasó a ocupar un lugar central en el Movimiento Olímpico, al transformarse en su principal fuente de ingresos. En Londres 1948 se hicieron retransmisiones mediante ondas hertzianas a tan solo 50 millas del estadio Olímpico. Aunque muy pocas personas en Gran Bretaña tenían televisores para aquel entonces, los Juegos Olímpicos ya podían ser consumidos por televisión. Esto permitió que 500.000 personas siguieran las competiciones a una distancia de hasta 200 km de los estadios. Incluso la BBC pagó 80.000 guineas para poder mostrar las imágenes de los Juegos. Doce años más tarde, los Juegos de Roma 1960 fueron los primeros retransmitidos en vivo a una escala internacional ya que 18 países de Europa recibieron lo que sucedía en las competencias de la capital italiana de forma directa por medio de la cadena Eurovisión, mientras que países como EE.UU., Canadá y Japón lo recibieron en diferido con unas pocas horas de retraso. Asimismo, los Juegos de 1960 fueron un hito en que se inauguró la utilización del

magnetoscopio, que permitió grabar y reproducir la experiencia deportiva una y otra vez, tanto en la grabación como en la recepción.

La siguiente nueva etapa tendría su punto de partida en los Juegos Olímpicos de Tokio 1964 porque allí se realizaron las primeras transmisiones por satélite, lo que significó el primer paso hacia otra forma de otorgarle una dimensión de globalidad al deporte olímpico. Además, en esta edición se produjeron las primeras imágenes de televisión a color y de repetición en cámara lenta como consecuencia del desarrollo en los sistemas de grabación con magnetoscopios. De este modo, el olimpismo inició un camino que poco a poco lo convertiría en una expresión deportiva con la capacidad de ser compartida por millones de personas al comenzar a efectuar las primeras retransmisiones por satélite (Fernández y Hernández, 2014, p. 6). Además, se concretaron las primeras experiencias de televisión a color y de repetición con cámara lenta a partir del perfeccionamiento de los sistemas de grabación con magnetoscopios, que serían perfeccionadas en Múnich 1972 al utilizar cámaras más ligeras y de menor tamaño en las competencias deportivas.

Los siguientes avances significativos se dieron en Los Ángeles 1984 al añadirse la fibra óptica para transmitir desde el lugar de las competencias al centro de control de televisión. Para la última década del siglo XX, en Barcelona 1992 se comenzó a utilizar por primera vez videos digitales y la alta definición, en lo que serían las implementaciones previas a un nuevo punto de inflexión con la creación de la página web oficial del COI en 1995 y un sitio web sobre los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996 que ofrecía distintas opciones, como la posibilidad de consultar los resultados deportivos y toda la información relacionada con la organización de estos Juegos. Una muestra de la demanda de la información olímpica en Internet se reflejó en que este sitio recibió 185 millones de visitas durante la duración de las competencias (Fernández et al., 2011). En las décadas de 1980 y 1990, las cadenas de televisión comenzaron a indagar en el modo de transmitir las emociones con una mayor intensidad y a enriquecer con nuevas perspectivas la creación audiovisual del deporte (Fernández, 2013).

Ya en el siglo XXI, las novedades tecnológicas estarían relacionadas con las decisiones de las grandes cadenas de televisión, más precisamente con la estadounidense Compañía Nacional de Radiodifusión (NBC, por sus siglas en inglés) que empezó a subir a su página web los resúmenes de las competiciones acompañados de clips de video. En este escenario, la gestión del entonces presidente del COI Jacques Rogge (2001-2013) apostó a promover los valores

Olímpicos y sus símbolos a través de las televisualizaciones de los Juegos en un contexto en que se incrementó el valor de la adquisición de los derechos audiovisuales de las competencias olímpicas. Los años de la década del 2000 fueron los tiempos del perfeccionamiento y el aumento en las coberturas televisivas mediante el aprovechamiento de los multicanales que ofrecían los grandes monopolios de la comunicación a nivel global, lo cual les permitía hacer distintos tipos de retransmisiones. Es decir, realizaban un desplazamiento de la información de los canales generales hacia los que se dedicaban las coberturas deportivas. En este caso, durante Atenas 2004, la NBC llegó a utilizar nueve canales de televisión diferentes para lograr una retransmisión de las ceremonias y las distintas competencias, utilizando las siguientes señales: NBC, CNBC, MSNBC, USA, Telemundo (en español), Universal HD, Oxygen, y dos nuevos canales multiplexados digitales de la propia NBC que en ocasiones ofrecían la misma programación durante diferentes horarios del día.

En Pekín 2008, las imágenes del movimiento olímpico llegaron a regiones del mundo donde nunca antes habían sido vistas a partir de un acuerdo que firmaron el COI y Youtube para retransmitir los Juegos a 78 países de África y Asia donde nunca antes ninguna corporación comunicacional había mostrado algún tipo de interés por comprar los derechos audiovisuales. A la vez, fueron la primera cita olímpica donde se retransmitió el evento totalmente en alta definición. Dos años después, en los Juegos Olímpicos de Invierno Vancouver 2010, el COI creó sus propias redes sociales en Facebook y Twitter, lo que constituyó a la conformación del escenario que desembocó en que Londres 2012 se convirtiera en el primer Juego donde se consolidó el uso de las redes sociales y se creó el *Hub de deportista* (COI, 2012) que centralizó la presencia mediática de todas y todos las y los competidores en Facebook y Twitter. Por otra parte, fue la primera cita olímpica en ser retransmitida en 3D. Una arista no menor es que por las redes sociales se facilitó a las y los aficionados el seguimiento de las y los deportistas, lo que “*también permitió al COI realizar un control organizado sobre lo que los deportistas publicaban, monitorizando si seguían los preceptos de la Carta Olímpica*” (Fernández, Ramajo y Aráuz, 2014).

Entre Londres 2012 y Río de Janeiro 2016 los usos de tecnologías en el deporte avanzaron de una manera exponencial y el movimiento olímpico continuó agregando nuevas herramientas. En este marco, en Río se incorporó el manejo de drones para conseguir grabaciones de 360°, se instalaron sistemas de sensores y GPS para retransmitir las pruebas con una mayor precisión y monitorear las pulsaciones de las y los deportistas, se colocaron contadores

digitales en el fondo de las piletas para que las y los nadadores supieran cuantas pasadas llevaban hechas durante la prueba. Por otra parte, disciplinas como vóley y beach vóley contaron con un circuito cerrado de televisión para la repetición de las jugadas y que de esta manera los equipos pudieran discutir la decisión del árbitro, en levantamiento de pesas se experimentó con cámaras móviles que permitieron seguir los movimientos de las y los pugilistas. Pero lo más relevante para la televisación de estos Juegos fue que la retransmisión de varias pruebas se hizo en ultra alta definición, lo que se conoce como grabaciones en 8K, que llegan a tener una resolución 16 veces más alta que las Full HD clásica. También, se dispusieron por primera vez la utilización de nubes para el manejo de aplicaciones en los celulares, como el portal de voluntarias y voluntarios y las acreditaciones del evento. Además, durante el tiempo celebratorio de estos Juegos, el entonces alcalde de la ciudad le pidió a la multinacional de entretenimiento Nintendo que el videojuego de realidad aumentada, Pokemon Go estuviera disponible para atraer a más turistas.

En Tokio 2020+1 se pudieron atestiguar los últimos avances en materia de tecnologías en el campo del deporte. Es necesario recordar que estos ocurrieron en un momento histórico de aislamiento social que ocasionó que los vínculos personales, laborales y sociales así como los tiempos de productividad y de ocio se vieran atravesados como nunca antes por lo que transcurría en las pantallas. Por lo tanto, tuvieron el desafío de ser uno de los primeros grandes eventos mediáticos de escala global que se realizó en este escenario, junto al retorno a la Asociación Nacional de Básquetbol (NBA, por sus siglas en inglés) de EE.UU. y de distintas ligas de fútbol europeo que se habían producido a mediados del 2020. El denominador común de todos estos eventos es que fueron pensados bajo lógicas de burbujas sanitarias y televisivas, donde no había espectadores de forma física sino que se podían hacer presentes a través de pantallas gigantes en las tribunas que reproducían las videollamadas de las y los seguidores. Como quedó demostrado, en los avances tecnológicos se encontró la respuesta a estas situaciones. La ausencia de públicos y las burbujas representaron un obstáculo para diseñar las televisaciones y la producción de contenido de las imágenes, considerando que justamente los Juegos Olímpicos convocan a millones de personas y eso es lo que les otorga un atractivo y una adrenalina a los escenarios que las grandes cadenas de televisión retransmiten a todo el mundo.

Por ese motivo, los esfuerzos se concentraron en mejorar las transmisiones. Para esto se implementaron distintas herramientas como el uso de tecnología de detención vital sin

contacto para proveer el seguimiento de la frecuencia cardiaca de las y los atletas en directo, cómo se hizo en la prueba del tiro con arco. Mientras que en atletismo se empleó tecnología 3DAT (3D Athlete Tracking) de las empresas Intel y Alibaba para que quienes siguieran las transmisiones pudieran ver en las pantallas en tiempo real la velocidad alcanzada por las y los atletas de cada competencia. En básquet, se instalaron 35 cámaras en 4K para ofrecer repeticiones de jugadas y lanzamientos en 360° con el fin de crear un número muy elevado de puntos de vista para analizar lo sucedido. Para paliar la ausencia de público se colocaron más de tres mil micrófonos para capturar los sonidos provenientes de todas las direcciones en los estadios con el objetivo de recrear la sensación de la presencia humana, una recreación cinematográfica del ambiente humano en las competencias de todos los deportes. En lo que tiene que ver con las retransmisiones, fueron los primeros que se produjeron de forma nativa en una resolución 4K HDR permitiendo que las imágenes ofrecieran 8 millones de píxeles de resolución (3.840 x 2.160) quintuplicando lo habitual de los televisores Full HD. Para potenciar esta transformación, el conglomerado mediático japonés NHK ofreció al público local un paquete de transmisión en 8K, llegando a multiplicar por cuatro la resolución del 4K. En síntesis, esta fue la primera edición que se produjo completamente de forma nativa en ultra alta definición (UHD) y alto rango dinámico (HDR), y al público se le presentaron ángulos de cámara nunca antes vistos, repeticiones de 360 grados, multi cámara en vivo, cobertura de Realidad Virtual (VR) y más datos analíticos procesados por Inteligencia Artificial (AI).

Teniendo en cuenta este recorrido se puede afirmar que la incorporación de nuevas tecnologías en los Juegos Olímpicos se encontró signada por tres cuestiones. En primer lugar, que las innovaciones técnicas estuvieron estrechamente relacionadas con los conflictos bélicos de cada uno de los momentos históricos. Por ejemplo, como ya se ha mencionado, en Berlín 1936 el uso de nuevas técnicas estaba fundamentada en el mensaje militarista que quería exponer el gobierno nazi. Por otro lado, por la introducción de los avances de la ciencia y la técnica en la vida cotidiana de las personas y de las sociedades a lo largo del siglo XX. Y, por último, por las alianzas comerciales y estratégicas que el COI hizo con distintas empresas multinacionales con el paso del tiempo. Por ejemplo, antes de que los Juegos de Múnich 1972 se realizaran, la corporación Siemens hizo una exposición especial denominada “Tecnología para las Olimpiadas del 72”, donde se hizo una demostración multimedia que detalló de qué manera se aplicaría la tecnología a los eventos deportivos en ese entonces.

De esta manera, cada Juego Olímpico busca crear un escenario capaz de poseer las condiciones para desarrollar un espectáculo que abrace las transformaciones científicas de la época y garantice la reproducción de escenarios épicos compuestos por los avances tecnológicos, urbanísticos y arquitectónicos de última generación, que puedan ser capaces de suscitar un asombro mediático y público durante la duración de la cita olímpica. Son eventos que buscan asegurar que los grupos económicos más poderosos del mundo puedan desarrollar inversiones, diseños, construcciones y elaborar narrativas que fortalezcan sus intereses, a la vez que estos se desprenden de las necesidades y los deseos de la agenda política y económica del Norte Global. Por ejemplo, en el Mundial de Qatar 2022 se construyeron redes de metros ecológicos, tranvías ligeros o estadios desmontables, acciones que buscaron posicionarse como respuestas a la crisis ecológica y de movilidad que se hace presente en los grandes centros urbanos del mundo.

Pero el punto de inflexión en la historia del olimpismo con respecto al uso de las tecnologías de la comunicación y el ingreso de las grandes empresas multinacionales como sponsors de este evento ocurrió en 1984 cuando el presidente del COI Juan Antonio Samaranch creó el sistema TOP (The Olympic Partner), un sistema de comercialización y patrocinio que se cimentó en base a la valorización y venta de los derechos audiovisuales y la creación de programas de esponsorización globales que causó que los Juegos Olímpicos entrasen en una nueva etapa histórica donde los intereses empresariales modificaron la forma en que se narra y construye este evento. Bajo este se asociaron al olimpismo patrocinadores compañías como Coca Cola, Visa, P & G, Omega, Intel, Allianz, Panasonic, Kodak, McDonald's, Samsung y Lenovo. Todas estas empresas cumplen un papel preponderante cuando se organiza un Juego Olímpico, más allá de su rol como patrocinadores. Por ejemplo, durante distintos Juegos Olímpicos Visa es la única tarjeta de crédito aceptada en las instalaciones y recintos olímpicos y paralímpicos, Omega instala los equipos oficiales de cronometración de las pruebas en los Juegos desde Los Ángeles 1932, Panasonic suministró los sistemas de sonido para la cita de 1984 en Los Ángeles, lo que le permitió entrar al programa TOP en 1987, Kodak apoyó al movimiento olímpico desde 1896, McDonald's es patrocinador de los Juegos desde 1976 en Montreal. Estos casos demuestran cómo buscan hacer crecer sus ganancias, pero también el COI las usa como una plataforma desde la cual garantizar la realización de sus Juegos, creándose una sinergia comercial entre la vidriera de las citas olímpicas y las plataformas de servicio que van modificando la lógica entera del deporte.

En 2008, cuando los Juegos Olímpicos de Beijing afrontaron denuncias por parte de movimientos de derechos humanos de las sociedades occidentales por la represión de las autoridades chinas en el Tibet y por la contaminación que sus industrias emiten, Coca Cola defendió la realización de los Juegos alegando que esto le traería ventajas culturales y sociales a China. Esto cobró particularidad cuando en las vísperas del evento se difundieron en las agencias de noticias imágenes de manifestantes tibetanos mientras eran reprimidos junto al logo de la compañía. Finalmente, para que estos Juegos fueran una realidad el gobierno chino invirtió más de 60.000 millones de dólares, dejando al olimpismo y a sus principales patrocinadores ganancias de más de 2.850 millones de euros. Inclusive, las cifras millonarias de ganancias se reflejaron en que COI cerró contratos televisivos que le dejaron ganancias superiores a los 10.000 millones de dólares.

La creación del sistema TOP en 1984 representó el inicio de una nueva era para el deporte olímpico signada por el ingreso de las más poderosas compañías internacionales como sponsors oficiales de los Juegos y, con su llegada, la incorporación de nuevas tecnologías de punta e inversiones millonarias que les dieron a las citas olímpicas otro tipo de características enfocadas en una impronta más orientada a la espectacularización de las competencias y la ampliación y masificación de las imágenes de los Juegos a regiones donde nunca antes habían llegado. En este nuevo escenario, la pugna de intereses por los derechos televisivos y el patrocinio se acrecentó, de la misma manera que lo hizo la influencia de las multinacionales en las competencias deportivas (Payne, 2006).

La fractura del olimpismo (como el lugar del progreso)

Durante los Juegos Olímpicos de Múnich 1972 se volvieron a hacer presentes aquellas perspectivas que consideran al deporte como un espacio “escindido” de lo político (El País, 1983)⁶, a la vez que sucedía un acontecimiento que estaba íntimamente ligado a la agenda política internacional del siglo XX, como fue la toma de rehenes de los deportistas israelíes en la Villa Olímpica de Múnich por parte de la organización “Septiembre Negro”. Este acontecimiento finalizó en un escenario donde 17 personas perdieron la vida (once israelíes, cinco palestinos y un policía alemán). A contramano de lo esperado, todo lo que ocurrió en

⁶ Esta perspectiva por parte de las autoridades del olimpismo, de escindir al deporte de la política es una cuestión recurrente a lo largo de la historia moderna de esta institución. En 1983, el entonces presidente del COI entre 1980 y 2001, Juan Antonio Samaranch (un ex franquista y falangista en su juventud), declaró que el único problema de Los Ángeles 1984 era “político” en alusión al boicot soviético en el marco de la Guerra Fría.

torno a la toma de rehenes no significó la interrupción o el fin de los Juegos Olímpicos y, mucho menos, la posibilidad de que existiese una respuesta institucional. Apenas este acontecimiento fue mencionado en un breve discurso que dio Avery Brundage en la ceremonia de clausura donde solamente utilizó cuatro palabras para referirse a este acontecimiento: *“dificiles y terribles sucesos”* (Wernicke, 2016). Ni siquiera que lo ocurrido haya sido televisado a todo el mundo logró modificar su postura de continuar con los Juegos Olímpicos. Sobre todo teniendo en cuenta que la repercusión mediática fue de tal magnitud que, tras esto, la ONU decidió incluir el terrorismo internacional como tema separado del programa de la Asamblea General. La discusión de trasfondo en torno al terrorismo en esta institución estuvo teñida por un debate político que caracterizó a las décadas de 1960 y 1970: la descolonización de los pueblos y las naciones y su derecho a luchar por la libre determinación. Tiempo después de su inclusión, la Comisión encargada de seguir la cuestión se expidió de la siguiente manera: *“Los esfuerzos encaminados a eliminar esas causas deben ser intensos y continuos porque la humanidad, a pesar de sus poderes intelectuales, no ha logrado todavía crear un orden social libre que no cause ni provoque la violencia”* (Fernández de Gurmendi, 1999).

La toma de rehenes fue un acontecimiento que puede leerse dentro de una trama política y cultural más amplia que estaba en diálogo con los avances y la agenda de debates que proponían los movimientos de descolonización de los pueblos y las naciones en distintas regiones del mundo a través de conflictos políticos y armados. En este caso, la complejidad del suceso radica en que era una problemática política y religiosa relacionada con una milenaria historia de violencia en Oriente Medio, que se hizo presente en un Juego Olímpico, un espacio que desde su restauración a finales del siglo XIX y con el correr del XX estuvo destinado a

desempeñar un rol cada vez más importante cómo fórum pacífico donde paternizar la originalidad arquitectónica, el virtuosismo organizativo, la cohabitación pacífica de los pueblos, la continua mejora de la humanidad y -con todo aquello- la prueba viva y concreta de unos de los leitmotiv de nuestra época, la idea de progreso (Mandell, 2006, p. 260).

Por ende, lo sucedido en Múnich 1972 rompió con lo que justamente persigue como objetivo el COI en las citas olímpicas, el borramiento de la conflictividad y la violencia que poseen los procesos políticos y culturales de cada tiempo histórico ya que se pretende la creación de un

escenario deportivo con la capacidad de aglutinar a todos los países y desde una narrativa que dé cuenta de la posibilidad de una supuesta convivencia y paz absoluta con la finalidad de funcionar como la única dinámica posible para el sistema mundo.

Lo curioso de este caso es la doble vara con la que actuaron las autoridades olímpicas. Más precisamente, esto cobra una notoria relevancia cuando se analiza el papel político del presidente del COI entre 1952 y 1972, Avery Brundage. Un ex decatleta que edificó una enorme fortuna en el ramo de la construcción y tuvo un rol preponderante en la historia del deporte olímpico del siglo XX. Mucho antes de Múnich 1972, en su condición de presidente del Comité Olímpico de EE.UU. (AOC, por sus siglas en inglés), visitó Alemania tras ser elegido para liderar una comisión de investigación que emitiera un posicionamiento con respecto a la situación de las y los atletas judíos en la Alemania del Tercer Reich. En aquella ocasión finalizó llevando adelante las negociaciones de forma personal con el ministro de propaganda nazi Joseph Goebbels con el objetivo de negociar y concretar la realización de Berlín 1936. Lo más llamativo es que cuando las y los representantes del deporte judío le explicaron que se les había negado la posibilidad de ser integrantes de una asociación deportiva alemana, les respondió que *“los judíos tampoco pueden entrar en mi club de Chicago”* (Hilmes, 2017, p. 215). Las olimpiadas ya eran cuestionadas por distintas democracias occidentales y organizaciones judías, sobre todo por aquellos deportistas judías y judíos que nutrían al equipo olímpico de EE.UU. Tras su visita a Alemania también fue él quien sería el responsable y encargado de desarticular el boicot impulsado por las y los atletas judías y judíos norteamericanas y norteamericanos, y de otras partes del mundo, contra el régimen nazi. En esta ocasión zanjó la discusión declarando que *“las Olimpiadas pertenecen a los atletas y no a los políticos”*. Al igual que en 1936, Brundage estuvo vinculado y desempeñó un papel primordial en un suceso que daba cuenta de una trama donde el olimpismo fue parte de las agendas políticas durante el siglo XX. Sobre esta cuestión resulta pertinente la reflexión del periodista Francisco Yagüe (1992): *“al fin y al cabo, el campo de exterminio de judíos de Dachau estaba a sólo 30 kilómetros del estadio de Múnich”*.

La década de 1970 y el surgimiento de un nuevo espectáculo

Durante la década de 1970, la implementación y el uso de los avances tecnológicos en los eventos deportivos dieron lugar a un momento en que los principales deportes profesionales pasaron a ser un fenómeno televisado (Barnett, 1990). La transformación de una práctica como el deporte no puede ser pensada de forma escindida de un fenómeno mucho más

amplio a nivel mundial, el giro hacia las ideas del neoliberalismo. Como señalan N. Besnier, S., Brownell y T. F., Carter (2018) este viraje se sustentó en tres pilares: la desregulación de los mercados, la privatización y el abandono del bienestar social de la población por parte de los Estados nación. En este marco, la televisación de los deportes potenció a los megaeventos como espacios de *“formación de una cultura pública internacional para la expresión de identidades nacionales dentro de un mundo internacional de naciones”* (p. 245). Este escenario fue interpretado por las personas encargadas de la organización de los Juegos Olímpicos 1972 y cuando diseñaron la imagen de la identidad alemana que se quería proyectar al mundo. Así fue como crearon “Waldi”, la primera mascota en la historia de una cita olímpica, que era un perro salchicha (raza típica de la zona de Baviera) multicolor que sintetizaba las cualidades que un atleta de alto rendimiento debía reunir: resistencia, fuerza, tenacidad y agilidad. Más allá de la operación de marketing, esta mascota representó el mensaje político e identitario de una Alemania Federal occidentalizada en un mundo que transitaba la Guerra Fría.

Con el correr del tiempo, la organización de los Juegos dejó de ser una forma más de apuntalar el poder estatal como el principal regulador de las sociedades, para pasar a ser un instrumento de los intereses de las corporaciones transnacionales que empezaron a auspiciar y dominar estas competencias. Esto se vio reflejado en los dos grandes megaeventos deportivos de la modernidad: los Juegos Olímpicos y la Copa Mundial. Este contexto derivó en una situación compleja y novedosa para los deportes del más alto rendimiento en la cual se pueden identificar dos cuestiones. Por un lado, son los dos eventos donde la imagen de los Estados Nación aún prevalece en un marco de competencia entre “países “y “nacionalidades”, lo que potencia el fervor patrio en las personas participantes y las aficiones (Zebadúa Carbonell, 2015). De esta manera se crea una narrativa donde la idea de lo nacional, entendido como las múltiples simbologías patrias, la bandera o el suelo patrio, está constantemente en disputa. Pero, por otra parte, lo “nacional” se diluye y entra en tensión con los intereses del mercado, representados por los medios de comunicación y las corporaciones transnacionales, que moldean los tiempos y las características de la agenda deportiva en base a la persecución de sus ganancias económicas y el fortalecimiento de su poderío mediático.

En la década de 1980 esta situación se profundizó con la llegada del español Juan Antonio Samaranch a la presidencia del COI (1980-2001). La espectacularización del deporte pasó a un primer plano en la agenda del olimpismo y se comenzaron a comercializar de forma

masiva los Juegos Olímpicos mediante el aumento de los derechos televisivos, específicamente con los contratos de la televisión norteamericana. Actualmente, el COI no podría existir sin el aporte del conglomerado comunicacional Compañía Nacional de Radiodifusión (NBC, por sus siglas en inglés), debido a que lo financia en un 70%, como consecuencia de los seis mil millones de dólares que le aporta durante el período olímpico de cuatro años. La NBC es la cadena de televisión que más aporta para el financiamiento del deporte olímpico. Sin ir más lejos, cuando el vigente presidente del COI, el norteamericano Thomas Bach, comunicó que los Juegos Olímpicos de Tokio 2020 se aplazaban debido a la pandemia ocasionada por el Covid-19, lo hizo a través de una entrevista con NBC (Página 12, 2020).

Como ya se ha podido observar previamente, la modificación de los escenarios deportivos a partir de los avances de las tecnologías de la información transcurrió durante los últimos años de la Guerra Fría. Según el antropólogo Juan Zebadúa Carbonell (2015) durante este período los Juegos Olímpicos fueron el espacio donde EE.UU. y la Europa socialista pusieron en juego la prevalencia de los poderes fácticos a gran escala a través de los resultados deportivos y los avances tecnológicos. La discusión no solamente fue en el plano de la competencia disciplinaria sino que la disputa era llevada adelante para exhibir dos modelos de Estado. Durante toda la Guerra Fría el bloque occidental y el oriental mantuvieron una rivalidad deportiva que era una expresión más de un escenario geopolítico donde la pugna ideológica fue por saber qué modelo prevalecía: la iniciativa privada y los flujos del mercado o la capacidad del Estado como rector de todas las políticas públicas. Esta tensión alcanzó sus escalas más álgidas durante el boicot que llevó adelante la delegación estadounidense contra los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980 y la réplica inmediata de la Unión Soviética (URSS) hacia la edición de Los Ángeles 1984.

La decisión de utilizar los ejemplos de Berlín 1936 y Múnich 1972 se fundamenta en que a través de ambos Juegos Olímpicos se puede identificar cómo el deporte ha sido un espacio donde la política, la economía, el arte, las nuevas tecnologías de la información y otras expresiones de la cultura se han encontrado a lo largo de todo el siglo XX. En este sentido, no se puede omitir que los megaeventos del deporte han actuado como un catalizador de las relaciones de poder y las tensiones entre los Estados Nación durante un período histórico donde *“la matanza, la tortura y el exilio masivo se han hecho experiencias cotidianas que ya no sorprenden a nadie”* (Hobsbawm, 1994). Tras la caída del Muro de Berlín en 1989 y la

desintegración de la URSS en 1991 comenzó un nuevo período; el de la era neoliberal del deporte, cuando se flexibilizaron y difuminaron cada vez más los límites de los discursos nacionalistas que moldearon al deporte a principios y mediados del siglo XX. Pero no solamente esto se ha modificado, sino que lentamente estos cambios incumben a todas las esferas de lo social. En este proceso, los medios de comunicación tuvieron un papel protagónico a través de la constante incorporación de tecnologías que han creado nuevas maneras de relacionarse con las prácticas deportivas, incrementando su espectacularización. Ante ello, surge la pregunta en torno a la capacidad y el poder por parte de los Estados Nación ante el constante aumento de poder de las corporaciones transnacionales y su injerencia sobre el deporte a escala global.

La construcción de una sede en tiempos neoliberales

La candidatura de Barcelona para convertirse en sede de los Juegos Olímpicos 1992 estuvo planificada en base a una campaña publicitaria que priorizó mostrar una España joven, democrática y moderna con las condiciones para ser parte a las nuevas instituciones que los países occidentales del hemisferio norte crearon para relacionarse e integrarse en términos económicos y bélicos en el tablero geopolítico internacional de la segunda parte del siglo XX: la CEE (Comunidad Económica Europea) y la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Para esto, España organizó en el norte del país los Juegos Olímpicos de Barcelona y en el sur la Exposición Universal de Sevilla con el fin de mostrarse con capacidad de incorporarse y fortalecer su posición en ambos organismos internacionales y, de esta manera, visibilizar los esfuerzos por repuntar una economía que era vista como atrasada en el continente europeo:

En España, Grecia y Portugal la transición hacia la democracia estuvo signada por severos desafíos: una economía poco competitiva, profundas desigualdades sociales, un estado con fuerte peso de los organismos represivos y un escenario político precario debido a la represión anteriormente ejercida por los gobiernos autoritarios (Béjar, 2011, p. 324).

El lema de la campaña para ganar la sede olímpica fue *Passion for life* y el punto de partida para diseñar este mensaje hizo foco en dejar en claro que España había dejado atrás los conflictos políticos internos, el pasado de la Guerra Civil (1936-1939) y los tiempos de la dictadura franquista (1939-1975), al mismo tiempo que se hizo fuerte hincapié en que el país

no solo ofrecía playas paradisíacas sino que estaba transitando una apertura cultural donde ya no había rastros de las censuras establecidas por las autoridades dictatoriales. Justamente, en la ceremonia de inauguración se intentó representar la grandeza española a través de una flecha lanzada por el arquero Antonio Robello que recorrió todo el estadio y encendió el pebetero olímpico. El viaje de la flecha simbolizó el pasaje de una España oscura hacia una iluminada y abierta al mundo a través de una Barcelona que sintetizaba el cosmopolitismo y la modernidad. Los esfuerzos por mostrar que se habían dejado atrás las divisiones políticas internas encontraron su mayor cristalización en que la organización consiguió que hubiese dos lenguas oficiales, el español y el catalán aparte de las lenguas oficiales del movimiento olímpico, el inglés y el francés, que se entonaran los dos himnos y se alzaran las dos banderas. Todos estos gestos intentaron ser un símbolo de la integración política y territorial de una España que intentó olvidar lo ocurrido durante la Guerra Civil. Como señala Moragas i Spá (2017),

por lo que se refiere a España, el cambio de imagen tendría dos ejes principales: uno político y otro socio-cultural. Por una parte, los Juegos de Barcelona representaban una nueva España política, una España democrática, que “pasaba página” a la larga dictadura de Franco, con una monarquía constitucional representativa de esta nueva etapa política. Por otra parte, era una gran oportunidad para cambiar los estereotipos negativos de la españolidad: atraso, machismo, improvisación, siesta, etc., para sustituirlos por una nueva imagen de la modernidad, identificada con la buena organización de los Juegos, la preparación de sus atletas, y una familia real que rompía el protocolo con gestos de popularidad (p. 5)

Las medidas tomadas para disponer el evento estuvieron acompañadas por la decisión de transformar drásticamente la arquitectura, historia y organización de la ciudad a través de distintas obras destinadas a centros deportivos, turismo y todo lo relacionado con la cita olímpica. Por ejemplo, las inversiones atraídas se plasmaron en la construcción del barrio olímpico y de edificios para hospedar a periodistas de todo el mundo, la inauguración de un anillo que bordeó la ciudad, nuevas playas y la ampliación del aeropuerto para potenciar el perfil turístico. Esto tuvo como resultado que Barcelona recibiera un millón y medio de turistas y, posteriormente, su turismo aumentó más de un 400%, por lo que la capacidad hotelera se duplicó para mantener el perfil y fomentar el atractivo de la ciudad.

Barcelona aparecía a los ojos de la mayoría de los comentaristas como una ciudad fascinante, sobre todo por las condiciones de vida y los atractivos que ofrecía a sus visitantes (...) Para Barcelona, los Juegos representaban, no solamente la posibilidad de situarse en el mapa, sino de hacerlo como una ciudad capaz de organizar, y organizar bien, uno de los acontecimientos más complejos y populares de nuestra época (Moragas i Spá, 2017, p. 6).

Tres décadas después, la continuidad de este proyecto turístico en torno a la imagen de Barcelona la llevó a ser una de las ciudades más visitadas del mundo, con unos 30 millones de turistas que la visitan al año, pero también es una de las que posee el costo de vida más alto, llegando al precio de 4050 euros el metro cuadrado. Para el COI, este Juego Olímpico marcó un antes y un después en la forma en que las ciudades deben llevar adelante este evento ya que todas estas transformaciones fueron consideradas como políticas deseables. A partir de este período ganar una sede olímpica implicó una

reestructuración a gran escala de las ciudades anfitrionas: la construcción de nuevas instalaciones deportivas y complejos habitacionales, a veces la destrucción de barrios enteros para dar lugar a nuevas urbanizaciones, y la renovación de algunas infraestructuras de la ciudad como la red de transporte público, los sistemas de tratamientos de residuos, la fuerza de trabajo y los alojamientos para turistas (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 261).

Los Juegos de Barcelona 1992 fueron los de la paz y el fin de la Guerra Fría y, por otra parte, para el movimiento olímpico y las ciudades organizadoras dejaron como antecedente una nueva manera de entender y concebir los eventos olímpicos fundamentado en la demanda de una transformación de los modelos urbanísticos.

Sin embargo, la organización de los Juegos Olímpicos o la Exposición Universal no bastaron para modificar la realidad de un país que se sumergió en una crisis política, económica y social ante el avance y el protagonismo del capitalismo transnacional tras la desaparición de la URSS.

Las gestiones de los socialistas -con predominio en los gobiernos de España, Grecia y Francia- tendieron a aceptar las condiciones impuestas por la reorganización del capitalismo y relegaron sus objetivos de reforma social. Los indicadores de crecimiento económico de estos países tuvieron una curva ascendente, pero las tasas

de desempleo se mantuvieron altas y el Estado de Bienestar no alcanzó la extensión ni la calidad de la socialdemocracia del norte (Béjar, 2011, p. 325).

Un año después de los Juegos de Barcelona, España se encontró en una crisis que exponía el debilitamiento de las políticas nacionales ante las imposiciones de los organismos financieros internacionales y sus exigencias para la implementación de medidas neoliberales.

Barcelona 1992, los Juegos Olímpicos de “un mundo feliz”

La edición de Barcelona 1992 tuvo varias implicancias que cambiaron la historia de los Juegos Olímpicos al incorporar nuevas perspectivas en la manera de organizar un evento de escala global. En primer lugar, estos Juegos fueron los adelantados en promover las transformaciones urbanas que la ciudad organizadora realizaba para posicionarse como lugares deseables de conocer, invertir económicamente o habitar. En segunda instancia, desde Barcelona 1992, un Juego significó *“la posibilidad de renovar y cambiar la imagen de los principales referentes políticos implicados”* (Moragas i Spá, 2017, p. 5), en este caso, las imágenes de España, Cataluña y Barcelona. En tercer lugar, desde estos Juegos la masividad de la televisión satelital tuvo un rol central porque comenzó a llevar el deporte olímpico a millones de personas, siendo la responsable de convertir a los Juegos Olímpicos en el mayor espectáculo deportivo del mundo y en su principal fuente de ingresos (Fernández, 2016). Se estima que estos Juegos fueron seguidos por una audiencia estimada entre 700 y 1.000 millones de espectadores (Moragas, Rivenburgh y Larson, 1995, p. 207-211). Estas cuestiones hicieron que desde 1992 un Juego Olímpico signifique tener la posibilidad de que las miradas de las agendas mediáticas, públicas e institucionales de todo el mundo se posen sobre las ciudades organizadoras durante los quince días de su duración.

En distintos países del mundo, el avance de las medidas económicas neoliberales produjo una precarización de los derechos humanos de millones de personas debido al desguazamiento de los Estados de Bienestar y el aumento del desempleo y la pobreza. Al mismo tiempo, esto se dio por la ejecución de políticas y medidas que tenían como objetivo la privatización de las empresas y los servicios públicos, la precarización de las y los trabajadoras y trabajadores, como las y los de la educación y la salud. El paradigma neoliberal significó un desmembramiento del tejido social que impactó en el aumento y la cristalización de la desigualdad social de maneras inéditas.

Los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 se presentaron como el primer gran evento de este nuevo paradigma neoliberal. En su transcurso ocurrieron distintos acontecimientos deportivos y organizativos que fueron tomados por el olimpismo para señalarlos como la mejor cita olímpica de la historia. Entre estos sucesos se pueden mencionar el retorno de Rusia y de Alemania unificada, el final de décadas de sanciones impuestas a Sudáfrica por las políticas del apartheid, la participación del equipo de básquet estadounidense conocido como el *Dream Team* y la finalización de los boicots deportivos impulsados durante los últimos años de la Guerra Fría. En un escenario de transformaciones políticas, económicas y sociales a nivel internacional, el entonces presidente del COI, Juan Antonio Samaranch, los consideró como “*los mejores de la historia*”.

Que Barcelona 1992 haya pasado a la historia de ese modo se debe a la construcción narrativa del COI que está asociada a distintos procesos históricos. El primero, y más importante, es que si Samaranch los catalogó de esta manera se debe a que en estos Juegos se transformó el concepto de deporte al incorporarse la transmisión televisiva mediante una cobertura que amalgamó una concentración mediática totalmente novedosa. En este escenario, las nuevas tecnologías tuvieron un papel protagónico para llevar adelante las retransmisiones por medio de la satelización de las imágenes a color que ocasionaron una mediatización novedosa de los Juegos Olímpicos en todo el mundo (Tolimson, 1996, p. 583). Estas transformaciones quedaron visibles en la ceremonia de inauguración, que contó con una audiencia de 3.500 millones de espectadores, y en las ganancias recaudadas, que fueron de más de 250 millones de dólares. En segunda instancia, esta edición olímpica fue la primera tras la caída del Muro de Berlín y la posterior desintegración de la URSS, por lo que no se presenció ningún tipo de boicot político ni exclusión hacia algún país o nación, lo que habilitó que participaran todos los comités que formaban parte del COI en ese entonces. De esta manera se creó una narrativa asociada a la festividad de un momento histórico ausente del conflicto político donde la forma de vida del modelo capitalista se imponía como el único destino posible. En tercer lugar, el borramiento de las reglas que impedían que atletas profesionales sean parte de los Juegos Olímpicos hizo que desembarcaran grandes referencias del deporte internacional, como fue el caso de la participación del equipo de básquet de EE.UU. conocido como el *Dream Team* debido a que estaba conformado por las máximas estrellas de la NBA, lo que buscó un aumento de la espectacularidad y la profesionalización de las competencias. Por primera vez en casi cien años de existencia, un espacio que tenía como ideal y hacía culto del amateurismo se encontró ante el ingreso de atletas que además de ser hiper profesionales eran

figuras con niveles de conocimiento y exposición mediáticos y públicos que crecían a la par que las tecnologías de comunicación continuaron modificándose por el mundo.

A esto, se le debe agregar que la industria cultural mantiene, a través del desarrollo de distintos contenidos, la narrativa que da fuerza a que estos Juegos Olímpicos sean considerados popularmente como “los mejores de todos los tiempos” o como algo novedoso nunca antes visto. En este marco, la producción de materiales como los documentales *The Dream Team* (2012), los capítulos 5 y 6 de *The Last Dance* (2020), el film oficial del COI sobre Barcelona o la existencia de decenas de informes y artículos periodísticos impresos y disponibles en Internet retoman la perspectiva del movimiento olímpico para definir a los Juegos de 1992 como los mejores de la historia o los de la transformación. Estos son algunos de los adjetivos que dejaron en el inconsciente colectivo la idea de un Juego Olímpico teñido por la festividad y una organización tan efectiva que nunca antes había sido presenciada⁷.

El deporte entre el fin de la historia y un nuevo escenario mundial

Los Estados de Bienestar que surgieron en los tiempos de la posguerra comenzaron a debilitarse debido al avance de las ideas de carácter neoliberal originadas en la Escuela de Chicago. Algunas de las consecuencias de este nuevo paradigma fueron que los Estados Nación perdieron poder político frente a los intereses del mercado internacional, por lo que sus economías empobrecieron y, a la vez, dejaron de ser el actor principal en la regulación de lo social. A partir de la década de 1970 progresivamente se produjeron transformaciones que repercutieron en las actividades económicas y técnicas, en el funcionamiento de las ciencias y en otras esferas de la vida pública y privada de las personas debido a la vertiginosa aceleración en el perfeccionamiento en las comunicaciones y el transporte, dando lugar a un mundo que el sociólogo Marshall McLuhan (1962) denominaría como “*aldea global*”.

Por estos tiempos, el profesionalismo en el deporte desarrolló una serie de transformaciones que tuvieron como objetivo darles otras características estéticas a los espectáculos deportivos para que tuvieran un atractivo cultural más pertinente para la televisación de sus imágenes en los nuevos mercados globales. Por ejemplo, se crearon las señales de televisión norteamericanas ESPN (1989) y Fox Sports (1996), que rápidamente pasaron a ser los

⁷ Inclusive, esta “nostalgia” o reivindicación por aquel evento encontró un nuevo episodio en 2023 cuando el COI lanzó una línea de ropa deportiva junto a la empresa francesa Lacoste, que puede ser adquirida a través de la tienda oficial de su sitio web, con el fin de homenajear a Barcelona 1992.

canales más importantes en las coberturas deportivas internacionales junto a la NBC Sports. A su vez, los deportes empezaron a cotizar a través de acciones en las bolsas de los mercados más importantes del mundo transformándose en inversiones millonarias debido a los derechos de la televisación de sus imágenes. Esto estuvo acompañado por el crecimiento del poder de los sponsors y las grandes marcas de indumentaria deportiva sobre los equipos y los contratos de las y los atletas iniciaron a calcularse en millones de dólares. En este escenario, las corporaciones multinacionales y las cadenas de televisión pasaron a tener el mismo poder, o más, que los Estados sobre las agendas deportivas locales e internacionales lo que permitió el surgimiento de determinadas referencias que ocuparon una mayor centralidad en las discusiones del espacio público, institucional y mediático.

En un marco de avance de las políticas neoliberales en todo el mundo, los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 representaron la posibilidad de organizar un evento deportivo del más alto nivel competitivo donde se pudiese observar un escenario en que todo el mundo estuviera integrado sin bloques occidentales u orientales ni boicots deportivos que impactaran en la calidad y la legitimidad de las citas olímpicas y del movimiento olímpico. El fin del “peligro” comunista para las sociedades capitalistas, creó las condiciones para que los Juegos de 1992 se posicionaran como un evento deportivo que alentara la idea de un mundo en paz, modernizado e integrado bajo un mismo modelo económico sin conflictos ideológicos y políticos, tal como el que teorizó Francis Fukuyama en su obra “El fin de la Historia” (1992).

Sin embargo, esta idea sobre un hipotético final de la historia se encuentra en oposición a otros posicionamientos teóricos sobre las transformaciones sociales ocurridas a principios de la década de 1990. En aquellos tiempos, el filósofo Jean Baudrillard (1993) expuso que no estábamos asistiendo al “fin de la historia”, sino todo lo contrario, lo que estaba ocurriendo era que se desarrollaba un reordenamiento geopolítico del mundo:

No nos liberaremos de lo peor, es decir que la Historia no tendrá fin, puesto que los restos, todos los restos – la Iglesia, el comunismo, la democracia, las etnias, los conflictos, las ideologías –, son indefinidamente reciclables. Lo fantástico es que nada de lo que se creía recuperado por la historia ha desaparecido realmente, todo está allí, dispuesto a resurgir, todas las formas arcaicas, anacrónicas, intactas e intemporales, como los virus en lo más hondo de un cuerpo. La historia sólo se ha desprendido del tiempo cíclico para caer en el orden de lo reciclable. (p. 47).

Este enfoque de Baudrillard se centró en reflexionar el mundo posterior a la caída de la URSS y el fin de la Guerra Fría, un escenario donde el consenso y la virtualización de la realidad son pilares fundamentales para su sustentación. Para explicar esto, analiza lo sucedido en la Guerra del Golfo Pérsico⁸ indicando que este conflicto “no tuvo un lugar” al ser un episodio histórico que fue narrado por su mediatización, una guerra

publicitaria, especulativa, virtual, que no responde de hecho a la fórmula clausewitziana de la política continuada por otros medios; responde más bien a la ausencia de política continuada por otros medios. La no-guerra es un test terrible para el status y la incertidumbre de la política, así como el crac bursátil y la incertidumbre en los juegos económicos (el universo especulativo) son un test crucial para la economía, así como cualquier acontecimiento es un test terrible para la incertidumbre y los juegos de la información (Baudrillard, 1991, p. 21).

Las características que aquí describe sobre la guerra son el signo de esta nueva época, donde los cambios en los campos de la política, la economía e inclusive los conflictos bélicos se reducen a su televisación, a la espectacularización, mientras que los países vencedores de la Guerra Fría desarrollaban un régimen global basado en el neoliberalismo donde los medios de comunicación cumplirían un rol fundamental para crear los consensos necesarios para la implementación de esta ideología “*el consenso como grado cero de la democracia y la información como grado cero de la opinión tienen afinidad total: el Nuevo Orden Mundial será a la vez consensual (consensual) y televisivo (télévisuel)*”. (p. 97).

Retomar sus aportes permite indagar cómo los intentos por instalar un sistema neoliberal en todo el mundo implicaron esfuerzos de las potencias occidentales para llevar a cabo una reducción de la alteridad a una única forma posible, forzando que el resto de los países y las naciones se adaptaran a sus lineamientos políticos y económicos, no destruyéndolos sino domesticándolos sin importar por qué vía, “*la modernización - sea militar o política -, el nacionalismo, la democracia, los Derechos del Hombre, no importa qué pueda electrocutar las resistencias para el desafío simbólico que el islam representa para todo Occidente*” (Baudrillard, 1991, p. 98).

⁸ La Guerra del Golfo Pérsico fue un conflicto bélico ocurrido entre agosto de 1990 y febrero de 1991, donde una coalición de 34 países liderada por EE.UU. se enfrentó con Irak luego de que este país invadiera Kuwait por un conflicto en torno a las reservas de petróleo de la región.

Para esto fue indispensable una reducción de las intensidades en las instancias de participación democrática, a la vez que era vaciada de sentido, reduciéndose a “*una ilusión publicitaria, es decir, el grado cero de la Idea, y esto regula nuestro régimen liberal de los Derechos del hombre*” (p. 59). En este desplazamiento, los medios de comunicación fueron los actores que generaron los consensos para la conformación de este nuevo mapa geopolítico, al mismo tiempo que llevaron adelante la operacionalización de borrar los límites entre lo real y lo falso, creando una simulación de la desaparición de los acontecimientos en la cultura, como ocurrió en la Guerra del Golfo.

Jordan es la cultura

En este contexto de aparición del deporte televisado, el caso de Michael Jordan fue el más representativo sobre cómo el nombre de un atleta pudo ser capaz de transformarse en una de las marcas más reconocidas y populares a nivel internacional. Esta popularidad causó que su imagen se posicionara como una de las referencias culturales más importantes a finales del siglo XX. La edificación de la marca deportiva alrededor de su figura dio cuenta de la inauguración de una nueva coyuntura histórica para las instituciones, los organismos, clubes y equipos y hasta para las y los atletas porque transcurrió en un escenario donde se incrementaron las influencias y decisiones de las corporaciones transnacionales sobre los entes encargados de legislar los deportes.

Justamente, la presentación de Jordan ante el mundo fue en los Juegos Olímpicos de 1992, cuando integró la selección de básquet estadounidense que pasó a la historia como el *Dream Team*. Esta manera en que la prensa los catalogó se debió a dos motivos, a que el equipo estaba conformado por las máximas figuras de la NBA, Larry Bird, Scottie Pippen, Karl Malone, Magic Johnson, Charles Barkley y Michael Jordan, y por la forma en que alcanzó a obtener la medalla de oro, al ganar todos los partidos imponiéndose por una ventaja mínima de 30 puntos ante sus adversarios. Esta decisión de llevar a las principales figuras del básquet profesional estuvo fundamentada en que EE.UU. quería incrementar su dominio en el olimpismo y que la NBA fuera la mejor liga de básquet del mundo. Antes de Barcelona 1992, la delegación norteamericana no enviaba jugadores de básquet profesionales a las citas olímpicas pero esta decisión cambió cuando en los Juegos Olímpicos de Seúl 1988 el equipo soviético obtuvo el oro venciendo a EE. UU. en las semifinales, que finalmente se quedaría con el bronce.

Las actuaciones realizadas por el Dream Team en Barcelona se transformaron en una noticia que obtuvo una cobertura mediática sin fronteras. Incluso, el propio Magic Johnson reconoció la mediaticidad del equipo:

Tuvo un impacto global tan grande que permitió a los niños de todo el mundo soñar con que algún día podrían jugar en la NBA. El deporte creció en popularidad y en términos de nuestras propias marcas personales, para todos los jugadores. Michael Jordan se hizo aún más grande (COI, 2020).

El investigador Steven Barnett (1990) indica que los eventos deportivos de esta década se transformaron en lo que denominó *deporte televisado*. Este nuevo fenómeno permitió que las prácticas deportivas traspasaran las fronteras nacionales y se abrieran nuevos mercados especializados por medio de coberturas que mediante la satelización de las comunicaciones llegaron a los rincones más remotos del planeta. Alrededor de este conglomerado de medios de comunicación se creó una estructura destinada a producir contenidos audiovisuales exclusivamente sobre deportes, como noticieros o programas de entretenimiento y educación que tenían las prácticas deportivas como el tema central de sus agendas por lo que rápidamente se instalaron en la vida cotidiana. El surgimiento de estos nuevos actores representó el final del monopolio de los Estados Nación sobre las agendas deportivas.

Mientras la aparición y la expansión del deporte televisado se hacía una realidad, el nombre Michael Jordan se convirtió en una de las marcas más reconocidas a nivel internacional. Su figura mediática se constituyó como la de un atleta carismático, impoluto y exitoso que no se tenía permitido perder o mostrar debilidad ante sus adversarios (Paiva, 2021). Esta combinación atrajo a marcas como Gatorade, Nike o McDonald's, que rápidamente comenzaron a auspiciar y vender su imagen en los productos a cambio de la “felicidad eterna”. A diferencia de Myke Tyson, Muhammad Ali o Tommy Smith y John Carlos, quienes en 1968 alzaron los puños desde el podio de los Juegos Olímpicos de 1968, Jordan jamás expresó un posicionamiento político sobre la realidad y, menos aún, sobre la situación de la población afroamericana en EE.UU.⁹. Incluso, en 1992, cuando se produjeron los

⁹ En los Juegos Olímpicos de México 1968, la carrera de los 200 metros fue ganada por el corredor estadounidense Tommie Smith, que finalizó primero estableciendo un nuevo récord mundial, segundo llegó el australiano Peter Norman y tercero el estadounidense John Carlos. Al momento de recibir las medallas en el podio, Smith y Carlos levantaron sus puños con guantes negros realizando el saludo de la organización Black Power (Panteras Negras), al mismo tiempo que se colocaron un pin de los movimientos de derechos humanos.

Disturbios de Los Ángeles¹⁰, no hizo ninguna alusión más del tema, por lo que muchas referencias de la comunidad negra lo criticaron. Sobre todo teniendo en cuenta que las comunidades afroamericanas impulsaron luchas y alcanzaron logros por sus movilizaciones contra las desigualdades cívicas. Estos grupos se enfrentaban al “*temor generalizado a los hombres negros en el espacio público*” y al sentimiento anti negro durante las campañas electorales de EE.UU. (Franklin, 1991). Considerando este tipo de situaciones, una de las características más notorias de la carrera deportiva de Michael Jordan fue su despolitización.

Ante estos cuestionamientos, el basquetbolista expresó que su “*forma de jugar era mi mayor publicidad, lo que hacía en la cancha, mi dedicación al deporte*”. Como se puede observar en la serie *The Last Dance* (2020), su figura rápidamente se transformó en un ícono de la cultura popular y de masas de EE.UU. durante las décadas de 1980 y 1990 al firmar contratos con multinacionales como Nike, Wilson Sporting Goods, Gatorade y McDonald's. Sobre este fenómeno que despertaba Jordan en el público juvenil, Nas (uno de los raperos más populares de EE. UU. en la década de 1990) enfatizó: “*Necesitabas esos tenis para ser como él, era más que un símbolo de estatus, sabías que él era el mejor*”. Estos calzados no solamente fueron destinados para la práctica de básquet, sino que se convirtieron en una moda de una cultura juvenil en las décadas de 1980 y 1990. Sin embargo, durante los primeros años de la carrera de Jordan se podían encontrar otros tipos de basquetbolistas en la NBA con posicionamientos políticos definidos ante el contexto social. Uno de ellos fue el jugador Kareem Abdul-Jabbar, una de las figuras de Los Ángeles Lakers, que se opuso abiertamente a las opresiones sufridas por la población negra estadounidense¹¹.

Este fue un claro gesto de acompañamiento a las luchas políticas antirraciales y por los derechos humanos que estaban ocurriendo en EE. UU y distintas partes del mundo. Por su parte, Norman los acompañó colocándose el prendedor del proyecto olímpico por los derechos humanos que era impulsado por el sociólogo Harry Edwards, alineado con la lucha de la comunidad afroamericana y contrario a la asistencia a México de las y los atletas negras y negros.

¹⁰ Se conocen como Los disturbios de Los Ángeles las protestas y movilizaciones llevadas adelante por la población negra en 1992, luego de que un jurado absolviera a cuatro agentes del Departamento de Policía de la ciudad acusados de ejercer un uso excesivo de la fuerza en la detención de Rodney King.

¹¹ Con apenas 17 años, Kareem Abdul-Jabbar tuvo la oportunidad de dialogar con Martin Luther King en una entrevista de prensa. Esa experiencia lo llevó a tomar la decisión de luchar contra las injusticias sociales y raciales, llegando a oponerse a asistir a los Juegos Olímpicos de 1968 como una muestra de apoyo al boxeador Muhammad Ali, que se había negado a hacer el reclutamiento para la Guerra de Vietnam por motivos de conciencia social, en un contexto marcado por la segregación y el racismo, como lo fue la década de 1960 en EE.UU.

En un marco en que las fronteras nacionales parecían diluirse y se incrementó la presencia de las nuevas tecnologías de comunicación y transporte, se generaron las condiciones para que desde el deporte se construyeran las grandes referencias culturales de finales del siglo XX (El Gráfico, 1992)¹². La masificación de la televisión fue la responsable de que el deporte fuera el gran protagonista en los hogares de millones de personas que siguieron en vivo y en directo las noches de partidos de Michael Jordan y sus Chicago Bulls. Es más, era tan importante el lugar de las prácticas deportivas en las agendas mediáticas estadounidenses que 4 de cada 10 programas de cable eran espectáculos de lucha libre en la década de 1980.

También hubo otros acontecimientos que marcaron el vínculo entre la historia del deporte y la televisación satelital, como el Mundial de Fútbol de Italia 1990 y el multitudinario concierto que se llevó un día antes de su inauguración en la ciudad de Roma a cargo de los “Tres Tenores” Luciano Pavarotti, José Carreras y Plácido Domingo (Página 12, 2020)¹³, los duelos entre los beisbolistas estadounidenses Mark McGwire (St. Louis Cardinals) y Sammy Sosa (Chicago Cubs) en la temporada de 1998¹⁴ por batir los récords de jonrones o el juicio del ex jugador de fútbol americano O. J. Simpson, que duró nueve meses por el femicidio contra su ex esposa Nicole Brown y Ronald Goldman¹⁵. La edificación de las marcas de Jordan y los Bulls cobran una mayor particularidad cuando se tiene en cuenta que para la década de 1980 la ciudad de Chicago es un lugar con una desocupación masiva, siendo la ayuda estatal y el

¹² En la edición n° 3794 de la revista El Gráfico se describe la figura de Michael Jordan como un ídolo sin fronteras: “*el mejor basquetbolista del mundo, Michael Jordan, volvió a encumbrar a su equipo, Chicago Bulls, para apoderarse por segundo año consecutivo del campeonato de la NBA. Por ahora, estando él, los demás solo pueden pensar en el segundo puesto... Mientras su popularidad sigue penetrando en todo el mundo a través de una idolatría sin fronteras*”.

¹³ El 7 de julio de 1990 en Roma, un día antes del inicio del Mundial de Italia 1990, tuvo lugar el primer concierto de Los Tres Tenores: la reunión de Luciano Pavarotti, Plácido Domingo y José Carreras, con una orquesta de 200 músicos dirigida por Zubin Mehta. El registro del concierto se convirtió en el disco de música clásica más vendido de la historia y derivó en otros conciertos de los tres cantantes líricos durante la siguiente década.

¹⁴ En la campaña de 1998 del béisbol de las Grandes Ligas los peloteros Mark McGwire (St. Louis Cardinals) y Sammy Sosa (Chicago Cubs) se enfrentaron en un duelo de cuadrangulares, que se convirtió en un evento que era considerado una “fiesta televisada” cada vez que llegaban a la caja de bateo.

¹⁵ En 1994 se realizó el juicio que se conoció como “El Pueblo contra O. J. Simpson”. La Justicia de Los Angeles juzgó a O. J. Simpson, un ex jugador considerado una estrella de la National Football League (NFL) y actor de Hollywood, por dos cargos de asesinato, las muertes de su ex esposa Nicole Brown Simpson y Ronald Goldman.

subempleo las formas más recurrentes de supervivencia y donde además “*el miedo físico y la aguda sensación de inseguridad reinan en sus calles*” (Wacquant, 2013 p. 73). Por ejemplo, entre 1980 y 1985, la criminalidad violenta se multiplicó por cuatro hasta alcanzar una tasa de 1.300 incidentes por cada 1.000 habitantes, y para 1990 el 70% de las 849 víctimas de homicidio registrados ese año eran jóvenes negros que perdieron la vida en los barrios más vulnerables y exclusivamente de la comunidad negra (Wacquant, 2013). De esta manera, la violencia policial, la delincuencia y las guerras entre las pandillas ocuparon un lugar central y complejo en las tramas del tejido social de las personas que habitan en la misma ciudad desde donde se televisaban para todo el mundo los partidos de Michael Jordan y los Chicago Bulls y que eran promocionados como un evento deportivo de la más alta calidad y nivel en el llamado “primer mundo”.

El final de la Guerra Fría abrió paso a nuevas problemáticas sociales, como el miedo al uso de las armas atómicas, el empobrecimiento y la destrucción de los tejidos sociales, la reproducción de los conflictos étnicos y nacionalistas, las movilizaciones por el final de distintas dictaduras militares, los reclamos por el retorno de las democracias y las luchas por la descolonización. Estos fenómenos dieron forma a las agendas estatales, públicas y mediáticas en la última década del siglo XX. Por lo tanto, el predominio de las ideas liberales occidentales no significó la presencia de una agenda con la capacidad de contener o engendrar la nulidad de las tensiones y el comienzo de una paz absoluta. En un mundo convulsionado y con temores ante múltiples peligros, el deporte fue el espacio donde se encontraron y construyeron nuevas referencias e inspiraciones para los nuevos modos de vida, sobre todo para las juventudes.

Atlanta 1996, Coca Cola le gana al Partenón

Cuando se conoció la votación que eligió la sede olímpica donde se celebraría el centenario del resurgimiento de los Juegos Olímpicos, el resultado causó una sorpresa a nivel global. La ciudad de Atlanta se había impuesto en el recuento de votos a la candidata, Atenas, que pretendía volver a albergar la cita olímpica cien años después de aquella primera edición en 1896. Ante esto, la por entonces ministra de cultura de Grecia, Melina Mercuri, declaró: “*Coca Cola le ganó al Partenón*”, esbozando una metáfora del motivo por el que esta ciudad estadounidense había sido elegida por sobre la capital griega debido a que en Atlanta se encuentra la casa matriz de la empresa de bebidas, que es sponsor del movimiento olímpico desde Ámsterdam 1928. Para que esto ocurriera, el poder de las cadenas de televisión

norteamericanas y las empresas patrocinadoras a través de sus fuertes ingresos influenciaron la elección. La necesidad por parte del COI de acceder al financiamiento hizo que se decidiera optar por Atlanta por sobre Atenas (Tenca, 2016, p. 220).

Para 1996, el poder de los medios de comunicación hacia dentro del olimpismo ya era preponderante, teniendo en cuenta que la televisión le representaba casi la mitad (48%) de sus ingresos por un valor de casi \$900 millones de dólares. En este contexto, donde el poder de las multinacionales se impuso ante el legado y la historia olímpica de Grecia, en Atlanta 1996 se celebró el centenario de la era moderna de los Juegos Olímpicos. Si esto ocurrió se debe a que para la década de 1990, EE.UU. es el país dominante en términos culturales, políticos y económicos en un tablero internacional que se encuentra reorganizando, que exportan su cultura a través de las imágenes que llegan por la televisión y por medio de los bienes y servicios que sus empresas ofrecen al instalarse en mercados de regiones y países a los que antes no tenían acceso, como por ejemplo aquellas naciones que formaban parte del Bloque del Este controlado por la URSS. En otras palabras, la década de 1990 es el punto culmine del triunfo de la teología neoliberal (Hobsbawm, 1994), un escenario donde las políticas de la privatización sistemática y del capitalismo de libre mercado fueron impuestas a gobiernos que no tenían el poder para oponerse a ellas, independientemente de si eran adecuadas para sus problemas económicos o no lo eran (p. 430). Justamente, los Juegos Olímpicos de 1996 se realizan en la ciudad donde se encuentran las sedes centrales de las corporaciones que se encuentran diseñando el mapa geopolítico de una década en que los lineamientos de sus políticas económicas parecían ser el único camino posible a seguir.

La ya mencionada participación del *Dream Team* en Barcelona 1992 abrió una nueva época para el deporte y su relación con la televisión y las empresas que lo sponsorean. Tomando como ejemplo el caso del básquet, en la década de 1990 surgió una nueva camada de jugadores en la NBA con un talento que rápidamente los hizo alcanzar una referencia que los llevó más allá de su condición de atletas, como el caso de Charles Barkley, Scottie Pippen, Patrick Ewing, Dennis Rodman. Eso sucedió porque pasaron a ser las caras de las campañas publicitarias de McDonald's, Coca Cola o Nike, dando paso a un nuevo tipo de figura deportiva que se transformó en un modelo a seguir y que era alcanzable para todas las personas. Durante estos años se filman una serie de spots publicitarios que dan cuenta de la manera en que se empezó a presentar al deportista. Algunos de las publicidades más representativas para pensar esta cuestión son las siguientes:

Be Like Mike (Scott Cleveland, 2015): Un año antes de que Michael Jordan participara de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 con el *Dream Team*, la empresa de bebidas Gatorade lanzó un spot que lo tuvo como principal figura. En este se pueden ver imágenes suyas en los Chicago Bulls, en otras escenas tomando esta bebida y en otros fragmentos acompañado por jóvenes y niños en espacios públicos, mientras juegan al básquet e imitan los movimientos del basquetbolista. Todas estas imágenes están acompañadas por la canción *Be Like Mike (Ser como Mike)*¹⁶.

It's Gotta be the Shoes (SoxFan, 2006): La firma Nike reunió a Michael Jordan con el director de cine Spike Lee, una de las figuras de la cultura negra urbana que estaba en ascenso desde mediados de la década de 1980, para crear la campaña *It's Gotta be the Shoes* (Tienen que ser las zapatillas). A lo largo del spot, Lee (que encarna a su personaje Mars Blackmon de la serie *She's Gotta Have It*, 1986) le hace preguntas a Jordan sobre cuál es su secreto para jugar, haciendo énfasis en que deben ser las zapatillas, pero Jordan lo niega ante cada una de las preguntas. La publicidad finaliza con la leyenda: *Mr. Jordans opinions do not necessarily reflect those of Nike Inc.* (Las opiniones de Mr. Jordan no reflejan necesariamente las de Nike). Esta producción buscó resaltar otros aspectos en torno a cómo era presentada su figura, ya que durante la década de 1980 los anuncios en los que participó resaltaban su capacidad atlética dejando de lado otras características. Por esto, para los años '90 Nike buscó mostrarlo con otras referencias de la agenda mediática para exhibirlo como “*una persona que invitarías a cenar después del partido*”.

The Showdown (VCRchivist, 2009). En esta publicidad se reúne a Larry Bird, el jugador más emblemático de la historia de los Boston Celtics, con Michael Jordan para publicitar la hamburguesa Big Mac de McDonald's. El spot comienza cuando Jordan llega a un entrenamiento con una bolsa, a lo que Bird le pregunta que tiene allí y este le responde: una Big Mac. Esto genera que Bird lo desafíe a una competencia de lanzamientos al aro que los va a llevando a lanzar desde lugares insólitos, como por ejemplo desde las tribunas del estadio y la terraza de un edificio. El lema de esta producción fue “*What you want is what you get*” (lo que quieres es lo que obtienes). Posteriormente, esta campaña continuaría con la

¹⁶ En un primer momento, Gatorade planificó que las imágenes estuvieran acompañadas por la canción *Quiero ser como tu* del libro de la Selva (1967) pero Disney le pidió 350.000 dólares para que el anuncio se emitiera durante cinco semanas en televisión, ante esto la compañía decidió crear la letra de *Be Like Mike*, que fue el lema de la campaña.

creación de otros spots con la inclusión del basquetbolista de los Phoenix Suns Charles Barkley, otro jugador protagonista de la NBA en la década de 1990.

Estos materiales nos muestran tres dimensiones para ser reflexionadas sobre la forma en que eran presentadas las figuras deportivas y su relación con las grandes compañías durante la década de 1990. En primer lugar, las marcas construyeron narrativas reproductoras de sentidos acerca de que era posible ser como estas figuras y, de esa manera, exponer sus trayectorias como deseables y como un horizonte que alcanzar *si te esfuerzas lo suficiente*. En segunda instancia, estas ideas cobraron una robustez al crearse una suerte de “diálogo” entre las multinacionales y las personas, porque mientras McDonald's expresa que “*si lo quieres lo obtienes*”, Gatorade indica que ser como Michael Jordan es un camino que otorga un reconocimiento social al estar asociado a una imagen del éxito, la felicidad y el triunfo. En tercer lugar, estas publicidades señalan que con el esfuerzo no alcanza, para llegar a ser como estas referencias se necesitaba beber sus bebidas, comer sus comidas y, por supuesto, tener y usar sus mismas zapatillas. En todos los casos eran productos de las compañías más poderosas del planeta. Si bien en el spot dice que el secreto de su éxito no se basa en su calzado, la compañía Nike lo finaliza expresando que no comparte su opinión. El mensaje final es que si Jordan ganó todo lo que ganó es por el uso de la marca. Por lo tanto, todas y todos las y los que lo desean imitar deben llevar sus zapatillas; quien no pueda beber Gatorade, comer en McDonald's o usar las Air Jordan no tendrá la capacidad de desarrollar una trayectoria considerada como deseable para la sociedad y la cultura neoliberal.

Tampoco fue un estado de complementariedad la forma en que operaron los intereses de los auspiciantes del deporte. Aquí se disputaban tensiones de poder, porque llevaban adelante batallas por el posicionamiento de sus productos en el mercado o por saber quién se quedaría con los derechos de imagen de las y los atletas o el de las indumentarias de los equipos. Mientras tanto, también usaban la producción de sus publicidades en la televisión para criticar o denostar a la competencia. Uno de los enfrentamientos más destacados a principios de la década de 1990 fue el de Reebok con Nike. En 1991, Reebok contrató al basquetbolista Dennis Rodman para que protagonizara un spot donde hablaba de los beneficios de jugar con el calzado de esta marca señalando que más allá de ser un “perro caliente” cuando buscaba protección usaba las Reebok. Mientras dice estas palabras se lo ve lanzando una zapatilla de Nike, imitando el gesto de lanzamiento que tenía su principal figura, Michael Jordan. El siguiente episodio de la rivalidad entre ambas compañías ocurriría en los Juegos Olímpicos

de Barcelona 1992 cuando el *Dream Team* se subió al podio para que le otorgasen sus medallas de oro, Michael Jordan se tapó con la bandera estadounidense las partes de la campera y el pantalón que el equipo utilizaba en ese entonces, ya que esta indumentaria tenía el patrocinio de Reebok y él se negó a mostrarse con el logo de quien era la competencia de su marca. Pero no fue el único en hacer esto, otros seis jugadores del equipo tomaron la misma decisión por motivos relacionados con el patrocinio comercial de sus imágenes, siendo la muestra de una nueva etapa en la que en las lógicas publicitarias comenzaron a predominar las subjetivaciones del deporte y a hacerse carne en las y los atletas.

Un punto de inflexión sobre estos acontecimientos ocurrió en 1984, un año de quiebre en esta historia del vínculo entre el deporte, las compañías patrocinadoras y la incorporación de las tecnologías de comunicación. El mismo año que el COI creó el previamente mencionado sistema TOP, se produjo el denominado “*fichaje más exitoso de la historia*”. Un joven Michael Jordan firmó su primer contrato con Nike para la creación de la línea de calzado que llevaría su nombre, las Air Jordan. Esto se produjo tras el cierre de un acuerdo que, a comparación con los de la actualidad fue de una magnitud insignificante porque la negociación fue por solo 250 mil dólares, más la entrega de un auto Mercedes Benz. Pero lo transformador en esto fue que acordó ser destinatario de un porcentaje de las ganancias obtenidas por cada par de zapatillas vendidas, algo que nunca antes ningún deportista había logrado. En resumen, un contrato que lo hizo socio de Nike al obtener un porcentaje del producto que la empresa comercializaba bajo su nombre. En este caso, apenas el primer año que estuvieron a la venta sus zapatillas generaron ingresos por 126 millones de dólares.

De esta manera se abrió un nuevo momento histórico donde la figura del atleta se posicionó como la imagen de una institución deportiva. En el caso del básquet, en el rostro de la franquicia que era dueña de un equipo. Si bien este caso tuvo una extraordinaria relevancia, no fue el único. En 1981, el basquetbolista Magic Johnson firmó un acuerdo con Los Ángeles Lakers que lo transformó en el eje central del proyecto deportivo, económico y social de la institución a partir de un contrato por 1 millón de dólares por temporada a lo largo de 25 años que comenzó en la temporada 1984-1985 y que finalizó en la temporada 2009-1010, más allá de que Johnson se retiró de forma prematura tras comunicar que era portador del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH).

Los Juegos de Atlanta 1996 fueron el punto culmine de la alianza entre las multinacionales con los entes legisladores del deporte y con las y los deportistas. Los intereses y las

perspectivas de las marcas llegaron a tal nivel que McDonald's tenía en la Villa Olímpica un restaurante propio totalmente gratuito para las y los atletas. En este escenario, el boxeador estadounidense Antonio Deon Traver, el candidato a quedarse con el oro en su disciplina, fanático de las Big Mac, sufrió un aumento de peso de tres kilos medios, llevándolo a superar el límite del peso para su categoría, por lo que fue necesario someterlo a un rígido ayuno para participar. Si bien esto le permitió competir, el deterioro en su estado físico lo llevó a la derrota en semifinales. Al finalizar el combate declaró ante la prensa: “*No fue culpa mía, fue de McDonald's*”.

Si los Juegos Olímpicos de 1996 se realizaron en la ciudad de Atlanta por sobre Atenas fue porque el proceso de involucramiento de las multinacionales en el deporte olímpico llevó a que tuvieran un poder indiscutible en la toma de decisiones hacia el interior del COI. Por primera vez se le otorgó un protagonismo absoluto al marketing y a las narrativas que estas empresas querían mostrar al mundo, en especial de Coca Cola. Sin embargo, no fue una fiesta comercial por completo ya que no estuvo exenta de conflicto. En Atlanta volvió a fracturarse la idea de los Juegos Olímpicos como una vidriera de exposición del progreso civilizatorio al producirse un nuevo atentado terrorista en la Villa Olímpica. Además, estos Juegos fueron una postal de un mundo cada vez más desigual porque sucedieron en una de las ciudades con mayores índices de pobreza y desempleo de EE.UU.

La era de los super hombres y las super mujeres

Para mediados de la década de 1990 las figuras del deporte son súper hombres y súper mujeres que aparecen en los estadios, tienen la capacidad de establecer nuevos récords y ser la cara de múltiples publicidades. Además, son las estrellas en spots publicitarios, tienen noviazgos con las personalidades de Hollywood, participan en programas de televisión del prime time, se promocionan junto a dibujos animados y hasta son convocados como para los papeles protagónicos de las películas de cine, como ocurrió con Michael Jordan en *Space Jam* (1996). Pero no todo es una celebración, el rompimiento de las marcas y los límites de la resistencia y la capacidad física se ven empañados por las sospechas y los casos de doping. Sobre todo desde el escándalo del velocista estadounidense Ben Johnson en los Juegos Olímpicos de Seúl 1988. Este episodio hizo que se incrementaran las preocupaciones por el uso de drogas en las competencias¹⁷. No por casualidad a los Juegos de Atlanta 1996 se los

¹⁷ En dicho Juego, Johnson hizo los 100 mts en 9,79 segundos pasando a ser el atleta con la marca más rápida de la historia en esta competencia. Dos días después de la prueba, el 5 de septiembre de 1988, se conocería que

conoció como “los juegos de la hormona del crecimiento” debido a que desde la década de 1980 se popularizó entre las y los fisicoculturistas el uso de esta hormona.

En estos tiempos, el olimpismo cayó en un fuerte desprestigio en las agendas mediáticas y públicas por los existentes casos de dopaje, a lo cual se le agregó la comprobación de tráfico de influencias para que las ciudades de Atlanta en 1996 y Salt Lake City en 2002 fueran elegidas como sedes de los Juegos Olímpicos de verano y de invierno, respectivamente. Para ese entonces, el relato oficial de los “*mejores Juegos de la historia*” de Barcelona 1992 había quedado atrás, por lo que el COI decidió llevar a cabo dos líneas de acción para superar esta crisis. Por un lado, impulsó la creación de la Asociación Mundial Antidopaje (AMA), una organización independiente que tenía capacidad de operar en todos los países miembros del Olimpismo. Como era de esperarse, este organismo encontró resistencias por distintos Estados Nación que entendían al deporte como un escenario de batalla, por lo que rechazaron la injerencia de un ente privado extranjero que controlase a sus atletas. Y, en segundo lugar, levantó como bandera los discursos ecologistas al punto de que en 1995 creó una regla a la Carta Olímpica que dictaba que “*los Juegos se realizarán en condiciones que demuestren una responsable preocupación por el medio ambiente*” (Luppi y Garay, 2023). Sin embargo, este nuevo posicionamiento “*a menudo es un velo embellecido que oculta la rapacidad incesante del capitalismo. La recién descubierta narrativa verde del Movimiento Olímpico se parece más a marcar una casilla eco que a ambientalismo consecuente*” (Boykoff, 2016, p.147). Ante estas modificaciones parecía contradictorio que una empresa hidrocarbúrica como Shell, que integraba el sistema TOP, estuviese relacionada con esta agenda ecologista. Y, por otra parte, que en los prometidos “Juegos Verdes” de Sidney 2000 se construyera un estadio para diez mil personas en Bondi Beach, una de las playas más paradisíacas de Australia para que allí se disputaran partidos de beach vóley. Al igual que en otras situaciones, el motivo de esto tenía que ver con que la NBC, que había pagado 600 millones de dólares por los derechos televisivos, quería de fondo las playas para sus transmisiones.

había dado positivo en un control antidoping que indicaba el consumo de esteroides. Un año más tarde, aceptó haber consumido esta droga a lo largo de su carrera pero dijo no conocer sus efectos secundarios desligando de la responsabilidad a su médico y su entrenador. Tras este suceso no pudo volver a mostrar el mismo nivel y tuvo que afrontar reproches y desprecio por parte de la comunidad deportiva del más alto rendimiento y si bien participó en Barcelona 1992 no logró obtener una medalla y fue expulsado de la Villa Olímpica tras un conflicto con un voluntario. Años más tarde se dedicaría a prestar servicios como entrenador personalizado, llegando a ser contratado por el mismo Diego Armando Maradona.

Los cambios del COI en su política antidopaje cada vez encontraron menos rechazos en el mundo posterior al fin de la Guerra Fría.

La resistencia ejercida por el sistema político internacional contra los esfuerzos anti-doping comenzó a ceder hacia finales de la Guerra Fría. El estatus en el orden emergente mundial derivaba ahora de la reputación de justicia y responsabilidad. Las autoridades nacionales comenzaron a tomar un rol más directo para combatir las sustancias que mejoran el rendimiento en el deporte internacional (Hunt, 2011, p. 4).

El orden neoliberal empezó a construir narrativas donde la transparencia era un bien preciado para una dirigencia política cada vez más debilitada ante la apertura de los mercados mundiales que se oponían y exigían la eliminación de las fronteras bajo el argumento de que estas eran una forma de sostener secretos y violaciones a los derechos humanos. Como se puede apreciar, el triunfo del libre mercado pasó a ser sinónimo de valores más democráticos y el deporte fue un espacio desde donde se hicieron todo tipo de negocios, como sucedió en Atlanta 1996, que para ese momento “*el COI era ya una multinacional cuyo valor no era deportivo sino el de vender un espectáculo imbuido de ciertos valores a las marcas que quisieran adoptar como propio el aura de los Juegos* (Luppi y Garay, 2023).

El dominio de las multinacionales sobre el deporte olímpico quedó expuesto como nunca antes en los Juegos Olímpicos de 1996, que se transformaron en una fiesta de Coca Cola. La creación del sistema TOP y las nuevas tecnologías hicieron que para la década de 1990 los Juegos Olímpicos se encontraran asociados a narrativas que daban cuenta de una festividad fundamentada en el acceso a ciertos productos y bienes con los que sería posible la imitación de ciertas trayectorias deportivas y de vida.

Reflexiones finales del apartado

En el período que va desde los Juegos Olímpicos de Berlín 1936 hasta los de Atlanta 1996 transcurrieron sesenta años en que constantemente se incorporaron nuevas tecnologías al deporte, las que dieron lugar a que surgieran novedosas formas narrativas a una escala global. Sobre todo a partir del rol central de la televisión satelital y la expansión de sus intereses e influencias sobre las organizaciones encargadas de organizar los deportes. Así se habilitó a que se construyeran nuevas identidades, formas de vivir y concebir las prácticas deportivas. En este sentido, un cambio sustancial fue que desde la década de 1990 las agendas mediáticas comenzaron a estar planificadas a partir de la captación de audiencias masivas, que podían

ser medidas a través de los ratings televisivos. Este afán por aumentarlas hizo que las producciones tuviesen dos objetivos, el impacto y la novedad constante. Por lo tanto, todo estaba permitido para la construcción de contenidos con tal de que los índices de audiencias se incrementaran¹⁸ (Reuters, 2012). Como se ha mostrado, la figura deportiva de Michael Jordan fue la expresión más acabada de este tiempo signado por las demandas del triunfo constante y rendimientos espectaculares dignos de ser televisados y consumidos internacionalmente.

A la par que la espectacularidad, se hicieron recurrentes en las pantallas de televisión los anuncios de medidas neoliberales promovidas a través de los organismos de financiamiento internacional incrementaron de forma exponencial la desindustrialización, la pobreza y la desigualdad en distintas partes del mundo, como por ejemplo en las ciudades de Chicago o Atlanta. De esta manera, los Estados de Bienestar perdieron poder en la toma de las decisiones y en su capacidad de regulación de los lazos sociales, pasando a ocupar una posición de complicidad o convirtiéndose en instrumentos de los intereses de los mercados y las grandes empresas multinacionales. Sobre este fenómeno Eduardo Rinesi (2022) expone:

La idea de tener que dar señales a los mercados, esa expresión de señales es muy interesante porque revela que de un lado había órdenes, “hagan esto, hagan aquello, vendan esta cosa, privaticen aquella otra” y del otro lado había señales, mohínes, la política se transformó en un juego de títeres que debían hacer gestos a los verdaderos dueños de la palabra, que eran palabras siempre en modo imperativo (...) la política se encontró doblemente subordinada o doblemente colonizada: al discurso técnico de los economistas y la estética de la televisión y allí era muy poca la capacidad que le quedaba para funcionar como organizadora del lazo social (Rinesi en Canal Encuentro, 2022).

La expansión de la cultura norteamericana y su *american life* fue tan exponencial que nunca antes en la historia ninguna nación o imperio habían tenido tanta influencia en las agendas internacionales.

¹⁸ A partir de los Juegos Olímpicos de Londres 2012, la cadena de televisión NBC retrasó hasta la noche la televisación de eventos deportivos que transcurrían durante el día en las jornadas olímpicas en búsqueda de dos objetivos. Por un lado, incrementar el número de audiencias y, por otra parte, aumentar las ganancias a través de los ingresos dejados por las grandes marcas en los espacios publicitarios del prime time.

Estas innovaciones en las formas de narrar no fueron un cambio reducido solamente al campo de los deportes, sino que se hizo extensivo a otras esferas, como la del arte, el trabajo e inclusive la política. La posibilidad de aparecer en los espacios publicitarios de la televisión se transformó en un horizonte a alcanzar. Al igual que las y los deportistas, las dirigencias políticas empezaron a planificar sus carreras y a difundir sus propuestas mediante las ideas que les brindaban realizadores visuales y estudios de *focus group* elaborados por la industria de la publicidad. Para la gran mayoría de las y los políticos y políticas, el hecho de “estar en la tele” era más importante que hacer las actividades organizativas en las instituciones tradicionales de encuentro de la sociedad civil. Algunas cuestiones como la utilización de imágenes, la composición de jingles, la divulgación de frases ocurrentes y los eslóganes rimbombantes pasaron a ser elementos comunes de una nueva manera de hacer política para una dirigencia que no brindaba respuestas a las demandas de una población empobrecida y descreída de la clase dirigenal en general.

El punto culmine de este proceso fue en la década de 1990, cuando las grandes marcas llevaron sus campañas publicitarias a escalas desconocidas previamente y los presupuestos millonarios de los conglomerados comunicacionales apuntalaron la espectacularidad y la masividad en la televisión, los videoclips y el cine, comenzando a ser recurrentes eventos como encuentros deportivos que eran seguidos por millones de personas. Esto habilitó a que fuese una realidad la invasión de la cultura estadounidense en las agendas mediáticas locales y las identidades nacionales que lentamente fueron eclipsadas por temáticas que poco tenían que ver con su realidad, sino que estaba vinculadas con una sociedad de consumo transnacional que se extendía constantemente por las nuevas tecnologías comunicacionales, como el perfeccionamiento de la satelización de las imágenes. Asimismo, se profundiza la alianza comercial entre la FIFA¹⁹ y el COI²⁰ y las grandes multinacionales de la televisión y el

¹⁹ En el Mundial de Francia 1998, las multinacionales con rango de auspiciantes oficiales (Canon, Fuji, Coca-Cola, Adidas, McDonald's, Philips, JVC, Snickers, Mastercard, Budweiser, Gillette y General Motors) aportaron entre 15 y 30 millones de dólares cada una para la utilización y explotación del logo y la mascota oficial (el gallo Footix) en sus propias marcas, participar en los anuncios en los programas oficiales y aparecer en la estática en los estadios.

²⁰ *Los 11 patrocinadores más importantes del COI en el período 1998-2000 fueron: Coca-Cola, Visa, IBM, John Hancock Mutual Life Insurance Co., Eastman Kodak Co., McDonald's Corp., Panasonic Inc, Samsung Inc., Xerox Corp, United Parcel, Inc y las revistas Sports Illustrated y Time*” (Altuve, 2005). Con respecto a los derechos de televisión, antes de realizarse los Juegos Olímpicos de Sidney 2000, el COI estimaba que “por venta de derechos de transmisión” recibiría 798 millones de dólares, frente a los 488 que la institución calculaba

entretenimiento digital con el fin de otorgar a los deportes una espectacularidad de alto impacto visual, uniéndolos con otras formas de entretenimiento, como los videojuegos, películas y otros tipos de mercados enfocados en el merchandising de las marcas, atletas, clubes y selecciones (Bermudez, 1998; Altuve, 2005).

En este marco se promovieron narrativas mediáticas sobre las capacidades atléticas y el traspaso de los límites de lo posible, dando lugar a la construcción de una masculinidad que habilitaba al deportista a decir lo que quisiera y hacer lo que deseara con el resto de las personas. Sobre todo con aquellas que no eran varones. De este modo se construyó una forma de ser hombre asociada a la reproducción de discursos sobre la espectacularidad constante búsqueda del éxito. Esto cobra más relevancia cuando se observa que en las agendas mediáticas y públicas se instala la idea de que “*todo podía ser posible*”²¹. Un hito de este fenómeno fue el salto que realizó Michael Jordan desafiando las leyes de la física para encestar la pelota en el Torneo de Volcadas de la NBA de 1988. Una imagen que posteriormente se convirtió en el ícono de su marca de ropa, *Air Jordan*²². La combinación de este tipo de discursos con la aparición de las nuevas tecnologías invitaban a buscar nuevos estilos de vida donde la ostentación era un factor fundamental ante un mundo marcado por la incertidumbre del fin del milenio.

En esta era neoliberal del deporte se desarrollaron distintos relatos mediáticos sobre las prácticas deportivas, que innegablemente repercutieron en la sociedad y, con el avance del tiempo, se cristalizaron como sentidos sociales sobre cómo se deben vivir las experiencias relacionadas con los deportes. Al respecto es importante dar cuenta de dos aspectos que hacen a este contexto. En primer lugar, ganar y tener éxito empezó a ser lo principal en las agendas deportivas, haciendo que las y los deportistas con buenos resultados firmaran

en su presupuesto inicial. En los Juegos de Atlanta 1996 registró un ingreso de 568 millones de dólares y en Barcelona 1992 habían sido de 440 millones. Finalmente, los pagos por derechos de transmisión de los juegos fueron de 1.332 millones de dólares.

²¹ En 2004, la marca deportiva Adidas lanzó una campaña publicitaria que sería la más importante y costosa que había realizado hasta ese momento, bajo el lema *Impossible is nothing* (Nada es imposible) que estaba destinada a captar a un público juvenil interesado en los deportes. Este lema se encontraba inspirado en las palabras que expresó el ex boxeador estadounidense Muhammad Ali en un discurso.

²² En el Concurso de Volcadas de la NBA de 1988, Michael Jordan recorrió 77.1 pies de carrera y cuando estuvo en la línea de tiro libre realizó un salto de casi cinco metros para volcar la pelota permaneciendo en el aire algunos segundos que, según las coberturas periodísticas, parecieron *una eternidad*. Esta jugada pasó a la historia al ser una de las más recordadas de la NBA.

contratos millonarios con sponsors privados. En este marco, los medios de comunicación a través de sus noticieros y sus contenidos destinados exclusivamente a la cobertura de las ligas profesionales del deporte instalaron debates y discusiones sobre el rendimiento de las y los deportistas teniendo una cierta influencia en determinar quién podía o no jugar, promoviendo ciertas trayectorias y censurando otras y teniendo intereses sobre los resultados de atletas o equipos asociados a sus ganancias publicitarias. Por ejemplo, en 1992 en el fútbol de Inglaterra,

la BSkyB de Rupert Murdoch obtuvo derechos exclusivos de la entonces recién formada English Premier League, por valor de 304.000.000 de libras (renovados en 1996 por 670.000.000 y en 2003 por 1.100.000.000). Esto cimentó su control sobre el mercado e inició una nueva era en la que los organismos, equipos y clubes que hasta entonces gobernaban los deportes quedarán sometidos a los intereses de las corporaciones de la televisión satelital (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 250).

Mientras que algunas y algunos deportistas eran construidas y contruidos mediáticamente como super celebridades, había quienes por perder y no obtener los objetivos deseables quedaron relegadas y relegados siendo constantemente blancos de críticas en las agendas mediáticas²³ (Diario Perfil, 2008; AFP, 2016).

En segunda instancia, la aparición de deportistas como “súper mujeres” o “súper hombres”, que no conocían la derrota y poseedores de cuerpos perfectos y personalidades carismáticas, impolutas y profundamente despolitizadas y despolitizados son distinciones de esta época²⁴ (El Gráfico, 1992). Al mismo tiempo los nombres de estas y estos atletas pasaron a ser las caras visibles de las grandes multinacionales, como Coca Cola, Pepsi, McDonald’s o

²³ A lo largo de los Juegos Olímpicos suelen ser recurrentes las críticas mediáticas y públicas a determinadas delegaciones olímpicas por sus respectivos desempeños. Por ejemplo, en Río de Janeiro 2016, las y los atletas chinos fueron criticados en los medios de comunicación de su país por ocupar el tercer lugar en el medallero detrás de EE.UU. y Gran Bretaña. Mientras que en nuestro país, durante los Juegos Olímpicos de Beijing 2008, un importante diario realizó una encuesta sobre el rendimiento de la delegación nacional y como resultado se destacaron las críticas a las “*flojas actuaciones*”.

²⁴ A principios de la década de 1990, Michael Jordan fue asociado a apuestas clandestinas en distintos juegos de azar, a lo que el deportista respondió: “*la mejor medicación que tomo para resolver mis problemas es jugar al básquetbol*”.

Gatorade²⁵ (Smith, 1991). Por lo tanto, sus imágenes fueron construidas y puestas a la venta para ser consumidas por millones de personas que se identifican con los “valores” que cada una y cada uno transmitían. Como ya se ha mencionado, la gran referencia de estas transformaciones fue Michael Jordan, que logró construir una nueva forma de narrar el deporte a partir de dos tópicos, un rendimiento deportivo del más alto nivel que lo llevó a obtener seis títulos en diez años con los Chicago Bulls y una carrera que creció de la mano de la masificación de la televisación transnacional²⁶ (El Gráfico, 1992)

Estos dos ejes representan la inauguración de un nuevo momento histórico en las prácticas y en las agendas deportivas, definido por la desregulación del Estado, la privatización de las entidades públicas y la promoción del libre mercado. Todos estos procesos económicos, políticos y culturales hicieron que quedaran atrás las experiencias deportivas planificadas desde el Estado como “*un modo de inserción democrática*” (Jara, 2014) y que garantizaron el ejercicio de este derecho humano para dar paso a la era neoliberal del deporte regulado por los intereses del mercado, en un mapa cada vez más determinado por el Consenso de Washington²⁷.

²⁵ En 1991, Gatorade firmó un contrato con Michael Jordan donde le pagarían 18 millones de dólares por los siguientes diez años para que el deportista fuera la cara de la marca en las campañas publicitarias.

²⁶ Las finales que consagraron bicampeón a los Chicago Bulls, tras superar por cuatro triunfos a dos a Portland Trail Blazers, se televisaron a 93 países de todo el mundo, mientras que las finales de 1991 habían llegado a 74.

²⁷ El Consenso de Washington constaba de diez recomendaciones hechas por el FMI, el Banco Mundial y el Tesoro de EE.UU. para los países de América Latina. Finalmente, la aplicación de estas indicaciones generaron crisis económicas y la precarización de los derechos humanos en esta región del mundo.

Capítulo 3. Deporte y pandemia

“Se terminaron las buenas noticias acerca de todo. El sistema inmunológico de nuestro planeta está intentando deshacerse de la gente. No hay otra forma de hacerlo”

Kurt Vonnegut (1922-2007), 11 de marzo de 2004.

Tokio 2020+1. Fracturas en el centro del mundo

El 27 de julio de 2021, la gimnasta Simone Biles comunicó que se retiraba de las competencias en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 con el fin de cuidar su *“salud mental”* tras perder el equilibrio en una prueba. Seis días más tarde, la lanzadora de bala estadounidense Raven Saunders subió al podio a recibir su medalla de plata y posteriormente alzó sus brazos en cruz en representación de *“todas las personas oprimidas”* como una inspiración para *“el colectivo LGBTIQ+, a las personas con enfermedades mentales y a las minorías negras”*. Por esos mismos días, la nadadora argentina Delfina Pignatello tuvo una actuación distante a la esperada en los Juegos y recibió un ataque masivo de *haters* (odiadores) a través de sus redes sociales que la llevó a cerrar sus cuentas y, con el transcurso del tiempo, a alejarse de la natación. A la salida de la misma pileta donde Pignatello compitió, el nadador estadounidense Ryan Murphy denunció ante la prensa que *“hay dopaje en la natación”*, tras quedar segundo detrás del ruso Evgeny Rylov, en las pruebas de los 100 y 200 metros de espalda. Días antes de esta acusación, el judoca argelino Fethi Nourine se retira de los Juegos tras enterarse que debía enfrentar a un rival de procedencia israelí y le comunica a la prensa que *“tuvo mala suerte en el sorteo”* y que *“tomó la decisión correcta”*.

Estas situaciones dan cuenta de cómo los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 fueron un acontecimiento signado por la constante presencia de tensiones y discusiones relacionadas con las problemáticas sociales de la época, como la salud, el género, el racismo y los conflictos geopolíticos. En este capítulo se propone construir una serie de reflexiones que nos permitan vislumbrar los alcances de estos posicionamientos que contuvieron críticas a la organización y el funcionamiento de los Juegos Olímpicos. Sobre todo, el interés parte de analizar de qué manera estas demandas tuvieron un nivel de convocatoria mediática, pública e institucional en un momento *cataclísmico* para las capacidades de acción y el

funcionamiento de los Estados nacionales ante la propagación del virus COVID-19 que, a su vez, representó una coyuntura en que se pusieron en cuestionamiento las bases bajo las que se constituyó la modernidad. Y, por otra parte, interesa indagar cómo estas declaraciones encontraron una reverberación en los debates y las conversaciones políticas de la pandemia.

Aquí se parte de entender que estos cuestionamientos se expresaron como una denuncia política capaz de “*declarar malo el centro mismo del mundo existente, ante la estupefacción indignada de cuantos lo consideran bueno*” (Debord, 1999, p. 112). Es decir, la importancia de las figuras que se encontraban realizando estas enunciaciones les otorgó una repercusión por fuera de lo usual. Más aún, siendo las y los protagonistas de uno de los dos eventos deportivos más prominentes del mundo. Este escenario particular hizo que por primera vez las enunciaciones políticas de las y los atletas relacionados con cuestiones como la salud, el género o los conflictos geopolíticos tuvieran una notoriedad que trascendió al espacio deportivo, y situaron estos temas en agendas políticas ya existentes. Asimismo, la aparición de estas demandas representó un punto de partida para poner en debate las condiciones de vida en un mundo donde se profundizaron las desigualdades materiales y simbólicas ante el avance del COVID-19.

En este sentido, los Juegos Olímpicos son uno de los eventos que mejor expresan el proyecto modernizador y civilizatorio ya que plasman el festejo por el espíritu ferviente del cuerpo fornido (*mens fervida in corpore lacertoso*) surgido con el avance de la era del imperialismo. En el contexto de pandemia, los cuestionamientos de las y los atletas a las perspectivas con las que se concibe el deporte pueden ser pensados como fracturas hacia el interior de una de las instituciones más representativas y antiguas en el ejercicio de resguardar el legado de la modernidad. El deporte olímpico es uno de los pilares del mundo moderno ya que presupone la “*libertad del exceso, que según el fundador del olimpismo constituye la principal razón de ser del deporte y el secreto de su valor moral*” (Corriente y Montero, 2014, p. 234).

Así como la modernidad se erige como un mito que plantea la necesidad de “*superación*” (Dussel, 1994, p. 7), los Juegos Olímpicos dan cuenta de esta noción de exacerbación. Esto se puede apreciar en las palabras de Pierre de Coubertin en su exposición del Congreso Olímpico de Praga celebrado en 1925:

La tendencia del deporte hacia el exceso [...] he aquí se característica psicológica por excelencia. Aspira siempre a más velocidad, más altura, más fuerza... siempre más. Esa es su desventaja, obviamente, desde el punto de vista del equilibrio humano. Pero es también su nobleza e incluso su poesía (Coubertin en Corriente y Montero, 1935, p. 7)

Esto vislumbra cómo el deporte se ha constituido y presentado como una tendencia hacia el exceso y el riesgo, que con el correr del tiempo se transformaron en su principal rasgo psicológico. Como expone Coubertin (1934), *“el deporte es un culto habitual y voluntario del ejercicio muscular intensivo, apoyado en el deseo de progreso y pudiendo llegar hasta el riesgo”* (p. 7). De la misma manera, la modernidad se construyó como “mito” y concepto de violencia sacrificial (Dussel, 1994), los Juegos Olímpicos también han sido un espacio donde se exige el cumplimiento de estos sacrificios en pos del alcance de un triunfo deportivo que exalte el concepto de heroicidad, optimización y perfección atlética.

En este punto, convoca reconocer cómo la pandemia causó una coyuntura donde se generaron las condiciones de posibilidad para que una figura con el reconocimiento de Simone Biles considerara válido retirarse de las competencias para cuidar su salud o para que Raven Saunders pueiera alzar sus brazos en cruz como señal de apoyo a los colectivos oprimidos. Las dos escenas pueden ser interpretadas como acciones que intentaron cuestionar, o por lo menos invitaron a repreguntar, las narrativas de los Juegos Olímpicos, no basadas en una ceremonia de la paz, sino en procura de la *“integración espiritual de las élites aristocráticas, capitalistas y militares de las principales potencias de Occidente, hermanadas por la voluntad de acceder a fuentes de materias primas vírgenes, explotar reservas de mano de obra barata y conquistar nuevos mercados”* (Corriente y Montero, 2014, p. 85). Teniendo en cuenta esto, las acciones de atletas como Biles o Saunders colocaron en discusión la construcción del ideal moderno en torno a las figuras deportivas, sustentado en narrativas que hacen énfasis en la noción meritocrática según la cual todo puede ser posible a través de la perseverancia, el sacrificio individual y el esfuerzo. Y, al mismo tiempo cuestionaron la manera en que los Juegos Olímpicos se han entendido y organizado desde su resurgimiento moderno.

A partir de esto, en este apartado se reflexiona cómo las demandas por parte de las y los atletas pueden ser leídas como una lucha por una política de la no violencia (Butler, 2023). Para esto, en primer lugar, se problematizará cómo las demandas de las y los atletas se

produjeron en un período histórico de profundización de la “*representatividad política*” (Jappe, 2004) a partir de la propagación de la pandemia y la “*lesión de las estatalidades*” (Kaufman en la Ribera Televisión, 2022). Asimismo, se entenderá que lograron visibilizar estructuras institucionales desarrollados por el COI que legitiman y apoyan determinados mecanismos de peligro, “*niveles aceptables de riesgo*” (Douglas, 1996; Beck, 1998), que delimitan condiciones bajo las que se pueden desarrollar trayectorias deportivas en el más alto rendimiento.

En segunda instancia, se analizará cómo las demandas de las y los atletas se produjeron en un evento que se refleja como epicentro de la sociedad del espectáculo, reproduciendo su magnitud política, que tiene como síntoma de época el estar siendo observadas y observados todo el tiempo. En este sentido, los aportes de Guy Debord (1992) servirán para pensar cómo el escenario actual se encuentra caracterizado por la emergencia de lo “espectacular integrado”, una coyuntura de superación del poder espectacular concentrado y, por otra parte, el difuso que prescribe la elección deliberada de una variedad de mercancías, “*la combinación de ambos se cumple a través de la incesante renovación tecnológica, la fusión económica entre lo público y lo privado, la imposición de un verosímil que no admite réplica, y la abolición de la memoria histórica*” (Debord, 1992, p. 23). La utilización de esta perspectiva nos aportará un marco referencial para reconocer cómo la llegada de la pandemia profundizó el agotamiento del ciclo político (1945-1991) e impulsó el proceso donde lo espectacular toma poder a medida que se degrada la política como articuladora de lo social.

En tercer lugar, se indagará cómo las demandas de las y los atletas constituyeron una rebelión escénica del deporte olímpico. Y, de este modo, cómo esto habilitó la existencia de actos de protesta conflictivos hacia el interior de uno de los eventos que se presenta como epicentro del mundo, los Juegos Olímpicos. En esta línea se recuperará la noción de huelga según la investigadora Verónica Gago (2019), que la entiende como “*un proceso de invención, rupturas y, al mismo tiempo, de acumulación de fuerzas*” (p. 16) y de Rosa Luxemburgo (1970), que la concebía como un acto con la capacidad de trascendencia, “*un vector de temporalidades del cual surge o puede surgir un nuevo horizonte temporal*” (Butler, 2023, p. 166). Además, se comprenderá a estos episodios como huelgas que demandaron el ejercicio de imaginar nuevas formas para la construcción de vínculos afectivos y sociales en el deporte y las culturas de las sociedades contemporáneas.

Para abordar lo planteado en este apartado se retomarán distintos tipos de fuentes de información vinculadas por un denominador común, son materiales en que se narran las problemáticas sociales presentes en Tokio 2020+1 y fueron publicados en los tiempos previos, durante y posteriormente a la duración de los Juegos Olímpicos. Todos ellos comprenden una delimitación cultural específica signada por la discusión pública de las condiciones del deporte en la pandemia. Más precisamente, se trabajará con noticias online de distintos medios de comunicación, artículos académicos y ensayos relacionados. Además, se analizarán comunicados del COI y COA y con pronunciamientos que las y los atletas hicieron en distintos ámbitos públicos. Por ejemplo, se retomará un posteo de la tenista japonesa Naomi Osaka en su cuenta oficial de Instagram o una charla TED brindada por la nadadora argentina Delfina Pignatello, luego de participar en los Juegos de Tokio. Estos materiales conformarán el corpus desde donde se responderá a las preocupaciones e interrogantes que impulsan el siguiente análisis.

Simone Biles y una denuncia de los peligros

A fines del siglo XIX, el olimpismo se posicionó como una herramienta para militarizar a la burguesía europea mediante una exaltación de la virilidad, la hombría, el coraje y el carácter como aspectos fundantes de la propia práctica deportiva. Como señala Velázquez Buendía (2001), *“estos aspectos constituyeron las características más valoradas en el deporte desde sus orígenes, y su manifestación una de las cualidades más apreciadas de los deportistas”* (p. 14). A partir de esto se puede entrever cómo, desde su resurgimiento, los Juegos Olímpicos conllevaron una naturalización a la exposición de peligros que se desprenden de la lucha por la supremacía mundial. En este caso empezó a ser narrada en una instancia deportiva que intentó funcionar como una extensión del poder del orden colonial. Esto se puede observar en la intervención “Lo que podemos pedir al deporte” de Pierre de Coubertin pronunciada el 24 de febrero de 1918 en la Asociación de Helenos Liberales de Lausanne.

Lo que hace que la desigualdad sea insoportable para aquellos que la sufren es, sobre todo, su tendencia a perpetuar la injusticia; y los hombres se levantan contra ella a causa de su doble carácter, permanente e injustificada. Si fuera pasajera y estuviera justificada no tendría enemigos. Ahora bien, fijémonos en que, si en otros campos es casi imposible establecer condiciones semejantes, en la república deportiva se imponen por sí mismas (Simonovic, citado en Corrientes y Montero, 2014).

Este testimonio revela cómo desde finales del siglo XIX el deporte olímpico se ofreció como un espacio donde el colonizado podía vencer al colonizador. Una especie de instancia de “compensación” para aquellas “razas inferiores” y pueblos que quedaron integrados a la globalidad desde una posición de sometimiento colonial frente al poder imperialista de Europa. Por ejemplo, en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016, Fiji, un enclave colonial británico entre 1874 y 1970, le ganó a Gran Bretaña la final rugby seven, pasando a obtener en ese entonces su primera y única medalla en una cita olímpica. Más allá de estas “revanchas” permitidas en el deporte dentro de un marco imperialista, el proyecto modernizador solamente tiene un modelo de ganador, aquel representado por el hombre blanco, cisgénero y heterosexual de la aristocracia europea.

Y, en este marco, los Estados Nación y las y los atletas no tienen disponible la elección de renunciar al desenvolvimiento de la contienda deportiva, sea el motivo que fuese, porque es mediante la competencia y el enfrentamiento que se construyen las narrativas y los mitos de superación que le aportan un fundamento y un marco intelectual al reparto de una mundialidad desigual. En resumen, para la modernidad sólo hay un único ganador deportivo y, por ende, un solo proyecto de mundo posible.

Aquí se convierte en una necesidad la presencia de dos factores que actúan como pilares de estas narrativas, la hombría y el coraje, que son fundamentales para el cumplimiento de este horizonte deseable para el olimpismo. Esto ocurre ya que le otorgan un sentido y un valor épico a un sistema internacional edificado por la tensión ejercida por el yugo de la burguesía europea, materializada y reactualizada en el tiempo a través de los Juegos Olímpicos. Justamente, el interés de Pierre de Coubertin estuvo centrado en encauzar en el deporte olímpico la lucha por la supremacía mundial de las “naciones civilizadas” y, al mismo tiempo, “*inculcar al proletariado el sentido del orden, la sumisión y la disciplina*” (Betancor León y Almeida Aguiar, 2002, p. 3) ante el avance del movimiento de trabajadores socialistas de una Francia que había sido derrotada en la guerra franco-prusiana (1870), que posteriormente devino en la proclamación de la Comuna de París (1871)²⁸, el incendio de

²⁸ Tras una revuelta popular en 1871 se estableció la Comuna de París, una experiencia de gobierno hegemonizada por la clase obrera. En un contexto donde Francia había sido derrotada en la guerra contra Prusia, la Comuna de París tomó el poder de la ciudad durante 71 días. En este lapso, esta experiencia política estableció distintas medidas, entre las que se destacaron la separación entre la Iglesia y el Estado, el Ejército y la Policía fueron reemplazados por la Guardia Nacional, que estaba integrada por ciudadanos comunes, como

París, que Coubertin presencié “*en calidad de espectador aterrorizado desde las ventanas del castillo Saint-Rémy-lès-Chevreuse*” (Boulogne, 1997, p. 5) y los fusilamientos del Ejército de Versalles que “*espantaron a la burguesía mundial*” (González en UNITV, 2017).

La mención de estos episodios históricos permite poner en relieve cómo el surgimiento moderno del olimpismo se dio como una acción más dentro de las nuevas dinámicas sociales de lo global que aparecieron en la primera etapa de la modernidad. En este marco, el deporte olímpico se posicionó como un medio para militarizar a la burguesía europea, en especial a la francesa, ante la intensidad de las guerras y el aceleramiento del reparto de las colonias. La idea de Pierre de Coubertin fue la existencia de un proyecto que contuviese y expandiera una perspectiva civilizatoria profundamente represiva de aquellas experiencias políticas que cuestionaron al proyecto occidental europeo, o que se atrevieron a ofrecer otros posibles recorridos políticos, como fue el caso de los movimientos socialistas y libertarios que actuaron durante la Comuna de París en 1871.

Un episodio que puso en discusión este legado ocurrió el 27 de julio de 2021, cuatro días después de que comenzaran los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1. Ese día hubo una noticia con una repercusión global en las agendas mediáticas, la gimnasta estadounidense Simone Biles se retiraba de la competencia de gimnasia por equipos en pos de cuidar su salud y luchar contra “*los demonios de su cabeza*”. En esta situación declaró ante la prensa que “*sentía el peso del mundo sobre sus hombros (...) Sé que lo olvido y hago que parezca que la presión no me afecta, pero maldita sea, a veces es difícil*” (BBC, 2021). Tras el retiro del corredor Usain Bolt y del nadador Michael Phelps en los Juegos de Río de Janeiro 2016, Biles había llegado a Tokio como la principal figura publicitaria y deportiva de esta cita olímpica.

Este inesperado retiro fue un acontecimiento que puso en discusión y en debate múltiples factores, como por ejemplo cuáles son los ideales meritocráticos sobre la figura deportiva, qué se persigue como deseable en los Juegos Olímpicos y qué imaginario existe en torno al deporte moderno. En un escenario de incertidumbre, confusión y precarización generalizada a causa de la pandemia, la decisión de Biles puede ser interpretada como una protesta sobre los riesgos y los peligros existentes y naturalizados en el deporte. Asimismo, la elección de no

artesanos, jornaleros y otras profesiones. Los cargos públicos fueron sometidos a elección popular y se rigieron por el principio de revocatoria de mandato.

competir es un señalamiento de la presencia de incertezas “*en torno a la gestión y percepción de los riesgos*” (Montenegro, 2005, p. 119) en el olimpismo.

Al respecto interesan los aportes del sociólogo alemán Ulrich Beck (1998) para indagar en el *estado de las cosas* de las sociedades contemporáneas durante la pandemia, que se encuentran caracterizadas por el prefijo “post”:

Esta palabra remite a algo que está más allá y que no puede nombrar, y en los contenidos que nombra y niega permanece en el letargo de lo conocido. Pasado más «post» es la receta básica con que, en una incompreensión rica en palabras, pero pobre en conceptos, nos confrontamos con una realidad que parece desvencijarse (Beck, 1998, p. 15).

La teoría de la sociedad del riesgo desanda un análisis sobre los peligros derivados de los altos grados de desarrollo técnico existentes en las actuales sociedades, en las cuales se transitan transformaciones técnicas y científicas similares a las presenciadas en el ocaso de los regímenes feudales. La importancia de la noción de la sociedad de riesgo radica en que ofrece una serie de conceptos para la composición de una trama de análisis que incita a la reflexión sobre una nueva modernidad en un proceso de globalización donde la desigualdad social ya ha excedido a las formaciones de las distintas clases sociales, para pasar a concentrarse en “*el desarrollo de nuevas relaciones entre ciencia y sentido común y el lugar de la política en la gestión de riesgos*” (Montenegro, 2005, p. 118). En este caso, se reconocerá como en el deporte olímpico se perpetraron los riesgos que se han creado a lo largo del proceso de modernización y cómo en Tokio 2020+1 fueron visibilizados por las y los atletas.

La negativa de Biles representa una acción y un pensamiento totalmente opuesto al ideal de constante superación que se persigue en los Juegos Olímpicos, exponiendo los riesgos existentes en el deporte olímpico ya que no hay una contemplación para aquellas situaciones donde esta mejora del rendimiento no puede ser lograda. En este punto se señalará cómo estos peligros del deporte deben ser deconstruidos a través de problematizar las narrativas con las que se configuró el sistema deportivo moderno. Por ende, es oportuno rastrear los alcances y las limitaciones del universo deportivo que perseguía la propuesta deportiva de Pierre de Coubertin.

Asimismo significó un suceso que expuso los peligros naturalizados en el más alto rendimiento deportivo, llegando a tener una repercusión que problematizó el imaginario del deporte moderno en las agendas mediáticas y públicas. Asimismo, dio cuenta de cómo en los Juegos Olímpicos se reproducen narrativas de “batallas permitidas” que no contemplan el cuidado de la salud ni de las vidas de las y los atletas. Más allá de que Biles es una deportista hegemónica y poseedora de una corporalidad que ha demostrado poner en tensión los límites del esfuerzo físico, no es un hecho menor que haya sido una mujer quien denunció esta realidad. Como ha quedado demostrado, en el deporte olímpico solamente ha sido el varón anglosajón, cisgénero, heterosexual y proveniente de las élites quien ha tenido el derecho a expresarse, mostrarse como triunfador y ser el legítimo heredero de un proyecto civilizatorio que buscó recuperar el mito de la cultura griega, “*la cultura más original, más creadora y más influyente de todos los tiempos*” (Mandell, 1984, p. 207).

En este punto resulta oportuno mencionar cómo su retiro desplazó de una esfera privada y corporativa a la agenda pública de los “*canales de riesgo*” (Beck, 1998) de los Juegos Olímpicos, que fueron pensados y naturalizados como aceptables desde distintos discursos, como los saberes médicos, psicológicos, ecológicos y sociales. La negativa a competir problematizó los distintos procesos de modernización del deporte olímpico porque fue una acción que recuperó la palabra y el afecto en un evento que se presenta como una exacerbación del proyecto modernizador. En otras palabras, le otorgó un estatuto político y afectivo a un dispositivo donde no se contempla ni la salud ni la vida de las y los atletas porque solamente se pretende ser *más rápido, más alto, más fuerte (citius, altius, fortius)*. Es más, se podría afirmar que su decisión manifiesta otra cuestión fundamental en los Juegos Olímpicos, que es que las y los atletas no son las y los protagonistas del evento, sino que la centralidad se encuentra en el cumplimiento del sacrificio. Como se mencionó previamente, la existencia de una ofrenda en pos de lograr un triunfo es un factor central para la reproducción de las narrativas y de un poder político, económico y tecnológico desde donde simbolizar y encarnar “*el único mundo ideal al que es lícito aspirar*” (Corrientes y Montero, 2014, p. 88).

A lo largo de su historia moderna, los Juegos Olímpicos hicieron pasar estos riesgos de peligro como accidentes propios de las competencias deportivas, efectos secundarios o soportables para la discusión pública, invisibilizando los mecanismos de exclusión y las violencias que padecen quienes desarrollaron trayectorias en el olimpismo. En este marco, el

caso de Biles representa un punto de partida para entender que el ámbito médico no tiene el monopolio para prevenir, determinar o solucionar aquellas problemáticas que pueden ser pensadas como “los riesgos de las sociedades”, sino que es en la conversación pública donde se establecen las nuevas discusiones que minimizan o denuncian los riesgos, ya sea que se *“sobredimensionen o se atribuyan a causas disímiles, a partir de puntos de vista que responden a intereses y valores diversos”* (Montenegro, 2005, p.121). Por esta razón, durante la pandemia del COVID 19, las discusiones del debate político fueron el espacio predilecto para la identificación y la problematización de los riesgos de las sociedades contemporáneas. De este modo, el retiro de Biles se presentó ante el mundo como una contradicción para el sistema de competencia moderno, porque dejó a la intemperie sus riesgos, violencias y peligros.

Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 se produjeron 150 años después de que el barón Pierre de Coubertin se horrorizó desde un castillo con los incendios y la experiencia de la Comuna de París. En ese lapso, su legado construyó una institución desde la cual se reproduce un sistema deportivo constituido mediante un complejo esquema de competitividad que se divide por disciplinas y que tiene un alcance internacional con un único objetivo como horizonte, la constante búsqueda del máximo rendimiento. Esta es una propuesta de un camino dirigido hacia el logro de una marca “absoluta”, la materialización de la capacidad de siempre ir por un nuevo récord o un triunfo más. Pero esta perspectiva de celebración de la competitividad no se ha agotado solamente al ámbito deportivo en las sociedades globalizadas, sino que se extendió a otras esferas, como el terreno de lo político, cultural y del arte. En otras palabras, se vive en una lógica de competitividad permanente en distintas esferas sociales.

En este marco, el COI despliega una serie de mecanismos que se desprenden de su legislación y que persiguen la exacerbación de la competitividad. Estos actúan como dispositivos que condicionan las trayectorias deportivas y de vida para quienes transitan por el deporte y, simultáneamente, invisibilizan los riesgos que estos tienen. Precisamente, la forma de operar de estos peligros es que están orientados a volcar la responsabilidad de los sufrimientos en las personas, quitando de la escena y de la discusión la responsabilidad que tienen las instituciones y la sociedad que las produce. Esta invisibilización hace que se cristalicen narrativas o posicionamientos que indican que si aparecen sufrimientos, tristezas o depresiones no es porque estas sean condiciones necesarias para transitar por el sistema

deportivo, sino que si esto ocurre es porque la o el atleta tiene un problema que debe resolver si desea conservar su condición de deportista profesional. Y lo que hizo Simone Biles es desarticular esta operacionalización, a través de elegir un posicionamiento que mostró que los cuidados de la salud son una incompatibilidad con el deporte olímpico, sobre todo en los tiempos de la pandemia.

Con el recorrido planteado previamente, se pretendió señalar las formas de riesgos y las injusticias que se llevaban delante en el deporte olímpico en pos de ponderar el sacrificio y la competitividad, los dos rasgos que dan forma a la narrativa del deporte olímpico. Este escenario se construyó a lo largo de décadas y en la actualidad se continúa sosteniendo, y justamente el retiro de Simone Biles fue una manera de denunciar ante el mundo que no todo está bien en el deporte profesional. En particular para los cuerpos colonizados, oprimidos, excluidos, perseguidos y vulnerados.

No por casualidad, Biles encontró una respuesta a su planteo en un hombre que es defensor del actual sistema deportivo y que glorifica las narrativas conservadoras relacionadas con la exacerbación de la búsqueda constante del triunfo. El tenista serbio Novak Djokovic le contestó esgrimiendo que el sentir presión era “un privilegio” y que sin ella no existiría el deporte profesional. Agregando a su postura las siguientes palabras:

Obviamente no voy a decir que soy capaz de aislarme de todo el ruido mediático que existe en torno a mí y mis opciones de ganar en este evento olímpico. Lo veo, lo escucho, lo percibo y sé que está ahí, pero con el tiempo he aprendido a desarrollar mecanismos de gestión emocional que me permiten ver todo eso como algo positivo, y no como algo que puede destruirme. Siento que la presión es un privilegio y que sin ella no existiría el deporte profesional (La Nación, 2021).

A los pocos días, el 31 de julio de 2021, Novak Djovick perdió el partido por la medalla de bronce, donde revoleó su raqueta a la tribuna y luego la destrozó de un golpe contra la red, en una clara manifestación de un enojo descontrolado.

Lxs oprimidxs en el centro del mundo

El 2 de agosto del 2021, la lanzadora de bala estadounidense Raven Saunders subió al podio a recibir la medalla de plata que había obtenido. A los pocos minutos, hizo un gesto que tuvo una repercusión en las agendas mediáticas de todo el mundo, alzó sus brazos y los cruzó en

forma de X, en un gesto que buscó representar a las personas oprimidas y vulneradas de las sociedades. A diferencia de Biles, Saunders llegó a los Juegos Olímpicos de Tokio sin poseer una referencialidad mediática y mucho menos como una destacada figura. Es más, se podría considerar que hasta ese entonces poseía un rol “periférico” dentro del elenco de atletas. Más allá de esto, en su participación olímpica desarrolló una performance en relación con su identidad como mujer homosexual, inspirándose en emular a *She Hulk* (una superheroína de los Marvel Comics) a través de la utilización de un barbijo que llevaba un estampado de este personaje, al mismo tiempo que se tiñó el pelo de color verde y violeta. De esta manera, el paso de Saunders por Tokio 2020+1 cobró una relevancia peculiar porque ofreció una imagen disruptiva con respecto a los modos y las formas tradicionales de transitar por una cita olímpica y visibilizó otras formas de ser mujer y deportista al involucrarse en temas sensibles para las agendas políticas y culturales durante la pandemia.

A continuación, se expondrá una reflexión sobre el gesto político de Saunders entendiendo que lo desarrolló en un evento que es un emblema de “*la sociedad del espectáculo*” (Debord, 1992), un concepto demarcado por:

la transición de los valores nominales del trabajo, el ahorro, el sacrificio y la obediencia mecánica, a la mercantilización más intensiva de las relaciones sociales que supuso el paso al universo posmoderno del narcisismo colectivo y la búsqueda de la gratificación individual inmediata (Corrientes y Montero, 2014, p. 251).

Esta definición invita a mencionar cómo la pandemia fue un acontecimiento que se produjo en un momento en que la globalidad se encontró signada por una espectacularidad sustentada en el afán de conservar e imponer en su universo pseudoconcreto dos rasgos ideológicos, el materialismo y el idealismo:

El lado contemplativo del viejo materialismo que concibe el mundo como representación y no como actividad -y que en última instancia idealiza la materia- se cumple en el espectáculo, donde las cosas concretas se adueñan automáticamente de la vida social. Recíprocamente, la *actividad soñada* del idealismo se realiza también en el espectáculo a través de la mediación técnica de signos y señales que en última instancia materializan un ideal abstracto (Debord, 1992, p. 129).

Para abordar el concepto de sociedad del espectáculo es de suma importancia indicar que su surgimiento se produjo en el marco de las crisis de las ideologías durante el siglo XX. Por lo

tanto, este es un período donde las demandas y las narraciones de la “*revolución social*” que aparecieron en las agendas públicas tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial dejaron de presentar propuestas ideológicas o cuestiones que podían ser escindidas de los cambios en la vida cotidiana de las personas debido a la aparición de avances en distintas esferas, como la jurídica, tecnológica, económica, urbanística y social. Como consecuencia, se dio paso a una multiplicidad de reformas destinadas a poblaciones minoritarias, como fue el reconocimiento de los derechos de las mujeres y las disidencias, pero sin que esto haya implicado o definido un horizonte de transformación social, porque de forma abstracta la consagración de estos derechos tuvo de trasfondo un rechazo a todo tipo de autoridad y noción de jerarquía. En este contexto se conformó el *Nuevo Orden global* tal como menciona Baudrillard (1993), construido tras la Caída del Muro de Berlín (1989) y la desintegración de la URSS (1991) y que exigió dos modificaciones. Por un lado, el borramiento del sujeto político y, por otra parte, un socavamiento del poder político y la baja de la intensidad en las instancias democráticas con el fin de confeccionar un tablero geopolítico donde los consensos se encuentran diluidos hasta un grado cero. Aunque haya eventos internacionales, como los Juegos Olímpicos, que se presentan como un estandarte de un proyecto de mundo que es triunfante a partir de la crítica y la integración social. Como señala el investigador Ulrich Beck (1998), en este período la política ha perdido su capacidad de centralidad en la configuración de la vida social:

con la sociedad industrial triunfan la pretensión y las formas de la *democracia parlamentaria*. Por otra parte, se *demedi*a el radio de validez de estos principios. El proceso subpolítico de renovación del «progreso» queda a cargo de la economía, la ciencia y la tecnología, en las cuales las evidencias democráticas no están en vigor. Esto se vuelve problemático en la continuidad de los procesos de modernización allí donde, a la vista de las fuerzas productivas potenciadas y peligrosas, la subpolítica ha quitado a la política el rol dirigente en la configuración social (p. 20).

Justamente, lo hecho por Raven Saunders en el podio de los Juegos Olímpicos es un acto con un profundo lenguaje político en el marco del orden global donde “*hubo historia, pero ya no la hay*” (Debord, 1992, p. 143) porque el “sujeto revolucionario” ya ha sido diluido frente al avance de la espectacularización de la política. A la vez, su gesto evidencia cómo las imágenes articulan lo espectacular en nuestras sociedades, donde los vínculos están atravesados por la mediatización visual. Lo que antes se vivía directamente, como la

experiencia común y compartida, ahora se nos aleja en representaciones donde todo tiende a ser consumido y banalizado, poniendo en tensión cómo se conforman las relaciones sociales. En esta espectacularidad, los acontecimientos se nos presentan como lejanos, aunque tengamos un involucramiento en ellos y nos afecten directamente, como es el caso de los debates y las problemáticas que denuncian las militancias y las organizaciones del movimiento LGTBIQ+²⁹.

Las instituciones encargadas de legislar el deporte profesional, como el COI o la Federación Internacional de Atletismo Amateur (IAAF, por sus siglas en inglés) mantienen la voluntad de revisar los cuerpos, diagnosticarlos e intervenirlos (Fernández López, 2020. p. 61). En especial, la población LGTBIQ+ ha estado bajo el sometimiento de las perspectivas y los discursos biomédicos. No es una casualidad que una atleta mujer, lesbiana, militante de los derechos humanos y que padeció graves problemas en su salud, haya sido quien alzó sus brazos para denunciar la opresión de las poblaciones minoritarias. Más aún, en una etapa donde las trayectorias como atletas de las personas no binarias enfrentan distintos mecanismos impulsados por campos de la ciencia, como la psicología o la psiquiatría y la industria farmacéutica para intervenir en sus cuerpos, leídos como una emergencia médica y social (Fausto-Sterling, 2006, p. 324). Esta persecución a ciertas personas y cuerpos no ha hecho más que profundizar el modelo de hegemonía masculina que ha imperado en el universo deportivo de la modernidad y que reproduce narrativas y normativas que colocaron a las mujeres y las disidencias en una posición de segregación, descarte, tutelaje y sumisión.

Saunders no sólo recordó que el mundo del deporte es problemático para las mujeres, las personas en no conformidad con el género (gender-nonconforming) y las personas no binarias por la imposibilidad del cumplimiento pleno de las normas de género a las que se encuentran sujetas lxs atletas, sino que además tensionó la idea de las corporalidades como un valor efímero y temporal en tiempos donde los fenómenos de virtualización complejizan el pasado y el presente. Las luchas políticas de lxs atletas LGTBIQ+. no se iniciaron en Tokio 2020+1 ni son una novedad para la historia de los Juegos Olímpicos, pero sí este suceso trajo la notoriedad que rompió con una lógica donde lo político se encuentra teñido por una performatividad globalizada y le devolvió una dimensión de la memoria a la conflictividad y

²⁹ La sigla LGTBIQ+ [Lesbianas, Gais, Bisexuales y Trans (transgénero, transexuales y travestis)] es utilizada para referirse al movimiento social que lucha por la promoción de la igualdad, contra la discriminación y en favor del reconocimiento de derechos de las personas lesbianas, gais, bisexuales, transgénero y transexuales, entre otros.

el vínculo social. En otras palabras, se puede considerar que los brazos cruzados invirtieron una situación discursiva, un desplazamiento de la opresión de las corporalidades de las personas no binarias al potencial político que tienen estos colectivos políticos, *“la repulsión y la indignación en potencial colectivo y promesa revolucionaria”* (Butler, 2023, p. 167).

En este aspecto, el potencial de los brazos cruzados es la recuperación de lo político (Laclau, 1996). La aparición de un antagonismo en el mismo epicentro de la atención mediática, frente a *“la desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva”* (Bauman, 2000, p. 19) de un mundo cambiante, evasivo y fugaz ante los avances del COVID-19, que aceleró los procesos de descompromiso de la humanidad. Ante esta redistribución y reasignación de los *“poderes de disolución de la modernidad”* (Bauman, 2000), léase la familia, la clase o el trabajo, Saunders dio testimonio de que las luchas de lxs colectivos oprimidxs contienen una pregunta por *lo propio*, una experiencia que no puede ser interpretada desde lógicas que intenten reponer un lenguaje totalizador o imperialista para su nombramiento, sino que exclaman por el ejercicio de detenerse a observar esas identidades, corporalidades y experiencias políticas que han quedado por fuera del sistema del deporte moderno debido a los mecanismos de exclusión y persecución instaurados por parte de instituciones como el COI. En una globalidad cada vez más diluida, descentralizada y efímera, lo hecho por Saunders aparece como un interrogante y una exclamación en torno a lo sucedido con quienes no fueron reconocidas por los cánones de la modernidad patriarcal. Las personas no binarias, las ancianidades, las discapacidades, las y los humildes, y por qué no, por las historias de los continentes y los países periféricos.

Como ella misma declaró ante la prensa, fue una acción que hizo estar presentes a lxs colectivos minoritarios, siendo el símbolo de la X una intersección que reúne a *“toda la gente del mundo que lucha y que no tiene una plataforma para hablar por sí misma”* (Deportes Página 12, 2021). De este modo, lxs oprimidxs se hicieron presentes en un evento que se narra como el centro del mundo, en tiempos donde el espectáculo se presenta como *la sociedad misma*. Allí, Saunders buscó visibilizar un conjunto de demandas y violencias, pero también fue un intento por establecer una conversación ante la profundización de la atomización de los vínculos sociales y la ausencia de la capacidad de diálogo. En cierto modo, una acción extrema considerando que los Juegos Olímpicos no son un “espacio de conversación” sino de un espectáculo que exhibe una única visión sobre el sistema-mundo y

“ningún discurso difundido por medio del espectáculo da opción a respuesta; y la lógica solo se ha formado socialmente en el diálogo” (Debord, 1999, p. 41).

En el presente trabajo se entiende que la capacidad para el establecimiento de un diálogo cobra más prominencia por dos motivos. En primer orden, ya que esto representa un tipo de comunicación transformadora que rechaza toda verdad o poder prescriptivo en el marco de un poder desigual en las relaciones de fuerza, “*la palabra verdadera es transformar el mundo. Existir, humanamente, es pronunciar el mundo, es transformarlo*” (Freire, 1970, p. 99-100). Y, en segundo lugar, cobra relevancia considerando que la crisis de la política como articuladora de la configuración social se acrecienta a medida que los discursos y los vínculos sociales se *deportivizan* y se dejan atrás los medios para construir lazos desde la solidaridad y la horizontalidad.

La imparcialidad y el realismo en la discusión sobre cualquier asunto desaparecen hasta en los círculos más estrechos, igual que en la política hace tiempo la discusión se ha sustituido por la palabra del deporte. El hablar adopta un gesto áspero. Se hace del mismo un deporte. Se desea lograr mayores puntuaciones: no hay conversación en la que no penetre como un veneno la ocasión de apostar. Los afectos, que en un diálogo dignamente humano contaban en lo tratado, se encuadran tenazmente en el puro tener razón fuera de toda relación con la relevancia de lo enunciado (...) La conversación de las consignas políticas, grandes o nimias, en algo mágico se reproduce en lo privado en relación con los objetivos aparentemente más neutrales: la rigidez cadavérica de la sociedad llega a afectar a la célula de la intimidad, que se creía a salvo en ella. Nada le sucede a la humanidad sólo por fuera: el enmudecimiento es el espíritu objetivo (Adorno, 2004, p.156-157)

Esta deportivización de los discursos, la degradación de la política y la espectacularización de los fenómenos sociales causaron que *la última palabra* quede en manos del libre mercado y de las democracias occidentales. Ambos se mostraron como los victoriosos de las narrativas que pregonaron la ilusión de una supuesta finalización de la conflictividad política como motor de la dinámica de la historia. Aunque no fuese un fin de nada, sino más bien el inicio de una reconfiguración que desencadenó una globalidad donde el vínculo empezó a ser mediado por la pantalla, reduciendo todo el espesor de los acontecimientos a su digitalización. Así, la otredad empezó a ser un problema, porque se presenta como incertidumbre que no puede ser resuelta por el corrimiento de la política como acción

transformadora, quedando como única opción las vacilaciones del camino que ofrece la economía de libre mercado, su centralidad, y la espectacularización de la realidad.

Es necesario aclarar que el espectáculo no es una oposición a la actividad social efectiva porque ambas nociones se desdoblán y el espectáculo tiene lugar en lo real y, al mismo tiempo, la realidad es atravesada por la contemplación del espectáculo, otorgándole una adhesión positiva. La realidad surge en el espectáculo y, en consecuencia, el espectáculo es real. Sin embargo, este concepto es una afirmación de lo social como mera apariencia, negando las vidas que *han llegado a ser vivibles*. Esto quiere decir que todo lo que aparece en el espectáculo es positivo, indiscutible e inaccesible, por lo que se rechaza cualquier discusión u oposición. Y si todo lo que vemos es bueno, se diluyen todas aquellas expresiones y experiencias que proponen un horizonte alternativo porque el espectáculo no se dirige a ninguna parte que no sea a sí mismo. Por eso, lo hecho por Saunders es una interrupción de esta lógica de sometimiento para dar paso a una recuperación de la palabra y a un diálogo con una capacidad crítica ante el avance de lo espectacular como afirmación de toda experiencia humana y el recrudescimiento de la *decadencia de la política*.

La decadencia global de la política en tanto instancia reguladora de la vida social se manifiesta de distintos modos: como rechazo de la política y de las ideologías tradicionales por parte de los “ciudadanos”; como pérdida de soberanía por parte de los Estados nacionales y como reducción neoliberal de las competencias del Estado. La “espectacularización” de la política y, por tanto, la sustitución del argumento por los spots publicitarios y de los programas de gobierno por el invento de aparecer en televisión lo más a menudo posible, no es más que el aspecto más visible de ese cambio fundamental. La política ya no goza de autonomía ni de libertad de decisión alguna. Se reduce a la política económica, y a un solo tipo de política económica: el esfuerzo, a menudo desesperado, para mantener la competitividad de un país en el mercado mundial en vías de enloquecer (Jappe, 2004, p. 30).

En este sentido, la llegada de la pandemia fue un acontecimiento que profundizó el agotamiento del “ciclo político” (1945-1991) y la descomposición de una sociedad signada por los vínculos desarrollados en el marco de lo *espectacular* y lo mercantil. Los esfuerzos por parte de los Estado Nación para contener la propagación del COVID-19 hizo que se pusieran en crisis sus propios funcionamientos y estructuras, tensionando las capacidades de sus instituciones para emprender esta tarea y, sobre todo, poniendo en crisis los modos de

vida de las personas ante un acontecimiento para el cual no existía ni había preparación previa alguna. Es decir, la pandemia fue un desborde de lo previsible para los Estados nación y para el sistema mundial de la modernidad constituida como un proyecto civilizatorio que siempre buscó ir por más, como así lo reflejó el lema de los Juegos Olímpicos, ser *más rápido, más alto y más fuerte*. Y, precisamente, la llegada del COVID-19 interrumpió, cuestionó y precarizó esta idea de exacerbación porque fue un período donde no hubo hacia donde avanzar o ir, representando la suspensión de una temporalidad y de un sistema mundo de carácter patriarcal, elitista y colonizador que se presenta como neutral y universal, pero que contiene una profunda matriz excluyente y represiva con las grandes mayorías del mundo, tal como lo dejó demostrado Raven Saunders al alzar sus brazos en forma de X.

Demandas por otros escenarios deportivos y de vidas posibles

En el caso de nuestro país, también hubo una atleta que llevó adelante un cuestionamiento vinculado a una vulnerabilidad que transitan y padecen las y los atletas del olimpismo por su exposición mediática y pública en los tiempos actuales. La nadadora Delfina Pignatiello denunció los ataques de odio que sufrió en las redes sociales tras su participación en Tokio 2020+1. Para entender esta situación es necesario repasar de qué manera Pignatiello llegaba a esta cita olímpica. Para esto, es necesario remontarse a su actuación en el Campeonato Mundial Junior de Natación realizado en Indianápolis, EE.UU. en 2017, donde se proclamó bicampeona en 800 y 1500 metros libre además de ganar la medalla de plata en 400 metros libres. En los Juegos Suramericanos de la Juventud de Santiago del mismo año fue elegida como la abanderada argentina en la Ceremonia de Apertura y fue quien más medallas de la delegación ganó al obtener tres medallas de oro, tres de plata y dos de bronce. En 2018 llegaría su mayor exposición mediática y pública en los Juegos Olímpicos de la Juventud de Buenos Aires, donde ganó dos medallas de plata, en 400 y 800 metros libres. Un año después, en los Juegos Panamericanos de Lima 2019 consiguió tres medallas de oro en las pruebas de 400, 800 y 1500 metros libres que le permitieron ser la abanderada de la delegación nacional en la Ceremonia de Clausura y ser considerada por el COA como una de las *“deportistas argentinas más destacadas de la actualidad, que se perfila como una de las atletas con mayor proyección deportiva y uno de los fenómenos más inspiradores de las generaciones futuras que se insertan en el deporte”* (COA, 2019).

En junio de 2020, la pandemia hizo que volviera a ser noticia en los medios de comunicación por la imposibilidad de entrenar en una pileta debido a las medidas vinculadas al Aislamiento

Social Preventivo y Obligatorio (ASPO). En esta ocasión llegó a poner en duda su presencia en los Juegos Olímpicos al no tener acceso a su centro de entrenamiento, sintiendo un estado de “frustración” que la llevó a pensar en el abandono de su carrera como atleta profesional. Finalmente llegó a participar en Tokio 2020+1; compitió en los 800 y 1500 metros libres y finalizó octava en ambas competencias. Una vez concluida la que fue su primera experiencia olímpica recibió críticas por su desempeño en las redes sociales por parte de *haters* (INADI, 2021)³⁰, lo que generó que se viera afectada su salud. Según su propio testimonio no disfrutó de estar en los Juegos Olímpicos:

Terminé inmersa en una guerra en las redes sociales donde me atacaban con impunidad detrás de un perfil en Internet, donde me llegaron a decir fracasada de mierda y lo peor es que yo me lo creí. Aprendí por mi cuenta, de frente a los golpes, surfando olas prácticamente sola rodeada siempre del cariño de mi familia y de otras personas que no eran especialistas en los temas que yo necesitaba... tuve que aprender la forma de dar notas, de qué decir o no decir en las redes sociales, de qué manera, de cómo tratar una oleada de hate. De entender que las redes sociales eran un tema artificial donde en la vida real no me sucedían esas cosas, esos ataques (Pignatiello en TEDx Talks, 2021).

Tras los ataques sufridos y con apenas veintidós años de edad, el 3 de junio de 2022 Delfina Pignatiello se alejó de la natación, abriendo un debate en la agenda pública y mediática de nuestro país sobre la necesidad de herramientas para el cuidado de la salud que acompañen las trayectorias en los ámbitos deportivos profesionales.

En este punto interesa reflexionar lo sucedido con Biles, Saunders y Pignatiello como acciones diferentes pero que tuvieron en común que denunciaron la doctrina por la exacerbación de la competitividad, de características varoniles y bélicas, con la que fueron concebidos y resurgidos los Juegos Olímpicos en la modernidad, convirtiéndose en posicionamientos que dieron lugar a la posibilidad de explorar otras formas de organización y

³⁰ Los haters son personas que a través de internet y las redes sociales atacan, se burlan o tratan de generar un daño en la persona que eligen como víctima, con Internet como el medio predilecto para realizar sus mensajes y comentarios, que en oportunidades se repiten con el tiempo. Estos suelen ser personas anónimas, sobre todo en Internet, pero también pueden ser personas conocidas. Sobre todo, la población adolescente es quien sufre este tipo de ataques y violencias. Este fenómeno se vio incrementado durante la pandemia ya que los confinamientos causaron que los tiempos de navegación aumentaran.

tránsito por el deporte en procura de imaginar otros recorridos frente a la existencia y la profundización de calendarios deportivos agobiantes, el incremento de la presión por el triunfo y la hiper profesionalización de la práctica. Para ahondar sobre esto se recuperará el concepto de huelga feminista planteado por la investigadora Verónica Gago (2019), que la entiende como acontecimiento y como proceso colectivo en curso, *“la huelga como lente, como punto de vista específico, para contornear algunas de las problemáticas actuales del movimiento feminista”* (p. 16). Este aporte nos permite estimar que lo hecho por estas atletas también puede ser leído desde otros denominadores en común, entre los que interesa mencionar dos interpretaciones. En primera instancia hicieron visibles cómo en las trayectorias del deporte olímpico se requiere que las y los atletas cumplan con sacrificios que representan una vulneración a la condición *de lo vivible*. Y, por otra parte, lograron que sea posible una discusión en torno a la problematización del horizonte del sistema-mundo que se exhibe y reproduce como válido y deseable en las narrativas de los Juegos Olímpicos.

La mención de estos dos planos nos permite considerar cómo las expresiones políticas ocurridas en los Juegos contuvieron de trasfondo una demanda por la construcción de un sistema deportivo *más vivible*, considerando que la forma en que aparece y toma forma el mundo en el deporte olímpico comprende lógicas donde siempre es prescindible o pueden ser sacrificadas las vidas de las y los atletas. En el contexto de pandemia, en Tokio 2020+1 apareció de forma entrelazada un interrogante de carácter fenomenológico, una preocupación por la clase de deporte y de mundo que históricamente se ha construido en el olimpismo. Y ante esta premisa inquebrantable, que indica que en los Juegos Olímpicos siempre se debe realizar un sacrificio, la negativa de Biles a competir, los brazos cruzados de Saunders o el retiro profesional de Pignatiello pueden ser leídos como reclamos por vidas más vivibles, como señala la filósofa Judith Butler (2023), *“reclamar una vida más vivible es reclamar que una vida determinada tenga el poder de vivir, de mantenerse con vida, de desear vivir”* (Butler, 2023, p. 52). Estas fueron acciones que colocaron en el centro de la escena a la acción humana desde una lógica de la solidaridad frente a un escenario signado por la incertidumbre, la dispersión y el temor del COVID-19. No es una coincidencia que las ideas de la exacerbación por la superación constante o la búsqueda de la “gloria olímpica” hayan entrado en crisis mientras se profundizó la precarización de los lazos sociales y de las condiciones de vida durante la pandemia.

Si preguntamos qué es necesario para que una vida merezca ser vivida, lo hacemos porque sabemos que bajo ciertas condiciones seguramente no lo es, que hay condiciones insoportables de pobreza, encarcelamiento, miseria o violencia social o sexual, incluyendo la violencia homófoba, transgénero, racista y la violencia contra las mujeres. En la pregunta ¿cuánto tiempo puedo vivir así? está implícita la suposición de que debe haber otras formas de vivir, y de que podemos, o más bien debemos, distinguir entre formas de vida que son vivibles y otras que no lo son (Butler, 2023, p. 52).

Estas demandas por condiciones *más vivibles* en el deporte fueron posicionadas en el debate mediático institucional por movimientos que pueden ser leídos como acciones de irrupción, ruptura y acumulación que ofrecieron un contrapeso a las lógicas y las narrativas organizativas de los Juegos Olímpicos, formulando nuevas premisas e interrogantes sobre lo que significa el deporte profesional en los escenarios globales. Por esto es oportuna la noción de huelga, conceptualizada como lente en un doble sentido, de forma analítica y práctica. En el sentido analítico, porque habilita a “*ver, detectar y poner de relieve en términos de cómo se produce un régimen de invisibilidad específico sobre nuestras formas de trabajo y de producir valor en territorios diversos.*” (p. 16), disponiéndose como una estrategia para politizar la tristeza y el sufrimiento. Y tiene una esfera práctica porque nos coloca ante el desafío de cruzar los límites de lo que somos, tensionando lo que se desea y desplazando la condición de víctima y exclusión, “*la práctica de la huelga es la redefinición de una poderosa forma de lucha en un momento histórico nuevo. Contra el estrecho modelo de los sujetos de la huelga masculinos, blancos, asalariados, sindicalizados*” (p. 17).

Este doble lente de la huelga feminista que plantea Verónica Gago abrió el abanico para problematizar cuáles son los cuerpos y conflictos que se involucran en la huelga cuando esta se hace feminista y cuál es el tipo de generalidad que compromete. En el caso de los Juegos Olímpicos de Tokio, los actos de protesta dieron lugar al inicio de un proceso de discusión con respecto a una trama en común que señalaba al deporte olímpico como un espacio donde se ejercen violencias y explotaciones contra los cuerpos de las y los atletas, en especial hacia aquellos cuerpos feminizados. Por ende, que las acciones de protesta hayan sido desarrolladas por deportistas con un reconocimiento público de escala internacional, les dio a estas demandas una potencia que hizo que empiecen a reverberar en la discusión política de la época. Así, se posicionaron como acontecimientos que marcaron un vector de

temporalidades, un conjunto de actos que dieron forma a un proceso de cuestionamiento de la objetividad del sistema deportivo para habilitar a un nuevo horizonte temporal desde donde trazar otros modos de vivir el deporte.

Esto no puede ser leído de forma escindida de la llegada de la pandemia y la instalación de escenarios deportivos donde se instalaron rigurosos protocolos sanitarios (COI, 2021) como lo fueron las denominadas “burbujas”, que introdujeron a las y los deportistas en rutinas y dinámicas que las y los aisló del resto de la sociedad para desarrollar sus carreras profesionales, transformándose en una situación totalmente atípica para la historia del deporte moderno. Esta medida del cuidado, totalmente disruptiva, fue una cuestión prominente para que se diera una proliferación de posturas críticas de las y los atletas contra problemáticas sociales como el racismo, la desigualdad social y la discriminación o la violencia contra grupos sociales, como la población LGTBIQ+. Estas expresiones fueron un catalizador del malestar de las y los atletas ante la ausencia de políticas y la “neutralidad” que mostraron las instituciones que legislan y organizan el deporte ante determinadas problemáticas sociales que se intensificaron en la pandemia. Como, por ejemplo, lo que ocurrió con la encargada de encender el pebetero olímpico en Tokio 2020+1, la tenista japonesa Naomi Osaka, que detuvo el desarrollo del torneo Masters 1000 de Cincinnati en 2020 para adherir a los reclamos contra la violencia racial en EE.UU. tras el asesinato de Jacob Blacke³¹.

En este caso, Naomi Osaka, que para ese entonces ya había sido la número uno del ranking mundial del circuito de tenis femenino, desistió de presentarse a la final del torneo de Cincinnati e hizo una publicación en su cuenta oficial de Instagram donde señaló que antes que atleta es una mujer-negra y calificó como un “genocidio” los asesinatos de la policía estadounidense de personas negras, cansada de tener “*una y otra vez la misma conversación*” (Naomi Osaka, 2020). A lo que posteriormente agregó ante la prensa: “*Odio cuando dicen que no deberíamos involucrarnos en política y simplemente entretener. Primero, esto es una cuestión de derechos humanos. Y segundo, siguiendo esa lógica, si trabajás en Ikea sólo podrías hablar entonces de muebles*” (Moore, 2020). El hecho de haber repuesto su condición de mujer negra antes que de deportista invita a subrayar la politización de su accionar como deportista, debido a que fue una declaración que recupera una lectura en que

³¹ En agosto de 2020, la policía del estado de Wisconsin asesinó a Jacob Blake, un hombre negro de 29 años de edad, siendo un nuevo episodio de la violencia policial estadounidense durante la pandemia, tras la repercusión mundial que tuvo el asesinato de Floyd George. Después del pedido presentado por Naomi Osaka a la organización del Masters 1000 de Cincinnati, el torneo decidió cancelar la jornada del 27 de agosto del 2020.

se evidencia cómo la categoría de género no opera de forma aislada de otras categorías, como la étnica. En este marco, *“la crítica feminista interseccional aparece entonces como una necesidad política y como una herramienta metodológica”* (Fernández López, 2020, p. 49).

Es por esto que a la previamente mencionada noción de huelga se le debe agregar una dimensión de interseccionalidad para abordar las problemáticas que se discutieron en el deporte durante los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 y en el escenario de la pandemia. Para profundizar sobre este aspecto se retomarán los aportes de los feminismos poscoloniales, lesbianos, negros y el posfeminismo que han servido para

iluminar la diversidad de opresiones que se intersectan con el género al pensar la etnia, la clase, la raza, la sexualidad, la identidad de género, la nacionalidad y la edad como factores que inscriben otro tipo de experiencias sobre los cuerpos más allá de la caracterización hegemónica de la mujer (Gaona, 2015, p. 114).

Esta afirmación habilita a reflexionar sobre dos puntos. En primer lugar, lo que hicieron Naomi Osaka o Raven Saunders expuso otros tipos de situaciones con respecto a las subordinaciones en el deporte. Y, por otra parte, fueron expresiones sensibles a todos los tipos de opresión, exclusión o marginación, *“clasismo, sexismo, racismo, heterosexismo, sin priorizar ninguno de ellos de antemano, sino en forma contextual y situacional”* (Viveros Viyorga, 2016, p. 13). En consecuencia, fueron actos que desplazaron las problemáticas de los feminismos de sus fronteras internas a alianzas hacia la construcción y el entrelazamiento de solidaridades con otros movimientos sociales que defienden los intereses de los grupos minoritarios, surgiendo un sujeto político que se define por su minoría y que se organiza políticamente junto a otras minorías. En esta ocasión, por primera vez, atletas que tienen trayectorias vinculadas a las minorías ocuparon la centralidad de la agenda de un sistema deportivo que valida el sistema-mundo construido al calor de la modernidad y que opera sobre el borramiento de las diferencias políticas, económicas, de género, étnicas y religiosas. O sea, el deporte olímpico trabaja sobre el desvanecimiento de la conflictividad social de un reparto mundial desigual para centrarse en el culto a la figura del atleta que busca constantemente la superación y su instalación en la referencia de una integración internacional originada en su configuración por la conquista y el imperialismo.

La utilización de la lectura interseccional posibilita dar cuenta de la existencia de un diálogo crítico y de un sujeto político universalizable con capacidad de tener conversaciones con

distintos movimientos sociales y que no se detiene a seleccionar las luchas sociales. Como expone la autora Nina Lykke (2011) la noción de intersección representa un “*lugar discursivo donde diferentes posiciones feministas se encuentran en diálogo crítico o de conflicto productivo*” (citada en Viveros Vigoya, 2016, p. 5). Teniendo en cuenta que en Tokio 2020+1 se expresaron demandas que repusieron distintos tipos de opresiones, fue notorio el visible reconocimiento mutuo entre atletas que reunían trayectorias signadas por la precariedad, la inestabilidad y el padecimiento de múltiples violencias. Esto también nos permite reconocer que las relaciones sociales que las y los constituyeron como tales no pueden ser reducidas a ningún grupo, por lo que dieron la oportunidad a un tejido de estrategias políticas que acumularon fuerzas frente a las relaciones de poder desiguales ya establecidas en el deporte, la sociedad y la cultura.

Asimismo, es oportuno indicar que la recuperación del concepto de huelga tiene la particularidad de poseer un vector de temporalidad del cual puede surgir un nuevo horizonte temporal. Las acciones de Biles, Saunders, Osaka y Pignatiello pueden ser leídos como un umbral histórico para el deporte ya que fueron experiencias que causaron que no se pueda “*continuar teniendo la misma relación con las cosas y l*s otr*s*” (Gago, 2019, p. 16). En este caso, constituyeron un precedente que devino en que los deportes, y el lugar que las y los atletas tienen en él, ya no sean pensados ni discutidos de la misma manera en que se lo hacía antes de los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1, porque este umbral representa un punto de articulación entre el tiempo pretérito y lo que vendrá, un momento donde se separa lo viejo de lo nuevo (Koselleck, 1993). Con otras palabras, se pueden considerar los Juegos de Tokio como una fotografía donde se pudieron contemplar las *ruinas del pasado* y las *promesas futuras*. Una imagen dividida entre un deporte caracterizado por la asepsia política y las narrativas de superación y de los cumplimientos de sacrificios y, por otra parte, el empoderamiento de las y los atletas que dieron un novedoso volumen de politización a las vidas que transitan por el más alto rendimiento deportivo.

De esta manera, un evento que históricamente se presentó desde un orden ya constituido, se encontró siendo politizado por la aparición de demandas de atletas que cuestionaron las precariedades y las violencias del deporte profesional, al reclamar nuevas formas de organización y condiciones más dignas para el desarrollo de las trayectorias deportivas. En un contexto de burbujas sanitarias, aislamientos, restricciones y precarización de los lazos sociales surgieron las condiciones de posibilidad y de enunciación para los reclamos por un

deporte más habitable, que a su vez fueron huelgas que visibilizaron la necesidad y la urgencia de un mundo contenedor de vidas más vivibles.

A diferencia del caso de Pignatiello, esta “huelga” que plasmaron Biles y Saunders puede ser leída como una resistencia dentro del propio sistema deportivo global porque no se trató de un escape de él, sino que fue dentro de las instituciones, dando una pelea desde ese interior. Si el deporte olímpico requiere de un sacrificio y de narrativas y actos “trágicos”, estos planteos fueron la expresión de un reclamo por terminar con lógicas opresivas del deporte, pero no yéndose o retirándose sino denunciando y transformándolo “desde adentro”. Esto permite pensar estas acciones como afrentas desde el propio sistema y así poder transformarlo.

Reflexiones finales del apartado

A lo largo de este apartado se mencionaron distintos episodios que mostraron cómo durante el transcurso de la pandemia y en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 se presenciaron constantes tensiones y discusiones relacionadas con las problemáticas sociales de la época, como la salud, el género, el racismo y los conflictos geopolíticos, colocando en el debate público y mediático la forma en que los deportes fueron concebidos y organizados desde los primeros tiempos de la modernidad.

En ese sentido, el clima social constituido por la pandemia devino en que los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 estuviesen signados por la ausencia de público y la instalación de rigurosos protocolos sanitarios, quedando un escenario competitivo donde solamente se encontraban las y los atletas y las tecnologías que reprodujeron sus imágenes a través de la televisación y las redes sociales. En cierto modo fue un acontecimiento que profundizó la *obligatoriedad del espectáculo*, su poder político y su monopolio sobre la visualidad legítima.

Un régimen de visibilidad es un régimen político como cualquier otro, con la salvedad de que la cámara de vigilancia es una de sus metáforas privilegiadas: en ese molde se vacían conductas y creencias (...) Cañones o grandes angulares, gatillos u obturadores, brigadas ligeras o movileros, generales o editores, el ocaso de unos señala el advenimiento de un principio de control que convierte a cada cuerpo en un efecto de iluminación (Debord, 1992, p. 15).

La lógica del cuidado “desde la distancia” y la precarización de los lazos sociales en el transcurso de la pandemia ahondaron la espectacularización de la realidad a partir de una disolución de cualquier posible estrategia y oposición política a este régimen, “*se trata siempre de la antigua veda política: “no intervendrás”*” (Debord, 1992, p.15). Pero este avance del mundo visual encontró un cuestionamiento en el ámbito deportivo, más precisamente en la participación de Simone Biles o Raven Saunders en los Juegos de Tokio, que a través de sus actos denunciaron la necesidad y la promoción de otros tipos de sociabilidad, en ruptura con la alineación de un sistema deportivo donde siempre prima la urgencia por la superación. Sobre todo, estos hechos cobraron una relevancia histórica, ya que tallaron fracturas en el campo de visión que ofrece la sociedad del espectáculo, y más aún en la pandemia, porque las pantallas solamente propusieron el movimiento de aquello que sucedía en el espectro mediático, pero no para las corporalidades en un mundo compungido por los aislamientos. Y para alzar sus voces, Biles y Saunders utilizaron sus propios cuerpos como herramientas para reponer sus experiencias en el padecimiento de distintas opresiones, contrarrestando esta lógica de obturación al diálogo que se potencia con el progreso de lo espectacular y, así, lograron establecer una conversación en la agenda con determinadas problemáticas de la época, como la salud y el género.

Por lo tanto es necesario remarcar la idea de la instalación de una conversación política. Tal como indica el pedagogo Paulo Freire (1970), es necesario reponer el diálogo desde su carácter político, identificando una doble dimensión, la acción y la reflexión articuladas entre sí. En este caso se produjo una articulación de diálogos sobre las problemáticas por parte de las y los atletas en un escenario como los Juegos Olímpicos, que se exhibe desde una narrativa despolitizada pero que en realidad refuerza y busca mantener la idea de un orden que se desprende de un sistema global sustentando en las relaciones de dominio y las opresiones ejercidas por el Norte sobre el resto del mundo. En base a esto interesa señalar las siguientes dos cuestiones.

En primer lugar, que los posicionamientos de las y los atletas le dieron una politicidad a un evento que, como se señaló previamente, se narra y muestra recurrentemente desde la despolitización. Sin embargo, las declaraciones de *lo político* de Tokio 2020+1 no fueron sucesos homogéneos o previamente organizados, sino que se desarrollaron desde un terreno desnivelado y precario que cuestionó la “*subordinación a una frontera única*” (Laclau, 1996, p.37). Al respecto, los aportes de Ernesto Laclau y de Chantal Mouffe (2010) otorgan una

óptica para entender este emergente político porque permiten comprender que las acepciones que se pueden enunciar sobre este término están atravesadas por los antagonismos, las articulaciones y nociones democráticas ya que toda lucha política busca “*la transformación de una relación social que construye a un sujeto en relación de subordinación*” (p. 195). De modo que los pronunciamientos de Tokio 2020+1 dieron cuenta de una pluralidad y de vínculos afectivos que no se redujeron a los límites de los Juegos Olímpicos, sino que establecieron puentes y diálogos con las agendas públicas y con los movimientos y las organizaciones políticas, como el colectivo LGTBIQ+.

En segunda instancia, el ideal moderno del olimpismo sobre la figura de la mujer se resquebrajó porque lo observado en Tokio fue todo lo contrario a la imagen construida en la época victoriana, vinculada a la sumisión, dedicada al cuidado, prudente y reducida al servicio en el ámbito del hogar. Todo lo contrario, las mujeres fueron principalmente quienes impulsaron los debates sobre las opresiones y las exclusiones existentes en el deporte olímpico, que posteriormente se extendieron al debate público y mediático. En especial, en estos actos se encontró la importancia que tuvieron los cuerpos para el desarrollo de la protesta, al evitar involucrarlos en una competencia en pos de cuidar la salud o al levantar los brazos para denunciar las violencias que sufren los colectivos minoritarios. En cierto modo, fueron actos en los que operaron en clave de liberación de las corporalidades de las deportistas en un tiempo “*de tenebrosas innovaciones en las formas de ensañarse con los cuerpos femeninos y feminizados, un ensañamiento que se difunde y se expande sin contención*” (Segato, 2011).

El cuerpo de las mujeres es un campo disciplinado para la producción y la reproducción, construidos ambos campos como disposiciones sentidas, necesidades femeninas, irrenunciables. El cuerpo de las mujeres es un cuerpo sujeto y ellas encuentran fundamento a su sometimiento en sus cuerpos, pero también su cuerpo y su sexualidad son el núcleo de sus poderes (Lagarde, citada en Viveros Vigoya, 2016, p. 64)

Estas dos dimensiones habilitan a reflexionar cómo en un momento histórico de decadencia global de la política y su espectacularización (Jappe, 2004), que fue profundizado por la llegada de la pandemia a causa de un desborde de lo previsible y “*de la falta de preparación para lo que no tiene precedentes*” (Butler, 2023, p. 24), los posicionamientos de las y los atletas en Tokio 2020+1 pueden leerse en una clave de *huelga* (Luxemburgo, 1970) que

otorgó un pensamiento político y la apertura de un proceso donde se entrelazaron múltiples factores, como el género, la etnia, la economía y la geopolítica, para discutir la organización del deporte moderno. Asimismo, cuestionaron la premisa de la *necesidad del sacrificio* del olimpismo, al anteponer el cuidado de su salud y visibilizar mecanismos de violencia, lo que rompió con la “*omnipresente quietud móvil*” (Debord, 1992, p. 18) de una sociedad donde el espectáculo busca obstruir cualquier tipo de intervención política contraria a su régimen de visibilidad. En esta coyuntura, los actos de politicidad marcaron una temporalidad donde fueron protagonistas las expresiones de demandas democráticas actuales y las denuncias por la existencia de diferentes formas de subordinación.

En un evento donde la centralidad estuvo puesta en los protocolos sanitarios y la implementación de tecnologías que buscaron paliar la ausencia de público, el renunciamiento de la gimnasta Simone Biles a participar de una final para cuidar su salud, los brazos cruzados de Raven Saunders o el prematuro retiro deportivo de Delfina Pignatiello fueron cuestionamientos a las narrativas y a las estructuras de poder que imperan en el deporte profesional y con las que se organizan los Juegos Olímpicos. Al mismo tiempo problematizaron la perspectiva con la que se institucionalizó el deporte en la modernidad, Un proyecto íntimamente ligado a un pensamiento varonil, cisgénero, heterosexual, binarista, clasista, científicista, racista, eurocéntrico y, sobre todo, profundamente persecutorio y excluyente con todas aquellas personas no ajustadas a sus normas. Por este motivo, las críticas expuestas en Tokio les dieron más volumen y reconocimiento a demandas en torno a subordinaciones que cobraron mayor relieve en el debate público bajo las condiciones de pandemia, como las reivindicaciones por el cuidado del ambiente, las luchas contra el sexismo o el racismo, las cuales son transversales a toda la estructura social ya que no tienen una correspondencia con sectores sociales definidos (Mouffe, 2019, p. 18).

Todos estos reclamos y formas de subordinación se volvieron más importantes en el decurso de una globalidad donde se produjeron cambios estructurales que significan fracturas dentro de la modernidad, dando la oportunidad de discutir nuevas formas de vivir y actuar que ponen en riesgo los pilares del proyecto civilizatorio eurocéntrico del siglo XX. En este nuevo escenario entraron en tensión las tradiciones y los procesos de modernización, como así también los grados de participación democrática en el marco de una:

globalización que abarca la producción y la reproducción y no respeta las fronteras de los Estados nacionales, con lo cual surgen unas amenazas globales que en este sentido

son supranacionales y no específicas de una clase, y poseen una dinámica social y política nueva (Beck, 1998, p. 19).

La programación del COVID-19 causó una lesión de las estatalidades, poniendo a prueba los propios *“mandatos del propósito público”* (Lluch y Mellado, 2022, p. 109), lo cual posteriormente hizo que surgieran innumerables interrogantes sobre lo que pudieron y lo que no pudieron desarrollar los Estados-nación ante la pandemia, que de por sí se encontraban fuertemente dañados en un escenario caótico. Si bien la búsqueda de respuestas a estas preguntas abre un abanico innumerable de posibles análisis para desandar, en el caso del deporte este debilitamiento hizo que se abrieran las condiciones para la enunciación de discursos políticos en un campo que históricamente se mostró como “escindido” de la política a través de la acción de atletas que decidieron visibilizar las problemáticas, las violencias y las luchas de intereses que allí se disputan. Esta experiencia de politización conformó un novedoso escenario de conversaciones entre las y los atletas donde se discutieron las dinámicas, las experiencias y las narrativas de exacerbación de superación que moldean al deporte profesional, como por ejemplo la importancia de la presión durante la competencia.

Estos debates dieron paso a un proceso político de ruptura, invención y acumulación de fuerza para las y los atletas ante las normativas y exigencias que dicta el COI para el desarrollo de las trayectorias en el deporte olímpico. Ante el repliegue y la pauperización de los vínculos sociales y de los espacios colectivos y el ahondamiento de las desigualdades sociales que produjo la pandemia, los casos de Simone Biles, Raven Saunders, Delfina Pignatiello o Naomi Osaka trazaron *“una lucha por el reconocimiento dentro de las coordenadas y categorías sociales existentes”* (Butler, 2023, p. 13) porque situaron y ofrecieron una comprensión del valor humano en un escenario donde se alzaron discursos que afirmaron *“que muera quien tenga que morir”* (Página 12, 2020)³² con respecto al avance y las muertes por COVID-19. Por lo tanto, fueron parte de un rechazo *“al agotamiento físico y psíquico que sostiene precariedades extenuantes”* (Gago, 2019, p.36), en este caso a las fragilidades que rigen al deporte profesional, asumiendo que la vida de cada persona tiene valor, que va más allá de lo que dicta el mercado o la organización de un evento deportivo, y esa premisa se irguió como una demanda de la necesidad existente por construir lógicas y

³² En agosto del 2020, el entonces presidente Alberto Fernández (2019-2023) declaró ante la prensa que recibió un llamado del ex presidente Mauricio Macri (2015-2019) el día después de decretar el ASPO y que le había expresado su desacuerdo con la decisión, declarando que dejara morir a quien se tuviera que morir.

políticas estructuradas para promover “*el florecimiento de cada uno*” (Butler, 2023, p. 13) sin que esto se reduzca a un plano individual sino que también llegue a tener un alcance en el plano colectivo.

Y este florecimiento no puede estar separado de un accionar con la capacidad de transformar la tristeza y el sufrimiento de lxs colectivos y de todxs aquellxs que se encuentran oprimidxs por un potencial político donde se haga presente el goce y el amor, en el entendimiento de que estos sentimientos no parten del mandato de felicidad impartido por la sociedad, que no es más que un medio para la privación de la libertad (Adorno, 2004, p. 198). Por ende, sobreponer la capacidad de transformación para la construcción de lazos y políticas desde la solidaridad y el amor posee un aspecto revolucionario frente al absolutismo de la inmediatez que encuentran sus directrices en la profundización de un sistema hegemónico por una economía de mercado que degrada progresivamente las capacidades que poseen los Estados-nación y la política para constituirse como los actores constitutivos de la regulación social. En este escenario, el afecto se presenta como un camino político para quienes tienen la convicción y las fuerzas para aferrarse al sentimiento del amor. En esta ocasión, los Juegos Olímpicos de Tokio fueron el espacio desde donde se reclamó por el derecho a un deporte habilitador del goce y la presencia de vínculos mediados por la solidaridad y no por el cumplimiento del mandato sacrificial que dicta el legado olímpico.

En un mundo jaqueado por la propagación de la pandemia y el “sálvese quien pueda”, la intensificación de las desigualdades sociales ocurrió en los continentes y los países más subyugados y colonizados, como así también fueron los colectivos minoritarios quienes más sufrieron esta situación. De muchas maneras, el COVID-19 rompió con cualquier tipo de idea que narrara la existencia de un mundo común para todas las personas. Y no fue para nada azaroso que en un evento como los Juegos Olímpicos, que propone la ilusión de una globalidad integrada sin conflictividad política alguna, hayan surgido fracturas que exclamaron por un sistema deportivo y por vidas más vivibles.

SEGUNDA PARTE. ANALIZAR EL DEPORTE OLÍMPICO

Capítulo 4. Persecución y exclusión en el deporte

“Voy a correr la maratón de Boston”, le dije a mi entrenador

“Las mujeres no pueden correr”, me contestó

“Pues, yo sí”

Kathy Switzer (1947)

Historización de los mecanismos de exclusión en los Juegos Olímpicos

A lo largo de este capítulo se pretende visibilizar cómo han operado las normas sexistas implementadas por el COI y de qué manera ha desalentado la participación y se han excluido a las mujeres y las disidencias de las competencias olímpicas a lo largo del tiempo. Por consiguiente se construirá una genealogía de la implementación de estas medidas y el contexto en que fueron llevadas adelante. En este sentido se expondrá cómo se construyeron tensiones y diálogos entre estos mecanismos de segregación con las luchas políticas de las atletas y del movimiento feminista por la ampliación de derechos de las mujeres en las sociedades occidentales durante el siglo XX y XXI. Además, se hará un recorrido que visibilizará cómo los debates y las exclusiones se desplazaron de la incorporación de las mujeres cisgénero al deporte olímpico a lo largo el siglo XX a las discusiones que cuestionan las normativas biomédicas que organizan el deporte del alto rendimiento. Asimismo, se prestará especial atención a cómo se fue incrementando la participación de las atletas mujeres cisgénero en los Juegos Olímpicos con el correr de las décadas y cómo se vinculan con los cambios culturales que se fueron suscitando en cada una de ellas. Para esto se indicarán ciertos torneos y atletas que se posicionaron como una referencia para la historia del deporte, las mujeres y la sociedad.

El ejercicio de desandar la historización de estos mecanismos parte de entender tres premisas. En primer lugar, las instituciones que reproducen una visión del mundo a través de un ordenamiento mediante lógicas y narrativas binarias aportan a *“una hegemonía heterosexual que moldea las cuestiones sexuales y políticas”* (Butler, 1993, p. 14), pudiendo leerse como esfuerzos encuadrados en la pretensión de un *“ideal regulatorio del sexo”* (Foucault, 1976) que no se agotan en lo estrictamente reglamentario sino que producen los cuerpos que

gobiernan. Los aportes de Michael Foucault (1976) y de Judith Butler (1993) permiten identificar este ideal regulatorio del sexo como un poder que se impone y se logra demarcando, circunscribiendo y diferenciando a los cuerpos que controla a partir de la reiteración forzada de las normas de control a lo largo del tiempo. De este modo, materializar el sexo del cuerpo implica la sustancialización de la diferencia sexual en pos de un fortalecimiento del imperativo heterosexual (Butler, 1993, p. 18).

En segunda instancia es fundamental recuperar la visión varonil con la que fueron restaurados los Juegos Olímpicos en la modernidad. El proyecto político de Pierre de Coubertin estuvo centrado en

convertirse en la máxima potencia «espiritual» del mundo contemporáneo, sino también a eliminar o relegar a un segundo plano cualquier manifestación ideológica o religiosa (...) una encarnación del único mundo ideal al que es lícito aspirar y lejos de fomentar la religiosidad cristiana entre la juventud burguesa, Coubertin pretendía desarraigar, reemplazarla por un positivismo fanático, meta suprema de su «pedagogía utilitaria» y fundamento de su religio athletae (Corriente y Montero, 2014, p. 88).

En la modernidad el olimpismo se convirtió en una institución que persigue su propio credo, celebrando al sistema mundo constituido con la expansión de los mercados, las redes de comunicación y transporte y el poder militar de las naciones imperialistas de Occidente desde finales del siglo XIX. Por ende, los Juegos Olímpicos fueron resurgidos como un culto a ese orden del mundo moderno que celebraba el esfuerzo físico de una virilidad guerrera. Inclusive, esta perspectiva se reactualizó con el paso del tiempo y Avery Brundage, llegó a declarar que el olimpismo se trataba de una religión “*moderna, excitante, viril y dinámica*” (Krüger, 1993, p. 53).

En tercer lugar, la existencia de un ideal regulatorio del sexo y la religión varonil del deporte olímpico construyeron una genealogía donde ciertos cuerpos y sexualidades fueron aceptadas y aceptados y otras y otros fueron excluidas y excluidos. Por lo tanto, existe una historia que se hizo sobre las y los atletas que fueron incluidas e incluidos para la práctica deportiva profesional. Esto invita a pensar que existe una narrativa “oficial” sobre la historia del deporte construida por sus instituciones más importantes, como el COI. Pero, por otro lado, hay un trayecto formado por atletas que sufrieron discriminación, persecución y expulsiones por sus características físicas y su género. En este capítulo se retomarán estos casos,

entendiendo que su mención permitirá exponer cómo existieron experiencias deportivas que se pusieron en tensión con las ideas y los valores sobre los que se cimentó el sistema deportivo y el sistema mundo patriarcal y heteronormativo de la modernidad.

En la actualidad, esto cobra una relevancia particular teniendo en cuenta que el COI concentra un importante esfuerzo en desarrollar distintos cambios en sus reglamentaciones y en la importancia que otorga a las cuestiones relacionadas con el género con el objetivo de hacer del deporte olímpico un espacio cada vez más inclusivo con las poblaciones que históricamente fueron discriminadas y relegadas. Sin embargo, este proceso de transformación se encuentra ante la continua existencia de legislaciones y visiones que parten de perspectivas que entienden al deporte desde una lógica patriarcal y binaria, y bajo la que se construyeron los Juegos Olímpicos desde su resurgimiento. Por este motivo, en este capítulo se pretende construir un recorrido histórico que dé cuenta cuáles fueron los mecanismos utilizados por el COI para excluir a las mujeres y las disidencias del olimpismo en el siglo XX y XXI con el fin de visibilizar el umbral histórico que representó la aparición de una nueva generación de deportistas que tomó la palabra para denunciar las injusticias y las desigualdades en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1, dando lugar a novedosas tensiones, rupturas y posibilidades para la historia del deporte y la cultura.

Las discusiones impulsadas por los movimientos feministas, de las mujeres y de las disidencias llegaron a los espacios deportivos. En este contexto, hay prácticas que están siendo modificadas por las instituciones de este campo, dando lugar a la problematización y desarticulación de escenarios y situaciones tanto machistas como discriminatorias que conllevan desigualdades y discriminaciones bajo las que han sido concebidos los deportes modernos. Llevar adelante estas acciones requiere de manera imprescindible la visibilización de las violencias simbólicas y físicas que fueron históricamente naturalizadas y sedimentadas en los espacios y las prácticas del deporte. Como se podrá observar a lo largo del capítulo, los debates sobre las identidades de género y las asimetrías materiales y simbólicas entre los hombres, las mujeres y la población LGTBIQ+ conformaron una temática que constantemente es discutida y repensada en los campos de la sociedad y cultura, y los deportes no se encontraron exentos de esta situación.

La reflexión sobre el género y el deporte en las Ciencias Sociales debe ser pensada en el marco de las transformaciones sociales, políticas y culturales ocurridas en nuestro país durante la última década. En este sentido es fundamental traer a colación la movilización del

movimiento feminista y de mujeres del 3 de junio del 2015 que contribuyó a instalar las demandas relacionadas con el género en las agendas institucionales, mediáticas y públicas. Para la socióloga D. Barrancos (2018) el movimiento de mujeres que se agrupa en torno al Ni Una Menos (2015) significó un quiebre en la historia de los feminismos debido a su carácter popular y masivo. En este escenario, los debates sobre la autonomía de los cuerpos de las mujeres, las personas gestantes y las minorías históricamente excluidas y silenciadas cobraron una importancia en las agendas del Estado. En este aspecto, las investigaciones en torno al género y el deporte han revitalizado el campo de los estudios sociales del deporte ya que lo han posicionado como uno de los principales objetos de interés.

Si bien estos estudios se consolidaron como un objeto de investigación válido hacia el interior de las Ciencias Sociales en Argentina y América Latina durante las últimas dos décadas, recientemente quienes se encargan de pensar las políticas públicas también reconocieron la importancia del campo. Y si esto sucedió también se debe a que los feminismos y el movimiento de mujeres se tramaron entendiendo al deporte como un objeto de disputa fundamental en nuestro país. Este cambio cobra una relevancia mayor cuando se considera que la historia oficial del olimpismo se ha esforzado por invisibilizar constantemente todos los mecanismos de exclusión, obstáculos y dificultades que tuvieron que atravesar las mujeres y las personas no binarias durante el siglo XX y las primeras décadas del XXI para instalar la discusión en torno a una participación digna y plena en el deporte profesional.

Género, exclusión y olimpismo

Para dar cuenta de los antecedentes de exclusión de todas aquellas personas que no son hombres en los Juegos Olímpicos es pertinente realizar un recorrido histórico que nos permita vislumbrar cómo se han ido constituyendo estos mecanismos y de qué manera fueron operando a lo largo de las décadas. Para comenzar esta historización, hay que iniciar este camino en los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna, Atenas 1896, adonde solamente llegaron 241 deportistas masculinos y no hubo ninguna presencia femenina. Recién cuatro años más tarde, en París 1900 asistieron 975 hombres y 22 mujeres. Es decir, el número de atletas femeninas apenas llegaba al 2% por ese entonces. A esto se debe agregar que si competían únicamente podían hacerlo en disciplinas en que las destrezas físicas fueran las “adecuadas” para ellas, como el golf, el cricket y el tenis. Las desigualdades registradas a comienzos del siglo XX no hacían más que reponer el carácter de los deportes modernos, que *“históricamente fueron contruidos desde una mirada patriarcal, binaria y heteronormativa,*

lo cual tuvo y continúa teniendo efectos concretos en la habilitación o prohibición, del acceso y desarrollo de estas prácticas para hombres, mujeres y otras sexualidades“ (Ibarra, 2020, p. 164).

En este punto se retomará la perspectiva crítica del género para problematizar estas barreras de habilitación o prohibición existentes en los deportes modernos, entendiendo que pueden ser leídas como dispositivos de poder o guiones que *“socializa[n] a los cuerpos con pene en la masculinidad, para que se conviertan en varones, y a los cuerpos con vagina en la feminidad, para que se conviertan en mujeres”* (Chiodi, Fabbri y Sánchez, 2019, p. 10). Por ende, recuperar este enfoque crítico es una manera de poner en tensión y visibilizar cómo *“las nociones ser varón o mujer son presunciones culturales”* (Fausto-Sterling, 2006, p. 48) productoras de relaciones de poder, desiguales y violentas que vulneran las autonomías, la libertad y la igualdad de las personas. Sobre todo la de las mujeres y las diversidades sexuales, que son quienes padecen situaciones donde son inferiorizadas con respecto a la mayoría de los hombres. En el caso del deporte moderno, estas relaciones desiguales de poder entre los géneros son una constante desde finales del siglo XIX, pudiendo observarse en las asimetrías que existen entre varones y mujeres en las competencias del más alto rendimiento deportivo.

Cuatro años más tarde de París, en San Luis 1904 se registró la asistencia de 645 hombres y 6 mujeres y para los Juegos de Londres 1908 la presencia femenina se elevó a 37 atletas mientras que el número de hombres ascendió a 1.971. Para la segunda década del siglo, los Juegos Olímpicos de 1912 contaron con 2.359 hombres y 48 deportistas mujeres. Esta marcada desigualdad en el número entre los y las atletas en las tres primeras citas olímpicas de la era moderna se produjo en un momento histórico en que los deportes modernos eran *“un coto reservado para los varones”* y, a la vez, desempeñaron un papel relacionado directamente vinculado con la producción y la reproducción de la identidad masculina en las sociedades modernas (Dunning, 1986, p. 350). Este carácter estrictamente varonil se plasmó en el año 1912 cuando el COI prohibió formalmente la participación de mujeres en las olimpiadas. Esta decisión no hizo más que materializar la perspectiva patriarcal que primaba en el olimpismo, una institución donde se reflejaban los valores de la sociedad victoriana, desde la cual se construyó un modelo en que las mujeres eran significadas desde la docilidad y la sumisión, dejando a los hombres como aquellos sujetos que ocupaban el espacio público y las instancias de representación y poder en la sociedad.

Los esfuerzos por excluir a las mujeres del olimpismo estaban fundamentados en que el barón Pierre de Coubertin, el fundador del movimiento olímpico moderno, era un ferviente opositor a la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, y la presencia de estas en el espacio público. Una muestra de esto se puede encontrar en una declaración que hizo en 1912 cuando señaló la esencia del olimpismo como *“la exaltación solemne y periódica del atletismo masculino, con el internacionalismo como base, la lealtad como medio, el arte como telón de fondo y el aplauso femenino como recompensa”* (Corriente y Montero, 2014, p. 89). En 1914, durante la 17ª sesión del COI, los delegados de Australia y Sudáfrica propusieron que las mujeres participaran en tenis, natación, patinaje y esgrima pero se encontraron ante la resistencia de Pierre de Coubertin, quien amenazó con presentar su renuncia si quedaba en minoría en la votación ante esta modificación que podía llegar a “arruinar” sus Juegos. Incluso llegó a proponer que el delegado australiano presidiera la sesión y el COI si los presentes así lo decidían. Su rechazo a la incorporación de las mujeres a las disciplinas individuales o por equipo en la grilla olímpica era tal que llegó a declarar:

De lo que acabo de exponer se debe concluir que el auténtico héroe olímpico es, a mi entender, el adulto masculino individual ¿Debemos, pues, excluir los deportes de equipo? (...) Personalmente no apruebo la participación de mujeres en competiciones públicas, lo que no quiere decir que deban abstenerse de practicar un gran número de deportes, a condición de que no se conviertan a sí mismas en un espectáculo. Su papel en los juegos olímpicos debería ser, esencialmente, como en los antiguos torneos, el de coronar a los vencedores (Boulogne en Corriente y Montero, 2000, p. 24).

Tras la interrupción de los Juegos Olímpicos por la Primera Guerra Mundial (1914 y 1918), continuaron las resistencias por parte del COI a la presencia femenina en el olimpismo. En los Juegos de Amberes 1920 se congregaron 2.561 atletas hombres y 65 mujeres, por lo que solamente del 2,5% fue la presencia femenina, pasando a ser uno de los porcentajes más bajos, junto a los registrados en París 1900, en la historia de los Juegos. Esta brecha de desigualdad sería una constante en las siguientes citas olímpicas. En París 1924, llegaron 2.952 atletas masculinos y 135 atletas mujeres; en Amsterdam 1928 concurren 2.606 hombres y 277 mujeres; en Los Ángeles 1932 participaron 1.206 varones y 126 atletas femeninas y en Berlín 1936 fueron 3.632 hombres y 331 mujeres. Estos números permiten analizar cómo el deporte fue un espacio que no quedó exento de los discursos dominantes de las sociedades previas a la Segunda Guerra Mundial, donde las mujeres sufrían la ausencia de

derechos, como la imposibilidad de votar, demandar, poseer bienes o inclusive ser herederas. Esta coyuntura las reducía al ámbito del hogar y el compromiso con el cuidado de su familia, en especial al de sus maridos, dejándoles como único camino posible casarse y concebir.

Los cambios sociales, estéticos y políticos en relación al género y las sexualidades en las sociedades occidentales durante la década de 1920 (Barrancos, 2007; Barrancos, Guy y Valobra, 2014) tuvieron su repercusión en determinadas experiencias del deporte y en la manera en que las mujeres participaron en ellas. En el primero de los casos, la imposibilidad de que las mujeres pudieran participar de los Juegos Olímpicos de Amberes 1920 en el atletismo, llevó a que la corredora francesa Alice Milla organizara junto a otras deportistas la I Olimpiada Femenina en 1921 y la Federación Internacional Deportiva Femenina (FSFI) que luchó por la promoción del deporte femenino y para que el atletismo de mujeres fuera incorporado en el programa olímpico en París 1924. A lo largo de su actividad, la FSFI organizó los I Juegos Mundiales Femeninos en París en 1922, y los repetiría en tres ediciones posteriores más, 1926, 1930 y 1934, logrando congregarse a 200 deportistas provenientes de 18 países. El crecimiento de esta experiencia causó malestar en la Federación Internacional de Atletismo Amateur (IAAF, por sus siglas en inglés) y, más aún, para el COI, que llegó a registrar como propia la palabra olímpico con tal de que los Juegos Femeninos no utilizaran este concepto, aunque terminaría cediendo y aceptando la incorporación de este deporte en los Juegos de 1928. Esto causó que la FSFI se disolviera en 1938 y en consecuencia los Juegos Mundiales Femeninos (Maccario, 2023)³³. A su vez, en esta década ciertas mujeres deportistas alcanzaron títulos y marcas que se posicionaron como hitos en la historia del deporte femenino, lo cual les otorgó una visibilidad que hasta ese entonces no tenía antecedentes. Por ejemplo, en Amberes 1920 la nadadora Ethelda Bleibtrey fue la primera mujer estadounidense en ganar un título olímpico de natación y, también, la primera atleta de cualquier país en ganar tres medallas de oro estableciendo nuevos récords mundiales en 100 metros libres, 300 metros libres y en el relevo libre de 4 x 100 metros.

³³ Además de los Juegos Mundiales Femeninos, en la década de 1920 se produjo otro evento de suma importancia para la historia del deporte y de las mujeres: las Olimpiadas Femeninas de Monte Carlo. Este evento, que se organizó en 1921, 1922 y 1923, reunió a cientos de jóvenes atletas de toda Europa y es considerado como la primera reunión internacional del deporte femenino. El programa de competiciones que ofrecía incluía diversas disciplinas que iban desde el atletismo, natación, deportes de equipo, hasta la gimnasia y los bailes rítmicos. A partir de este evento, “*Mónaco es reconocido como el primer paso en el acceso de las mujeres a los Juegos Olímpicos*”. (Maccario, 2023).

En los Juegos Olímpicos de Ámsterdam 1928, el COI cedió ante la presión impuesta por las mujeres y por las federaciones deportivas de distintos países del mundo para que las mujeres pudieran participar del evento a través de más disciplinas y, por ende, se decidió comenzar de forma lenta y paulatina con el atletismo femenino. Para esto, solo se habilitó que las mujeres participaran en los 100 y 800 metros, la posta 4x100, el salto de altura y el lanzamiento de disco. Este escenario de restricción parcial causó que los Juegos Mundiales Femeninos se volvieran a organizar en dos ocasiones más, en 1930 y 1934. Pero la incorporación del atletismo a los Juegos Olímpicos duraría muy poco porque en los 800 metros sucedió que tras completar la carrera varias atletas finalizaron con un cansancio exhaustivo y las autoridades del olimpismo aprovecharon esta situación para eliminar la prueba de los Juegos a partir de la presentación de informes médicos que alegaban que este tipo de competencias ocasionaban que las mujeres padecieran un supuesto “envejecimiento prematuro”. Este tipo de argumentos biomédicos fue usual por estos años, y dependiendo de la disciplina, modificaban su indicación. En el atletismo señalaban que producía un envejecimiento prematuro a las mujeres y el practicar hockey les causaba un “inhibidor de la lactancia”. Estos discursos se sostendrían a lo largo del tiempo con el aval y el respaldo del COI, actuando como dispositivos controladores del cuerpo de las atletas y como barreras que impedían su acceso a instancias deportivas profesionales. Tal fue así que en el caso de los 800 metros femeninos no se volverían a reincorporar a la grilla olímpica hasta los Juegos Olímpicos de Roma 1960.

Ya en la década de 1930 se identificó al sexo como un problema que debía ser controlado. Un caso que tuvo mucha influencia en esto fue el de Dora Ratjen, una joven atleta alemana de apenas diecisiete años que obtuvo el cuarto lugar en salto en alto y que tenía una fisonomía masculina. Sobre la historia de Dora se construyeron múltiples relatos que iban desde las teorías conspirativas, pasando por aquellas que indicaban que era un hombre que había sido presionado para que se hiciera pasar por mujer y así ganar medallas, hasta las que afirmaban que los nazis buscaron sustituir a la saltadora judía Gretel Bregmann en el equipo olímpico alemán. Tres años después de los Juegos, Ratjen fue arrestada acusada bajo la argumentación de “fraude” al considerar que se hacía pasar por mujer, aunque posteriormente fuese absuelta. En 2009, con el acceso a los archivos policiales, las conclusiones presentadas en dichos informes relataban que había nacido con un pene mal formado, la partera la declaró como niña y su madre y padre la anotaron bajo esa condición y nunca se cuestionaron la situación de Dora. Asimismo, la información de ese archivo demostró que el Ministerio de Deportes

del III Reich nunca conoció la condición de género de Ratjen antes de la investigación policial de 1939.

Este caso iba en contra de la imagen esperable de las mujeres por aquel entonces, sobre todo la de aquellas que realizaban prácticas deportivas del más alto nivel. Pero los cambios de la década de 1920 conformaron una coyuntura que habilitó a otro tipo de situaciones con respecto a la exposición pública femenina. Y así, ciertas atletas comenzaron a ser mostradas en el espacio público y en las agendas mediáticas que desarrollaban coberturas de los deportes, como por ejemplo lo hacía la revista *El Gráfico* (1919) en nuestro país. En estos espacios se las exhibía desde una mirada heteronormativa masculina que reproducía un canon estético que las definía como delgadas, jóvenes, blancas, estilizadas, limpias, deseables para los hombres, dejando de lado aquellas mujeres que poseían otros tipos de características físicas, como el ser “hombrunas” o “machonas”. Para ser cuerpos divulgados mediáticamente debían tener curvas bien definidas en los senos, caderas, piernas, pantorrillas, asociadas a una *“lógica del rendimiento, la primacía energética y el esfuerzo físico-deportivo”* (Scharagrodsky, 2020, p. 84). Por lo tanto, este marco de representaciones no daba lugar a ser mujer y al mismo tiempo poseer características identificadas como masculinas porque era considerado como *“hacer trampa”* (Mosse, 2000).

La nadadora argentina Jeannette Morven Campbell puede ser considerada como la otra contracara de la imagen que transmitía Dora, la manera “correcta” de ser una atleta que se ajustaba a la mirada heteronormativa de la década de 1930. Campbell fue la primera mujer de nuestro país en participar de un Juego Olímpico y ganar una medalla olímpica. Cuando con apenas 20 años de edad asistió a Berlín 1936 y logró la plateada en su especialidad de 100 metros libres, con un tiempo de 1:06.4, detrás de la holandesa Hendrika Mastenbroek que hizo 1:05.9 y delante de la alemana Arendt que nadó esta distancia en 1:06.6. La definición tuvo el agregado de que las tres mujeres bajaron el tiempo del récord olímpico en esta prueba al realizar sus correspondientes marcas. En 1932, Campbell ya había salido campeona nacional de los 100 metros libres y en 1935 había quebrado el récord sudamericano de los 100 de la misma prueba y de los 400 metros libres en Río de Janeiro. Además de su talento en el agua, y a diferencia de Dora, Jeannette llamaba la atención pública por su atractivo físico. Este aspecto, y su ascenso deportivo exitoso, la llevaron a posar con su traje de baño en una piscina para una producción de la tapa de la revista *El Gráfico* en la edición N° 766 del 17 de marzo de 1934, con apenas dieciocho años. La medalla de plata no sería su única distinción

en los Juegos, los periodistas acreditados en Berlín la adjudicaron como “reina de la belleza de los Juegos” por una votación unánime y le hicieron entrega de un plato con aros olímpicos con la inscripción “*a la Reina de la belleza, Berlín 1936*” (Lupo, 2004).

El repaso por estos dos casos vislumbra de qué manera se conformaban los marcos de posibilidad para las mujeres deportistas que lograron llegar a una instancia de competencia olímpica. Durante las primeras décadas del siglo XX, solamente podía ser la mujer que reunía ciertas condiciones físicas, simbólicas y sociales. En primer lugar, las atletas tenían que desempeñarse en las prácticas consideradas como las adecuadas y aceptadas para que las mujeres desarrollaran una trayectoria deportiva, como era el caso del golf, la natación o el tenis. En segunda instancia, la perspectiva patriarcal instauraba que para acceder a una competencia o tener una exposición pública sus cuerpos debían respetar determinados cánones estéticos para ser considerados como deseables para los hombres. En tercer lugar, tenían que poseer cierto “*capital cultural y económico para acceder a dichas experiencias y de clubes reconocidos*” (Scharagrodsky, 2020, p. 83). En cuarta instancia, las atletas debían cuidar sus esfuerzos físicos porque todas aquellas características que podían ser asociadas a la virilidad era motivos para la sospecha institucional en tiempos en que el deporte dejó de ser ajeno a las inquietudes que causó la guerra y la militarización en torno al sexo y el género desde la década de 1920 y 1930 (Enloe, 1989). De este modo, una mujer podía practicar un deporte si se adecuaba a las exigencias físicas aceptadas socialmente para su género. Por ende, para cumplir con estos requisitos tenía que ser una “dama”, joven y blanca, que usara falda o sombrero, que no participase en aquellas disciplinas que reflejaban de forma notoria las “normas de hombría” de la época, como el rugby o el fútbol, en algunos casos ser poseedoras de un cuerpo con curvaturas, que pertenecieran a las clases medias y altas para acceder y transitar por clubes deportivos, debían ser heterosexuales y sus modos e imágenes tenían que remitir a la idea de la familia y el cumplimiento con la función de ser el sostén del hombre.

Políticas de control en tiempos de Guerra Fría

Tras la interrupción por la Segunda Guerra Mundial, los Juegos Olímpicos reanudaron su calendario y se organizaron en Londres en 1948, donde se registró la asistencia de 3.714 atletas masculinos y 390 atletas femeninas. Cuatro años después, en Helsinki 1952 arribaron 4.436 hombres y 519 mujeres, para Melbourne 1956 lo hicieron 2.791 hombres y 364 mujeres. En Roma 1960 participaron 4.727 atletas masculinos y 611 atletas femeninas y para

Tokio 1964 el número de participantes de hombres llegó a 4.471 hombres y el de mujeres a 678. Como se puede ver, la desigualdad entre atletas hombres y mujeres persistió a mediados del siglo XX. Pero a diferencia de las anteriores décadas, la posguerra significó el comienzo de las pruebas de verificación de sexo en el deporte. En los Juegos Olímpicos de Londres 1948 el COI estableció una norma que pedía que las mujeres presentaran un certificado que constataba su sexo, estando en sintonía con la regla que aplicó la IAAF en 1946, que indicaba que las competidoras debían presentar un certificado médico a modo de constatar que podían competir como mujeres.

El enfrentamiento entre el bloque occidental y el oriental en el marco de la Guerra Fría significó el inicio de la implementación de este tipo de pruebas. Mientras que los logros de las atletas soviéticas eran desvalorizados por las agendas públicas de las sociedades occidentales, siendo representadas como mujeres poco femeninas, denegándolas e inclusive se las acusaba de ser travestis encubiertas (Besniser, Brownell y Carter, 2018, p. 187), el perfil de las deportistas provenientes de las potencias capitalistas era el de mujeres integrantes de las clases socioeconómicas más elevadas, al gozar de recursos y tiempo disponible para entrenarse (Cortés y Méndez. 2014). El deporte fue uno de los espacios más notorios donde se expresaron las tensiones de los dos modelos políticos económicos correlativo con dos formas de concebir el rol de las mujeres en la sociedad. Por un lado, la agenda socialista promovía una igualdad de género en los distintos campos sociales y, por otra parte, la mayoría de las mujeres del hemisferio occidental tenían escasos derechos y condiciones de posibilidad para ocupar ciertos lugares de decisión y visibilidad del espacio público, reduciéndose su vida al ámbito privado.

En estos años de posguerra, en EE.UU. y el resto de Occidente, se impuso el paradigma binario a través de la medicina, específicamente a partir de intervenciones quirúrgicas, farmacológicas y psicológicas. De esta manera, muchas personas que no se adecuaban al binarismo sufrieron operaciones no consentidas. El máximo exponente de ese campo fue el psicólogo John Money (1921-2006) que entendía que la conceptualización de género era una construcción identitaria completamente independiente de la genitalidad dedicándose a

amoldar a los bebés recién nacidos con alguna ambigüedad respecto del paradigma binario por medio de la intervención quirúrgica sobre sus genitales, y la indicación a los padres y madres que les criaran enmarcados en el género correspondiente a los nuevos genitales contruidos (...) los métodos de Money apuntaron siempre a

encasillar a las personas no solamente en el sistema binario de sexo-género , sino en el mandato de heterosexualidad obligatoria (Fernández López, 2020, p. 30-31).

En la década de 1960, el escenario iría modificándose con el avance de la llamada Revolución Contracultural y “*la transformación de la estructura de las relaciones entre ambos sexos y entre las distintas generaciones*” (Hobsbawm, 1994, p. 322), sobre todo en la sociedad estadounidense y las europeas occidentales. En estos años ocurrieron dos acontecimientos que serían hitos en la historia del deporte, las mujeres y la cultura: la participación en la maratón de la ciudad de Boston de Roberta Gibb en 1966 y de Katherine Virginia Switzer en 1967. Ambas se convirtieron en las dos primeras atletas en correr esta prueba ya que hasta el año 1972 las mujeres no podían inscribirse oficialmente porque no se las consideraba preparadas fisiológicamente para ello. En 1966, Gibb fue la primera en hacerlo pero ante las prohibiciones existentes tuvo que ocultar su identidad para no ser descubierta, utilizando una capucha y bermudas holgadas de su hermano. Un año más tarde, se dio otro caso que pasaría a la historia, el de Switzer, recordado porque fue la primera mujer en correr una maratón con el dorsal descubierto y, a la vez, fue perseguida y hostigada por el director de la competencia para que desistiera y abandonara. Este suceso fue fotografiado y las imágenes se convirtieron en una referencia sobre las resistencias que existían contra la incorporación de las atletas a las competencias deportivas que en ese tiempo eran habitadas exclusivamente por varones. Incluso para correr se inscribió por sus iniciales, por lo que los organizadores estimaron que era un hombre. Lo que realizaron Roberta y Katherine tuvo una particular relevancia en términos materiales y simbólicos al darse a la par del avance de la “segunda ola feminista”. La significación de este acontecimiento hizo que el COI decidiera incorporar la maratón femenina al cronograma de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1984, demostrando la lentitud y el letargo que a lo largo del tiempo ha demostrado esta institución para suprimir sus mecanismos de exclusión.

En la edición de los Juegos México 1968 asistieron 4.735 hombres y 781 mujeres, llegando apenas al 16% el número de atletas femeninas en las competencias. Pero desde esta cita olímpica todas las mujeres encontrarían otro obstáculo para ser parte de los Juegos Olímpicos: la implementación de las pruebas de sangre, que incluían análisis sanguíneos, medidas corporales y pruebas físicas, como método de verificación de su sexo. En esta década, el COI tomó dos decisiones con respecto a este tema. Por un lado, introdujo este examen médico, que contenía una clara perspectiva cisnormativa, en un contexto en que las

ideas y las propuestas del movimiento feminista obtuvieron una mayor visibilidad en las sociedades occidentales y, por otra parte, amplió las disciplinas femeninas. Por ejemplo, incorporó el vóley femenino en Tokio 1964, donde el equipo de mujeres del país local ganó la medalla de oro. Con respecto a la nueva prueba de verificación de sexo, fue la muestra de la renovación de las preocupaciones varoniles por parte de las autoridades del COI ante los supuestos “aspectos varoniles” de las atletas. En especial, estas aprensiones pertenecían a Avery Brundage, quien desde 1936 impulsó y lideró las propuestas para que se concretaran las exigencias de instalar exámenes médicos que aclarasen las supuestas “ambigüedades sexuales” de las participantes. Sobre todo, las inquietudes eran despertadas por las deportistas del bloque soviético que poseían cuerpos más esbeltos que los de las occidentales o más cantidad de vello corporal. Lo cual exponía que el “temor” de las autoridades de las instituciones reguladoras del deporte estaba fundamentado en una sola cuestión, que hombres soviéticos se hicieran pasar por mujeres para ganar en las competencias y así aportar medallas a la URSS durante la Guerra Fría.

Durante la década de 1960 el COI no fue la única institución en invadir la privacidad de los cuerpos de las mujeres atletas ni tuvo la exclusividad en el desarrollo de las pruebas de verificaciones de sexo, que no se redujeron a los análisis sanguíneos. En 1966 las organizaciones deportivas internacionales tomaron una decisión que profundizó la vulneración de la privacidad de las aletas, cuando

retiraron las pruebas de verificación de sexo de las manos de las mujeres y sus médicos y exigieron que desfilaran por completo desnudas ante un panel de especialistas mujeres y, en algunos casos, que se sometieran a un examen ginecológico (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 188).

Es decir, con el correr de los años los cuerpos de las mujeres fueron controlados por los hombres, que las colocaron en un lugar de vulnerabilidad y cosificación. Justamente, las quejas que causaron los exámenes visuales de los cuerpos desnudos de las atletas hicieron que en 1968 el olimpismo comenzara a utilizar las pruebas de los análisis sanguíneos, con empleo de los avances de la medicina. Estos consistían específicamente en un análisis de cromatina sexual, conocida más popularmente como “test cromosómico”, cuyo objetivo era evitar que un varón participara como mujer. El examen médico se hacía mediante la muestra con hisopo en la cara interior de la mejilla para estudiar las células y así buscar el corpúsculo de Barr, que indicaba que existían por lo menos dos cromosomas X. De esta manera, la

prueba retomaba tres supuestos: que todas las células contienen el mismo material genético, que todas las mujeres tienen dos cromosomas X y que todos los varones tienen uno solo. Sin embargo, todas estas premisas eran incorrectas porque para esa época avances médicos ya demostraban que el test de Barr no tenía correlación con el sexo fisiológico y anatómico y que existían combinaciones cromosómicas que esa prueba no podía detectar, como por ejemplo el síndrome de Klinefelter.

Como se puede observar, con el correr del siglo XX los esfuerzos de las instituciones deportivas por vigilar los cuerpos femeninos se perfeccionaron y las trayectorias profesionales de las atletas recayeron frecuentemente en el plano de la exclusión, la precariedad o la marginalidad. Más aún la de aquellas personas que quedaban por fuera de las lógicas binarias de organizar el deporte. Dos ejemplos destacados de esta situación fueron la corredora checoslovaca Zdeněko Koubeková (1913-1986) y la lanzadora de peso y jabalina británica Mary Edith Louise Weston (1905-1978). Ambas fueron deportistas que establecieron récords y lograron múltiples campeonatos y distinciones en sus respectivos países. El caso de Koubeková pasó a la historia porque fue uno de los primeros hombres transgénero en competir en el más alto rendimiento, alcanzando su máxima exposición en 1934 cuando fijó el récord mundial femenino en los 800 metros. Pero dos años después se sometería a una cirugía de reasignación de género de mujer a hombre, se retiraría del atletismo y solicitaría que el Estado de su país lo reconociera como un hombre. De este modo, dejó atrás su nombre Zdeňka Koubková y pasó a llamarse Zdeňko Koubková. Ante esta situación, la IAAF decidió anular todas las marcas que había registrado a lo largo de su carrera, tanto las individuales como las realizadas cuando integró su equipo nacional. En este punto, se debe mencionar que Zdeněko tenía el escroto hendido lo que ocasionó que su madre y padre le asignaran la identidad de una niña sin cuestionamiento alguno, repitiendo un escenario similar a lo sucedió con Dora Ratjen.

Por su parte, Mary Edith Louise Weston desde temprana edad mostró interés por las prácticas deportivas, como el cricket o el fútbol. En su juventud se destacó como atleta y con 21 años participó en los Juegos Mundiales Femeninos, donde fue sexta en lanzamiento de peso. Tres años más tarde conseguiría competir en los campeonatos nacionales de atletismo de su país, en los que se proclamó campeona de lanzamiento de jabalina, de disco y de peso. Estas marcas le permitieron ser la mejor lanzadora de bala de su país entre 1924 y 1930. Sin embargo, su identidad de género no se correspondía con el género asignado al nacer. En

1936, se sometió a dos operaciones para la reasignación de su género y cambió su nombre al de Mark Edward Louis Weston. El 20 de agosto de ese mismo año le ofreció una entrevista al diario Time Daily donde el periodista hizo foco en describir cuestiones como que “*sus manos son más masculinas que femeninas*” o que el apretón de manos era el de un hombre y que su voz se parecía al de un barítono (Bronner, 1936), dando cuenta de la existencia de un periodismo machista para cubrir el caso de una persona que no se encuadraba en los marcos cisnormativos del deporte profesional.

Estas dos historias reflejan la existencia de los múltiples mecanismos de exclusión en el deporte olímpico durante la primera parte del siglo XX. En primer lugar, el caso de Koubková expone cómo la “preocupación” institucional en las pruebas de género encubría una obsesión machista por controlar a la mujer, reproduciendo el mandato de una visión donde solamente es posible la cissexualidad. En este sentido, la anulación de todos los récords de Koubková, tras su decisión de someterse a una operación para modificar su género, puede ser leída como un castigo varonil y, al mismo tiempo, un intento de borramiento de un nombre que demostró que los límites físicos del género femenino no eran los que señalaban aquellos discursos biomédicos, que rechazaban que las mujeres se desarrollaran en determinadas disciplinas y pusieran a prueba sus capacidades corporales. En segunda instancia, el dejar sin efecto sus registros deportivos también da cuenta de un momento en que en las instituciones deportivas no tenían ningún tipo de herramientas y mucho menos aún la intención de generar las condiciones de posibilidad para que las personas no binarias desarrollaran carreras profesionales. En tercer lugar, Wetson y Koubková demostraron cómo durante el siglo XX la existencia de estos múltiples mecanismos de exclusión y la falta de derechos y reconocimientos para la población de personas no binarias hacía que el deporte les fuera inalcanzable para desarrollar una trayectoria de vida.

El fin de las pruebas de verificación de sexo

En la década de 1970 y 1980, en pleno desarrollo de la tensión entre EE.UU. y la URSS, continuó el número desigual por género en la asistencia a los Juegos Olímpicos. En Múnich 1972 asistieron 6.075 hombres y 1.059 mujeres, en Montreal 1976, 4.824 atletas masculinos y 1.260 atletas mujeres y en Moscú 1980, 4.064 hombres y 1.115 mujeres. En Los Ángeles 1984, participaron 5.263 atletas masculinos y 1.566 mujeres y en Seúl 1988, 6.197 hombres y 2.194 mujeres. En términos de porcentajes, durante los años `70 el porcentaje de participación de las mujeres en los Juegos Olímpicos rondaba el 20% y para fines de los `80

este número se elevó al 35%. Este incremento de la presencia femenina en el transcurso de estas dos décadas se produjo al mismo tiempo que la “segunda ola feminista”, que se encontraba discutiendo la ampliación de los derechos de las mujeres en las sociedades occidentales. Este fue un escenario de ampliación en torno a las posibilidades de trayectorias educativas y laborales para las mujeres, más la aparición de nuevos métodos anticonceptivos que permitieron otro tipo de planificaciones para la maternidad. Esta etapa del movimiento político más amplio se abocó sobre todo a rediscutir el lugar de las mujeres en la sociedad y la cultura.

Para este mismo tiempo, los sexólogos Jonh Money y Anke Ehrhardt (1972) popularizaron la idea de que el sexo y el género son dos cuestiones separadas, argumentando que el sexo era aquello que estaba vinculado a la anatomía y la fisiología, y el género era la transformación psicológica del yo; saberse hombre o mujer y llevar adelante una serie de conductas vinculadas con alguna de las dos identidades. En esa línea, la segunda ola de los setenta planteó, de igual manera, que el sexo era algo distinto al género pero denunció que las instituciones sociales estaban pensadas para perpetuar la desigualdad social entre hombres y mujeres. Este posicionamiento resaltó cómo las dificultades que la mujer sufría no estaban ligadas al sexo sino a las desiguales expectativas y oportunidades entre unas y otros. Desde esta idea el “*sexo representaba la anatomía y la fisiología, y el género representaba las fuerzas sociales que moldeaban la conducta*” (Fausto-Sterling, 2006, p. 18). Por ende, lo que estaba en el centro de la discusión era el género y no el sexo, pero este debate otorgó el espacio para que se discutiera que las diferencias cognitivas y de comportamiento pudieran estar derivadas de las diferencias sexuales. Y como en otros momentos del siglo XX, no tardaron en aparecer aquellos sectores que sostenían definiciones mediante discursos biologicistas. El problema con esto es que las narrativas médicas no contemplan ni explican que la elección de los criterios que tiene una persona para determinar su sexo no son cuestiones biológicas sino que “*son decisiones sociales*” (Fausto-Sterling, 2006, p. 20).

Ya para finales de la década de 1980 se empezarían a producir modificaciones en los mecanismos de control de los cuerpos en el deporte a través de nuevas pruebas de verificación de género. En 1988 la IAAF suprimió la prueba de verificación sexual y la reemplazó por un “chequeo de salud” por el que los médicos de los equipos revisaban a hombres y mujeres, y en 1992 eliminó todos los test en un contexto donde la lucha anti doping ganó un gran protagonismo en las agendas mediáticas y públicas. Especialmente, tras

el doping del corredor Ben Johnson en Seúl 1988. Por su parte, en 1991 el COI dejó de implementar el “test cromosómico” ante los reiterados cuestionamientos que se encontraban por parte de las publicaciones médicas. Sin embargo, esto no significó la eliminación total de las pruebas de sexo, sino que se implementó una nuevo tipo de muestra, la de la cara interna de la mejilla en busca del gen (DYZ1)³⁴. Al igual que el suprimido test cromosómico, esta prueba también tenía fallas. Esto quedó demostrado en los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 donde fueron testeadas 2.406 mujeres y 11 mostraron presencia del gen DYZ1, que solo fue confirmado en 5 de los casos por el test de SRY. Aunque, en última instancia, el examen visual determinó que se las autorizara a competir en sus respectivas pruebas. Los aportes científicos no pudieron explicar las fallas de los estudios, pero indicaron que partes del cromosoma Y se habían desplazado al cromosoma X. Más allá de esto, el COI decidió seguir sosteniendo este tipo de pruebas en los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996 y 3.387 mujeres fueron sometidas al test SRY. De la misma manera que en Barcelona, ocho atletas darían positivo en esta prueba, aunque todas obtuvieron certificados de verificación de sexo femenino que posteriormente les permitiría competir.

La celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 fue la vidriera de un mundo donde se estaba reconfigurando el tablero político y económico global tras la caída del Muro de Berlín, la desintegración de la URSS y el fin del apartheid en Sudáfrica. A esta cita olímpica asistieron 6.652 hombres y 2.704 mujeres. Cuatro años más tarde, en Atlanta 1996, los “Juegos de Coca Cola”, fueron 6.806 atletas masculinos y 3.512 atletas femeninas y, en Sídney 2000 asistieron 6.582 varones y 4.069 mujeres. Por lo tanto, el siglo XX finalizó con un porcentaje que apenas se aproximaba al 40% de asistencia femenina y para el comienzo del siglo XXI alcanzó el 61%. El acortamiento de la brecha se produjo en un momento histórico en que había finalizado la tensión entre los dos modelos de vida que se proponían en el marco de la Guerra Fría. En esta nueva coyuntura se impusieron las ideas de tinte neoliberal, y los temores y las preocupaciones que despertaban los cuerpos de las aletas soviéticas quedaron atrás. Ante esto, el COI desarrolló transformaciones en los objetivos de su Carta Olímpica. Entre ellas, dos decisiones que tenían que ver con el lugar de las mujeres

³⁴ Esta prueba consistía en obtener una toma de muestra en la cara interna de la mejilla en busca de un gen (DYZ1) que en general se encuentra en el cromosoma Y. Si daba positivo se hacía una segunda prueba en busca de la presencia de la proteína SRY en la región de ese mismo cromosoma que daba cuenta del sexo. Esta proteína inicia la formación de los testículos y es por ese motivo que se consideraba clave para definir en el discurso biomédico al sexo masculino.

en el movimiento olímpico. Por un lado, en 1995 fundó la Comisión de la Mujer en el Deporte y, por otra parte, en 1996 decidió establecer en su Carta Olímpica que una de las funciones de la institución es “*estimular y apoyar la promoción de las mujeres en el deporte, a todos los niveles y en todas las estructuras, con objeto de llevar a la práctica el principio de igualdad entre el hombre y la mujer*”. Desde ese entonces, ambas acciones han buscado promover la presencia femenina en las distintas instancias del olimpismo. A la par que el olimpismo realizó esta modificación en su Carta, en 1996 agregó a la verificación de género una recomendación sobre el uso de estrógenos y la realización de cirugías.

A pesar de estas transformaciones, entre 1972 y 1996 el COI sometió a 11.373 atletas mujeres a algún tipo de test de verificación de sexo y jamás pudo encontrar que un hombre se hiciera pasar por mujer para competir, como Avery Brundage sospechaba en los tiempos de posguerra. A la vez que la decisión de sostener este tipo de políticas estuvo fundamentada en hacer primar argumentos morales y éticos por sobre los científicos (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 195). Finalmente, en 1999, antes de los Juegos Olímpicos de Sidney, el COI anunció la eliminación de todas las pruebas de verificación de sexo. Durante el siglo XX, estas normativas operaron de una manera que ubicaron a miles de mujeres deportistas en una posición de vulnerabilidad y de violación de su intimidad. En este marco, el lugar que el olimpismo confirió a determinados discursos biomédicos encubrió una política patriarcal y cisnormativa donde se buscó determinar quiénes eran “aceptadas” como mujeres, qué cuerpos podían ser considerados como normales para la práctica del deporte y cuáles los patológicos que debían ser excluidos. Al mismo tiempo, la implementación de los test no hizo más que profundizar la perspectiva heredada de la época victoriana que entiende la división binaria como el único camino posible para regular y organizar el deporte profesional a escala global.

El inicio de una nueva era de control y la búsqueda de la paridad

Con fin de la Guerra Fría, el COI tuvo un acercamiento a la ONU y a sus agendas internacionales, que se transformaron en una referencia a seguir ante el “triumfo” de las ideas neoliberales. De esta manera, el olimpismo comenzó a colaborar, mediante las Comisiones Olímpicas, con distintos organismos que se desprenden de la ONU para llevar el deporte olímpico a Estados y territorios donde antes no tenía ningún tipo de influencia. Para esto articuló acciones y políticas con instituciones como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF, por su sigla en inglés), Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Programa de las Naciones Unidas para el

Desarrollo (PNUD), Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), Organización Mundial de la Salud (OMS), entre otras. En este marco, la realización de la Conferencia Mundial de Mujeres en Pekín en 1995 fue un hito porque por primera vez se reunió a representantes del Movimiento olímpico, del sistema de Naciones Unidas, de organizaciones internacionales y no gubernamentales, de distintas academias y a centros de investigación de 96 países que abordaron una multiplicidad de temas relacionados con las mujeres y el deporte olímpico retomando los avances del proceso del “decenio de la mujer” entre 1976-1985 (Crónica ONU, 2015)³⁵ y los debates y las discusiones de la segunda ola de los colectivos feministas y de las mujeres.

Uno de los efectos que ha tenido este trabajo entre las dos instituciones se reflejó en que en los veinte años del período 1992-2012 la participación de las mujeres pasó de un 28,8% en los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 a casi un 50% en Londres 2012. Por lo tanto, el deporte olímpico que fue antagónico, discriminatorio y excluyente con las mujeres desde su fundación moderna se vio afectado por las demandas y los cambios sociales que se produjeron al calor de una agenda globalista que promovía nuevas libertades y derechos desde narrativas desprendidas de una *“teología neoliberal de libre mercado”* (Hobsbawm, 1994, p. 430) ante la cual los Estados Nación y sus respectivos gobiernos tenían muy poco poder para mostrar alguna oposición.

Sin embargo, estos avances no significaron la desaparición de las políticas de exclusión, sino que fue la apertura de una nueva era de control sobre los cuerpos de las mujeres y las personas no binarias. En 2008 el COI comenzó una nueva política centrada en la verificación del hiperandrogenismo, partiendo de entender que la presencia de hormonas masculinas, la testosterona (andrógenos), es la responsable de dar una ventaja deportiva a ciertas atletas en las competencias deportivas. Este nuevo escenario se pensó y se edificó luego de la aparición de una joven atleta de origen sudafricano llamada Caster Semenya, de apenas 18 años de

³⁵ En 1975, la ONU convocó la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Mujer en México, D.F. para celebrar el Año Internacional de la Mujer. Luego de ese evento, en el siguiente decenio (1976-1985) se buscó trabajar en pos de diversos progresos relacionados con la agenda de las mujeres, declarándose como el Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer. Una de las acciones más destacadas en esta década fue la creación del Fondo de Contribuciones Voluntarias para el Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer (que más tarde se convirtió en el UNIFEM) con el objetivo de *“ofrecer asistencia financiera y técnica a programas y estrategias innovadores que promuevan los derechos humanos, la participación política y la seguridad económica de la mujer”* (ONU, 2015).

edad, en el Mundial de Atletismo de Berlín 2009. El notorio rendimiento alcanzado por Semenya en la prueba de los 800 metros despertó sospechas en el resto de las atletas que pusieron en cuestionamiento a Caster, sospechando que era hombre y que sus rasgos masculinos le otorgaban una ventaja. Ante esto, y repitiendo experiencias de su pasado, el COI la sometió a pruebas y, a la vez, sufrió una exposición mediática en la que se compartió información no chequeada sobre los resultados obtenidos. Según el sitio The Science of Sport, Semenya se sometió a un tratamiento para reducir sus niveles de testosterona y, de esta manera, continuar siendo parte de las competencias, aunque sus tiempos no volvieron a ser los del Campeonato Mundial del 2009.

A la par que estas restricciones fueron impuestas como mecanismos de exclusión, los Juegos Olímpicos continuaron ampliando el número de mujeres y para Atenas 2004 asistieron 6.296 hombres y 4.329 mujeres, en Beijing 2008 participaron 6.294 atletas masculinos y 4608 atletas mujeres y a Londres 2012 llegaron 5.892 hombres y 4.676 mujeres. O sea, durante las primeras dos décadas del siglo XXI convivieron dos escenarios contradictorios con respecto a las mujeres en el olimpismo. Por una parte, los esfuerzos institucionales y el discurso del COI que expresó los avances en el aumento de las mujeres atletas en los Juegos. Sobre todo, esto se expresó en los Juegos de Londres 2012, considerados como los “Juegos de las Mujeres” ya que por primera vez en la historia olímpica hubo atletas femeninas en todas las delegaciones y su porcentaje llegó al 46%. Pero, por otro lado, continuaron registrándose mecanismos que excluyeron la participación de determinadas deportistas en el olimpismo. El caso de Semenya no fue el único de este tipo. En 2015, la corredora hindú Dutee Chand llevó adelante un reclamo que llegó hasta el Tribunal Arbitral del Deporte (TAS, por sus siglas en francés), que decidió suspender temporalmente el reglamento impuesto por la IAAF en lo que tiene que ver con los niveles de testosterona, indicando la escasa evidencia al respecto, y le dio a la IAAF un plazo máximo de dos años para esclarecer si los niveles “excesivos” de testosterona suponen una ventaja en las disciplinas femeninas. Esto permitió que Chand y Semenya sean admitidas para competir en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016. En las competencias, Chand no pasó a la final en los 100 metros y Semenya obtuvo la medalla de oro en los 800 metros.

Dos años más tarde, el 27 de julio de 2017 la IAAF presentó un estudio científico financiado por la propia entidad donde señaló que la variación hormonal suponía una ventaja que debía ser regulada. Posteriormente, en enero de 2018 el TAS decidió prolongar por seis meses más

la suspensión de las normas de control de sexo debido a una nueva apelación de Dutee Chand. Finalmente, en abril de 2018 la IAAF comunicó las nuevas regulaciones que empezaron a regir desde el 1 de noviembre de dicho año y que establecieron que cualquier mujer, ya sea reconocida legalmente como mujer o intersexual, tenía la obligación de hormonarse si sus índices de testosterona superan los 5 nanomoles por litro de sangre, aplicando esto a las pruebas de 400, 800, 1.000 y 1.500 metros, eventos combinados con estas mismas distancias y las carreras con vallas. Esta nueva normativa redujo las opciones, medicarse para reducir estos niveles de testosterona en sangre o inscribirse directamente en las pruebas masculinas.

En 2018, el mismo año que la IAAF estableció esta nueva legislación, el COI alcanzó por primera vez la paridad total de género en un Juego Olímpico, en los de la Juventud de Buenos Aires 2018 (Coria, 2014)³⁶. Dos años antes, en la edición de Río de Janeiro 2016 habían asistido 6.200 hombres y 5.200 mujeres, por lo que el porcentaje de deportistas femenino alcanzó el 45%. Estos avances en la ampliación de la participación de la mujer no pueden ser leídos de forma escindida de las transformaciones y las luchas políticas que se dinamizaron a través la movilización del movimiento feminista, las mujeres y las disidencias en distintas sociedades del mundo, especialmente en las occidentales, durante la década del 2010. En estos años, los feminismos comenzaron a transversalizar la perspectiva de género en distintas esferas sociales y en los debates de las agendas institucionales, públicas y mediáticas, visibilizando las múltiples violencias y desigualdades que padecen y expresando los derechos aún pendientes. En el caso de nuestro país, el surgimiento de la “marea feminista” o “marea verde”³⁷ a través de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito y el Ni Una Menos (2015) logró una capacidad de convocatoria y militancia política sin precedentes, llegando a congregarse a más de un millón de personas que hicieron vigiliadas y

³⁶ El 5 de julio de 2007, el COI creó los Juegos Olímpicos de la Juventud, tanto de invierno como de verano, destinados a jóvenes atletas de entre 15 y 18 años. Además de sus disciplinas deportivas, el COI buscó que estos Juegos sean considerados como un evento multideportivo, cultural y educativo para incentivar a la juventud a “*jugar un rol activo en sus comunidades, como agentes de difusión del Movimiento Olímpico, el Olimpismo y sus valores*” (Coria, 2014).

³⁷ El pañuelo verde se transformó en un símbolo de la lucha política de las mujeres, en un momento en que los debates en torno al aborto legal, seguro y gratuito se instalaron en los medios de comunicación y la discusión social. Asimismo, en 2018 también se produjo un hito en los escraches y las denuncias públicas por abuso y distintas figuras públicas varoniles fueron denunciadas poniendo en discusión las relaciones de poder entre hombres y mujeres en los distintos campos sociales y cuestionando el concepto de consentimiento.

siguieron los debates por la Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) en el Congreso de la Nación el 13 de junio y 8 de agosto de 2018, que finalmente se aprobaría el 30 de diciembre de 2020 y promulgaría el 15 de enero del 2021. Estos acontecimientos sucedieron de una manera que buscaba conmover las estructuras patriarcales y las desigualdades de género (Felitti y Ramirez, 2020)

En 2019, Caster Semenya, de por entonces 28 años de edad, ganó por amplio margen la prueba de los 800 metros de la Diamond League (Liga de Diamante)³⁸ que se hizo en Doha con un tiempo de 1 minuto 54 segundo 99 milésimas. Un registro que mejoró el rendimiento exhibido en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016 y que le permitió ganar la medalla de oro, consolidándose como una especialista en esta prueba en que es doble campeona olímpica y triple mundial. Esta prueba de primer nivel fue la última en la que pudo competir, antes de que comenzaran las restricciones hormonales impuestas por la IAAF. Frente a esta situación, Caster decidió transitar dos caminos. En el plano deportivo, intentó cambiar su perfil de corredora y se adaptó a la prueba de los 5 mil metros para evitar tener que medicarse por los controles de testosterona. En abril del 2021 corrió esta distancia en 5 minutos, 50 segundos y 12 milésimas, pero quedó lejos de la marca que le permitía acceder a los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1. Y en lo referido a su lucha política e institucional contra las normas discriminatorias de la IAAF (Agencias, 2021)³⁹, en febrero de 2021 se sumó un nuevo episodio cuando se presentó ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos (TEDH) argumentando que estas reglas obligan a personas sanas a tener que medicarse, violando sus derechos humanos.

Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 alcanzaron el 49% de participación femenina y se transformaron en los primeros que contaron con una representación femenina en todos los deportes, logrando alcanzar la paridad de género. A pesar de esto no contaron con la última doble medallista de oro en los 800 metros de atletismo y una de las atletas más populares del mundo. La ausencia de Caster Semenya no significó que su caso no se encontrara presente en lo deportivo y en las conversaciones y los debates de la agenda mediática y pública durante la

³⁸ La Liga de Diamante es un evento de atletismo organizado por la World Athletics (conocida antiguamente como IAAF) que se realiza todos los años desde 2010 y se organiza en quince encuentros o torneos de atletismo en distintas ciudades del mundo a lo largo del año.

³⁹ Desde 2019, Semenya mantiene una disputa legal con la IAAF por la existencia de estas normas vigentes. En esta disputa perdió un proceso ante el TAS y un recurso posterior ante la Justicia ordinaria de Suiza, país donde tiene su sede dicho organismo.

realización de estos Juegos, ni tampoco perdió vigencia, teniendo en cuenta lo ocurrido en los 800 metros. El tiempo que Semenya registró la última vez que corrió y ganó la prueba oficialmente en 2019 fue mejor que la marca con que la estadounidense Athing Mu logró el oro en Tokio, ya que esta última finalizó el trayecto en 1 minuto, 55 segundos, 21 milésimas. En mayo de 2022, con 31 años de edad, Caster compartió ante los medios de comunicación las discriminaciones que sufrió por parte de la IAAF y los problemas que trajo a su salud tomar la medicación para bajar sus niveles de testosterona. Sobre lo primero señaló que tras ganar la prueba en los 800 metros del Campeonato Mundial de Berlín en 2009 las autoridades de la IAAF tenían tantas sospechas de que era hombre que vulneraron su privacidad. Y, con respecto al tratamiento al cual se vio sometida para poder seguir compitiendo indicó:

Me puso enferma, tenía ataques de pánico y gané peso. No sabía si me iba a dar un ataque al corazón. Era como una puñalada, sin embargo, no tenía opción. Quería competir, tenía 18 años en ese momento y quería ir a los Juegos Olímpicos (Diario Olé, 2022).

Sus declaraciones confirman que las vejaciones a las que fue sometida estuvieron impulsadas por su apariencia y no por su rendimiento excepcional. La investigadora especializada en género y deporte Hortensia Moreno (2013) abona a esta idea señalando que las diez deportistas que fijaron mejores marcas que Semenya en los 800 metros a lo largo de la historia, no recibieron ningún tipo de cuestionamiento con respecto a su feminidad, probablemente por estar dentro de las normas estéticas y de comportamiento reservadas para las mujeres (Fernández López, 2020, p. 21).

A diferencia de la legislación de la IAAF, en 2021 el COI decidió que cada federación internacional tuviera sus propias reglas con respecto a la incorporación de atletas transgénero que hubiesen iniciado su transición luego de la pubertad en las competencias femeninas. Las federaciones de natación y rugby tomaron la posta en esta legislación y prohibieron esta posibilidad. No obstante, otros deportes aún tienen normativas que no son tan expulsivas. Con respecto a la natación, en abril de 2023 el caso de la estadounidense Lia Thomas, quien fue la primera persona abiertamente no binaria en participar en las competencias de la Asociación Nacional Deportiva Universitaria (NCAA, por sus siglas en inglés) abrió debates públicos y mediáticos sobre si las personas no binarias y las personas trans pueden competir en categorías “biológicamente femeninas” o si es necesaria la creación de “categorías

abiertas” (Infobae Deportes, 2023)⁴⁰. Hasta 2019, Thomas participó en las competencias masculinas, pero más tarde se declaró como una persona transgénero, por lo que comenzó con su transición hormonal. El debate sobre su figura se profundizó cuando en 2022 se convirtió en la primera atleta transgénero en ganar un campeonato nacional de la División I de la NCAA.

Finalmente, el 11 de julio de 2023 el TEDH falló a favor de Caster Semenya indicando que se violó el artículo del Convenio Europeo de Derechos Humanos que prohíbe la discriminación al obligarla a tener que medicarse para reducir su nivel de testosterona y así competir en determinadas pruebas de la categoría femenina. En esta sentencia se condenó a Suiza, donde reside el TAS, por las negativas ante los pedidos de Caster para no realizarse los tratamientos médicos. Este fallo marca un antecedente de suma importancia en la historia del deporte ya que el TEDH tiene capacidad de decisión sobre la justicia deportiva porque es el organismo que garantiza la aplicación del Convenio Europeo de los Derechos Humanos. Además, este pronunciamiento se produce en un momento muy sensible. En marzo de 2023, la IAAF profundizó los mecanismos de control y exclusión al prohibir que atletas transgénero participaran en competiciones femeninas internacionales luego de comenzar su transición después de la pubertad. Ante este fallo favorable, Caster declaró que *“sólo era el principio”* (Deportes Página 12, 2023).

Reflexiones finales del apartado

Desde finales del siglo XX los debates y las cuestiones relacionadas con el género en el deporte se desplazaron de las restricciones a la participación de las mujeres cisgénero a las discusiones biomédicas y los tratamientos medicinales para que las atletas transgénero reduzcan sus niveles de testosterona. En todo este recorrido, las autoridades del COI llevaron adelante una política institucional sobre la base de una visión del mundo patriarcal que buscó desalentar la presencia de las atletas en las competencias olímpicas. Pero, muy lentamente,

⁴⁰ Ante esto, las críticas de mujeres deportistas no tardaron en llegar y una de las exponentes fue la tenista Martina Navratilova, una de las más ganadoras en la historia de este deporte y activa militante política de la comunidad gay, que expresó en un artículo periodístico publicado en el diario The Times las siguientes palabras: *“Creo que la mejor idea sería tener categorías de femenina biológica y niñas biológicas y luego una categoría abierta. Sería una categoría para todos: hombres que se identifican como hombres, mujeres que se identifican como mujeres, mujeres que se identifican como hombres, hombres que se identifican como mujeres, no binarios, sería un cajón de sastre. Esto ya está siendo explorado en atletismo y natación en Gran Bretaña”* (Infobae, 2023).

los cambios culturales y políticos colocaron en las agendas institucionales, públicas y mediáticas cuestionamientos generalizados sobre el lugar que ocupan las mujeres en la sociedad. Para hacer esto realidad fueron fundamentales las militancias políticas de los feminismos y el movimiento de mujeres a lo largo del siglo XX y XXI, con un rol protagónico para visibilizar y cuestionar las múltiples violencias y opresiones sobre las mujeres, poniendo en tensión el machismo de la sociedad victoriana y moderna, y para que se reconozcan a las mujeres y las disidencias como personas plenas de derechos.

Si bien estos avances se reactualizan constantemente en las agendas políticas, hay discusiones que aún no fueron saldadas, como es el caso de aquellas relacionadas con el lugar que las personas que rompen con el modelo de feminidad hegemónico y/o médico del deporte o las no cisgénero y no binarias pueden ocupar en las instancias deportivas del más alto rendimiento deportivo. En ese sentido, Caster Semenya representa las luchas políticas ante las violencias que ejercen las instituciones legisladoras del deporte y simboliza el esfuerzo por crear un sistema deportivo, y por qué no de mundo, con la capacidad de ampliar sus márgenes de reconocimiento, sin reducirse a un ordenamiento basado en los estándares biomédicos y jurídicos que apelan a la ciencia como regulación del género, el deporte y la sociedad.

Para continuar pensando las características de un deporte más igualitario y libre de violencias, resulta oportuno traer a colación los señalamientos que propone la investigadora social Ludmila Fernández López (2020) a partir del Caso de Caster Semenya: 1) La presencia de Semenya demuestra que el “*régimen disciplinario organizador de las políticas regulatorias del deporte está en crisis*”, ya que demostró los prejuicios raciales y sexistas que continúan existiendo en el deporte profesional (p. 129). 2) Si bien el deporte de élite incorporó paulatinamente a las mujeres, se crearon disciplinas femeninas que las mantienen relegadas a un segundo plano con respecto a la visibilidad y participación, por lo que este sistema de segregación “*necesita ser revisado*” (p. 130) ya que la división entre varones y mujeres no puede ser la única forma de organizar el deporte. 3) Es necesaria la perspectiva feminista interseccional para abordar todas las problemáticas en que se articulan el género y el deporte y, de este modo, habilitar nuevas narrativas sobre las competencias deportivas. 4) Es un deber ético y moral la incorporación de la perspectiva de género en la comunicación para poner en tensión los discursos sobre los patrones de feminidad construidos sobre el imaginario occidental y blanco. 5) El ejercicio de repensar la institución del deporte moderno y deconstruir la especie masculina del deporte permitirá imaginar una práctica donde

“confluyan todas las identidades posibles, como una celebración de la diversidad” (p. 133).

6) Ante el reconocimiento de que la naturaleza no ofrece sólo dos sexos ni la sociedad habilita dos géneros, por lo que *“es preciso trabajar contra los mecanismos de exclusión de las mujeres y contra la política de preservación de la masculinidad que operan en la institución deportiva”* (p. 134).

Estos puntos de partida nos permiten dimensionar y reflexionar sobre las distintas complejidades que atraviesan las cuestiones relacionadas al deporte y el género en el alto rendimiento deportivo del mundo contemporáneo. Además de esto, no es una casualidad que sean las atletas del Sur Global quienes más llamen la atención de las instituciones legislativas del deporte, históricamente conformadas por varones europeos occidentales. Tener en cuenta este aspecto es central porque las discusiones sobre la figura de Caster Semenya esconden otro debate con el mismo espesor, la desigualdad en las condiciones de posibilidad que tienen los países del Sur Global con respecto a los del Norte para desarrollar carreras profesionales en el deporte y trayectorias de vida. Dicho de otra manera, quienes se preocupan en impulsar los estudios médicos probatorios de las ventajas deportivas que otorgan los niveles de testosterona, ignoran por completo las asimetrías mucho más significativas que se dan en un reparto desigual construido periódicamente por los intereses y las imposiciones que se desprenden de las agendas políticas, económicas y culturales del Norte.

En la línea histórica construida de deporte y género de este capítulo las carreras de Caster Semenya y la de Jeanette Campbell contienen denominadores comunes y antagonismos relevantes para nuestro argumento. Ambas son atletas que lograron acceder a un Juego Olímpico, ganaron medallas y obtuvieron un reconocimiento público, pero se diferencian profundamente al representar dos polos en la narrativa con la que el COI intentó construir *“desde dónde y hasta donde se es mujer”* (Fernández López, 2020, p. 8). La primera es una mujer con la fuerza y un físico de características varoniles originaria de una localidad humilde de Sudáfrica y la segunda fue una atleta procedente de uno de los barrios más acaudalados de la ciudad de Buenos Aires (Mascardi, 2016) y que encarnaba el ideal de belleza de mujer occidental, al ser blanca, rubia y delicada. Es por esto que no se puede pensar la concepción de la *“atleta ideal”* que persigue el COI si no se contemplan las variables de clase, etnia y nacionalidad. El movimiento olímpico continúa promoviendo la figura de la mujer desde discursos que las exhiben como exitosas y desde el estándar de belleza impuesto por Occidente, relegando otros tipos de narrativas sobre las feminidades,

como las relacionadas con la fuerza física de las atletas negras, que suponen un cuestionamiento a esta concepción de la feminidad (García Dauder, 2011, p. 12).

Desde Atenas 1896 hasta Tokio 2020+1, las normas sexistas del COI se concretaron en ensañamiento, persecución y discriminación institucional fundada en una “*ansiedad sobre la verdad del género*” (Butler, 2008, p. 107). Es decir, poniendo en duda la identidad y la condición humana de cualquier persona que presente incoherencias con las normas de género de la heterosexualidad obligatoria (Butler, 2014, p. 72). De este modo, se han construido dos genealogías sobre las mujeres en el olimpismo. La historia oficial, integrada por atletas cisgénero presentadas como deseables para las expectativas del COI, como lo fueron las nadadoras Jeanette Campbell o Ethelda Bleibtrey. Y, por otra parte, un recorrido de deportistas signado por el cuestionamiento y la vulneración de su existencia en las agendas públicas y mediáticas, donde aparecen nombres como los de Dora Ratjen o Caster Semenya.

En este recorrido, los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 se presentaron como un evento donde estas dos genealogías comenzaron a ser puestas en tensión a partir de la aparición de una nueva generación de atletas que expresó públicamente sus identidades de género y sus sexualidades, “*rompiendo los esquemas de percepción del deporte y los mitos respecto de la visión sobre las mujeres y sus vínculos*” (Alfaro Moreno, 2021, p. 24). El hecho de que hayan sido los primeros Juegos que alcanzaron la paridad demostró que las problemáticas en torno al género en el deporte no se resuelven con esta cuestión de igualdad numérica en la representación, sino que se centran “*en la dignidad y el respeto a las personas, las diversidades de género y de cuerpos en el deporte*” (Cabello Escudero, 2021, p 21).

La lucha política de ciertas atletas, como la de Caster Semenya, y la pandemia causada por el COVID-19 generaron un paisaje donde se crearon las condiciones para comenzar a debatir las violencias y las precariedades que padecen las atletas, sean cisgénero, trans o no binarias, en el olimpismo y las federaciones internacionales del deporte. Actualmente existen marcos de políticas de reconocimiento y de identidad que le dan un mayor protagonismo a las luchas políticas de los movimientos feministas y LGBTIQ+. Como se ha podido narrar a lo largo del capítulo, el deporte olímpico se caracterizó históricamente por la persecución, exclusión y silenciamiento ante la aparición de cualquier acción o posicionamiento político ajeno al de las autoridades deportivas. Considerando esto, la mayor novedad y el avance más significativo para una historización del género y el deporte es que en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 las ideas y posturas que durante el último siglo han cuestionado las vigentes normas

sexistas del COI y a su proyecto de mundo cobraron una mayor reverberación, demandando otras formas de establecer el deporte olímpico al poner en primer plano el respeto, la dignidad, el cuidado y la contención de la persona que desarrolla una trayectoria profesional en el deporte antes que continuar reproduciendo las narrativas oficiales que presentan a la figura del atleta desde una imagen inmaculada e invencible.

Capítulo 5. Guerra y Olimpismo

“Bienvenida al gran evento.

Mirá a tu alrededor; chinos, japoneses, rusos soviéticos, rumanos

¿Qué tienen en común?

Hemos luchado guerras contra ellos

¿Y quién ha ganado esas guerras?

Estados Unidos”

Película The Bronze (2015)

Juegos Olímpicos y narrativas bélicas

Si se hace el ejercicio de analizar la composición de la delegación de atletas de Argentina que participó en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1, un dato no menor es que de los 181 deportistas que compusieron su delegación, había ocho atletas que tenían algún tipo de relación con las Fuerzas Armadas (Chaluleu, 2021)⁴¹. Esta no es una realidad aislada ni reducida a nuestro país, sino que es un caso más que da cuenta de los vínculos entre el olimpismo y el militarismo, dotados de una historia milenaria que continúa reactualizándose periódicamente con deportistas que provienen de los ejércitos y representan a sus respectivos países y naciones en los Juegos Olímpicos.

Este capítulo se propone indagar en el vínculo entre el deporte y la guerra a partir de aportar premisas que permitan conocer cómo se construyen las narrativas y las imágenes de las y los atletas olímpicos desde una perspectiva bélica, entendiendo que *“el deporte y las fuerzas armadas están conectados mediante dinámicas materiales, políticas, históricas e ideológicas como carreras transnacionales alternativas y superpuestas”* (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 347). Sobre esta base se desarrollará un análisis para visibilizar cómo se han constituido las narrativas y los sentidos sobre el deporte olímpico y sus atletas desde lógicas

⁴¹ Siete integrantes de la delegación olímpica tenían algún tipo de conexión con el Ministerio de Defensa al momento de realizarse los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1. Alexis Eberhardt (tiro), soldado voluntario; Fernanda Russo (tiro), soldada voluntaria; Sergio Alí Villamayor (pentatlón moderno), sargento; Guillermo Filipi (entrenador de pentatlón moderno), teniente Coronel; Belén Cassetta (atletismo): soldada voluntaria; Rafael Acosta (juez olímpico): suboficial principal; Brian Arregui (boxeo): soldado voluntario; Belén Pérez Maurice (esgrimista): cabo primera.

emparentadas con el militarismo. Aquí es de suma importancia señalar que en la problematización de estas narrativas radica el ejercicio por las luchas de significación, que cumplen un rol fundamental en las transformaciones de la sociedad (Richard, 2009, p. 75). Por lo tanto, deconstruir estos sentidos permitirá vislumbrar otras lógicas posibles de pensar y vivir el deporte en nuestra cultura.

En este marco se retoman los aportes del historiador Richard D. Mandell (1984) para poner en cuestionamiento “*el ideal heroico y el extraordinario y orgulloso individualismo*” (p. 43) bajo el que se concibió el resurgimiento de los Juegos Olímpicos en la era moderna. Este modelo, como desprendimiento del sistema patriarcal, ha operado en dos dimensiones. Por un lado, se presenta como un horizonte deseable de las trayectorias deportivas y, al mismo tiempo, es un mecanismo disciplinante en la forma de transitar el deporte. Por estos motivos, la crítica cultural feminista es un espacio que otorga las herramientas para deconstruir los entramados de las narrativas deportivas del olimpismo, habilitando a la reflexión de “*nuevos montajes de percepción y la conciencia que despiertan la imaginación de los signos al no hacer coincidir gestos y enunciado con una matriz de significación única*” (Richard, 2009, p. 84).

Asimismo, la problematización parte de entender que los cuerpos son un efecto de la dinámica del poder, de modo que “*la materia de los cuerpos es indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales*” (Butler, 1993, p. 19). Por ende, las corporalidades que se presentan en los Juegos Olímpicos son indisociables del poder de los discursos que los nombran y regulan, y en este caso no se pueden separar de las narrativas del COI. Al mismo tiempo, sus medios discursivos, que reproducen un imperativo patriarcal, permiten ciertas identificaciones sexuadas y excluyen y repudian a otras (Butler, 1993). En este caso interesa conocer y preguntarse por las imágenes y las corporalidades que son “*las deseadas*” para mostrar en las competencias del olimpismo.

La crítica feminista otorga la posibilidad de conceptualizar de forma reflexiva la cultura, como híbrida, cambiante y abierta para politizar las identidades sociales entendiendo que las intersecciones entre clase, etnia y género tienen un papel protagónico al momento de construir una perspectiva deconstructivista de la historia (Stolcke, 2004, p. 96). En la década de 1980, estas investigaciones abrieron nuevos enfoques en trabajos feministas, donde se complejizaron las nociones en torno al género. Posteriormente, las reflexiones de Judith

Butler (1993) aportaron con su forma de desestabilizar la categoría de género, sexo y sexualidad “*al insistir en que se trata de fenómenos contestables, dinámicos y hasta subversivos que no deben ni pueden ser confinados al dualismo sexual biológico sino que deben ser rescatados de la regulación heterosexual normativa para ser reconocidos*” (Stolcke, 2004, p. 100).

El hecho de retomar la perspectiva de género resulta fundamental en este capítulo porque aquellas preguntas en torno a los cuerpos y la sexualidad son imprescindibles para comprender las dinámicas de las sociedades o el vínculo entre la naturaleza y la cultura en la experiencia humana. Más aún, en la instancia de reflexionar sobre las narrativas bélicas y el deporte, estrechamente asociadas con un ideal del cuerpo patriarcal que ve en él una herramienta de acumulación de poder para destacarse en la esfera de lo social. Por ende, es un desafío romper con los discursos esencialistas y biologicistas que se reproducen y hacen presentes en el deporte olímpico, partiendo de establecer que la pregunta clave no es por la relación entre el sexo, el género y la sexualidad, sino que interesa reconocer cómo mediante la producción cultural de las diferencias sexo genéricas se producen desigualdades de poder y valor entre las personas. En este punto, la interrogante es por las violencias y las asimetrías engendradas en las narrativas bélicas de los Juegos Olímpicos y en cómo se las naturaliza, entendiendo que este es un espacio donde se ponen en juego articulaciones identitarias cuestionadoras de la unidad entre el Estado-nación y la sociedad nacional (Beck, 1999, p. 23).

Los Juegos Olímpicos y los deportes modernos nacieron al calor de la construcción del Estado-nación (Elias, 1986. p. 33) y del proceso de organización de las comunidades internacionales. Y, desde este momento histórico, los grandes eventos deportivos fueron el lugar en que las naciones expusieron “*las proezas y las superioridades en el terreno de las disputas simbólicas*” (Llopis Goig, 2009, p. 7). O sea, en las citas olímpicas se han reproducido narrativas en diálogo con la emergencia de nuevas articulaciones identitarias en el marco de un fenómeno más amplio de globalización donde los medios de comunicación desempeñan un rol fundamental para la construcción de imaginarios. En este entramado, la perspectiva de género habilita a cuestionar los horizontes de deseabilidad y posibilidad y el orden político con el que son pensadas las corporalidades y las identidades en el más alto rendimiento deportivo.

En el curso de la historia de los Juegos Olímpicos se abrió la posibilidad para que se expresen múltiples tensiones relacionadas con conflictos geopolíticos. En este sentido, el análisis

partirá de problematizar el olimpismo desde la crítica cultural feminista, luego se identificará cómo la guerra se hace presente en el deporte olímpico y cómo el COI utiliza su marco legislativo para incidir en la geopolítica internacional. Posteriormente se plantea la forma en que el triunfo es el único camino posible para las y los atletas a partir de analizar cómo la epicidad funciona como un factor de disciplinamiento patriarcal y cómo esto crea una figura deportiva signada por la fragilidad. Por último, se recuperarán casos donde los Juegos Olímpicos se transformaron en un lugar de “batallas permitidas” entre los Estado-nación.

Para abordar estas aristas, se entiende que desde su fundación moderna el olimpismo se constituyó como un espacio de “extensión” de los conflictos bélicos. Esto se ha podido observar en distintas coyunturas, como fue el caso de los conflictos desarrollados en el deporte entre EE.UU. y la URSS durante la Guerra Fría o posteriormente entre EE.UU. y Rusia con las acusaciones mutuas de dopaje. Este tipo de situaciones fueron una constante en los deportes modernos, al igual que la presencia de narrativas bélicas allí plasmadas. De este modo, la crítica feminista habilita deconstruir los entramados narrativos de los Juegos Olímpicos, donde las potencias occidentales continúan poniendo a prueba su poderío y su capacidad de regulación de las agendas internacionales a través de las medallas que obtienen en este evento y mediante su influencia en las instituciones que legislan las prácticas deportivas.

Para llevar adelante este apartado se utilizarán distintos elementos centrados por un problema en común, la subjetivación de la masculinidad en torno a la guerra, el deporte y el heroísmo. Por lo tanto, se seleccionarán materiales que permitan desentrañar y visibilizar cómo opera la relación de estas nociones, entre ellos publicaciones oficiales del COI en sus redes sociales, producciones de la industria audiovisual sobre el deporte olímpico y materiales que dan cuenta de una historicidad de lo bélico como elemento presente en la competencias olímpicas.

El olimpismo desde la crítica cultural

Para comenzar a problematizar las relaciones entre el deporte y la guerra se recuperará la crítica cultural del feminismo con la finalidad de reflexionar en torno a la dimensión cultural, imaginaria y simbólica de los procesos socioeconómicos y políticos sociales y, de esta manera, construir nuevos regímenes de significación que comuniquen e interpreten la realidad (Richard, 2009, p. 79).

En este punto interesa recuperar ese enfoque porque ofrece aportes teóricos que permiten pensar las dimensiones afectivas de los fenómenos políticos (Gago y Cavallero, 2023) a través de la activación de sensibilidades que persiguen reflexiones sobre batallas concretas. En esta oportunidad, la búsqueda por visibilizar las formas de explotación, exclusión, discriminación y persecución que dan forma a la dominación de los hombres sobre las mujeres en el deporte y la de ciertos varones sobre ciertos otros en la medida en que lleguen a alcanzar las expectativas del deporte sobre ellos. De esta manera, esta línea de investigación resulta convocante porque es una manera de atisbar la crisis de los modelos patriarcales en la forma de relacionarnos y construir lazos.

Continuando con lo expuesto por Nelly Richard (2009), las teorías del feminismo son una crítica cultural en un doble sentido. Por un lado, es crítica de la cultura porque analiza los regímenes de producción y representación de los signos que escenifican las uniones de poder entre discurso, ideología, representación e interpretación en todo lo que circula e intercambia a través de la palabra, los gestos o las imágenes. Y, por otra parte, es una crítica de la sociedad que se realiza desde la cultura reflexionando sobre lo social a través de la incorporación de la simbolicidad del trabajo de las retóricas y las narrativas para el análisis de las luchas de identidad y de las fuerzas de cambio. De una manera abreviada, la crítica feminista se encarga de analizar las tramas de la cultura. Sobre estos estudios, Michelle Barrett (2002) expone la siguiente afirmación:

En los últimos años hemos visto una importante “vuelta la cultura” (también) en el feminismo, Desde el punto de vista académico, las ciencias sociales han perdido su influencia sobre el feminismo y la estrella ascendente está en las artes, las humanidades y la filosofía. En este cambio general se observa un señalado interés en los procesos de análisis de la simbolización y la representación, es decir, en el campo de la cultura. (p. 216).

Estas luchas por la significación acompañan las transformaciones de la sociedad, lo que les otorga un rol fundamental cuando se piensan las urgencias que dinamizan las transformaciones sociales y políticas que inciden en la realidad de nuestra cultura. En este sentido, Barrett (2002) amplía esta tradición argumentando:

El tipo de sociología feminista que tiene más público, por ejemplo, se ha apartado de un modelo determinista de la ‘estructura social’ (llámese capitalismo, patriarcado o

mercado de trabajo dividido según el sexo, o lo que sea), y se ocupa de asuntos de la cultura, la sexualidad o la actividad política, contrapesos evidentes al énfasis en la estructura social (p. 216).

A su vez, se pueden agregar las afirmaciones expuestas por el autor Terry Eagleton (2005) que van en la misma línea: *“Para las demandas políticas del feminismo (la cultura) es algo central en la gramática en que se enmarcan. El valor, el discurso, la imagen, la experiencia y la identidad son aquí el lenguaje mismo de la lucha política”* (p. 59).

Estas contribuciones teóricas vislumbran cómo el deporte olímpico de la era moderna fue cimentado en base a un sistema político-social patriarcal

que insiste en que los machos son inherentemente dominantes, superiores a todos los seres y a todas las personas consideradas débiles (especialmente las hembras), y dotados del derecho a dominar y reinar sobre los débiles y a mantener esa dominación a través de distintas formas de terrorismo y violencia psicológica (bell hooks, 1984, p. 2).

En otras palabras, desde su resurgimiento, el olimpismo engendró las cualidades intelectuales y morales de la época victoriana, una sociedad donde primaba el sexismo, la explotación sexista y la opresión de todas aquellas personas que no son hombres cisgénero, heterosexuales, blancos, occidentales y de las élites.

Todas estas características fueron las inspiradoras para la refundación de los Juegos Olímpicos, haciéndose presentes en los planos materiales y simbólicos de sus competencias. Esto expone la existencia de una herencia histórica que es necesario tensionar para desarticular las narrativas bélicas del deporte, entendiendo la categoría de legado como *“aquello que se deja o transmite a los sucesores, sea cosa material o inmaterial”* (Kaufman, 2012, p. 11). En este marco, el legado de Pierre de Coubertin tiene una enorme vigencia en las narrativas del movimiento olímpico al concebir las competencias desde una lucha emparentada a lo bélico que busca la “gloria olímpica”. Al igual que en la Antigüedad, las y los atletas se encuentran ante dicotomías como las que debían afrontar los héroes mitológicos de los relatos de la Grecia Antigua, el camino de formar una familia y tener una vida “tranquila” en su lugar de origen o emprender una aventura hacia la guerra en busca de la gloria y el recuerdo eterno de la humanidad, más allá de que esto les termine costando su salud e inclusive la vida. Esta disyuntiva se reactualiza constantemente en el deporte del más

alto rendimiento porque las condiciones para alcanzar una medalla olímpica implican la decisión de emprender una travesía, una trayectoria de vida de esfuerzos y sacrificios destinada exclusivamente al reconocimiento en la práctica deportiva.

La crítica cultural feminista permite deconstruir las narrativas bélicas en el olimpismo, ayudando a complejizar y construir nuevos debates y maneras de enfrentar al patriarcado, ya que “*el feminismo es teoría crítica y práctica política que pone en cuestión al orden sexista que oprime y explota a lxs sujetos que no se ajustan a su norma*” (Di Tullio, Smiraglia y Penchansky, 2020, p. 20). Los posicionamientos teóricos y políticos del feminismo son una herramienta para pensar y tener como horizonte un nuevo sistema deportivo que no se edifique a través del ejercicio de un poder de opresión de las identidades sexo-genéricas sobre otras. En este caso, los Juegos Olímpicos reprodujeron históricamente el orden de un tipo de hombría sustentado por lo bélico y lo heroico.

La guerra en el deporte olímpico

Tras años de conflictos armados, el 24 de febrero de 2022 Rusia inició una invasión en Ucrania, en un contexto signado por el avance de los intereses de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) en Europa del Este a través de la creación e instalación de distintas bases militares. Esta guerra se inició en un momento donde el mundo se encontraba conteniendo la propagación de la pandemia a causa del Covid-19 que había iniciado dos años atrás. El día después del inicio del conflicto, el 25 de febrero de 2022 el COI emitió un comunicado titulado *IOC strongly condemns the breach of the Olympic Truce* (El COI condena enérgicamente el incumplimiento de la Tregua Olímpica) (COI, 2022)⁴² donde se repudia enérgicamente el incumplimiento por romper la tregua olímpica que se establece en la resolución de la Asamblea General del 2 de diciembre del 2021 de la ONU y que había comenzado el 4 de febrero del 2022, siete días antes del inicio de los Juegos Olímpicos de Invierno de Pekín 2022 y finalizaba siete días después de la clausura de los Juegos Paralímpicos. En este punto, es oportuno indicar la importancia que tiene la tregua olímpica y la conservación de su tradición para los países y naciones que integran el COI. Esta se remonta a los Juegos de la Antigüedad, donde el objetivo de este evento no se encontraba

⁴² El comunicado oficial se puede consultar en: (<https://olympics.com/ioc/news/ioc-strongly-condemns-the-breach-of-the-olympic-truce>)

destinado meramente a los juegos, sino que incluía una dimensión religiosa⁴³. En la Antigüedad se enviaban mensajeros para que los soldados de cada una de las ciudades-estados de Grecia abandonen las armas y, de este modo, se crease una tregua que posibilitaba asistir, participar y presenciar las competencias:

lo cierto es que Olimpia no era propiamente una ciudad habitada en la época griega clásica, como tampoco lo es ahora. Su terreno pertenecía a la Polis de Elis. Y era esta ciudad-estado quien de hecho organizaba los Juegos Olímpicos. Cada cuatro años sus heraldos proclamaban por toda la Hélade la convocatoria de las pruebas y extendían por todos los caminos el anuncio de la paz entre los griegos, la existencia de la tregua olímpica hasta que acabaran los juegos (Sesé Alegre, 2008, p. 203).

Por lo tanto, esta tregua generaba un marco de “protección divina” para quienes asistían al santuario de Olimpia, sea en su condición de deportista o las otras personas que eran miembros de las delegaciones de cada ciudad.

El 25 de febrero de 2022, el COI publicó otro documento titulado *IOC EB recommends no participation of Russian and Belarusian athletes and officials* (Comité Ejecutivo del COI recomienda la no participación de atletas y oficiales rusos y bielorrusos) (COI, 2022)⁴⁴ donde expresó y recomendó a todas las federaciones deportivas del mundo prohibir las participaciones de atletas rusas/rusos y bielorrusas/bielorrusos en las competencias internacionales por romper la tregua olímpica “*con el fin de proteger la integridad de las competencias deportivas mundiales y la seguridad de sus participantes*”. Asimismo, se indica en el comunicado que

la guerra actual en Ucrania pone al Movimiento Olímpico en un dilema. Mientras que los atletas de Rusia y Bielorrusia podrían continuar participando en eventos deportivos, muchos atletas de Ucrania no pueden hacerlo debido al ataque de su país”.

En el caso de no poder realizar esta prohibición por cuestiones legales, se señala que

⁴³ En este punto, es necesario aclarar que el santuario de Olimpia empezó siendo un pequeño bosque sagrado alrededor de la tumba de un héroe mítico y terminó siendo el mayor centro de reunión panhelénico del Peloponeso. Por su situación geográfica, alejada de otros centros políticos como Atenas o Esparta, Olimpia llegó a ser el centro religioso y atlético más importante de la Antigua Grecia, un lugar de encuentro por encima de las disputas políticas, donde se encontraba el templo de Zeus.

⁴⁴ El comunicado oficial se puede consultar en: (<https://olympics.com/ioc/news/ioc-eb-recommends-no-participation-of-russia>)

las y los organizadores deberán “hacer todo lo que esté a su alcance para garantizar que ningún atleta o funcionario deportivo de Rusia o Bielorrusia puede participar bajo el nombre de su país (...) los ciudadanos rusos y bielorrusos, ya sea como individuos o equipos, deben ser aceptados sólo como atletas neutrales o equipos neutrales. No deben exhibirse símbolos nacionales, colores, banderas o himnos (COI, 2022)

Estos posicionamientos estuvieron acompañados de solicitudes de no organizar ningún tipo de competencia en los países sancionados. En este marco, la FIFA le prohibió a la selección rusa de fútbol masculino participar en las competiciones internacionales y la excluyó del Mundial de Qatar 2022.

Estos dos pronunciamientos del COI sirven para reflexionar sobre distintos aspectos. En primer lugar demuestran cómo las organizaciones encargadas de legislar sobre el deporte utilizan su poder para incidir en la agenda de la geopolítica global a partir de alinearse con los intereses de la cultura occidental, heredera de los valores y las perspectivas de la cultura griega antigua. Además, no lo hacen de forma aislada, sino que desarrollan acciones conjuntas con otras instituciones similares destinadas a la representación internacional, como por ejemplo la ONU. En casi todos los casos son organizaciones desde las cuales se ofician los intereses de las potencias occidentales. En segunda instancia, el COI intenta ejercer un cierto poder en lo que respecta al cauce y la resolución de los conflictos armados, ya sea a través de una declaración, sanción o suspensión hacia un determinado país o nación en el plano deportivo (en ocasiones, independientemente de cómo actúen y lo que decidan las instituciones de la representación y la discusión política, como la ONU. En tercer lugar, hay un extenso antecedente de conflictos políticos que se han trasladado a la organización de eventos deportivos y competencias olímpicas, como sucedió tras la guerra entre Rusia y Ucrania. En cuarta instancia, los Juegos Olímpicos son el evento deportivo más adecuado para identificar los vínculos entre el deporte, el militarismo y la política a nivel global porque se conformó como un escenario donde frecuentemente los Estados y las naciones trasladaron sus posicionamientos políticos y expresaron sus conflictos, ya sea por las acciones de sus atletas o por cómo se desenvuelven sus instituciones en el ámbito deportivo.

Asimismo es interesante detenerse en cómo en el primer comunicado por la invasión se manifiesta que en la Ceremonia de Apertura de los Juegos Olímpicos de Invierno 2022 se “hizo un llamado a las autoridades políticas para que observen su compromiso con esta Tregua Olímpica para darle a la paz una oportunidad”, mientras que en la Ceremonia de

Clausura del 20 de febrero se pidió a los líderes políticos inspirarse en el “*ejemplo de solidaridad y paz de los atletas olímpicos*”. En ambas notificaciones se pueden identificar dos premisas desde las cuales deconstruir las narrativas con las que opera el COI. Por un lado, construye una imagen sobre las y los atletas destacando que son “ejemplos a imitar” ya que son “solidarios y pacíficos” y, por otra parte, convocan a los Estados Nación del mundo a encuadrar sus políticas exteriores en el respeto a la tregua olímpica.

Por eso es preciso establecer de dónde surge la idea de que las y los atletas son un ejemplo a imitar y por qué el COI considera que la tregua olímpica es un argumento que todos los Estado-Nación deben respetar. Aquí se hace presente una concepción relacionada con la perspectiva establecida en la Carta Olímpica⁴⁵, que entiende al deporte como

una filosofía de la vida, que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Al asociar el deporte con la cultura y la formación, el Olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo, la responsabilidad social y el respeto por los principios éticos fundamentales universales (World Olympians, 2023).

Pero estas palabras, más que otorgar respuestas dan lugar a una nueva interrogante enfocada en conocer los principios éticos, fundamentales y universales a los que se hace referencia en la Carta Olímpica. Sobre todo, teniendo en cuenta que el COI utiliza estos lineamientos como una herramienta para incidir políticamente en el tablero geopolítico internacional resguardando ciertos intereses y castigando o postergando otros.

Para empezar a dar respuestas a estas preguntas, se analizarán dos materiales de archivo histórico del COI. En primer lugar, un pasaje de las memorias de Pierre de Coubertin que datan del año 1894 y, más adelante, el fragmento de un discurso suyo que brindó en la Universidad de París en 1892. Sobre lo primero se retomarán las siguientes palabras:

(...) Tenemos el honor de comunicaros el programa del Congreso Internacional que se celebrará, en París, el próximo 17 de junio (...) Su objetivo es doble. Ante todo, importa conservar el carácter noble y caballeroso del atletismo, que le ha distinguido en el pasado, para que continúe desempeñando, eficazmente, en la educación de los pueblos modernos. El admirable cometido que le dieron los maestros griegos.” “(...)

⁴⁵ La Carta Olímpica se puede consultar en (<https://olympians.org/woa/olympism/?langid=3>)

La imperfección humana tiene siempre la tendencia a transformar al atleta de Olimpia en un gladiador de circo. (..) Hay que escoger entre dos fórmulas atléticas que no son compatibles entre sí. Para definir el espíritu de lucro y de profesionalismo, que amenaza con invalidarles, los aficionados han establecido en la mayoría de los países una legislación compleja, llena de compromisos y contradicciones. Además, con demasiada frecuencia, se respeta más la letra que el espíritu. (...) Existe una feliz sanción de un entendimiento internacional, que todavía, no pretendemos lograr, sino solo preparar. El restablecimiento de los Juegos Olímpicos, sobre bases y en condiciones conformes con la necesidad de la vida moderna, hacer comparecer cada cuatro años a los representantes de las distintas naciones del mundo y cabe pensar que esa lucha pacífica y cortés constituye el mejor internacionalismo (Coubertin en Centro Latinoamericano de Estudios Coubertinianos, 2022).

En estas afirmaciones de 1894 se hallan las ideas del olimpismo sobre cómo debe concebirse la imagen de las y los atletas, de los Juegos Olímpicos y de qué manera estas perspectivas tienen una relación con ser un soldado y con los conflictos bélicos. En estas reflexiones se deja establecido cómo el deporte olímpico debe cumplir con una función pedagógica por medio de *“conservar el carácter noble y caballeroso del atletismo”* de las sociedades de finales del siglo XIX y principios del XX. En segunda instancia, las y los atletas que participen en una cita olímpica tienen que tomar como referencia el legado del “deportista de Olimpia” en la Antigüedad ya que se pretende recuperar *“el admirable cometido que le dieron los maestros griegos”*. En tercer lugar, se puede observar como el COI se proyecta como un espacio de crítica a las legislaciones deportivas creadas al calor del avance del profesionalismo en la modernidad y, al mismo tiempo, se celebra el espíritu del amateurismo: *“para definir el espíritu de lucro y de profesionalismo, que amenaza con invalidarles, los aficionados han establecido en la mayoría de los países una legislación compleja, llena de compromisos y contradicciones”* Por lo cual el amateurismo es visto como la pureza y lo deseable y el profesionalismo como una amenaza que puede borrar el “espíritu” del deporte.

En cuarta instancia, desde entonces los Juegos Olímpicos ya son pensados para el ejercicio de una diplomacia internacional y el entendimiento para los distintos Estados Nación, que en dicho período no eran un espacio logrado, sino que se pretendía preparar. Por último, las citas olímpicas pretenden ser un lugar de “lucha pacífica y cortes” en el marco de un creciente internacionalismo. Por ende, queda expuesto que en los Juegos Olímpicos se llevará adelante

una guerra “permitida” donde las y los atletas son las y los soldados que encarnan esos conflictos en las competencias, para mejorar las relaciones diplomáticas entre los países del mundo. Esta última idea también conlleva otra dimensión: el deporte puede actuar como el espacio adecuado o, por lo menos pertinente, para que los Estados Nación puedan resolver los conflictos que no logran solucionar por otros canales de diálogo.

Antes de los lineamientos expresados en el Congreso de 1894 hay un antecedente que tampoco se puede omitir: el discurso que Coubertin brindó el 25 de noviembre de 1892 en la Universidad de la Sorbona en París. Este fue el momento fundacional del COI y cuando se asentaron sus bases filosóficas, definiendo que su misión es poner el deporte al servicio del desarrollo pacífico de la humanidad y así hacer del mundo un lugar mejor y más pacífico. Para el Dr. Stephan Wassong⁴⁶ las palabras de Coubertin fueron recibidas con sorpresa y escepticismo por un público amante del deporte que más allá de reconocer que era un plan ambicioso mostraron interés y apoyo para un proyecto que ya había sido apoyado en Gran Bretaña, EEUU. y Francia. Asimismo, Wassong indica que en este discurso el deporte fue utilizado como

término genérico para atletismo, natación, fútbol, hockey y otros juegos de equipo (..) En su discurso, Pierre de Coubertin insiste sobre las antiguas raíces del deporte que asocia a la cultura física tal como se practicaba en Grecia y los Juegos Olímpicos Antiguos. Pero, sobre todo, enfatiza el desarrollo del deporte moderno y el hecho de que el deporte debe ser considerado como una herramienta educativa para construir carácter y, por tanto, como vector conducente a la educación del ciudadano moderno (p. 6-7).

Dos años más tarde, el 23 de junio de 1894, en el salón de actos de la Universidad de la Sorbona en París, el Congreso Internacional finalizó con una votación de forma unánime donde quedó establecido el nacimiento de los Juegos Olímpicos Modernos. En esa oportunidad, Coubertin volvió a hacer alusión al “admirable cometido que le dieron los maestros griegos” al atletismo. Sin embargo, y al igual que anteriormente, esta afirmación lleva a preguntarse en torno al concepto del “admirable cometido” y a qué hace referencia cuando señala lo propiamente admirable del atletismo. Para empezar a responder sobre estas preguntas que incluyen a la cultura de la Grecia Antigua, se debe señalar que lo que se

⁴⁶ (Presidente del Comité Internacional Pierre de Coubertin (CIPC), Director del Centro de Estudios Olímpicos de la Universidad Alemana del Deporte de Colonia (GSU) y miembro de la Comisión de Educación Olímpica).

conoce sobre las competencias deportivas en la época clásica es gracias a la literatura y los restos hallados por los trabajos arqueológicos⁴⁷. A partir de ambas cuestiones, se conoce que en los tiempos micénicos fue cuando la cultura griega unió “*estrechamente los conceptos de heroicidad y de perfección atlética*” (Mandell, 1984, p. 39).

Tal como expone el historiador Mandell (1984) la poesía de Homero fue el modelo a seguir por los relatos épicos, lo que generó que ningún poema griego posterior a la *Iliada* y la *Odissea* omita la narración de algún evento deportivo en su historia. En estos relatos y poemas aparecen constantemente secuencias deportivas o batallas que se asimilan al enfrentamiento del deporte, haciendo alusiones a carreras pedestres, salto de longitud y lanzamientos de jabalina y de disco. Estos buscaban conmocionar a todos los pueblos de Grecia, más allá de sus fragmentaciones políticas, y sí lograr una identificación que tenía como principales protagonistas a guerreros aristócratas. Aunque, muy poco se conocía sobre los juegos de la plebe griega.

Parecen dos pilares de roble dispuestos por el maestro carpintero para sostener un techo que desafía la fuerza de cualquier viento. Los huesos de la espalda de los luchadores crujen bajo el esfuerzo de las nudosas musculaturas, y el sudor corre interrumpido por la superficie de la piel. Sobre el tórax y los hombros las tenazas de los brazos y las garras de las manos dejan la marca de su acción en ribetes escarlatas de sangre acumulada. Sin pausa, se esfuerzan por conquistar el trípode (*Iliada*, canto XXIII).

⁴⁷ El arqueólogo e historiador alemán Ernst Curtius fue central para que a fines del siglo XIX comenzaran las excavaciones en Olimpia. Tras viajar por Grecia y visitar Olimpia en más de una ocasión planteó la necesidad de llevar a cabo una excavación para devolverle la grandeza al santuario. Además de ser profesor en la universidad de Berlín, Curtius era el tutor del hijo del emperador alemán, el futuro Federico III de Alemania. Esto le permitió tener contactos en el gobierno, que entabló negociaciones con el de Grecia para que una delegación alemana se hiciera cargo del trabajo. En 1874 se firmó un tratado en Atenas entre ambos países, ratificado por el parlamento griego en 1875. Este es considerado como uno de los primeros grandes acuerdos de la arqueología en la modernidad. Asimismo, se evitaba el expolio porque se fijó que todas las piezas que aparecieran en Olimpia permanecerían en Grecia y solamente los ejemplares de los que hubiera más de una copia podrían ser llevados a museos alemanes. De este modo, en 1875 se iniciaron las excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán bajo la dirección de Ernest Curtius y con el permiso gubernamental. En 1888 se inauguró el primer Museo Arqueológico de Olimpia y en 1890 se publicaron los avances de la excavación a través de varios volúmenes titulados *Olympia: die Ergebnisse der von dem Deutschen Reich veranstalteten Ausgrabung* (Olimpia: los resultados de la excavación organizada por el Imperio Alemán).

Este canto de la Iliada remite a una competencia en la que participa Ulises (un protegido de la diosa Atenea) contra un joven rival en los juegos organizados por Aquiles para homenajear la muerte de su amigo Patroclo. En esta historia se narra cómo Ulises participa en una carrera pedestre y tras un descomunal esfuerzo físico obtiene el triunfo gracias a un pedido de ayuda a la diosa Atenea que lo termina favoreciendo en su contienda, por lo que su joven retador reniega de la ayuda de la diosa en la competencia. Todos estos elementos nos permiten dar cuenta de un determinado culto por un ideal a lo heroico, lo extraordinario y el individualismo de la cultura griega clásica (Mandell, 1984, p. 43). Los intentos de Coubertin por resucitar estas características quedaron plasmados en los anuncios gráficos que se realizaron para promocionar los Juegos Olímpicos en Atenas, iniciados el 25 de marzo de 1896, día de la independencia griega. Entre estos, había un aviso donde se podía observar a un guerrero de la era clásica con su armadura, lanza, escudo y en una posición atlética mientras se encontraba rodeado por la llama olímpica encendida. En cierta manera, estas publicidades se fundamentaron en la posibilidad de volver a atestiguar las hazañas que realizaban los héroes de la Antigüedad, que poseían condiciones físicas extraordinarias para el atletismo y las guerras.

Justamente, que la “estrella” de los Juegos Olímpicos fuese la maratón está relacionado con la recreación de esas hazañas, al ser una prueba inspirada en el soldado griego Filípides, quien corrió los 42 kilómetros que distancian a las ciudades de Maratón y Atenas para anunciar la victoria de los griegos en una batalla contra los persas. La centralidad de la maratón permite visibilizar las perspectivas que se tuvieron al momento de fundar el olimpismo moderno. Y de la forma en que Pierre Coubertin pensó el lugar del deporte en las sociedades: *“el atletismo se basa en los principios del pasado, que son tan verdaderos y nobles hoy como lo fueron en los gimnasios de Atenas, pero su forma es moderna”*. Estas palabras remiten a los tiempos de Atenas, donde había tres grandes gimnasios: la Academia, el Liceo y el Cynosarges. En el primero, eran visitantes asiduos Platón y sus discípulos y en el Liceo lo era Aristóteles⁴⁸. Cada uno de estos espacios era considerado una institución pedagógica de excelencia en las cuales prosperaba el homoerotismo táctico de la sociedad.

⁴⁸ Más allá de ser un gimnasio, el Liceo fue la primera biblioteca que hubo en Atenas y pertenecía al filósofo Aristóteles, que era conocido como el “lector” por la avidez que poseía para leer y coleccionar libros. En este espacio empezó a enseñar a sus primeros discípulos caminando por sus patios y jardines. Ante el incremento de aprendices, Aristóteles fue incorporando más propiedades para quienes deseaban vivir en la escuela o ir a filosofar, transformándose en un santuario del conocimiento.

Eran espacios en los cuales se tejían conexiones eróticas y sentimentales entre los atletas y sus admiradores (Mandell, 1984, p. 68). Tanto la maratón como los Juegos Olímpicos remiten a la historia política, bélica y social de la Grecia Antigua, y significa un legado de esta cultura clásica donde se pensó al deporte como una práctica integradora y desarrolladora para los hombres de la aristocracia. Para esta cultura, el deporte podría reflejarse a través de distintas formas de conocimiento con el fin de ser llevado a todo el mundo con el fin de que fuera una práctica desde donde preservar la memoria de la civilización griega.

Los valores y las perspectivas de la Grecia Antigua conllevan una ideología patriarcal construida en torno a pactos y acuerdos de la fraternidad entre los varones. En este caso, el olimpismo construye un sistema deportivo que es el resultado de la transformación del patriarcado clásico en el patriarcado moderno (Pateman, 1995). Las narrativas bélicas presentes en el deporte olímpico sostienen y perpetúan la institucionalización del patriarcado que a lo largo del tiempo se ha naturalizado en creencias, prácticas y actitudes. Desde su restauración moderna en 1896, los Juegos Olímpicos han reiterado periódicamente las narrativas patriarcales en el deporte, haciendo invisibles los discursos que contienen múltiples violencias patriarcales que disciplinan y someten a quienes no se ajustan al espíritu masculino de la época.

Estas narrativas también se plasman en el accionar del COI y en su forma de entender, legislar y actuar en sus áreas de influencia, como cuando sancionó a Rusia y Bielorrusia en el marco del rompimiento de la tregua olímpica de los Juegos Olímpicos de Invierno Beijing 2022. A su vez, construyen los campos de posibilidad, lo que es deseable y esperable por parte de las y los atletas y los Estados-nación porque asiduamente se busca volver a recrear las características y los valores que poseían los héroes griegos de la Antigüedad y sus conquistas caracterizadas por la épica, la superación de situaciones adversas y la exaltación del valor del triunfo a partir de una conquista individual.

Todos estos rasgos distintivos de origen se sostienen, refuerzan y actualizan que en las narrativas deportivas del olimpismo se encuentren sentidos bélicos, más aún, atravesando cualquier tipo de forma de vivir el deporte. El lugar de las y los atletas estuvo signado por el legado de los relatos de la época clásica, atravesados por los acontecimientos bélicos y heroicos de la tragedia griega. Esto hizo que se dejara de lado y no se contemplaran otras formas de transitar las prácticas deportivas donde no fuera una condición necesaria el sometimiento de los vínculos ni la reproducción de las violencias patriarcales.

El triunfo como único camino posible

Las narrativas y los sentidos sobre las y los atletas tienen vínculos simbólicos y materiales con las formas en que se pensaron a las y los soldados desde los tiempos de la Antigüedad. Al igual que un ejército defiende a su respectivo Estado-nación y combate a posibles amenazas externas, una delegación olímpica tiene el mismo objetivo: competir contra otros países y alcanzar la victoria. En ambos casos, las contiendas están reglamentadas por ciertas reglas o leyes y quien resulta victorioso logra la obtención de un premio o distinción. Esto da cuenta de que el deporte profesional moderno no tiene nada que ver con un juego o con el aspecto recreativo, aunque durante su desarrollo aparezcan de forma involuntaria elementos lúdicos (Besnier, Brownell y Carter, 2018, p.51).

En este punto interesa explorar sobre todas aquellas expresiones que nos hablan en rigor de lo que supone la hombría para el deporte olímpico y lo que se espera para los varones y las mujeres deportistas. Al respecto se entiende que los modos deseables de ser un atleta moderno están compuestos por distintos elementos, como el no retroceder o doblegarse, la imposibilidad de abandonar (como se sabe lo peor en la guerra es un soldado que huye). En otras palabras, el olimpismo se construye desde una hombría donde no se puede tener miedo.

Los ya establecidos vínculos entre el deporte y lo bélico invitan a reflexionar sobre la figura del atleta olímpica y olímpico porque la forma en que son presentadas y presentados sus imágenes y concebidas y concebidos sus cuerpos son un mecanismo de instituir las trayectorias deportivas legítimas. En esta investigación se parte de entender que esta realidad les genera dificultades para llevar adelante vidas plenas por fuera del deporte. En especial, una vez finalizadas sus carreras profesionales. Durante décadas, estas problemáticas que sufren las y los atletas han permanecido ocultas e invisibilizadas, siendo denunciadas solamente por organizaciones sociales y políticas y, en algunas oportunidades, por el periodismo y determinados contenidos de la industria cultural. Con la pandemia a causa del COVID-19, estas dificultades tomaron una mayor trascendencia en la agenda deportiva, pública y mediática, en especial durante los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1. A continuación se traerá a colación el ejemplo de una producción audiovisual con la finalidad de ver cómo se presentan y funcionan los discursos sobre las figuras olímpicas.

La construcción de esta masculinidad que no transita ningún tipo de temor o doblegamiento se puede apreciar en distintas producciones de la industria cultural, donde se narra cómo

transitar una trayectoria olímpica donde se alcanza la gloria se encuentra atravesada por la lesión de la salud del atleta y cómo esto afecta el futuro de su vida. O sea, cómo se hace presente la idea del sacrificio para alcanzar a destacarse en el deporte de más alto rendimiento. En este marco hay un recorrido extenso de películas en esta dirección: Carrozas de Fuego (1981), Elegidos para el triunfo (1993), Invencible (2014), Foxcatcher (2014), La historia de Gabby Douglas (2014), The Bronze (2015), Eddie “El águila” (2016), El Triunfo del Espíritu (2016), Ícaro (2017), Yo, Tonya (2017), El caso de Richard Jewell (2019), Dr. Nassar: el caso del equipo de Gimnasia de EEUU (2019), Atleta A (2020), The Last Dance (2020), El Método Williams (2021), Las Nadadoras (2022).

Estas obras tienen como denominador común narrativas diversas pero que confluyen al estar relacionadas con las vivencias del deporte de más alto rendimiento. Lo que particularmente interesa es problematizar las vidas de deportistas del más alto rendimiento luego de su retiro. Sobre todo habida cuenta de que en estos materiales se pueden apreciar distintas etapas de la trayectoria deportiva, como los maltratos y las violencias padecidas para compartir o los problemas de salud que se presentan al momento de finalizar la carrera. Por ejemplo, en la película The Bronze, su protagonista Gregory transcurre situaciones donde no puede volver a sentir las emociones que le causó el hecho de ganar una medalla y ser parte de una competencia, transitando sus días en rutinas monótonas, construyendo vínculos sociales marcados por la autoexigencia y padeciendo un miedo constante al posible olvido y el ya “no ser nadie” para las personas que alguna vez festejaron y admiraron sus logros.

Estos padecimientos y situaciones nos hablan de una “forma de ser” y de construir las carreras profesionales para las y los atletas basadas en dos grandes rasgos, la fortaleza y la rigidez física y emocional. En cierto sentido, son las mismas condiciones que un soldado debe poseer para alcanzar una victoria en la guerra. En el deporte olímpico, estas concepciones tienen su origen en su lema: esra "Citius, Altius, Fortius" (más rápido, más alto, más fuerte), creado por el íntimo amigo de Coubertin, el padre dominico y reformador pedagógico Henri Didon, quien tenía una perspectiva machista de entender al deporte que se pudo observar en el Congreso Olímpico de Le Havre (1897). En esta ocasión, Didon atacó a quienes consideraba “adversarios del deporte”, calificándolos como “*pasivos*”, “*afectivos*” (las mujeres en general y las madres en particular) e “*intelectuales*”. Además, señaló que “*los niños nacen perezosos y cobardes*” y que no leía novelas porque lo “*afeminaban*”. Y, por último, cerró su participación en el Congreso declarando: “*No olviden nunca que las*

personas combativas son fuertes y que los fuertes son buenos. Los perezosos, sin embargo, son astutos y débiles y los débiles son peligrosos porque son traicioneros” (Didon, 2004).

Desde su restauración moderna, el olimpismo llamó a las y los atletas (en particular a los hombres, como queda expuesto en las afirmaciones previas) a buscar la excelencia en todos los planos de sus vidas y en todo lo que se propongan porque se comprende como necesaria la búsqueda permanente de las mayores dotes por medio de la exaltación y la valoración de las “ansias de superación”, tal como queda expuesto en su siguiente declaración:

La vida es simple porque la lucha es simple. El buen luchador retrocede pero no abandona. Se doblaga, pero no renuncia. Si lo imposible se levanta ante él, se desvía y va más lejos. Si le falta el aliento, descansa y espera. Si es puesto fuera de combate, anima a sus hermanos con la palabra y su presencia. Y hasta cuando todo parece derrumbarse ante él, la desesperación nunca le afectará (Corrente y Montero, 2014)

Las palabras de Didon y Coubertin permiten identificar una profunda concepción varonil en la forma de entender la realidad social. Sobre ella nació el movimiento olímpico y los Juegos Olímpicos, dejando por sentado que quien es atleta debe ser una soldada/o de la antigüedad que participantes de las hazañas, los mitos y las poesías de las historias clásicas. En la Antigüedad, los Juegos eran un espacio donde existían estrictas normas para la competición, ya que el deporte era una forma de elevación espiritual para lograr el equilibrio entre cuerpo y alma, pero solamente podían participar los hombres, estando velada la entrada para las mujeres. Esto demuestra cómo desde estos tiempos, las trayectorias en el olimpismo están teñidas por una visión patriarcal donde es constante la búsqueda de superación, sin importar los costos que conlleve en la salud de las y los atletas.

Las películas de la industria cultural narran de forma precisa cómo la negación de los sentimientos y las emociones no les permiten a las y los atletas continuar con sus vidas debido a los padecimientos que les causó alcanzar la “gloria” deportiva o el sufrimiento por la interrupción de sus carreras por algún tipo de lesión física. Esto deja en claro como el sistema patriarcal sobre el que se cimentó el olimpismo moldea por igual los valores y las actitudes de mujeres y hombres de la cultura al socializar las maneras de vivir que se aprenden en las familias de origen y que son reforzados en las instituciones, como del deporte (bell hooks, 2004, p. 6). En este sentido, se puede afirmar que para la formación de un atleta se naturaliza el violentar a su persona.

La fragilidad del heroísmo olímpico

En esa instancia interesa indagar cómo se construyen y operan las narrativas signadas por una supuesta “gloria” que trasciende al tiempo del triunfo deportivo pero que también implican un camino de vulnerabilidad, de exposición al peligro constante de múltiples violencias y al miedo al olvido. Asimismo se trabajará a partir del análisis de producciones de la industria cultural que llevan adelante narrativas en favor de una racionalidad deportiva de heroicidad y fragilidad.

En la película “The Bronze” se narra cómo Ann Hope Gregory gana la medalla de bronce con el equipo de gimnastas de EE.UU. en la ciudad de Roma en 2004, lo que la convierte en una heroína en su nación. Sobre todo para los habitantes del pueblo donde vive, que la conocen, la cuidan y le dan un trato especial, permitiéndole tener una vida con ciertos privilegios y beneficios por la gloria de su pasado. Pero lo más recordado de Gregory es cómo logró obtener la medalla, porque en el transcurso de la final se lesionó. Ante esta situación, el equipo técnico y el cuerpo médico le recomiendan abandonar la prueba, pero ella se niega, se repone y logra alcanzar el bronce. Este acto de negación ante la propuesta de abandono es el factor épico de su victoria, lo que causó que sea recordada como la chica de los milagros para todas las personas que la tienen en mente. Sin embargo, esta lesión también representó el final de su carrera como deportista ya que el tiempo de recuperación se extendió más de lo previsto y cuando quiso volver a competir no lo pudo hacer porque su cuerpo se había “transformado” y, como ella misma expone, la gimnasia es un “deporte para niñas”.

En la película “Yo, Tonya” se narra cómo la trayectoria olímpica se constituye desde el padecimiento doliente. En este caso, se enfoca en cómo la vida y la construcción de la carrera de la patinadora sobre hielo estadounidense Tonya Harding está signada por las constantes situaciones de violencia. En una primera instancia por los maltratos recibidos por parte de su madre y, posteriormente, por los golpes y las amenazas que ejerce sobre ella su esposo en su adultez. En este marco, el evento que marcaría su trayectoria ocurrió en los meses previos a los Juegos Olímpicos de Invierno Lillehammer de 1994, cuando con la patinadora Nancy Kerrigan competían por ocupar una plaza para representar a EE.UU. en la cita olímpica. Harding tenía un nivel alto deportivamente pero no cumplía con los “estándares” de la disciplina, tenía un cuerpo que no era considerado como el deseable para el ejercicio del deporte, tenía muy pocos recursos económicos, se confeccionaba ella misma sus vestidos y era desprolija a la hora de presentarse a la competencia. Por su parte, Kerrigan cumplía con

todas los requerimientos del patinaje sobre hielo y era acompañada por muchos sponsors que le financiaban su carrera. Esta asimetría de las formas de transitar por el patinaje se pueden encontrar en las palabras de la propia Tonya cuando en 2014 declaró ante la prensa: “*Nancy era una princesa y yo un montón de mierda*” (AAD, 2023).

En el film se narra cómo en estos meses previos a los Juegos, Tonya y su esposo ejecutan un plan para intimidar a Kerrigan a través de cartas amenazantes y que así baje su nivel. Pero el esposo decide contratar a dos personas y hace un cambio de planes, ya que manda a que le quiebren una pierna y así Tonya no tener ninguna contrincante directa. Este ataque de agresión fue captado por televisión y tuvo una repercusión mediática masiva. Lo que le otorgó una dimensión pública a la rivalidad entre ambas patinadoras. Finalmente, se recuperará a tiempo y podrá asistir a los Juegos, donde concretó una participación casi perfecta alcanzado el segundo puesto. Mientras que Tonya quedaría en octavo lugar tras tener problemas para desarrollar con normalidad su actuación. Luego de esto, sus recorridos fueron muy distintos. Kerrigan tuvo incontables propuestas laborales en el patinaje como en los medios de comunicación, en tanto Tonya fue encontrada culpable por el ataque, lo que le significó una condena, una sanción económica, fue expulsada de por vida de la federación de patinaje de su país, sufrió hostigamiento por parte de la sociedad estadounidense, violencia y maltratos de su marido, padeció de alcoholismo e incluso llegó a intentar suicidarse.

En estas ficciones se reconstruye y se sostiene la racionalidad de otra faceta del olimpismo, la historia de los Juegos Olímpicos está repleta de triunfos recordados por su factor épico (y se podría afirmar que son los más deseables para las narrativas del olimpismo), pero que también sostienen trayectorias atravesadas por el padecimiento y la violencia. El factor épico y el sortear obstáculos aún mayores que la misma competencia son situaciones deseables. En este sentido se debe aclarar que no es una cuestión novedosa porque ya en las narraciones de la Antigüedad los héroes griegos debían atravesar grandes adversidades como una condición para ser recordados en la posteridad. En el caso de Ulises y la *Ilíada* se puede apreciar una representación sobre la noción de justicia que tenía la civilización griega. El hecho de afrontar y superar un gran infortunio para poder volver al hogar era la materialización de esta idea de justicia para los griegos.

El resurgimiento de los Juegos Olímpicos modernos se nutre de esta característica de las narraciones homéricas de la Antigüedad, haciendo que el factor épico se convierta en una guía de conductas durante numerosas generaciones (Mandell, 1984, p. 39). La noción heroica

empieza a cobrar un protagonismo en la literatura de los tiempos micénicos de la cultura griega. En este contexto se unieron los conceptos de heroicidad con la perfección atlética, convirtiéndolos en condiciones valorables, más allá de que los personajes que aparecían en estas leyendas fueran agresivos y probablemente peligrosos para el resto de las personas por sus actitudes violentas. El factor épico representó la aspiración del pueblo griego, de elevarse por encima y destacarse entre sus semejantes. Sobre esto, Mandell (1984) agrega lo siguiente:

Las leyendas de la Guerra de Troya y del regreso de Ulises a su hogar rebosan de ejemplos de egoísmo, parodias de honor, crueldades del destino, sufrimientos injustos, brutalidades que denotan un profundo pesimismo, pesimismo que futuros admiradores sentimentales de Grecia pasarían por alto, pero que indiscutiblemente enturbió la vida de los griegos (p. 39).

Ahora bien, lo desarrollado por la crítica cultural feminista sirve para pensar a estos héroes de la siguiente manera. En primera instancia, estos personajes son hombres jóvenes que construyen su masculinidad a partir de sus capacidades atléticas y bélicas, lo que les habilita a desarrollar trayectorias donde siempre se busca brindar el mayor esfuerzo posible para alcanzar el triunfo, sin ser una posibilidad pedir ayuda, abandonar o rendirse. Aunque esto implique sacrificar sus cuerpos o su salud. En segundo lugar, son hombres que están constantemente en guerra, ya sea en una batalla bélica, en el plano lúdico o en cualquier otro campo de sus vidas. Ambas características están directamente vinculadas a que en los espacios deportivos se exhiban masculinidades y corporalidades asociadas al éxito, a lo deseable y lo esperable a alcanzar. Esto también es un legado de la Grecia Antigua, donde *“la belleza física se constituía como uno de los medios más prestigiosos de ganarse el respeto de sus conciudadanos”* (Mandell, 1984, p. 42). Para esta masculinidad siempre se está en guerra porque se desea llegar a ser el mejor hombre entre todos los varones, al igual que la cultura griega quería destacarse por sobre todas las otras.

En los relatos deportivos de la cultura griega ya se podían encontrar visiones patriarcales que buscaban reproducir y naturalizar un sistema de subjetivación y disciplinamiento sobre las masculinidades. En este punto, la noción de género cumple un rol fundamental porque permite *“comprender de qué manera se construyen estas relaciones de poder desiguales que nos subalternizan, en tanto los feminismos buscan articular un proyecto emancipador que subvierta este orden opresivo”* (Di Tullio, Smiraglia y Penchansky, 2020, p. 23). La perspectiva de género nos otorga la posibilidad de señalar cómo en lo heroico hay registros

de un sistema patriarcal celebrado desde las primeras competencias de los Juegos Olímpicos que datan de 776 a. C. En estos Juegos, el protagonismo se reducía a los varones, oriundos de las ciudades próximas a Olimpia. Más precisamente de la localidad del Peloponeso occidental ubicada a unos 300 kilómetros al sur de Atenas. Considerando esto, los Juegos Olímpicos fueron un espacio propicio desde donde pensar el patriarcado.

Desde la Antigüedad, los Juegos Olímpicos fueron un espacio de reproducción de violencias y desigualdades patriarcales. El hecho de que este evento solo se redujera a hombres visibiliza cómo el sexo tiene un profundo cariz político (Millet, 1969).

Si bien la institución del patriarcado es una constante social tan hondamente arraigada que se manifiesta en todas las formas políticas, sociales y económicas, ya se trate de las castas y clases o del feudalismo y la burocracia, y también en las principales religiones, muestra, no obstante, una notable diversidad tanto histórica como geográfica (Millet, 1995, p. 71).

Lo expuesto por Kate Millet (1995), una de las referentes del feminismo radical de las décadas de 1960 y 1970, enfatiza la capacidad de transformación y adaptación del patriarcado a través del tiempo. Este sistema se puede encontrar en feudalismos, democracias neoliberales, socialismos reales o socialdemocracias. A diferencia de los tiempos de la Antigüedad, cuando los hombres ejercían su dominio en tanto su condición de padres, en la modernidad esto se ejerce a través de la propia condición de ser varón o la fraternidad (Pateman, 1995).

No es un factor azaroso que en las prácticas contemporáneas se puedan hallar continuidades de los prejuicios de género existentes en la Antigüedad. El surgimiento de los Estado-nación modernos, la aparición de las prácticas deportivas reglamentadas y las ciencias modernas se erigieron sobre estos prejuicios. Los conocimientos médicos y científicos producidos desde la Grecia Antigua hasta el Renacimiento construyeron los pilares para el nacimiento de la modernidad como un sistema-mundo y estuvieron predominados por el pensamiento varonil, que fue dando forma a las concepciones con las que se entendió la realidad social, entre ellas las definiciones sobre lo que es el género (Laqueur, 1994). Esto significa que el prototipo del “héroe” del olimpismo sea un varón cisgénero, heterosexual, occidental, blanco y burgués no es porque la ciencia alcanzó conocimientos probatorios de que solamente los hombres son capaces de alcanzar grandes logros deportivos, sino que es una decisión social, como así

también lo son los criterios para determinar el sexo y la voluntad misma de decidirlo (Fausto Sterling, 2006).

La existencia de este ideal deja afuera a todas las personas que no encajan en estas exigencias. Por ende, las personas no cis género, no binarias, los cuerpos con discapacidades, las ancianidades y las niñeces queda imposibilitadas de desarrollar trayectorias deportivas convocantes para las narrativas que estructuran los funcionamientos del deporte contemporáneo⁴⁹.

En este punto se vuelve una necesidad el replanteo de los lineamientos bajo los que fueron construidos los Juegos Olímpicos en la modernidad, por lo que es fundamental señalar que el COI fundó sus bases retomando el factor épico con el que se vivía el deporte en la Grecia Antigua. Lo épico construyó un marco de posibilidades y un horizonte de deseabilidad que busca disciplinar y someter. De este modo, como refuerzo narrativo mediático las ficciones dan lugar a transitar dos narrativas. Por un lado, las trayectorias signadas por la “gloria” que trasciende al tiempo del triunfo deportivo y, por otro lado, un camino de vulnerabilidad, de exposición al peligro constante de múltiples violencias y el olvido. Tal como se representa en el caso de la protagonista de *The Bronze*, este último recorrido puede significar el final de una carrera como atleta profesional o transitar por una vida caracterizada por la insatisfacción y la infelicidad. Pero como quedó señalado previamente, estos casos trascienden a la ficción.

Si en el buscador de Google se escribe “las victorias olímpicas más importantes” se encontrarán enlaces que conducen a distintos contenidos, entre ellos el vídeo de Youtube titulado “*¡Top 10 VICTORIAS Olímpicas de Atletas LASTIMADOS!*” (WatchMojo, 2022). El resultado de esta búsqueda algorítmica permite dar cuenta de cómo continúan vigentes conexiones de los relatos heroicos y las “victorias importantes” con la figura del atleta lastimada/o. Las victorias olímpicas por las que se tiene un recuerdo especial son aquellas donde la o el atleta transita algún tipo de padecimiento, pero así y todo logra reponerse y alcanzar el triunfo. Inclusive, estas situaciones también son propiciadas y celebradas por el

⁴⁹ En 2021, se viralizó una charla del periodista Gonzalo Bonadeo (una de las referencias del periodismo deportivo sobre deporte olímpico en nuestro país) dictada en 2016 en la provincia de Salta, donde señaló que los Juegos Paralímpicos “no deberían tener medallas” ya que allí compiten cuerpos en que su nivel de “lesión” es establecido por médicos y abogados. Estos dichos fueron rechazados por el Comité Paralímpico Argentino, a través de un comunicado en sus redes sociales, y por atletas paralímpicos que hicieron públicos sus posicionamientos repudiando los dichos de Bonadeo.

COI ya que en sus redes sociales es usual ver publicaciones donde se recuerdan triunfos de atletas que obtuvieron su medalla tras atravesar una situación muy adversa o que han tenido que superarse durante años para llegar a un podio. A continuación, se señalarán dos ejemplos que permitirán observar cómo el COI promueve el factor heroico en los Juegos Olímpicos.

El 29 de junio del 2022, la página oficial de los Juegos Olímpicos en portugués compartió una publicación en Instagram recordando el caso del corredor brasileiro Vanderlei Cordeiro de Lima participante de Atenas 2004 (Jogos Olímpicos, 2022). En esta cita olímpica Lima lideraba la maratón, pero en el kilómetro 36 fue empujado por un sacerdote irlandés, que en más de una oportunidad irrumpió en las competencias de los grandes eventos deportivos del mundo. Esta situación le causó que tuviera que ser asistido por el público y, de esta manera, seguir con la carrera, donde finalizó en tercer lugar. Al momento de llegar al estadio fue ovacionado por el público y, más tarde, se lo premió con la medalla Pierre de Coubertin debido a su valor y espíritu olímpico. En los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016 fue reconocido siendo el encargado de encender el pebetero olímpico.

En el segundo caso se puede señalar la publicación de la cuenta oficial del COI en Instagram del 30 de julio del 2022. Allí se narran los resultados que el gimnasta alemán Fabian Hambuechen logró en el transcurso de sus participaciones en los Juegos Olímpicos. La primera vez que asistió a una cita olímpica fue en Atenas 2004, donde se ubicó en la séptima posición. Cuatro años más tarde, en los Juegos de Beijing 2008, ganó la medalla de bronce, luego, en los Juegos de Londres 2012 alcanzó la medalla de plata y, finalmente, en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016 obtuvo la medalla de oro (The Olympic Games, 2022).

Estas dos publicaciones exponen cómo se nos han presentado y concebido a las y los atletas olímpicos durante el siglo XX y XXI. En ambos casos se plantea la figura del deportista como persona que puede anteponerse a cualquier escenario, solamente a partir de su esfuerzo, su dedicación y su voluntad. Ya sea porque sufrieron una agresión o porque debieron superarse a sí mismos, las narrativas del COI exaltan a las y los atletas desde una lógica patriarcal que muestra como positivos valores como su despolitización, la dominación, la superación, el no sentir dolor y la negación de sus sentimientos. Al mismo tiempo, las dos publicaciones funcionan como una acción disciplinadora de las lógicas patriarcales, al reforzar cuáles son los horizontes de deseabilidad para el olimpismo, haciéndose presente la demanda para que *“los hombres se conviertan en minusválidos emocionales y así queden”* (bell hooks, 2004, p. 9).

Sobre todo en el caso de Vanderlei Cordeiro de Lima se identifica cómo el uso de la violencia es una acción que refuerza el adoctrinamiento y la aceptación de una determinada masculinidad deseada que puede tolerar, soportar y recuperarse de cualquier adversidad. En ningún momento el COI hace un repudio al episodio traumático que padeció el atleta o explica cuáles fueron las transformaciones organizativas de los Juegos Olímpicos para que esto no suceda más, sino que se reduce a resaltar el supuesto valor “épico” que tuvo el rendimiento de Cordeiro de Lima al no rendirse y no abandonar la competencia. Este hecho puede ser pensado cómo una “*traumatización normal de los varones*” (bell hooks, 2004, p. 5). La narrativa del olimpismo convoca a las y los atletas a soportar múltiples violencias, superar sus límites físicos más allá de poner en peligro su salud y negar su dolor y sentimientos. Es por esto que ubican en un lugar de fragilidad a la figura olímpica al ser sometida a una cultura patriarcal que busca mantenerla cautiva dentro de un sistema de dominación que se sustenta en prácticas de sojuzgamiento, subordinación y sumisión.

Batallas del deporte olímpico

A lo largo de la historia moderna de los Juegos Olímpicos se produjeron distintos acontecimientos que expresaron conflictos geopolíticos, representando la posibilidad de ser una plataforma para canalizar las tensiones existentes, siendo las y los atletas quienes se convirtieron en las y los soldados que brindaron sus cuerpos para llevar adelante contiendas que han entrelazado las dimensiones de lo deportivo y lo bélico en la cita más importante de los deportes a escala mundial. Si esto sucedió fue porque durante el siglo XX los deportes “*adquirieron una trascendencia y una ubicuidad prominente, a través del periodismo deportivo y el espectáculo deportivo, en la vida de las naciones modernas*” (Mandell, IX, 1984).

A continuación, se hará un repaso por algunos de los enfrentamientos más recordados en la historia el siglo XX de las citas olímpicas con el objetivo de responder cómo los Juegos Olímpicos fueron y son un escenario donde se producen batallas “permitidas” entre los Estados y las naciones y cómo esto ofrece pistas para pensar al deporte olímpico como un espacio donde se pueden obtener los mismos resultados que en una guerra.

Los boicots olímpicos en tiempos de Guerra Fría

La tensión entre el bloque occidental capitalista, liderado por EE.UU., y el bloque oriental, encabezado por la URSS, se reflejó en los campos de la política, la economía, lo social y lo

cultural, por lo que el deporte no fue la excepción. En este contexto, la carrera espacial y las competencias deportivas pasaron a ocupar un protagonismo central en las agendas públicas y mediáticas. En plena Guerra Fría, la edición de los Juegos Olímpicos de 1980 se celebró en Moscú, luego de que la capital rusa le ganara la candidatura a la ciudad norteamericana de Los Ángeles. Ante su inminente realización, EE.UU. decidió llevar adelante un boicot con el pretexto de denunciar la invasión de la URSS a Afganistán en 1979⁵⁰. Sin embargo, esta decisión también encubría otro motivo, el temor de EE.UU. a que la delegación soviética, que era local, ganara el medallero de esa edición. Lo cual, conllevaba a que, si EE.UU. participaba y no ganaba el medallero, en cierto modo legitimaría la superioridad soviética en el deporte.

Ante la complejidad de este escenario, el entonces presidente estadounidense Jimmy Carter le comunicó al equipo de entrenadores de la delegación olímpica que su país no participaría en los Juegos de 1980, más allá de la resistencia planteada por muchas y muchos atletas norteamericanos que querían, e hicieron todo lo posible, para asistir a Moscú. Finalmente, esta decisión fue acompañada por 60 países, en su mayoría aliados estadounidenses, como la dictadura cívico-militar que gobernaba de facto en Argentina. Como estaba pronosticado, la URSS ganó el medallero obteniendo 195 preseas, aunque en cierto aspecto este logro perdió legitimidad al no estar EE.UU. Cuatro años más tarde volvió a repetirse esta situación, pero a la inversa. Los Juegos se realizaron en la ciudad de Los Ángeles y la URSS decidió replicar la medida y boicotear esta cita olímpica con el argumento de que EE.UU. no podía garantizar la seguridad de su delegación. Este pronunciamiento fue acompañado por todo el bloque soviético. De esta manera, EE.UU. ganó el medallero alcanzando 175 preseas, que estuvieron deslucidas ante la ausencia soviética. No sería hasta los Juegos Olímpicos de Seúl 1988 que EE.UU. y la URSS se volvieran a enfrentar en el deporte olímpico.

“El baño sangriento de Melbourne”

En los Juegos Olímpicos de Melbourne en 1956 los equipos de waterpolo de la URSS y Hungría protagonizaron uno de los acontecimientos deportivos más recordados en el marco de la Guerra Fría. Pero primero se debe señalar lo que estaba ocurriendo en la capital

⁵⁰ El 27 de diciembre de 1979 la URSS invadió Afganistán para apoyar al gobierno de la República Democrática de Afganistán, que se encontraba enfrentando militarmente a los muyahidines, combatientes islámicos fundamentalistas. Este grupo recibió la ayuda de países extranjeros, destacándose EE.UU., quien les aportó armas y dinero para el combate.

húngara, Budapest. En octubre de ese año, se produjo una marcha de estudiantes en contra de la postura del gobierno hacia el régimen de la URSS y los controles que les imponía. Con el correr del tiempo, la movilización se volvió más convocante y multitudinaria, por lo que el gobierno de Hungría decidió reprimir, lo que hizo que se conformase un escenario que desembocó en la formación de milicias armadas. Esta coyuntura hizo que el gobierno cayera y el ascendido líder político Imre Nagy decidiera abandonar el bloque soviético.

En estos años, la selección de waterpolo húngara era el mejor equipo en la disciplina y viajó a los Juegos Olímpicos como la favorita. En el transcurso de su viaje el equipo se vio conmocionado ante la información de que la URSS había invadido Hungría y deportado a Imre Nagy, quien dos años después sería ejecutado. Antes de Melbourne 1956, Hungría había ganado tres de los últimos cuatro oros en los Juegos Olímpicos y ostentaba un récord de 99 victorias en 100 partidos, siendo la única derrota ante la URSS. El conflicto político llegó a la cita olímpica, lo que hizo que España, Holanda y Suiza se negaran a participar si lo hacía la URSS, por lo que decidieron boicotear el evento.

El 6 de diciembre Hungría y la URSS se encontraron en el waterpolo masculino. El capitán húngaro expresó lo que sentía su equipo: *“una superpotencia mundial destruye tu país, un país que nunca ha pedido que ese poder esté ahí y después tienes que enfrentarte a los representantes de esa potencia, los invasores y los invadidos frente a frente”* (DEPORTV, 2020). Aquel día, los cinco mil espectadores que asistieron al estadio apoyaron al equipo húngaro. Mientras transcurría el encuentro, algunas palabras como bastardos o asesinos se escucharon dentro de la pileta, al mismo tiempo que los jugadores se agredían físicamente debajo del agua. Los húngaros se impusieron en el marcador por 4 a 0. Pero antes de que finalizara la competencia, un jugador soviético expresó: *“vos y todos en tu país son igual de perdedores”*, agrediendo en el rostro a un húngaro, lo que tiñó de rojo el agua de la pileta. Esto hizo que el árbitro suspendiera el partido. En la final Hungría derrotó por 2 a 1 a Yugoslavia, ganando por cuarta vez en su historia la medalla dorada. Mientras este encuentro deportivo se realizó, la URSS continuó con su invasión, que, según estadísticas oficiales, causó la muerte de 2.500 personas y doscientas mil exiliadas de Hungría. Tras la finalización de los Juegos Olímpicos, la mitad del equipo húngaro decidió exiliarse.

El básquet en la Guerra Fría

En la final de básquet masculino de los Juegos Olímpicos de Múnich 1972 se enfrentaron EE.UU. y la URSS. Mientras que EE.UU. llegaba a este partido sin nunca haber perdido un partido en la historia de las olimpiadas, los soviéticos compitieron decididos a ganar la medalla dorada. El conflicto comenzó cuando a falta de tres segundos de finalizar el encuentro (EE.UU. iba ganando 50 a 49) autoridades de la Federación Internacional de Básquet (FIBA, por sus siglas en inglés) obligaron a repetir estos últimos tres segundos ante protestas de los soviéticos. En esta repetición, la URSS logró encestar y superar a los estadounidenses, ganando la medalla de oro. Este polémico final alcanzó un mayor grado de conflictividad cuando los estadounidenses se negaron a aceptar este desenlace. Esto llevó a que representantes de distintos países de la FIBA realizaran una votación para decidir quién había ganado el partido, la cual dio como vencedor a la URSS. El episodio aumentó su conflictividad ya que la mayor polémica fue la manera en que votaron quienes componían la terna. Polonia, Hungría y Cuba, alineados al bloque soviético, esgrimieron que la URSS había ganado el partido, mientras que Italia y Puerto Rico, integrantes del bloque occidental, votaron por los estadounidenses. De este modo, la elección fue una extensión de los lineamientos existentes en la política internacional de la Guerra Fría. Luego de esto, los jugadores de EE.UU. se negaron a recibir sus medallas. Aún hoy, el COI les envía una carta cada año para entregárselas, pero nunca lo consiguieron. Inclusive, Ken Davis, integrante del equipo estadounidense en esa final, firmó en su testamento que ni su esposa e hijos podían recibirla.

La mención de estos tres ejemplos tiene como finalidad visibilizar cómo en los Juegos Olímpicos se registraron distintos antecedentes de “batallas deportivas” que estuvieron relacionadas con los conflictos bélicos, políticos, económicos y culturales que se produjeron durante la Guerra Fría. El lugar de preponderancia que obtuvieron los deportes en las agendas institucionales, públicas y mediáticas durante el siglo XX generó dos situaciones. Por un lado, las condiciones para que algunos países y naciones otorgaran al deporte un lugar primordial en sus agendas políticas internacionales, como fue el caso de los EE. UU y la URSS y, por otra parte, que las y los atletas decidieran utilizar estos escenarios para expresar sus posicionamientos políticos.

Una de las lecturas que se pueden hacer de los Juegos Olímpicos es que en el transcurso de su historia se realizaron acciones diplomáticas que buscaron mejorar o fortalecer las relaciones entre los países participantes. Sin embargo, también surgieron actos de enemistad o reclamos,

la presencia de nacionalismos y actos de terrorismo que visibilizaron los diálogos del deporte con tramas sociales más amplias. Esta cuestión es indisociable de que las citas olímpicas funcionan como puertas de acceso al mundo para las ciudades que las organizan (Bonamy, 2021, p. 35) por lo que, durante su duración, tienen la capacidad de convocar las atenciones mediáticas y estatales de todo el mundo. A esto se debe agregar que el crecimiento de su espectacularización dejó atrás el vestigio del amateurismo para dar paso a un hiper profesionalismo donde los cuerpos de las y los atletas se transforman en un “nuevo” frente de combate, “la discusión sobre qué país era mejor o peor se dejaba ahora en manos del atleta, que demostraba el poderío nacional a través de una prueba “objetiva” -un deporte- y de manera pacífica” (Alarcón, 2014).

En este escenario se producen “nuevas” guerras, que se nos presentan como las permitidas o las posibles, las que no dejan daños como lo que se muestra en una guerra convencional, aunque se oculte lo que verdaderamente se pone en peligro, que es la salud de las y los atletas. Los Juegos Olímpicos son uno de los canales permitidos para que los Estados Nación puedan llevar adelante estas guerras, e incluso estas tensiones se plasman en el uso de las vestimentas, las pruebas de verificación de sexo o los controles de doping, utilizados como canales de sanciones en el marco de una “nueva guerra fría” que se lleva adelante con el objetivo de suspender a ciertas y ciertos atletas, delegaciones o a países. En el caso de Río de Janeiro 2016, las potencias occidentales no se conformaron con que el COI suspendiera a todas y todos las y los representantes rusas y rusos de las pruebas de atletismo. Ante las revelaciones de doping organizado, presionaron a las autoridades olímpicas para que directamente Rusia no pudiera competir en esta cita olímpica (Wall, 2016).

Sobre esta cuestión, la investigadora María Belén Bonamy (2021) utiliza el caso de los controles antidoping y explica cómo en 2015 la Agencia Mundial Antidopaje (AMA), con sede en Canadá, acusó a Rusia de practicar y encubrir casos de doping positivo en sus fronteras, con el apoyo de gran parte de Occidente. Esta situación desembocó en que se suspendiera a la agencia de antidopaje rusa a partir de una acusación dirigida hacia el propio Estado ruso y, posteriormente, se apartó a quienes tenían vínculo con estos casos en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016. Pero las sanciones no finalizaron allí y se prohibió a Rusia participar como nación en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 y capitalizar sus medallas, a su vez se hizo competir a las y los atletas rusos bajo el ROC (Comité Olímpico

Ruso), sin bandera (compitieron bajo una insignia con los anillos y una llama de colores rojo, blanco y azul) y sin el himno (reemplazado por el concierto 1 de Tchaikovsky).

Ahora bien ¿dónde está la polémica?, ¿dónde podemos ponernos a pensar?, ¿dónde podemos pensar un frente de guerra?, frente a eventos similares otros países no han recibido las mismas sanciones, tal es el caso de deportistas estadounidenses que quedan amparados bajo las excepciones terapéuticas, tal es el caso de Simone Biles, frente a un doping positivo no hubo sanciones por este motivo, en la misma situación hay otros 200 deportistas. Podríamos inferir que la vara no es la misma para medir el doping a Rusia y otros países Occidentales. Olga Pinheiro en un artículo para TeleSUR identifica que mientras el control de doping se incrementó en 6 veces para los deportistas rusos para el resto de los países este incremento fue en 2 veces (...) Viendo este contexto ¿podemos afirmar que todos son medidos con la misma vara? ¿Podemos pensar que las sanciones no tienen el mismo ahínco para todos los países? (Bonamy, 2021, p. 37)

Teniendo en cuenta estos casos de sanción a través del doping, resulta oportuno visibilizar cómo operan las sanciones del COI. Al igual que en su momento las “batallas deportivas” de la Guerra Fría expresaban de forma cabal los conflictos geopolíticos de la época, en la actualidad lo hacen este tipo de penalidades. En ambas coyunturas, la violación a las normativas del COI es una pista desde donde interpretar las dinámicas de los procesos políticos y las relaciones de poder de un mundo donde quedó demostrado que no todos los países y naciones son sancionados/as o castigados/as con la misma vara.

Mientras en algunos casos solamente se suspende a deportistas, en otros se suspenden delegaciones o directamente a un país entero. En los ejemplos abordados previamente, Rusia fue sancionada por casos de doping y por invadir e iniciar una guerra contra Ucrania, lo cual no le permitirá mostrar su bandera en los Juegos Olímpicos de París 2024, al igual que como sucedió en Tokio 2020+1. Pero estas posturas de sanciones del COI no constituyen ni otorgan un antecedente legislativo en materia deportiva que sea coherente, porque no tiene una lógica en la forma en que esta institución procede ante los sucesos de la geopolítica de las últimas dos décadas por lo menos. Por ejemplo, cuando la gimnasta estadounidense Simone Biles se vio involucrada en un caso de doping positivo quedó amparada bajo excepciones terapéuticas

(EC, 2016)⁵¹ o cuando EE.UU. invadió a Irak en 2003 no fue sancionado ni tampoco se le condicionó su presencia en los Juegos Olímpicos de Atenas 2004. La ambigüedad de ambos casos permite visibilizar cómo el COI determina la aplicación de sus políticas dependiendo de qué país o nación es la que actúa en contra de sus normativas. Pero, sobre todo, el modo de accionar varía dependiendo de si el país o la nación se presentan como una oposición a su forma de entender el orden del tablero geopolítico.

En septiembre de 2023, distintas federaciones deportivas empezaron a permitir la presencia de atletas rusas/os y bielorrusas/os en competencias clasificatorias para acceder a París 2024 bajo estrictas condiciones, como por ejemplo competir como neutrales, la prohibición de usar su bandera, el nombre de su país o cualquier otro símbolo que las y los identifique con su nación. Asimismo, el COI estableció como requisito que las y los deportistas no se hayan expresado a favor de la guerra⁵² ni pertenecido al ejército de sus respectivos países. Esto afecta considerablemente a la delegación rusa porque la mayoría de sus integrantes forman parte del equipo deportivo del ejército y tienen distinciones militares por sus logros. El organismo World Athletics (antiguamente conocida como IAAF, por sus siglas en inglés) es el principal organismo del deporte que se opone al regreso de Rusia y Bielorrusia en atletismo a los Juegos de París 2024, declarándose como una institución “no neutral” en esta guerra.

Treinta años después del final de la Guerra Fría, estos casos nos indican que se pueden encontrar rupturas y continuidades en las lógicas con las que grandes potencias han utilizado al deporte para consolidar su poderío en el tablero geopolítico. En este escenario, el COI es un organismo que desde su fundación reproduce los intereses del Norte Global, pero a diferencia de los tiempos de la guerra fría, los acontecimientos deportivos que se producen en los Juegos Olímpicos son parte de mundo donde existe una mediatización sin precedentes,

⁵¹ En 2016, tras ganar cinco medallas en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016, Simone Biles dió positivo en un doping tras descubrirse la utilización de un fármaco con psicoestimulantes prohibido por la AMA. Pero en este caso, Biles declaró que padece desde niña un Trastorno por Déficit de Atención por Hiperactividad (TDAH), por lo que obtuvo una exención de uso terapéutico por parte del organismo. Desde la Agencia Antidopaje de EE.UU. (USADA, por sus siglas en inglés) acusaron a hackers rusos de obtener información confidencial de manera ilegal para desprestigiar a la deportista estadounidense.

⁵² Uno de los casos más notorios fue el del gimnasta Ivan Kuliak, que en marzo de 2022 participó de la Copa del Mundo de gimnasia artística y salió tercero en la competencia de barras paralelas. Cuando subió al podio, apareció con una Z en su pecho, una insignia asociada a la invasión de Rusia a Ucrania, ya que esta letra es la que usan los tanques rusos para distinguirse de los ucranianos.

cada vez más profunda, que causa una implosión del sentido de los acontecimientos de la realidad:

lo que adviene no es la Aldea Global McLuhaniana, momento de retribalización de la humanidad por la inmediatez de sus relaciones, sino más bien una Aldea Hiperreal, momento de desaparición de la realidad bajo el manto semiótico producido por los flujos de signos y mensajes. La realidad se disipa prácticamente sin que nos demos cuenta, lenta y progresivamente como lo hace una neblina cuando los primeros rayos del sol de la mañana atraviesan su cuerpo gaseoso (Oittana, 2013, p. 261)

Esto nos ayuda a pensar que las “batallas” del deporte olímpico se desarrollan en una coyuntura donde *“la ilusión ya no es posible porque la realidad tampoco lo es”* (Baudrillard, 1987, p. 47). Con la caída del Muro de Berlín se dio paso a la era de lo hiperreal y la desmaterialización progresiva de la realidad, una era de la trans-política que narra *“la pérdida progresiva que la acción política acusa de un horizonte de sentido”* (Oittana, 2013, p. 262). A diferencia de la Guerra Fría, estos enfrentamientos ya no representan una discusión o una disputa por la conducción a un fin superior y superador, sino que son la continuidad de conflictos que actualmente están signados por la ausencia de un futuro y de una referencia. Son puestas en escena de sobre acción mediática y saturación comunicacional de una cultura donde la pérdida de lo político configuró una globalidad signada por el borramiento de los grados de participación democrática (Baudrillard, 1993). En este caso, las y los deportistas olímpicos recrean conflictos geopolíticos dentro de entramados mediáticos que conforman una realidad virtual y artificial constituida por la constante información de las pantallas o en las redes sociales.

Un ejemplo de esta conflictividad geopolítica se pudo observar en los Juegos Olímpicos de Atenas 2004, cuando en el debate público y mediático se narraba el temor de que atentara la organización terrorista Al Qaeda. En especial considerando que esta cita olímpica tenía una cobertura mediática comparable a otros acontecimientos de trascendencia mundial, como la guerra de Irak (Boniface, 2004). En aquel entonces, Atenas 2004 fue seguido por 4 mil millones de telespectadores y convocó a más de 10.500 atletas de 201 comités olímpicos.

Reflexiones finales del apartado

Recuperando el análisis que dio forma a este capítulo, se enumerará una serie de reflexiones que nos permitirán dar respuestas a las interrogantes planteadas sobre cómo se hacen

presentes las narrativas bélicas en el deporte olímpico y de qué manera crean una forma de concebir y vivir las prácticas deportivas en los Juegos Olímpicos y en el deporte del más alto rendimiento.

En primer lugar es necesario señalar el aporte primordial de la crítica feminista para el desarrollo del análisis como crítica amplia en la capacidad de desarticular entramados discursivos donde se entablan signos, representaciones e intereses sobre las desigualdades de género. Al mismo tiempo, la crítica cultural recupera la crítica feminista y sus activismos políticos, teóricos y académicos y su militancia social de manera de incorporar registros de voces y posiciones subjetivas que siempre son variadas y variables (Richard, 2009). La deconstrucción de los entramados simbólicos y materiales de los Juegos Olímpicos nos permite visibilizar las violencias y las desigualdades que se desprenden de un sistema patriarcal y que se reproducen en los deportes a nivel internacional. Sobre todo teniendo en cuenta que el ideal del atleta olímpico es una figura varonil, lo cual ha creado un imaginario donde hay ciertas sexualidades e identidades que están habilitadas para transitar por el deporte y otras que son excluidas y discriminadas. Y, en este caso, en el olimpismo las únicas identidades y sexualidades deseadas son las que pueden someterse y acatar el disciplinamiento y los mandatos del factor épico, un legado patriarcal de la Antigua Grecia que moldea los sentidos del deporte contemporáneo.

A su vez, estos señalamientos son los puntos de partida para imaginar, pensar y construir otros modelos de deporte más vivibles, donde no sea necesario hacer sacrificios o vulnerar la salud para obtener una medalla. La desarticulación de la epicidad permite edificar nuevas formas de reflexionar el deporte, empezando por señalar que no es una condición necesaria transitarlo como algo equivalente a ir a una guerra. En la medida en que “todxs estamos implicadxs” en las violencias de sistemas de este tipo, se deben enfrentar tanto sus manifestaciones psicológicas como concretas en la vida real (bell hooks, 2004), en la incorporación a la práctica deportiva concreta.

El héroe olímpico es una profunda figura de masculinidad deseada y/o en la ilusión de géneros patriarcal que constantemente se encuentra dispuesto a realizar los sacrificios que sean necesarios para alcanzar el triunfo. Un legado mítico de la cultura de la Grecia Antigua que se reactualiza desde tiempos difíciles de precisar. Justamente, la ciudad de Olimpia, que fue cuna de los Juegos Olímpicos, se edificó en un bosque sagrado alrededor de la tumba a un

héroe mítico⁵³. En la modernidad, el olimpismo recuperó, de entre los relatos disponibles, este culto al heroísmo varonil de los relatos griegos. Por lo tanto, este ideario representó a lo largo del tiempo el ejercicio de múltiples violencias, de las cuales los varones no estuvieron exentos, tal como quedó demostrado en las competencias de los Juegos Olímpicos a lo largo del siglo XX. De modo que es preciso nombrar y reconocer el problema para aportar a las acciones teóricas y políticas que buscan cuestionar y finalizar con el patriarcado.

La construcción de las imágenes de las y los atletas olímpicos está ligada a narrativas épicas caracterizadas por cimentarse bajo perspectivas patriarcales de entender la realidad y el orden social. Estas dan cuenta de relaciones de poder y condiciones de posibilidad que reproducen las desigualdades entre los hombres y las mujeres y todas aquellas personas no binarias. Aunque cuestionar el legado olímpico también implica pensar el lugar de los hombres, retomar los aportes de Terrence Real ayuda a esclarecer esta arista, *“la recuperación de la integridad es un proceso aún más complejo para los varones de lo que lo ha sido para las mujeres, más difícil y más profundamente amenazador para la cultura en general”* (bell hooks, 2004, p. 14). El hecho de desafiar las masculinidades patriarcales y buscar otras alternativas que sean impulsadas desde el deseo para cambiar estas lógicas sociales.

En la modernidad, los Juegos recuperan los rasgos rituales y aglutinadores de las olimpiadas griegas, agregando la principal característica de los espectáculos romanos, la pasividad de quienes asisten al evento. Esta conjunción buscó posicionar a los Juegos Olímpicos no como una ceremonia consagrada a la paz sino a ser una tregua sagrada entre las civilizaciones occidentales para que dejaran de lado sus luchas por la supremacía mundial para rendirle culto al espíritu de conquista que, según Coubertin, regía el mundo (Corriente y Montero, 2014, p. 84). Y, para esta perspectiva, la imagen deseable para resucitar los relatos épicos de la Grecia Antigua era la de hombre gentleman, burgués, liberal e imperialista, siendo el sujeto que se situó como el encargado de expresar el proyecto olímpico de Coubertin que buscaba convertirse en *“potencia espiritual global (...) condición de guirnalda ideológica de la era del imperialismo”* (Simonovic, 2004). En otras palabras, los Juegos Olímpicos de la

⁵³ Más allá de las explicaciones míticas que intentan narrar el origen de Olimpia, se ha constatado que el primer monumento sagrado que se erigió en el recinto del santuario es un túmulo funerario sobre el que posteriormente se alzó el Pelopion. Un culto que se remonta a la época prehistórica. Una de las probabilidades es que este lugar tuvo su origen en que era considerado un bosque sagrado, espacios que solían existir en los mitos de la historia griega. Su nombre era altis (bosque), por lo que este término siguió siendo utilizado para designar el recinto sagrado de Olimpia. Durante los siglos V-IV a.C. alcanzó su máximo esplendor religioso y deportivo.

modernidad fueron pensados como un espacio de exaltación de la figura y los valores masculinos y que tenía como recompensa el aplauso femenino.

En segundo lugar, mientras más se haga presente el factor épico y se transite por situaciones dolorosas y adversas, el triunfo deportivo cobrará aún más valor para las narrativas del movimiento olímpico ya que estos elementos son presentados como los deseables. La epicidad de los relatos de los héroes en las mitologías griegas se condensa como una visión fundamental del movimiento olímpico moderno. La unión de los conceptos de heroicidad y perfección y optimización atlética (Mandell, 1984) ha sido una vía más de cimentar una estructura de poder patriarcal que se articula y opera sobre la interseccionalidad de la clase, la etnia y el género, y que tiene como principales padecedores de sus violencias a las mujeres y las personas no binarias.

Esto se reactualiza en narrativas que demandan determinadas exigencias en torno al “cuerpo atlético” y que, inevitablemente, están en tensión con lo asociado a “lo femenino” ya que contienen la búsqueda de la fuerza y la abundancia de la musculatura, entre otros factores. Estas perspectivas patriarcales no sólo se reducen a las corporalidades, sino que también aportan los fundamentos que han moldeado lo considerado como valorable en las trayectorias deportivas y los triunfos deportivos. Como señala la investigadora Dora Barrancos (2008) *“poderosas razones sociales y culturales actuaron para establecer la desigualdad de estatus entre los sexos”* (p. 11). Desde una perspectiva interseccional es necesario pensar a las corporalidades atléticas desde posicionamientos que desarticulen los discursos que pregonan la superioridad del cisvarón y, que a su vez, encarnan discursos testocéntricos *“y la manera en que esta encarnación se traduce en estados psicológicos/biológicos que operan como prescripción para el desarrollo de las habilidades atléticas de las subjetividades feminizadas”* (Ciccía, 2022, p. 28).

Esta realidad de las competencias olímpicas ubica en una situación de desprotección y vulnerabilidad a las y los atletas porque no se contemplan los daños a su salud ni tampoco las consecuencias traumáticas que pueden devenir en un futuro. En tercera instancia, las dos afirmaciones previas invitan a reconocer que las narrativas del movimiento olímpico implican la recreación de escenarios competitivos épicos. En otras palabras, quien desee organizar los Juegos Olímpicos debe construir estadios deportivos donde sea posible recrear las hazañas de los antiguos héroes y guerreros griegos. De esta manera, se constituyen sentidos sobre el deporte olímpico que generan un marco de deseabilidad que establece como horizonte que es

posible reproducir o alcanzar las hazañas vinculadas a la guerra y a los personajes míticos varoniles que son parte de ella. A partir de esto se hace presente una asociación simbólica y material entre lo bélico y lo deportivo, entre las y los atletas y las y los soldados de la Grecia Antigua y, por último, entre los Juegos Olímpicos y las guerras. Todas estas vinculaciones se pueden encontrar en este evento, especialmente en sus narrativas y en su forma de vincularse con el mundo.

Desde finales del siglo XIX, los Juegos Olímpicos se transformaron en un escenario donde se producen batallas permitidas o admitidas para las agendas institucionales, públicas y mediáticas. En cada uno de estos conflictos se dirimen distintos intereses y posicionamientos entre Estados-nación y naciones. Al mismo tiempo, han tenido desenlaces que obtuvieron una repercusión pública y mediática que los asimiló a los resultados de las guerras, tanto en el plano material como simbólico. En este marco, las y los atletas fueron las y los protagonistas de estas contiendas y quienes a través de sus cuerpos representaron a sus países, por lo tanto, a través de sus cuerpos y su salud recrearon esos conflictos. De este modo, se puede señalar que se han creado y reproducido narrativas que entendieron al deporte como una guerra, como una práctica en la cual se debe dejar la vida con el fin de lograr el éxito y así obtener la “gloria” de todo un pueblo y una nación, aunque esto signifique poner en riesgo la integridad y la salud de las y los atletas.

En la actualidad son batallas que nos hablan de una guerra virtualizada adelantada respecto de lo político e impuesta a través de una lógica de la disuasión. Recuperando la línea de investigación de Jean Baudrillard (1991) se pueden analizar estos hechos como una anticipación que borra con lo real y prioriza lo mediático, *“hoy iniciaré la guerra virtual, mañana iniciaré la guerra real”* (p. 20). En este sentido, los Juegos Olímpicos son un evento que potencia la construcción de las sociedades contemporáneas caracterizadas por el simulacro y la simulación, o sea, una realidad virtual que pone en cuestionamiento el sentido de la cultura y que nos obliga a construir nuevas reflexiones e interrogantes sobre los fenómenos comunicativos y los procesos de identidad que nos habiliten a llegar a nuevas premisas en un mundo donde lo verdadero se encuentra constantemente en disputa, como así lo demuestran las batallas de las competencias olímpicas.

Capítulo 6. Corporalidades olímpicas

“Yo encontré en Ben Johnson un amigo, encontré un tipo herido que necesitaba volcarle toda su angustia, toda su vergüenza deportiva a alguien y le cayó Maradona y cómo a mí me gustan las revanchas le doy una posibilidad porque lo creo un gran tipo”

Diego Armando Maradona (1960-2020), 2 de julio de 1997.

Juegos Olímpicos y corporalidades

La carrera de los 100 metros de los Juegos Olímpicos de Seúl de 1988 convocó una atención mediática particular. El estadounidense Carl Lewis, que había ganado cuatro medallas de oro en Los Ángeles 1984, se enfrentaba a la nueva promesa de la disciplina, el canadiense Ben Johnson, que el año anterior había ganado el oro en el Campeonato del Mundo de Roma. La hegemonía de Lewis había sido interrumpida, pero en esta ocasión la competencia sería en el marco de una cita olímpica. El 24 de septiembre de 1988, en el Estadio Olímpico de Seúl, se encontraban en la línea de largada de la pista nombres como Calvin Smith, Linford Christie o Dennis Mitchell. Hasta la mitad del trayecto la carrera fue igualada, pero luego la superioridad de Johnson se impuso y logró batir el récord mundial. Sin embargo, dos días después una noticia recorrió rápidamente el mundo, Johnson había dado positivo en el control por esteroides, fue descalificado y se le quitó inmediatamente la medalla de oro. De esta manera, por primera vez el consumo de drogas en el deporte profesional cobró una repercusión mediática que llegó a poner en cuestionamiento la transparencia del deporte olímpico y, al mismo tiempo, representó un caso que dejó una interrogante sobre lo que es un cuerpo humano en el marco de los debates biopolíticos y tecnológicos de la época.

Para comenzar a responder a esta pregunta, se retoma una imagen propuesta por la filósofa Donna Haraway (1984) que puede resultar productiva a los fines del recorrido de este capítulo. Haraway propone al ciborg como *“un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una cultura de realidad social y también de ficción”* (Haraway, 1984). En la actualidad, las corporalidades de las y los atletas olímpicos pueden ser interpretadas en clave de ciborgs, acoplamientos entre organismo y máquina, cuerpos-objetos codificados que desafían los límites de los esfuerzos físicos y están preparados para la búsqueda constante de un récord o de un nuevo triunfo. Es decir, son plataformas tecnovivas, *“el resultado de una*

implosión irreversible de sujeto y objeto, de lo natural y artificial” (Preciado, 2008, p. 39), que en el plano olímpico siempre están disponibles para nutrir aquellas narrativas de superación y distinción devenidas del legado de la cultura de la Grecia Antigua.

Por ende, en este capítulo se utilizará la noción de ciborg como aquel sujeto social que se aleja del ideal que propone el proyecto civilizatorio y su cultura, lo que descoloca, refracta y desarma todas las explicaciones científicas, médicas y antropológicas sobre las divisiones en binomios y dualismos. Lo ciborg rompe con esta idea porque es una denuncia contra dicho proyecto y cómo allí solamente pueden entrar los cuerpos racionalizados, concebidos a través de mediciones de lo que es poseer un cuerpo blanco. Esto significa que los estándares de las supuestas cantidades “correctas” de testosteronas o estrógenos están fijados por corporalidades blancas, anglosajonas. Estos son los cuerpos sobre los que se ha construido y fijado qué es ser mujer y hombre. Pero, por otra parte, lo ciborg es lo contrario, es no tener estatus, poniendo en cuestionamiento estos estándares

Pero la noción de ciborg no sólo dialoga de forma problemática con este legado del deporte, sino que también es un lugar teórico desde donde cuestionar la idea de que la naturaleza es un espacio distinto y separado de la cultura y que, por ende, es legítimo ser apropiada y explotada para el enriquecimiento de determinados Estados-nación, metrópolis o corporaciones económicas. Esta discusión invita a preguntarse por la forma en que se organiza el deporte olímpico, que repone una organización de las competencias estructurada en un orden biologicista, médico, patriarcal, binario y cisgénero que parte de una “*ansiedad sobre la verdad del género*” (Butler, 2008, p.107). La noción de ciborg interesa aquí por dos motivos. En primer lugar, porque pone en discusión la imagen y la corporalidad del atleta moderno, una construcción que se desprende del proyecto civilizatorio, europeo e imperialista del siglo XIX y, en segunda instancia, nos habilita a afirmar que no existe algo que pueda denominarse como “cuerpo natural” debido a que cuando se quieren conceptualizar los alcances y las limitaciones de una corporalidad no pueden omitirse distintas tecnologías que contemporáneamente la definen. Por ende, queda anulada la posibilidad de cualquier definición esencialista o naturalista sobre lo que es un cuerpo.

En línea con esto, en este apartado interesa reflexionar sobre cómo la cultura ciborg pone en crisis el ordenamiento binario con el que se organizan los Juegos Olímpicos a partir de cuestionar las narrativas y los discursos biologicistas y médicos con los que el deporte olímpico se institucionalizó y justificó permanentemente. En esta línea se colocará en relieve

las maneras en que se tensiona la existencia de una supuesta corporalidad natural libre de cualquier uso de drogas o tecnologías para su entrenamiento y su posterior desempeño en el deporte olímpico. Para esto se hará especial énfasis en el rol que cumplen los casos de dopaje y su rol de custodia de un régimen que continúa señalando que existen corporalidades naturales. Frente a un evento que busca el constante sacrificio de los cuerpos de las y los atletas, la “sociedad ciborg” nos ofrece la oportunidad de pensar otras formas de generar conocimiento y de vivir en un mundo, más aún después de que una pandemia a causa del COVID-19 puso en evidencia la fragilidad de la visión antropocéntrica con la que se construyó el sistema-mundo de la modernidad.

Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 no estuvieron exentos de las discusiones en torno al doping, que a lo largo de la última década se convirtió en una de las problemáticas más importantes hacia dentro del sistema deportivo a partir de la aparición de casos de dopaje de atletas de todo el mundo. De esta manera, esta temática pasó a ser uno de los debates que más reverberación ha suscitado en los espacios deportivos, públicos y mediáticos. Para analizar esta trama, se recuperarán una serie de materiales acerca de sucesos que tienen como preocupación adentrarse en las dimensiones que implican los doping en el deporte profesional. Por ejemplo, los artículos periodísticos digitales que cubrieron a través de un seguimiento la acusación de doping que hizo el nadador estadounidense Ryan Murphy a Rusia tras su participación en Tokio.

Transgresión de los límites

Los Juegos Olímpicos son un evento en que las fronteras entre la ciencia ficción y la realidad se difuminan ante una realidad social en que el concepto de lo natural como algo esencializado o uniforme queda totalmente obsoleto por la transgresión de los límites entre lo animal y lo humano, lo natural y lo artificial o entre el cuerpo y la mente. Continuando con lo expuesto por Haraway (1984), este momento histórico signado por lo ciborg es

la última imposición de un sistema de control en el planeta, la última de las abstracciones inherentes a un apocalipsis de Guerra de Galaxias emprendida en nombre de la defensa nacional, la apropiación final de los cuerpos de las mujeres en una masculinista orgía de guerra (Sofia, citada en Haraway, 1984).

Considerando estos aportes, se parte de comprender que los Juegos Olímpicos son un espacio donde confluye el régimen posindustrial, global y mediático que se constituyó tras el

derrumbe de la URSS y que en el centro de acción política irrumpe la sexualidad y el cuerpo excitable, reproduciendo narrativas heteropatriarcales donde todo se organiza alrededor de la figura del héroe masculino.

Durante los tiempos de la Guerra Fría, que trajeron consigo la carrera espacial y los enfrentamientos deportivos entre EE.UU. y la URSS en los Juegos Olímpicos, el sexo y la sexualidad se convirtieron en el centro de la actividad política y económica mundial (Preciado, 2008), generando nuevas formas de vulnerabilidad para las vidas de las personas. Esto sucedió a la par que la transparencia se transformó en un bien estimado ante el avance de los mercados y la difuminación de las fronteras nacionales que, desde las narrativas occidentales, eran las responsables de custodiar los secretos de ciertos Estados-nación que violaban los derechos humanos e intervenían en el deporte internacional a través del doping. Las teorizaciones de Paul B. Preciado (2008) permiten visibilizar cómo todo esto conformó un nuevo sistema de economía-mundo, que se puede definir como “caliente, psicotrópico y punk” (p. 31) y que funciona en base al despliegue de esteroides, imágenes pornográficas, drogas psicotrópicas sintéticas legales e ilegales, el desarrollo de megaciudades signadas por la miseria y con el tratamiento de signos y de transmisiones digitales de comunicación.

El test positivo del corredor Ben Johnson puso en evidencia la utilización de distintos tipos de drogas farmacológicas para el mejoramiento de los rendimientos deportivos. Casi cuarenta años después, este tipo de casos no son una sorpresa pública o mediática, sino que se han transformado en un elemento más de las trayectorias del deporte contemporáneo. En este marco, las tecnologías están a disposición de desarrollos científicos que buscan la sofisticación del consumo de sustancias para mejorar el desempeño de las y los atletas y que, a su vez, tengan la capacidad de no ser detectadas por las pruebas de control que imponen las instituciones reguladoras del deporte. A contramano de todos aquellos anuncios y medidas por parte del COI que prometían borrar por completo la presencia del doping en el olimpismo a principios de la década de 1990, estos casos no solamente se han instalado, sino que pasaron a constituirse en episodios manipulados y utilizados para la ejecución de decisiones geopolíticas en un mundo cada vez más ciborg (Gray, 1995).

El desarrollo científico sofisticó las técnicas para que las drogas no sean detectadas a partir de la aparición de nuevos intereses y objetivos en el deporte. En este caso, la sofisticación se produjo dentro de los marcos legales del COI, aunque la misma institución utiliza la figura del dopaje para justificar las acciones que desarrolla la institución en el marco de los

conflictos geopolíticos en cada una de las épocas. De este modo se pueden identificar dos cuestiones en torno al uso de drogas en el alto rendimiento, cómo el desarrollo tecnocientífico está puesto a producir intervenciones que el marco del COI deja libradas y cómo ese mismo marco legal es puesto a operar sobre el doping como una tecnología con capacidad de influencia a escala geopolítica.

Los quince pensamientos de Ryan Murphy abren el debate

En los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016, Ryan Fitzgerald Murphy se convirtió en un nadador con un reconocimiento público al ganar las medallas de oro en los 100 y 200 metros de espalda y en la posta 4x100 combinados masculino, donde conformó equipo con Cody Miller, Nathan Adrian y Michael Phelps. Desde ese entonces logró instalarse en la escena deportiva como uno de los mejores nadadores del mundo, sobre todo en su especialidad, el estilo de espalda. Por este motivo, llegó a Tokio 2020+1 como uno de los nombres más prominentes y más convocantes durante las competencias de natación. Sin embargo, no pudo retener sus medallas doradas en 100 y 200 metros de espalda debido a que el ruso Evgueni Rylov lograría obtenerlas en ambas pruebas. Tras la finalización de la carrera de los 200 metros, Murphy insinuó en una conferencia de prensa que la carrera no había sido “limpia”.

Me vienen unos quince pensamientos y trece de ellos me provocan problemas. Es un enorme peso mental para mí nadar todo el año en una carrera que no está probablemente limpia, pero así son las cosas (...) Los que saben más de la situación tomaron las decisiones que tomaron. Me frustra, pero tengo que enfrentarme a los que están a mi lado. No tengo la capacidad de entrenarme para los Juegos y también de poder influir en la gente que toma malas decisiones (Sportyou, 2021).

Si bien aclaró que no era su intención “acusar a nadie aquí” se mostró convencido de que hay dopaje en la natación de los Juegos Olímpicos y que lo frustra saber que es un “programa de dopaje estatal” que se desarrolla y que desde el olimpismo no hacen nada “para atajarlo”. Más allá de esta aclaración, los quince pensamientos de Ryan Murphy iban en un sentido, denunciar que el doping continúa siendo una realidad en el deporte olímpico de forma velada, como lo era en la década de 1980. En ese punto se vuelve necesario explorar este posicionamiento desde reflexiones que nos permitan entender de qué forma se construyen las corporalidades que asisten a los Juegos Olímpicos sin caer en argumentos que sean reduccionistas, médicos o biologicistas, sino que posibiliten pensar a los cuerpos en un

momento histórico donde los avances tecnológicos que se aplican en los entrenamientos, las competencias, los estadios y en todos los elementos que hacen a la práctica y las trayectorias deportivas causan transgresiones entre lo artificial y lo natural.

El doping como norma guardiana de la organicidad de los cuerpos

En 1904, el corredor estadounidense Thomas J. Hicks ganó la maratón de los Juegos Olímpicos de San Luis, desplomándose tras finalizar la competencia. Más tarde, se descubrió que esto sucedió porque le habían suministrado coñac y una dosis de estrocnina para poder finalizar la prueba. Las autoridades médicas señalaron que si hubiese consumido más estrocnina, hubiese perdido la vida. El caso de Hicks se convirtió en uno de los primeros casos de dopaje en el deporte moderno. Dos décadas después, en 1928 la Federación Internacional de Atletismo fue el primer organismo en prohibir el uso de sustancias estimulantes a nivel internacional, aunque no se implementaban controles antidoping a las y los atletas.

En la década de 1930 se inventaron las hormonas sintéticas, que en los años 50 llegaron al mundo del deporte con la finalidad de disminuir la fatiga y prevenir las molestias físicas. El uso de esta droga causó la muerte de atletas, como fue el caso del ciclista danés Knud Enemark Jensen en los Juegos Olímpicos de Roma 1960. La autopsia reveló que había consumido anfetaminas y alcohol nicotínico, pasando a ser el primer escándalo mediático y público sobre el doping.

Durante las décadas de 1960 y 1970, el uso de drogas en el deporte comenzó a ser una preocupación institucional, pública y mediática, teniendo como primer acontecimiento significativo de escala global el pronunciamiento de 21 países de Europa en contra del uso de sustancias en las competencias deportivas en 1960. Más precisamente, la legislación francesa fue pionera en la temática cuando en 1965 se promulgó la llamada Ley Herzog. En este sentido, los controles y las muestras antidoping se hicieron más comunes en las competencias de alto nivel (Lopez, 2009), como así también los controles antidopaje por parte de las federaciones deportivas. Durante estos años ocurrió un hecho que sentó un precedente del avance del uso de ciertas sustancias en el deporte. En el Tour de Francia de 1967 el ciclista británico Tom Simpson falleció en plena competencia a causa de una insuficiencia cardíaca que devino del consumo de considerables dosis de anfetaminas, que más la ingesta de alcohol y las altas temperaturas le ocasionaron una insolación y una deshidratación que le quitaron la vida.

En el caso del deporte olímpico, en 1967 el COI creó su primera comisión antidopaje, elaboró una primera lista de sustancias prohibidas y en los Juegos de México 1968 se dio comienzo a las pruebas de control a través del señalamiento de una serie de sustancias que estaban prohibidas para ser ingeridas, como el caso de estimulantes, bloqueadores-beta, analgésicos narcóticos, diuréticos, agentes anabólicos, hormonas glicoproteicas, y sustancias análogas. Las pruebas se desarrollaron por medio de la extracción de sangre de las y los atletas. Con la normalización de la implementación de este tipo de controles empezó a ser cada vez más recurrente el aprendizaje y la incorporación de mecanismos para evadir el sistema de dopaje. Por ejemplo, en el tiempo previo a las competencias, suspender el uso de las drogas para que no saliera ningún rastro de su utilización al momento de que la muestra fuese tomada.

Durante la década de 1970 la principal preocupación estuvo centrada en controlar el uso de los esteroides anabólicos, consumidos para aumentar la masa muscular e incrementar la fuerza durante las competencias. Ante este escenario, el COI agudizó sus controles y en 1976 sumó a la lista de sustancias prohibidas los esteroides, una acción que incrementó de forma considerable las descalificaciones a causa del dopaje (Arribas, 2023). En la siguiente década, la utilización de drogas se extendió a la mayoría de las disciplinas y los países. No fue una casualidad que en los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980 se desataran las sospechas de doping hacia dentro de las fronteras de la URSS, llegando a ser nombrados como los Juegos “de los químicos” para la prensa occidental.

Tanto en los años de 1980 y 1990, el COI profundizó los mecanismos de control en el doping mediante la aplicación de un conjunto de procedimientos y estándares con determinados laboratorios encargados de tomar las pruebas y que, de esta manera, se condujeran de forma uniforme y efectiva todos los protocolos requeridos. Para esto, estableció alianzas con instituciones especializadas en esa materia, como el Australian Sports Drug Testing Laboratory en Sidney (Australia), uno de los pocos laboratorios en el mundo acreditados por COI para adelantar los análisis de las muestras antidoping.

Ya en la década del 2010, el COI llevó adelante importantes medidas y sanciones tras el descubrimiento de nuevos casos. En especial, en 2016 cuando tomó la decisión de que 68 atletas rusas y rusos no compitieran en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016. Pero para esta altura, esta sanción estuvo atravesada por las injerencias políticas de EE.UU y Rusia, denuncias de espionaje y de adulteración de pruebas. Para este entonces los dopings ya

se transformaron en cuestiones políticas de Estado y en una continuidad de una disputa bélica, pero por otros medios (Veiga, 2016).

Premisas para pensar las corporalidades olímpicas

A continuación interesa desarrollar una serie de premisas para construir un análisis reflexivo en torno a las corporalidades olímpicas desde dos puntos de partida sobre la figura olímpica. Por un lado, se señala lo posthumano, como la condición de aquellos atletas que “embarran” el super ideal del deporte, atletas como Caser Semenya, lxs deportistas transxuales e intersexuales, las personas discapacitadas. Y, por otra parte, lo transhumano, la condición de aquellos cuerpos intervenidos para sobrepasar constantemente las limitaciones orgánicas, como el futbolista portugués Cristiano Ronaldo o el corredor sudafricano Victor Pistorius.

En este aspecto se entenderá a lo orgánico como una perspectiva y una narrativa de normalización impulsada por parte del COI. Sin embargo, en la actualidad hay una serie de deslices que nos marcan la inexistencia de algo como lo supuestamente natural que se pone en relieve en los Juegos Olímpicos. El ejercicio de razonar las dimensiones de lo transhumano en el deporte representa problematizar aquellas narrativas que celebran la búsqueda de performances sobresalientes a través del ejercicio físico y de las capacidades naturales. En este punto, se puede considerar que desde el olimpismo se busca llevar siempre más allá las limitaciones físicas y los rendimientos sin quitar el componente humano del deporte.

Teniendo en cuenta la categoría ciborg de Donna Haraway (1984), no hay una única figura de conexión de lo ciborg con el deporte, porque no hay un único tipo de deportista. En este caso, esta noción nos permite adentrarnos en cómo lo ciborg condensa todo aquello que aleja y pone en cuestionamiento al sujeto ideal, al habitante de la civilización, a aquel usuario de las tecnologías -usuario de las tecnologías de la vida, en este caso- y habitante del capitalismo. Lo ciborg es lo que embarra todas esas figuras ideales porque no se encuentra dentro de los parámetros de testosterona y estrógeno que el COI exige para ser parte de un Juego Olímpico, son quienes no se encuadran dentro de las intervenciones corporales que entran en la definición ideal.

Las premisas para indagar en estos fenómenos se dividirán en tres grupos. Las primeras se centran en dar cuenta de cómo se desarrollan los mecanismos de regulación y reglamentación de los cuerpos. En segunda instancia se encuentran las que se encargan de lo transhumano de

los cuerpos y la manera en que los cuerpos son intervenidos en la actualidad, poniendo en tela de juicio aquellas narrativas acerca de que existe algo como lo humano o lo orgánico. Es decir, hoy no es posible pensar las expresiones de los cuerpos por fuera del sistema “*caliente, psicotrópico y punk*” que regula el sistema mundo contemporáneo (Preciado, 2008, p. 31). Esto requiere asumir que existen intervenciones de las tecnologías permitidas, por ende legales y que se han vuelto un aspecto más del alto rendimiento deportivo. Actualmente, el mejor jugador de fútbol del mundo, Lionel Messi, pudo desarrollar su carrera como profesional a partir de un tratamiento con la droga somatotropina para desarrollar el crecimiento de su cuerpo, ya que no producía naturalmente esta hormona. Esto fue financiado y sostenido por el Club Barcelona en España. Y, en tercera instancia, se expondrán ideas en torno a cómo los cuerpos del deporte fueron sobrecargados y sobreexuestos al virus durante el transcurso de la pandemia.

Las regulaciones en un sistema *caliente, psicotrópico y punk*

Recuperando el caso de la denuncia expresada por Murphy en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1, a continuación se enumerará una serie de premisas desde distintas lecturas teóricas y materiales culturales que se entrelazan con el fin de recuperar distintos aportes para poner de relieve las discusiones que entran en tensión cuando surgen casos de doping y, de qué maneras dialogan con los debates en torno a las corporalidades en el marco del deporte profesional y olímpico durante los tiempos de la pandemia.

En primer lugar, interesa señalar que en un mundo ciborg, donde los cuerpos borran las categorías que escinden lo artificial y lo natural, lo humano y lo no humano, se pone en peligro el legado del proyecto civilizatorio europeo y su figura del atleta moderno creada por Pierre de Coubertin. Esta perspectiva entiende que solamente hay dos corporalidades posibles para el ejercicio de la práctica, la masculina y la femenina. Sobre éstas se organizaron y desarrollaron los engranajes que configuraron el deporte olímpico. Y, precisamente, la noción de ciborg aporta una visión que desarticula con el pensamiento dualista, varón/mujer o humano/naturaleza, en tiempos en que los avances que aportaron las experiencias informáticas anulan cualquier posibilidad de que exista un cuerpo natural u orgánico, debido a que la definición de ambas palabras pone en juego una serie de tecnologías que vuelven imposible reflexionar acerca de la naturaleza como distinta o escindida de la sociedad y la cultura.

En este sentido, las corporalidades de los Juegos Olímpicos no pueden ser leídas desde posicionamientos naturalistas debido a que son cuerpos altamente codificados y desnaturalizados, que en sus trayectos *“han sido traducidos a problemas de codificación, genética y lectura”* (Haraway cit. en Massacese, p. 86) ya sea para desarrollar masa muscular, mejorar los rendimientos, prevenir lesiones o alcanzar nuevos triunfos. Todos estos elementos hacen que sean corporalidades que pueden ser leídas como números, estadísticas o algoritmos constantemente modificadas o alteradas para el desafío deportivo que se presenten por delante.

En segunda instancia interesa señalar que el doping es una herramienta que intenta fortalecer a los discursos médicos como la autoridad con potestad para definir lo que es varón o mujer, aunque en realidad ya no sepa cómo desarrollar ese rol porque ese control cientificista *“es cada vez más errático, confuso y contradictorio”* (Chase, 2013, p. 54). En un mundo donde se desvanece la idea de que existen cuerpos *“naturales”*, todas aquellas personas que no se ajustan al dualismo hombre/mujer son deshumanizadas a partir de ser mantenidas por fuera de lo que establece e impone la medicina, siendo aisladas de una normalización que puede ser definida por tres rasgos, su soledad, silencio y violencia (Chase, 2013, p. 53).

En octubre de 2023, la World Aquatics (ex Federación Internacional de Natación, FINA, por sus siglas en inglés) abrió la posibilidad de una categoría open para deportistas transexuales, pero la ausencia de inscripciones hizo que finalmente fuese suspendida. Tres meses atrás, el organismo había acordado mediante una votación imposibilitar la competencia de nadadoras transexuales en carreras femeninas.

Más allá de que todo esto se presentó como un discurso y una acción que buscaron la inclusión, no se hizo más que reforzar la histórica institucionalización deportiva donde la centralidad sigue regida por la existencia de dos sexos únicos, colocando a las personas no binarias y transgénero en un lugar de aislamiento e incomodidad. En cierto modo, que la categoría se haya cerrado contiene un fuerte mensaje entreverado de carácter expulsivo y, como se dijo previamente, refuerza la idea de que el deporte profesional es una cuestión para hombres y mujeres solamente. Es por esto que se puede considerar que estas categorías open están basadas en una ceguera interseccional, este tipo de políticas de la diferencia ensanchan las injusticias de género y no trabajan para salirse de la interpretación de lo estrecho de la definición de género. Esto acentúa el carácter restrictivo de las instituciones que regulan el deporte.

En tercer lugar, las personas no binarias y transgénero son quienes más se encuentran expuestas a caer en el doping. Esto se debe a los múltiples mecanismos existentes que obligan a realizar tratamientos médicos para adecuar sus cuerpos a los estándares que solicitan las instituciones que legislan el deporte. En este punto también se pone en tensión como la cultura de la alta tecnología desafía los dualismos basados en los discursos de la biología ya que todas las tecnologías que se involucran en un proceso de transición o de adecuación de hormonas convierten a las corporalidades del más alto rendimiento deportivo en “*sistemas bióticos, máquinas de comunicación como las otras*” (Haraway, 1984). Es decir, el doping es una manera de reforzar el patrullaje de la medicina como quien dictamina los límites de los géneros, pero al mismo tiempo también se vuelve una herramienta difusa, y por momentos obsoleta, ante la existencia de normativas que demandan una serie de drogas y tratamientos que se deben desarrollar y consumir para ser parte del deporte profesional, como las mencionadas exigencias que implican las transiciones de género.

Esto es una demostración más de cómo los cuerpos del deporte olímpico constantemente son alterados y modificados mediante la concentración de muchas tecnologías, ya sea para permanecer dentro del dualismo o para ingresar dentro de ellas. No importa si el consumo de esas drogas es una condición discriminatoria que vulnera la salud del atleta, como estableció el TEDH en el caso de Caster Semenya en julio de 2023. El deporte moderno exige que el orden binario no sea alterado porque mantenerlo representa una política de control antropocéntrica sobre todo aquello entendido como lo natural. Hay una continuidad del control entre cuerpos “naturales”, territorios y naturaleza. En este marco, las personas no binarias y transgénero, como los feminismos y los movimientos de justicia ambiental desafían a este legado civilizatorio y patriarcal de la modernidad que concibe que hay cuerpos y territorios que pueden ser sacrificados para el enriquecimiento ilimitado de una metrópolis, un país, las corporaciones deportivas o los grupos económicos privados.

En cuarto lugar, los casos de doping no pueden ser leídos como sucesos escindidos de los conflictos geopolíticos que se disputan en la actualidad. Es imposible entender las palabras del nadador Ryan Fitzgerald Murphy sin antes no detenerse a analizar las tensiones existentes entre EE.UU. y Rusia durante las últimas décadas y cómo estas se han desarrollado en el plano internacional. En este caso, los conflictos se dieron por distintas vías y escenarios, como por ejemplo en acusaciones cruzadas de ciberataques, la supuesta intervención de hackers rusos para posibilitar el triunfo presidencial de Donald Trump en 2016 o la guerra

ruso-ucraniana. A todos estos episodios se le deben agregar los castigos que recibió Rusia por casos de doping y las presiones que padeció el COI por parte de las potencias occidentales para que este país no fuera parte de los Juegos Olímpicos. Inclusive, en septiembre de 2023, el presidente de Francia, Emmanuel Macron, declaró su deseo de que la bandera rusa no esté presente en los Juegos Olímpicos de París 2024.

Por ende, en los casos de doping todavía se pueden hallar resabios que hacen a la continuidad de ciertas disputas de la Guerra Fría. En aquel entonces, EE.UU. y la URSS se enfrentaron empecinadamente una y otra vez para que ninguno de los dos tuviera ventaja deportiva. Aunque, en los hechos concretos los casos de dopaje eran una realidad en la previa de los Juegos Olímpicos de Seúl 1988, más de cien atletas fueron encubiertos por el Comité Olímpico de EE.UU. (USOC, por sus siglas en inglés) cuando se dopaban (Veiga, 2016). En esta coyuntura, la URSS era representada como las fronteras cerradas, lo oculto y los cuerpos intervenidos por las tecnologías, mientras EEUU encarnaba la economía de libre mercado, transparencia, la ausencia de los secretos de la política y su burocracia, un lugar libre para el desarrollo de negocios.

La industria cultural estadounidense buscó sostener y reforzar estas narrativas en que se exponían las tensiones y los antagonismos entre los dos modelos de sociedad, en base a la construcción de un guión que exponía la corrupción soviética y la libertad de mercado estadounidense. Esto se puede observar en la película Rocky IV y el personaje del boxeador Iván Drago y cómo -en la manera de presentarlo en la película- el aparato estatal de la URSS construye instancias que lo presentan como un ciborg. Justamente, para vencerlo, Rocky es puesto en la naturaleza para entrenar, se hospeda en una granja en la URSS, y se prepara corriendo por ríos y por la nieve, despistando a espías, cortando troncos y subiendo una montaña, mientras que Drago golpea máquinas que miden su potencia, lo cronometran a cada instante. Es la representación de toda la tecnología militar y aeroespacial soviética aplicada al deporte. El mensaje es que Drago es artificial, es un cuerpo-máquina estatal, mientras Rocky representa a su nación pero en el marco de un orden mundial neoliberal donde no hay lugar para los secretos de la política. Esto es parte de las precondiciones dóxicas y de sentido con las que impregnaron los sentidos comunes en relación a la tecnología, el deporte y la coyuntura geopolítica de esos años. La operación simbólica se encuentra ahí, en el orden emergente mundial, la transparencia es un bien preciado (Hunt, 2011), por lo tanto no hay lugar para los casos de dopaje, que devienen del secreto y la ineficacia estatal. La

combinación técnica, biomédica y, en este contexto, de economía de libre mercado, requieren de la ausencia de toda presencia/resistencia política.

En quinta instancia, un caso de doping implica un castigo y una deshonra severa para el atleta, sea cual fuere su nivel de conocimiento público y mediático. Solo por mencionar algunos, en los Juegos Olímpicos de Seúl 1988 fue el caso de Ben Johnson; en la Copa del Mundo de 1994 fue Diego Armando Maradona; en 2012 se comprobó el caso de Lance Armstrong y en octubre de 2023 se acusó de doping al futbolista argentino Alejandro Gómez, campeón del mundo en el Mundial de Qatar 2022. En el caso de Johnson y Maradona, estos dopings significaron una importante interrupción de sus carreras y actuaron como desenlaces para sus posteriores retiros como profesionales. Además, al corredor norteamericano se le retiró su medalla dorada lograda en la prueba de los 100 metros de Seúl, como a Armstrong se le retiraron los siete títulos que había logrado en el Tour de París. En el caso de Alejandro Gómez, de llegar a confirmarse, se le podría quitar el título obtenido con la selección argentina y esto podría significar su retiro.

La diversidad de estos episodios de dopaje sirven para problematizar que cada caso de doping fue por una droga y un motivo distinto. Por ejemplo, en el caso de Armstrong se comprobó que fue parte de acciones que permitieron darle una ventaja deportiva, pero lo de Gómez fue la ingesta de un jarabe para la tos que estaba tomando su hijo. Esto da cuenta de que el deporte se presenta de manera distinta en cada sanción y expone el ridículo de todo el paraguas que puede entrar dentro de la figura del dopaje, la diversidad de todo lo que allí entra. Desde las acusaciones a la nadadora Lia Thomas por ser “un hombre biológico” hasta la persecución a Caster Semenya por sus niveles de testosterona. O sea, dentro de la figura del dopaje entran distintas versiones de sanciones y castigos posibles que adrede configuran márgenes grises de las fronteras del doping. Lo que nos lleva a preguntar si el doping no es una herramienta que siempre está a disposición de las instituciones del deporte para cuando se presenta la oportunidad de disciplinar a alguna corporalidad.

La severidad de los castigos con los que son abordados no busca esclarecer las situaciones o ser un punto de partida para discutir el uso de determinadas drogas en el deporte, que posteriormente aporten herramientas que ayuden a las y los atletas, sino todo lo contrario, ya que operan desde una visión biologicista y con una lógica disciplinante y excluyente. La afirmación que aquí se hace presente es que todas aquellas personas que pongan en peligro el dualismo biológico/sintético serán sancionadas. Pero las instituciones del deporte se

encuentran ante una contradicción. Por un lado sostienen narrativas donde los cuerpos solamente pueden ser pensados desde una definición que responda a lo orgánico, aunque al mismo tiempo desarrollen distintos mecanismos para que aquellos cuerpos que desafían esta noción se adecuen a su perspectiva. Lo cual nos permite reflexionar que la definición y los marcos reglamentarios sobre lo “natural” por parte del COI habilitan el uso de ciertas tecnologías, objetos técnicos y drogas, desde una venda para proteger el pie (contra-orgánicamente ligando miembros corporales) a prótesis ortopédicas (extensiones mecánicas de lo orgánico). En el límite entre lo tecnocientífico, lo orgánico, y lo biomédico, las instituciones que legislan el deporte permiten estas circulaciones dentro de los marcos que dan forma a lo orgánico/humano, por lo tanto no se debe dar por sentado que hay algo que pueda ser entendido como natural contra todo lo “otro”.

Pero de qué manera podrían existir “corporalidades orgánicas” en un sistema deportivo cada vez más hiper profesionalizado, donde constantemente aumenta el número de lesiones por el aumento de competencias, la presión por el dinero que se invierte y todas las tecnologías que se aplican para la renovación de los espectáculos deportivos. De muchas maneras, las y los atletas se desenvuelven en escenarios que son una ilusión óptica donde es difícil discernir las fronteras de la ciencia ficción y la realidad social, como sucede en los Juegos Olímpicos.

Exposiciones en un mundo donde *lo que tú me has hecho a mí, yo te lo hago a ti*

En un contexto de profunda fractura de las estatalidades y de agudización de la crisis ecológica tras la propagación del COVID-19, se puede afirmar que los cuerpos de las y los atletas fueron sobrecargados y expuestos. Durante la pandemia, hubo trabajadoras y trabajadores esenciales que fueron las corporalidades más explotadas para satisfacer las demandas de las economías, y las y los deportistas también sufrieron esta sobrecarga.

Como señala Donna Haraway (2020), la pandemia significó para ciertas personas un confinamiento, pero para otras fue una etapa de trabajo forzado y, por lo tanto, no fue un momento de refugio, sino de exposición intensificada ante la presencia de un virus que se propagó por el mundo poniendo en crisis los funcionamientos de los Estado-nación. En palabras del filósofo esloveno Slavoj Žižek (2020), este virus proveniente de la naturaleza tuvo un claro mensaje, *“y el mensaje es: lo que tú me has hecho a mí, yo te lo hago a ti”*, aunque no haya sido un “enemigo” con planes y estrategias para destruir a la humanidad, sino que fue un mecanismo de autorreplicación y mutación que puso en evidencia la fragilidad de

todos los dispositivos ideados para la defensa de la humanidad en la modernidad. Entre la vulneración y el riesgo durante la pandemia, en este apartado se atienden las complejidades de los deportes profesionales en dicho escenario.

En el caso del deporte profesional hubo varios registros de competencias que reanudaron su calendario de forma temprana. Por ejemplo, la Bundesliga, la liga de fútbol profesional de Alemania, que retomó su funcionamiento en mayo del 2020, apenas dos meses después de que muchos países del mundo anunciaron las medidas de aislamiento ante la primera ola del COVID-19. Lo mismo ocurrió con la NBA que reanudó sus jornadas a finales de julio del mismo año, tras haber sido suspendida en marzo para evitar la propagación de los contagios. Más allá de todas las burbujas sanitarias y las inversiones económicas millonarias que hicieron de los conglomerados comunicacionales para que retorne el deporte y así seguir obteniendo sus ganancias económicas, las y los atletas no pudieron aislarse de sus entornos y fueron expuestos al virus. Una muestra de este escenario de complejidad fue la organización que realizaron los jugadores de la NBA a través de su sindicato para decidir si volverían a las competencias, o las distintas adhesiones del campo deportivo a las protestas contra el racismo y las luchas del Black Live Matters.

Como ya se ha mencionado, el doping tiene una dimensión histórica que también dialoga con otra pandemia previa a la del COVID-19, la llamada “pandemia de color rosa” o “peste rosa” durante la década de 1980. La propagación del virus de inmunodeficiencia humana (VIH), especialmente entre la comunidad gay, en aquellos tiempos reforzó los mecanismos de vigilancia corporales ya que representó una problematización de los cuerpos que transitaban por el deporte y el resto de los espacios públicos. No es una casualidad que el caso del doping de Ben Johnson en 1988 haya sido en el mismo momento que el SIDA se transformaba en la mayor preocupación sanitaria y uno de los mayores miedos en EE.UU. En esta coyuntura, los sentidos sobre las vidas de las poblaciones vulneradas y oprimidas, como el movimiento LGTBIQ+, y sus corporalidades se pusieron en discusión en el debate público, sobre todo en una década en que se produjo una ola conservadora en términos políticos con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia de EE.UU, el avance de la cultura yuppie y un modelo económico que dejaba atrás la centralidad de la producción industrial para ser predominado por las finanzas. Este cambio de época se puede presenciar en las palabras del pastor evangelista Jerry Falwell, que jugó un rol clave para la elección de Reagan, al declarar en

aquel entonces que *“el sida y las enfermedades venéreas eran el juicio de Dios a la sociedad”*.

A la histórica vigilancia de los cuerpos por parte de las instituciones del deporte, se le sumó el requerimiento de conocer lo que estaban portando esos cuerpos. La destrucción del modelo fordista de producción dio paso a nuevas formas de biopoder donde los medios tecnológicos comenzaron a tener una centralidad para un sistema sustentado en el cuerpo sexual y adicto (Preciado, 2008, p. 34). La pandemia del VIH, casi cuarenta años antes que la del COVID-19, anticipó la profundización del control sobre las vidas y sobre todo lo tecnovivo conectado (Haraway, 2008, p. 37). Un tiempo protagonizado por los fármacos, los procesos de gobierno biomolecular y pornográfico en los procesos semióticos-técnicos de la subjetividad sexual (Preciado, 2008, p.32). Como señala Paul B. Preciado (2008) en esta era no hay nada más fácil que reproducir un medicamento, pero nada más caro que inventarlo como no hay nada menos costoso que filmar una mamada con una cámara de vídeo casera (p. 45). Los cuerpos ahora pasan a ser leídos como cantidades y números de testosterona. Los esfuerzos por sostener los dualismos varón/mujer o natural/artificial ahora se disputan en batallas judiciales que retoman los argumentos de laboratorios y análisis clínicos de sangre. En el ámbito del deporte, el caso del basquetbolista Magic Johnson fue uno de los más emblemáticos en este tema porque el 7 de noviembre de 1991 se conoció que era portador de VIH, cuando apenas tenía 32 años de edad y se encontraba en uno de los mejores momentos de su carrera. Esto hizo que padeciera el estigma que recaía sobre la enfermedad, asociada a la homosexualidad, la promiscuidad y la prostitución, por lo cual su presencia en las canchas o un vestuario suscitaba un gran rechazo para algunos jugadores por el desconocimiento en las formas que se contagiaba el virus, y por su asociación con la homosexualidad.

El doping es la muestra de que en la narrativa cisheteropatriarcal del deporte no se puede alterar la pureza de los dualismos artificial/natural y varón/mujer, suponiendo la imposibilidad de que existan relatos heroicos con contradicciones o falencias y, mucho menos, la oportunidad de construir una historia deportiva donde no se pueda encontrar la figura heroica. La centralidad del varón, cisgénero, heterosexual, clase media o media alta en el deporte no puede ser alterada por otro tipo de corporalidades que intenten proponer narrativas deportivas diversas, como las que pueden llegar a plantear atletas no binarios, transexuales o quienes no poseen cuerpos que remiten a la normalidad, por ejemplo, deportistas que compiten con amputaciones. Esto significa que el relato que constituye al

deporte moderno, y que ofrece ciertas maneras de actuar, se reduce a una sola posibilidad. En este punto se vuelve una necesidad preguntarse por aquellas otras formas en que se podrían construir trayectorias deportivas por fuera de lo que propone el COI y no suceden por todos los mecanismos que despliega esta institución para que esto no ocurra.

Posthumanización y transhumanización en el deporte

En la actualidad el modelo ciborg de atleta puede bifurcarse en dos lecturas posibles, el ciborg atleta posthumano y el ciborg atleta transhumano. Por un lado, en la figura del deportista posthumano pueden ubicarse a aquellas personas que tienen recorridos y corporalidades que se alejan del sujeto ideal del deporte y que ponen en cuestión las razones mismas con las que se justifican los binomios de género y de lo natural. Como ya se ha mencionado, aquí pueden ubicarse, entre otras corporalidades, a atletas trans, a las intersexualidades o a aquellas mujeres que no encajan con los ideales occidentales en torno a la figura de la deportista femenina, como es el caso de Caster Semenya. Es decir, todo lo que desafía a la perspectiva con la que el movimiento olímpico fundó, organizó y desarrolla el deporte del más alto rendimiento.

Mientras que por otra parte, la figura del atleta transhumano representa a aquel que abraza la técnica y transitó por una intervención orgánica para llevar adelante sus capacidades y destrezas físicas, como por ejemplo Lionel Messi y el tratamiento hormonal al cual fue sometido durante su niñez para jugar profesionalmente. Esta figura supone una visión sobre la fascinación en torno a la tecnología como una vía para resolver los problemas de la humanidad.

Desde una perspectiva transhumanista, convertir a los humanos en ciborgs sería la mejor solución para dar una respuesta a los múltiples desafíos que amenazan la existencia humana y se presentan como obstáculos para el desarrollo de “una vida mejor”, como por ejemplo el calentamiento global, las enfermedades degenerativas, la prevención de guerras y la hostilidades entre las culturas (Martin, citado en López Frías, 2017).

Por ende, aquí se hallan dos modelos de atleta ciborg. Por un lado, una perspectiva posthumana sobre el deporte supone identificar experiencias de atletas que llevan a los principios de lo humano definido en el deporte (como tecnología de control sobre los cuerpos del deporte) a un absurdo. Así como es imposible trazar las fronteras entre las tecnologías y la naturaleza de las capacidades humanas a causa del prevalecimiento de los avances

científicos en el deporte, la definición de lo natural dado por la ciencia y la tecnología se diluye cuando hay cuerpos que no contentan los estándares tecno científicos, binormales y blancos. La ciencia y la tecnología en la vía en que fueron desarrolladas tienen la responsabilidad de no tener respuestas a personas que se alejan de la norma que ellas mismas fundaron con respecto de los cuerpos.

La visión transhumana del deporte procura la *“búsqueda de actuaciones sobresalientes a través del ejercicio de capacidades físicas naturales (...) el uso de la tecnología debería permitirse cuando permita a los seres humanos superar sus limitaciones físicas sin eliminar el componente humano en el rendimiento deportivo”* (López Frías, 2007, p. 110).

Retomando lo que plantea el investigador López Frías (2017), los ciborg posthumanos se presentan como presencias críticas a la definición misma de lo que es humano, tanto porque *“la tecnología penetra en la naturaleza de los seres mejorados hasta el punto de que es imposible trazar una línea entre lo que es humano y lo que no lo es”* (p. 115), como porque desbordan los principios modernos en los que el deporte basa sus definiciones. Desde la perspectiva transhumana, los ciborgs son seres humanos mejorados que mantienen sus características definitorias (de lo humano ideal) intactas del impacto de las tecnologías.

Reflexiones finales del apartado

Las premisas enumeradas anteriormente buscaron problematizar el ordenamiento binario con el que históricamente se plasmaron los Juegos Olímpicos y además buscaron ser puntos de partida para reflexionar sobre nuevas formas de existencia compartida. En este marco, la propagación del COVID-19 construyó *“un puente entre lo peor del pasado y el futuro”* (Moyano, 2023). Un momento de profundización de las desigualdades existentes, por eso interesa conocer cómo construir otros tipos de lazos en el ámbito del deporte y en las sociedades contemporáneas en un mundo donde la pandemia no inventó ni produjo las violencias y las injusticias sociales, pero las intensificó. En una época de precariedad y vulnerabilidad, uno de los desafíos que se planteó en las afirmaciones previas, a través de la noción de ciborg, es la interrogante por cómo construir un equilibrio más profundo entre lo humano y lo no humano.

En este punto, interesa traer a colación el concepto de “doble muerte” que propone la investigadora Deborah Bird Rose (2004), quien señala dos cuestiones. Por una parte, la existencia de procesos de desacoplamiento entre la vida y la muerte que disminuyen las

capacidades de vida que permitan dejar “regalos” a las generaciones futuras. Y, por otro lado, que estamos transitando un período de extinción de aquellos refugios que ofrecía el antropocentrismo sobre el que se construyó la modernidad, debido a que las acciones de depredación de los recursos naturales ejercidas por el capital económico transnacional han puesto al planeta al borde de un abismo. Esto quiere decir que “*habrá refugiados, sí. Pero sin refugio*” (García, 2019). Esta doble muerte representa un asesinato de la posibilidad de continuar una experiencia humana desde un aspecto colectivo, un genocidio, una extinción masiva y crisis ecológicas que harán que millones de personas abandonen sus hogares y lugares de origen como consecuencia de las sequías e inundaciones que durante las próximas décadas pondrán en peligro de extinción la vida humana.

Uno de los aportes, y también desafíos, que nos ofrece el Manifiesto Ciborg de Donna Haraway (1984) es cómo construir un equilibrio más profundo entre lo humano y lo no humano, sobre todo en un momento histórico en que entró en crisis el paradigma moderno que indicaba la existencia de cuerpos naturales u orgánicos, o de una naturaleza como algo escindido, “salvaje”, inherente o uniforme. El aporte ciborg nos permite comprender que toda narración de la naturaleza se construye con tecnologías. En el caso de este apartado se intentó visibilizar cómo el doping es un mecanismo que actúa como guardián de esta perspectiva “naturalista” de las corporalidades y, asimismo, es una instancia disciplinante, de suma exposición y vulneración en términos institucionales, mediáticos y públicos. En especial es un dispositivo que traza fronteras de imposibilidad, obturando el florecimiento de trayectorias deportivas.

Como quedó demostrado, en el mundo contemporáneo ya no está claro qué es artificial y qué natural porque todo el tiempo encontramos de forma entrelazada la naturaleza con la sociedad y la cultura. En el caso del deporte olímpico, las corporalidades están profundamente atravesadas por la aplicación y el uso de los avances científicos. Sin embargo, estos cuerpos parecieran entrar en peligro en dos instancias. En primer lugar, cuando las y los atletas desafían el paradigma binario, varón/mujer, natural/artificial y, por otra parte, en el momento en que se presentan mecanismos de exclusión y persecución relacionados con intereses geopolíticos que operan exigiendo el sacrificio de ciertos cuerpos, como en el caso de las sanciones que recaen sobre ciertas y ciertos atletas de algunos países. En este aspecto es importante señalar que la premisa del sacrificio no se reduce solamente a la competencia y el triunfo deportivo, sino que también tiene un diálogo más amplio vinculado con las demandas

que poseen las potencias occidentales, que también son sacrificios que le exigen al sistema deportivo del olimpismo con el fin de configurar un determinado escenario donde primen sus intereses. Y en todo este escenario, el doping es utilizado como ese dispositivo que indica cuáles son los cuerpos que deben ser entregados para poder darle un cauce a los conflictos de un sistema mundo antropocéntrico que en el fondo tiene como principal disputa quién tiene la autoridad y el dominio sobre lo natural, y qué institución, metrópolis, nación o grupo económico es el que puede poseer la vocería de la naturaleza para ejercer su dominio.

En un momento histórico de plena precarización de los vínculos y las condiciones de vida por el COVID-19, a las y los atletas del más alto rendimiento se les negó cualquier tipo de posibilidad de desarrollar, o ser parte, de prácticas de cuidado sanitarias o de justicia ambiental. Sino todo lo contrario, sufrieron una sobreexposición al contagio del virus y una sobreexplotación de sus cuerpos para continuar garantizando las ganancias de los grupos económicos que están detrás de la arquitectura y el funcionamiento del sistema deportivo. Estos cuerpos expuestos al resultado de la interfaz zoonosis/colapso/globalización también hacen parte de la cultura ciborg de la época.

Por último, es necesario recordar cómo los primeros tiempos de la pandemia fueron una coyuntura donde solamente se miró hacia el pasado por ser un evento que desbordó todo lo previsible para el sistema mundo de la modernidad, obturando cualquier tipo de planificación hacia adelante. Entonces fue común presenciar en grillas televisivas, en distintas plataformas digitales y en las redes sociales, recuerdos del pasado. Por ejemplo, en marzo del 2020 el gobierno de Italia decidió volver a transmitir todos los partidos de fútbol que la selección había disputado durante el Mundial que ganó en Alemania 2006, con el fin de que las personas “no pierdan el ánimo” o en las redes sociales fue normal que las personas de todo el mundo comenzaran a publicar fotos suyas de cuando eran más jóvenes. De múltiples maneras, fue una especie de imposibilidad de imaginar cómo sería el futuro luego de la pandemia.

Ante esta situación descrita, los aportes teóricos de la antropóloga Úrsula K. Le Guin (2017) resultan oportunos para pensar este contexto pandémico donde se conjugó la sobreexplotación de ciertas corporalidades con su sobreexposición al virus, a la par de una profundización de la explotación de los recursos naturales, precarización de los vínculos y los lazos de solidaridad y obturación de mirar el futuro. En este sentido, Le Guin propone entender al pasado como la única máquina del tiempo que tenemos a disposición ya que nos

transporta al lugar donde nos encontramos en el presente (Brogan, 2018) y, desde este lugar afrontar las problemáticas del mundo contemporáneo, como el militarismo, las desigualdades de género, la depredación de los recursos naturales y la crisis ecológica. Habitar ese presente “intenso” otorga la posibilidad de que el futuro sea un encuentro con la otredad y no una mera reproducción o repetición del orden social, de lo que fue igual al ayer. Esto significa que si las dinámicas del tiempo hacen que el futuro sea algo inesperado y no un destino al cual llegar, en dicho proceso es necesario recordar que en nuestra experiencia somos otros/as/es y, por eso, resulta un desafío construir un mundo donde todo lo tecnovivo conectado (Haraway, 2008) pueda encontrar interacciones, formas de vida y de convivencia que permitan ir hacia un futuro signado por el encuentro con la otredad ante los múltiples peligros que representa el pensamiento antropocéntrico y su depredación de los cuerpos y la naturaleza.

Reflexiones finales

Como se planteó en la introducción, esta tesis buscó identificar las formas novedosas en que se expresaron problemáticas culturales, sociopolíticas y geopolíticas en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 para rastrear cómo estas tensiones convergen en un umbral histórico para el deporte en el marco de transformaciones ocurridas en la cultura durante la pandemia, e indagar cómo en el deporte olímpico se nos presentan visiones del mundo de época en torno al género, la salud mental, las corporalidades y los conflictos geopolíticos. De esta manera, se propuso considerar al evento como un material de la cultura cargado de historia y a las y los atletas que participan como una vía para observar proyecciones sociopolíticas y culturales.

Para abordar estos objetivos, se indagó sobre cómo las novedosas formas de expresión de determinados posicionamientos políticos por parte de las y los atletas durante los Juegos de Tokio 2020+1 se encontraron vinculadas con procesos y experiencias históricas más amplias del deporte y la cultura que ocurrieron durante la pandemia y cómo estos actos pueden leerse como un umbral para la historia del deporte olímpico. Asimismo, se analizaron testimonios de atletas, artículos periodísticos, documentos audiovisuales, archivos históricos y actividades institucionales relacionadas con los Juegos Olímpicos para identificar problemáticas que dieron cuenta de una crisis en la forma de organizar y concebir al deporte olímpico durante Tokio 2020+1. Por otra parte, se investigó cómo la presencia de debates en torno a la salud mental, las corporalidades, el género y los conflictos geopolíticos dialogan con una versión dominante de la historia del deporte olímpico para visibilizar la forma en que estos aspectos generan tensiones, rupturas y posibilidades para la historia del deporte y la cultura. Y, por último, se identificó de qué maneras la aparición de posicionamientos políticos por parte de las y los atletas durante esta cita olímpica abrieron novedades en la experiencia histórica del deporte olímpico.

A continuación, se enumeran una serie de reflexiones finales que sistematizan el análisis desarrollado a lo largo de los apartados y, a la vez, se expresan algunas preguntas e inquietudes que pueden funcionar como posibles continuidades para lo planteado en esta investigación.

I. Los Juegos Olímpicos de la modernidad son parte de una tradición deportiva inscripta en el mundo de la *Belle Époque*. Allí el proyecto civilizador de la burguesía europea construyó distintas formas de distinción en sociedades cada vez más transformadas

ante el avance de la ciencia y la técnica, la expansión de la urbanización, las redes comerciales y las redes de transporte y comunicaciones. En este contexto, los hombres cisgénero heterosexuales y blancos encontraron en espacios como el olimpismo ámbitos desde donde preservar sus ideas, sus estilos de vida, sus aficiones y sus visiones sobre el mundo. Pero el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la consolidación de las ideas nacionalistas, el incremento de los flujos migratorios que escapaban de la guerra, el aumento del conflicto social y el avance de los movimientos obreros y de los partidos políticos de masas en la escena pública de las urbanidades a principios del siglo XX, rompieron con la alegada paz y con los gobiernos monárquicos y de los emperadores, transformando las tradiciones políticas y culturales de las sociedades occidentales.

Para cuando la Primera Guerra Mundial finalizó tras la firma del Tratado de Versalles en 1918, el mundo de las “grandes familias”⁵⁴ de las aristocracias, las noblezas y las burguesías enriquecidas en base a la expansión del imperialismo y el comercio, había quedado atrás. Los esfuerzos que demandaba la reconstrucción de una Europa sumergida en la pobreza, más el cansancio de la sociedad dejado por un conflicto bélico del que no se tenían precedentes, dieron lugar a un nuevo momento histórico en que los movimientos políticos nacionalistas tendrían una centralidad en las décadas de 1920 y 1930. Más allá de que la interrupción que sufrieron los Juegos Olímpicos por la guerra no representó su fin, este fue un primer momento en que se pusieron en crisis los valores de partida de los Juegos Olímpicos modernos porque no se pudo sostener la fachada de una supuesta paz en una historia occidental convulsionada.

Posteriormente fueron reanudados en 1924 y en sus siguientes ediciones transitarían por modificaciones organizativas que con el correr del tiempo les darían la forma y las características que tienen en la actualidad.

II. Los Juegos Olímpicos se conforman como una experiencia modernista, meritocrática y de valores neoliberales. Las indagaciones sobre la condición del olimpismo nos llevan a reflexionar sobre personas y las institucionalidades que buscan el resguardo del legado de los

⁵⁴ A principios del siglo XX, la dirigencia política del mundo era una gran familia. Tras la muerte de la reina Victoria I en 1901, sus descendientes ocuparon muchos de los tronos europeos. Esta Europa estaba unida por lazos de sangre. El soberano inglés Jorge V y el Zar Nicolás II de Rusia eran primos y casi que podían pasar por gemelos debido a su apariencia física. Esto no se agotaba allí, Guillermo II, el Káiser de Alemania, también era su primo y padrino del único hijo varón del Zar Nicolás.

hombres de la burguesía moderna occidental que imaginaron un orden social pensado a través de la medición de los tiempos, el del trabajo y el del ocio. Estos tiempos dieron forma a las nuevas estructuras de las vidas que transcurrían en las urbanidades de finales del siglo XIX y principios del XX, significando desplazamientos que fueron fieles exponentes del paso de la condición rural a lo urbano, a través de la Revolución Industrial y el progreso en la ciencia y técnica. Teniendo en cuenta todo esto, la experiencia olímpica se formó como un horizonte de expectativas sobre el futuro y el ascenso y el reconocimiento social en base a la meritocracia en un mundo cada vez más conectado a través de las redes de transporte y de comunicación, de narrativas que buscaron sustraer los conflictos políticos y donde las élites fueran las encargadas de gestionar política, económica y culturalmente un sistema que involucrara a todos los Estados Nación y donde el conocimiento científico cumpliera un papel fundamental para la toma de las decisiones más acertadas para el progreso de la humanidad.

Desde la década de 1980 los ideales sobre la obtención del reconocimiento y el éxito a través de la meritocracia terminaron triunfando en un contexto signado por el avance de las ideas y las políticas económicas neoliberales. Durante este período se exacerbó el individualismo y el endiosamiento de la figura personal, como ocurrió con el caso de Michael Jordan y la difusión de su imagen en los Juegos Olímpicos de 1992. Las narrativas de los medios de comunicación y de las marcas patrocinadoras lo exhibieron como una persona capaz de lograr cualquier tipo de victoria, y de transgredir las destrezas y los límites físicos conocidos para aquel momento. El avance de la “Jordanmanía” (El Gráfico, 1992) fue el síntoma de una época en que el triunfo, el éxito y convertirse en una figura pública eran vistos como elementos deseables de un reordenamiento mundial sustentado por políticas y discursos que buscaban primar los intereses del mercado en desmedro del poder de los Estado-nación y su corrimiento como los reguladores de las relaciones sociales.

III. El movimiento olímpico se constituye a partir de la excelencia, la amistad y el respeto. Según el COI, estas nociones son los pilares de su visión porque buscan “unir a los seres humanos a través del deporte, la educación y la cultura”. Como estos conceptos son amplios en sus definiciones, es necesario conocer qué entiende la institución por cada una de estas nociones para problematizar las bases sobre las que se edificó el evento deportivo con mayor capacidad de convocatoria en el mundo y así entender cómo estos dialogan con los posicionamientos políticos y las visiones del mundo que allí se nos presentan. En este caso, la noción de excelencia tiene un rol preponderante para el COI, que la define como

dar lo mejor de sí mismo, tanto en el campo de juego como en la vida, no se trata de ganar sino también de participar, sobre la superación de las metas personales, esforzarse para ser y hacer lo mejor en nuestra vida diaria (World Olympians, 2023).

Teniendo en cuenta esta definición sobre los valores olímpicos es necesario señalar lo siguiente. En primer lugar, se puede identificar que la excelencia está asociada a discursos sobre la meritocracia y la superación personal, como si esto partiese de ser una decisión propia y no algo que se inscribe dentro de las condiciones de posibilidad existentes en la sociedad para desarrollarse como un atleta profesional. La pregunta que aquí aparece es quién puede dar lo mejor de sí mismo en una sociedad donde no está garantizada la igualdad de oportunidades para poder hacerlo.

En segunda instancia se entiende la amistad como una manera de construir un mundo pacífico y mejor gracias al deporte y el espíritu de solidaridad, pero cómo dialoga este principio con la ambivalencia moral que muestra el COI frente a algunos países y naciones y sus respectivas y respectivos atletas. Las sanciones y cancelaciones por el involucramiento en conflictos bélicos o por casos de dopaje han mostrado históricamente un trato diferencial de acuerdo con la procedencia, el estatus y la condición de las y los atletas, y diferenciales también han sido las sanciones dispuestas según el caso. El movimiento olímpico no actúa de una manera común para crear los marcos de aplicación de sus valores. Habiendo recorrido a lo largo de la tesis ejemplos de todo tipo en este sentido, se distingue una doble vara, que podría denominarse como una doble moral que protege los intereses de las potencias del mundo occidental y a otras y otros las y los cancela y excluye. Desde su nacimiento, las instituciones encargadas de legislar el deporte, como el COI y la FIFA, han

abrazado las visiones del mundo que tienen las potencias occidentales respecto a esta práctica y ha hecho alianza con estas, no solo adhiriendo a sus causas, sino que, alineando su ethos, su moral, a los fines y lineamientos que ellas establecen (Navarrete Jérez, 2022, p. 12).

En este punto, es interesante detenerse a pensar sobre la dimensión del respeto, considerando que el COI señala la necesidad de respetarse a uno mismo y a las y los demás, como así también mostrar lo mismo por las normas y el medio ambiente. Para terminar de poner en tensión este tipo de definiciones, es oportuno preguntarse cómo crear un escenario donde las y los atletas puedan desarrollar políticas de cuidado y respeto en un sistema deportivo que

sistemáticamente sanciona, cancela y excluye de las competencias a determinados países y deportistas por decisiones de escala gubernamental que las y los exceden. Sobre todo teniendo en cuenta que todas las potencias militares, económicas y políticas llevan adelante decisiones similares en el tablero geopolítico. Pero algunas no se ven afectadas por ningún tipo de sanción por parte de las autoridades olímpicas. Entonces es inevitable el interrogante en torno a cómo se puede construir un deporte olímpico basado en el respeto mientras queda demostrado que se ejecutan políticas que encuentran su único fundamento en que hay vidas que importan más que otras en este mundo.

Asimismo, la experiencia olímpica se encuentra estrechamente vinculada con la mención del legado olímpico y con lo que esto representaba para la sociedad. Si bien esta es una herencia que puede ser leída desde una clave deportiva, también tiene un origen en una clase social determinada y de la que un grupo específico de personas se apropia para hablar sobre una visión política y un orden social que claramente va más allá de las fronteras de lo disciplinario. Se podría decir que estas condiciones tan “sectarias” hacen que sea un capital al que solamente ellas y ellos pueden acceder, comprender y analizar. Para reflexionar sobre este escenario de elitismo no se puede pasar por alto que la condición de ser olímpica/olímpico implica aceptar ciertos posicionamientos políticos en diálogo con las ideas y los órdenes que las potencias occidentales tienen sobre el mundo. Al igual que les ocurre a los países y naciones, para las y los atletas, aceptar las reglas del olimpismo también representa una decisión cargada de supuestos políticos. El hecho de llegar a “adquirir” este estatus genera que la persona construya jerarquías y diferencias con otros y otras que no transitan por su campo de prácticas que, a su vez, contornea las formas de distinción de estos sujetos (Díaz de Rada Brun, 2007).

IV. En cada Juego Olímpico se puede registrar la espectacularidad de la época. Los avances científicos y tecnológicos aplicados a las competencias, la constante búsqueda de superación de los rendimientos y los triunfos deportivos, las convocatorias de públicos masivos, las narrativas de épica, el perfeccionamiento en las transmisiones de las imágenes, las novedades arquitectónicas de los estadios y las ciudades, los shows que se organizan en las ceremonias de apertura que congregan a personalidades públicas y funcionarios gubernamentales de todo el mundo, los miles de atletas que llegan para competir. Todos estos elementos, y otros, hacen que los Juegos Olímpicos sean un espacio donde se difuminan las fronteras entre la realidad y la ficción porque hay una interminable

búsqueda por celebrar la exacerbación del proyecto modernizador y civilizatorio. Esto significa que cada edición olímpica persigue nuevas formas de perfección que puedan legitimar el mito de superación de la modernidad (Dussel, 1994) y, de esta manera, “impresionar” creando la sensación de un evento que posee la capacidad de exhibir a lo moderno como el camino a seguir porque es la opción exitosa para gobernar el mundo.

Para la celebración del primer centenario de Juegos Olímpicos de la era moderna, el COI eligió a la ciudad estadounidense de Atlanta por sobre Atenas, la cuna del olimpismo. Si esto ocurrió fue por la injerencia política y económica que Coca Cola tiene sobre el deporte olímpico. Pero, además, se debe señalar que durante la década de 1990 el modelo neoliberal que pregonaba EE.UU. se imponía como el triunfante tras la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética. Por ende, la elección también tuvo una dimensión simbólica que no se agotó en el motivo económico y que podría leerse de la siguiente manera. Si los Juegos se realizaron en Atlanta y no en Atenas fue porque el camino a seguir para el mundo en los años '90 se encontraba en las directrices que dictaba Coca Cola y EE.UU. en ese entonces y, por ende, allí había que ir a buscar la posibilidad de presenciar la espectacularidad de la época.

V. Los Juegos Olímpicos son un evento masivo, popular y, a la vez, elitista. Si bien sus niveles de organización y alcance le otorgan una masividad y una popularidad de escala global, se sostiene a través de la defensa de los valores de las élites. Mientras que son un evento de encuentro entre la cultura de masas y la cultura popular, se desarrolla una pugna por jerarquizar los valores elitistas transnacionales. Por ende se puede señalar que es un acontecimiento híbrido, masivo y popular donde entran en tensión la dominación, las jerarquías y la subalternidad como principios estructurantes de las sociedades contemporáneas. En este sentido, interesa recuperar los aportes de Pablo Alabarces (2020), quien invita a analizar cómo *“la cultura de masas sigue siendo el gran espacio ordenador, organizador, jerarquizador de toda la cultura en cualquier sociedad”*,

las culturas populares, que parecían esfumadas en los '90, reaparecen en el nuevo siglo, investidas con nuevos ropajes, incluyendo prácticas novedosas, textos inestables-móviles (...) pero que las culturas populares como práctica, como problema teórico político, siempre señalaron, y continúan haciéndolo, la dimensión en la que se negocia, se disputa y se lucha por la posibilidad de una cultura democrática (Alabarces en CALAS, 2020)

Estas pugnas entre lo popular y lo dominante hacia el interior del olimpismo no significan que los Juegos hayan dejado de ser elitistas, al igual que lo eran a fines del siglo XIX y principios del XX. Sino todo lo contrario, porque al ser un evento originariamente de la clase élite universal y global, se sostienen en juego identidades, cuerpos, vocabularios, tonos, gestos y otras formas sutiles de reconocimiento que construyen las fronteras políticas entre quienes pertenecen a las clases altas y quienes no, entre qué países y naciones pueden ser parte de este club privilegiado y otros que no. Como señala la investigadora Victoria Gessaghi (2016), para que existan las clases altas “hacen falta personas capaces de engendrar esos modos y su distinción respecto de las maneras burdas de hablar” (p. 41) y el no identificar ni reproducir esos mismos modos distinguidos es lo que podría considerarse como vulgaridad (Bourdieu, citado en Gessaghi, 2016). Lo interesante del COI es que no solamente establece qué personas no son capaces de engendrar los modos y la distinción del olimpismo, sino que también establece las exclusiones hacia aquellas naciones, pueblos y atletas que no pueden ser parte del olimpismo. Más allá de que este organismo persiga la ampliación del número de deportistas y países que participan en cada cita olímpica y se atribuya una representación más amplia que la ONU, lo cierto es que los Juegos Olímpicos son protagonizados por las potencias globales, que encuentran en este escenario un nuevo canal para canalizar y desarrollar sus conflictos, a la vez, que buscan tener la mejor posición posible en el medallero para exponer ante el mundo el “éxito” de sus modelos políticos y económicos y la “grandeza” de sus naciones.

Para la construcción de esta tesis se asistió periódicamente durante el 2020 y el 2021 a reuniones institucionales organizadas por distintas comisiones del COA. En este marco se encontraron círculos de características cerradas y acotadas. Por ejemplo, para ser parte de dichas reuniones virtuales se debían respetar de una manera marcada las exigencias organizativas, como la confirmación de asistencia o tener una actitud muy respetuosa en las formas de comunicarse a través del grupo de Whatsapp por donde se realizaban las convocatorias. Además, eran espacios a los que solamente se podía acceder si se conocía a alguien del COA. Asimismo, una de las características más señaladas en esta dirección es que el número de participantes siempre era un número acotado, más allá de que la actividad pudiese convocar a atletas de gran reconocimiento público.

Sin embargo, (en primera persona) tuve la impresión de que todas las personas que allí participaban parecían tener una determinada historia que las unía con el olimpismo, como si

eso les otorgase un estatus o un prestigio ante el resto de la sociedad. Una distinción que parecía que aquellas y aquellos que estaban presentes solamente parecían entender, compartir y resguardar. Al mismo tiempo, las historias, las anécdotas y los recuerdos sobre acontecimientos relacionados con los Juegos Olímpicos eran compartidos de una manera que las y los vinculaba afectivamente a ese interés en común, creando afinidades hacia dentro del grupo y marcando diferencias con quienes no eran parte de esas experiencias, resguardando una experiencia y un legado del que se sentían parte y guardianes.

Si bien el trabajo de campo se realizó de una manera virtual durante la pandemia originada a causa del COVID-19, previa y posteriormente a este período, las reuniones que estos grupos llevan adelante en el marco de las comisiones del COA se realizan en la sede de esta institución, ubicada en el barrio porteño de Recoleta. Que la sede se encuentre en el barrio más caro y más emparentado con las élites de Argentina afirma una determinada posición en el espacio social y da *“la sensación de pertenecer a un mundo civilizado y más culto”* (Bourdieu, cit. en Gessaghi, 2016, p. 42). Si la sede del deporte olímpico está en el barrio más aristocrático es porque el olimpismo representa *“la excelencia”* del rendimiento deportivo y de una clase social. Un espacio de privilegio donde solo se puede acceder si se tienen ciertos valores e ideas que hacen la condición y a la experiencia olímpica. Esta pertenencia privativa se sostuvo en una participación acotada y medida aún ante la posibilidad virtual en la pandemia, dando cuenta de que la grupalidad y comunidad conformada imprime sostenidamente el carácter cerrado de élite del COA.

Esto transforma al olimpismo en una red de vínculos particular y específica, basada en el elitismo y en la búsqueda de legitimar posicionamientos políticos a través del deporte. En este sentido, en las reuniones del COA se pudieron encontrar lazos, relaciones y la reproducción de una élite nacional que se mantiene vigente a través de los espacios de encuentro del olimpismo nacional.

VI. Desde su resurgimiento moderno, los Juegos Olímpicos son un espectáculo que abraza las innovaciones de la época y desde donde leer “hacia dónde va” el mundo. Esto significa que va en búsqueda de la integración de los avances tecnológicos de cada momento histórico, transformándose en lugares donde se conjugan la novedad científica con las últimas innovaciones en materia arquitectónica, ingenieril, urbanística y artística. Todo esto busca crear escenarios que garanticen la espectacularidad y el factor épico que demanda y requiere el deporte olímpico. No solamente deben impresionar al mundo con estadios que tengan los

últimos artefactos en transmisión de imágenes, sino que deben hacer que la competencia que allí ocurre tenga una epicidad que no se pueda encontrar en otro lado. Y, de esta manera, el desafío de la próxima edición olímpica es superar a la anterior, sofisticando y perfeccionando la utilización de tecnologías y la construcción de los escenarios deportivos en el marco de ciudades que tienen que adecuarse a estos avances, al afrontar el desafío de las exigencias y requisitos que el COI impone para la organización de una cita olímpica. Esta idea de constante evolución hace que sean espacios desde donde interpretar los desplazamientos del sistema mundo, porque cada una de estas transformaciones se desprenden de las agendas políticas, económicas y culturales de las grandes potencias occidentales. Por ejemplo, la organización de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 buscó mostrar una España “joven” con las condiciones necesarias para adaptarse al nuevo escenario internacional del Consenso Internacional de Washington y, para que eso ocurra, fue fundamental borrar cualquier tipo de rastro del franquismo y, mucho más, de la República Española. Por ende, se llevó adelante una transformación urbanística de la ciudad con el fin de borrar los vestigios del pasado y demostrar que España estaba en condiciones de ser protagonista dentro de organismos como la Unión Europea. A la vez, se utilizaron las últimas tecnologías en materia de comunicaciones, siendo los primeros Juegos seguidos por audiencias de millones de personas a través de la satelización de las imágenes.

VII. En los Juegos Olímpicos se hacen presentes narrativas de ímpetu violento y varonil que muestran como aceptable y deseable abrazar el sufrimiento. En torno a esto se crea un sentido donde se legitima violentar a la figura del atleta con tal de ser necesario para alcanzar el logro deportivo. En este punto, es de suma importancia señalar cómo se constituye una idea sobre lo varonil conectado al ejercicio vehemente de la violencia y a aguantar todo tipo de sufrimientos. De este modo, lo varonil se constituye de una manera signada por la capacidad de callar, aceptar, tolerar e, inclusive, de comprender como un factor indispensable y necesario el sufrimiento porque ese es el único camino posible que existe para vencer en el deporte. En otras palabras, una masculinidad que indica que hay que aceptar las cosas como son y, en el caso de fracasar, intentarlo nuevamente. Por ende, en la instancia olimpista en prácticamente ningún momento se narra la condición varonil desde la reposición de sujetos con un pensamiento crítico ante las lógicas y las dinámicas del alto rendimiento o que puedan tener acciones de cuidado, tan evidentemente necesarias en los tiempos de avance del COVID-19. Todo lo contrario, fueron expuestos al contagio del virus en momentos donde ni siquiera había vacunas aún. La mención de estas situaciones permite exponer la presencia de

distintos atletas masculinos del alto rendimiento que reponen este tipo de masculinidad que soporta y puede superar cualquier tipo de adversidad.

Como se mencionó en uno de los apartados, no es una casualidad que Novak Djokovic, presentado como uno de los referentes del prototipo de varón atleta exitoso contemporáneo, haya negado la pandemia y criticado la acción de Simone Biles de retirarse de las competencias de Tokio 2020+1 para cuidar su salud. Mientras transcurría la plena pandemia, el propio Djokovic organizó en junio del 2020 en Serbia un torneo de exhibición que violó todos los protocolos sanitarios, permitiendo que el público asistiera al estadio sin el uso de barbijos y sin respetar la distancia social. Es más, tras la finalización de los partidos del torneo, los tenistas que participaron de esta edición tuvieron una fiesta y, posteriormente, se contagiaron COVID-19, así como el propio Djokovic y muchas de las personas espectadoras. Esta forma de vivir y de ser un varón deportista “que todo lo puede” se materializa en actos que no contemplan el cuidado propio ni de los demás o el respeto y el registro por las otredades, abriendo paso al peligro como condición en las propias vidas de quienes son profesionales del deporte.

Por otra parte, es prominente indicar que el sistema deportivo que se reproduce desde el olimpismo no tiene lugar para las otras corporalidades, aquellas que no encajan dentro de lo deseable del proyecto civilizatorio moderno y del mandato de la heterosexualidad. Aquí entran las personas no binarias, las transgéneros, las intersexualidades, las ancianidades, las niñeces, las discapacidades. Por lo tanto, si desean ser parte de un Juego Olímpico, aparecen acciones de persecución, exclusión o invisibilización que las vulneran y violentan. Aun con cambios culturales pronunciados en las últimas décadas, parece sostenerse relativamente inamovible el criterio ideal de los cuerpos que responden a las formas deseables de ser atleta que tiene el COI, un criterio basado en la figura del deportista heredada de la cultura de la Grecia Antigua. Un héroe mítico varonil que posee las capacidades de enfrentar cualquier obstáculo a través de la fuerza, la templanza y una musculatura imponente que le otorgue la capacidad de aguantarlo y soportarlo todo.

En parte de lo presentado en esta tesis, las producciones de la industria cultural operan reforzando las figuras heroicas del olimpismo construidas a partir de atravesar vulneraciones a su salud, padecimientos, abusos, humillaciones, derrotas y distintos tipos de violencias, presentadas como “necesarias” para poder alcanzar el éxito, el reconocimiento y así pasar a la historia del deporte. Por esto no solamente se reduce al plano ficcional, sino que también es

reforzado por las narrativas que despliega el COI a través de sus publicaciones oficiales de sus redes sociales, donde el modelo de atleta que es deseable alcanzar es quien haya tenido la capacidad de reponerse de la adversidad y el dolor.

VIII. El movimiento olímpico tiene a disposición una serie de dispositivos destinados al disciplinamiento de países, naciones y atletas. Uno de los más destacados es el doping, un mecanismo de control que funciona como un enorme paraguas y que aparece en escena como una carta habilitada para sancionar a quien se deba disciplinar. Los casos de dopaje abarcan una gran variedad de situaciones, por lo que entran en juego en distintas coyunturas. Desde una sanción a la corredora sudafricana Caster Semenya por su supuesto exceso de testosterona (que en realidad es simplemente una no adecuación a los estándares biomédicos que fijan cuál es modelo permitido de atleta mujer cisgénero) hasta la imposibilidad de que todas y todos las y los atletas rusos hubiesen podido competir en los Juegos de Tokio 2020+1 con la bandera de su país debido a denuncias que se desprendieron de conjeturas que afirmaban que el gobierno ruso llevó adelante un programa de dopaje para favorecer a sus representantes en las competencias internacionales. Lo cierto es que la fuerza de los castigos por dopaje parece variar según quien sea la o el atleta o el país que se encuentra siendo sancionado.

No tuvo la misma resonancia ni importancia la comprobación del doping de la gimnasta estadounidense Simone Biles que la persecución padecida por Caster Semenya por aludidos rasgos masculinos estéticos que supuestamente le otorgarían una ventaja al momento de correr. No por casualidad, el hostigamiento que sufrió empezó en el mismo momento en que inició su éxito deportivo. Los dopajes funcionan como posicionamientos que en el trasfondo claman por una adecuación a un determinado modelo de atleta que fue institucionalizado por la biología y las ciencias médicas, y que fue abrazado y reproducido por el olimpismo. A su vez, el doping nos invita a pensar en otra dimensión, el uso de tecnologías para el desarrollo de las trayectorias deportivas. Esto deja en evidencia dos cuestiones. Por un lado, que no hay algo así como un cuerpo orgánico (común o único), libre de intervenciones (o completamente ajustado a ellas) y, por otra parte, que los avances científicos y las sustancias que se establecen como legales se ajustan como tales en acuerdos con las regulaciones e intereses dispuestos por la legislación deportiva. Por ende, hay un dilema aquí entre tecnociencia, deporte y cuerpo, al ponerse en tensión dos modelos de la figura atlética del olimpismo que serán leídos desde la noción de ciborg (Haraway, 1984). En primer lugar, el deportista ciborg

posthumano, aquel en que es imposible trazar las fronteras entre lo que es humano y lo que no, porque los avances tecnológicos construyeron un escenario deportivo híbrido (López Frías, 2017). Y, en segunda instancia, el modelo de ciborg transhumano, que abraza el uso de la tecnología a partir de entender que puede hacer que la o el deportista pueda ir más rápido, más alto y más fuerte, pero muy atado a los avances de la técnica y a la par de las legislaciones que habilitan esos desarrollos.

Ya de por sí este concepto nos habla de la existencia de atletas que por condiciones personales, de procedencia, de intersecciones y de maneras de manifestarse, se alejan y embarran al sujeto ideal construido de forma dominante en el deporte. Pero, a la vez, esta categoría nos aporta herramientas para indicar las propias contradicciones legislativas (o la existencia de una doble vara) del COI en relación con el doping porque hay tecnologías y sustancias que sí están permitidas para el “progreso” del deporte global. Con lo expuesto en la tesis se distingue que las consecuencias o las sanciones de estos usos dependen de quiénes sean y de la nacionalidad del atleta. Una de las tantas observaciones que se pueden realizar sobre esto es si hubiese sido posible la trayectoria de Lionel Messi sin el tratamiento hormonal que financió el club español Barcelona para que su cuerpo continuara desarrollándose y así ser apto para competir en el más alto rendimiento.

Sin embargo, esto no se agota en el atleta, sino que se expande al plano de los países y naciones. Se podría afirmar, o sugerir, analizar, la presencia de una conexión entre las sanciones y el tipo de atleta. La persecución a Caster Semenya es posible leerse como un ensañamiento con una mujer negra, lesbiana y humilde que a través de sus logros puso en crisis los patrones occidentales en torno a lo que es ser una mujer deportista. Lo mismo se puede interpretar con las sanciones a Rusia (por cuestiones geopolíticas de otro tenor). Estos casos demuestran que hay decisiones del COI que son violentas y persecutorias, pero que al mismo tiempo, son parte de las cartas o reglas que las potencias occidentales tienen a disposición para desarrollar sus injerencias en el tablero de la geopolítica internacional. Esto queda más en evidencia cuando se tiene en cuenta que hay otras y otros atletas o países que no reciben advertencia alguna por situaciones similares, se les deja pasar.

Los casos como el de Semenya, la sanción masiva al deporte ruso y los modelos de atletas ciborg nos invitan a reflexionar cómo la ciencia entró en crisis en tanto institución legitimada para ser la encargada de delimitar los sexos y “*patrullar las fronteras entre varón y mujer*” (Chase, 2013, p. 54). En la actualidad, este patrullaje científico es “*cada vez más errático,*

confuso y contradictorio” (Fernández López, 2020, p. 36), por lo que también pone en evidencia la necesidad de repensar cuáles son los usos y los objetivos del doping en un sistema deportivo y un mundo donde las y los propios atletas constantemente desafían las fronteras entre lo natural/orgánico y lo artificial/tecnológico, dando cuenta de que en tiempos contemporáneos el deporte es un espacio híbrido que pone en total obsolescencia la idea heredada de la modernidad que señalaba la existencia de una naturaleza escindida de la cultura.

IX. En los Juegos Olímpicos se produce un movimiento dialéctico entre lo mensurable y lo no mensurable. Por un lado, se hace presente la necesidad de cronometrar y tener un registro preciso de los esfuerzos de las destrezas físicas y de los resultados de las competencias. Sin embargo, las fuerzas que llevan a concretar el proyecto olímpico no son medibles ni cuantificables. Mientras que, por un lado, el deporte olímpico refuerza la idea del deporte como un ritual del récord (Guttman, 2000), por otra parte, los Juegos Olímpicos se plantean como una plataforma donde siempre se tiene que ir más allá de lo esperable y, de este modo realizar algo no cuantificable ya que cada cita olímpica requiere una novedad en términos de epicidad. Es decir, en cada edición de los Juegos se está expectante sobre si las y los atletas podrán romper un récord ya existente y así establecer una nueva marca que se ubicará como el nuevo desafío a superar o si la ciudad organizadora tendrá las condiciones para explorar y ofrecer innovaciones que hagan la experiencia olímpica más novedosa aún.

El olimpismo es la espectacularidad del proyecto modernizador en su máxima expresión. Si lo cuantificable está en las competencias deportivas, lo no medible transcurre en todo lo que ocurre y se invierte alrededor del deporte, la convocatoria de millones de personas, las tecnologías más sofisticadas que son aplicadas o la impresionabilidad que puedan ofrecer los escenarios deportivos son los elementos que avalan y justifican la existencia de las citas olímpicas. La dialéctica de lo medible y de lo que no puede serlo crean una dinámica que le confiere a los triunfos deportivos un halo de heroísmo que se transforma en episodios desde donde leer un período histórico determinado. Como, por ejemplo, durante los Juegos Olímpicos de 2008, 2012 y 2016, el nadador estadounidense Michael Phelps y el corredor jamaicano Usain Bolt dominaron la escena olímpica porque en cada una de ellas lograron alcanzar las medallas doradas a partir de superar sus propios récords. En el caso de Phelps, en 2008 se transformó en el atleta que más medallas ganó en un mismo Juego Olímpico al obtener ocho doradas. Mientras se generaban ansias por conocer cuáles serían sus próximos

registros, también se encontraba la incertidumbre por no saber hasta qué punto podrían superarse a ellos mismos.

X. Las denuncias realizadas por atletas en Tokio tuvieron una sinergia con la agenda política y social de la época. A lo largo de esta tesis se entendieron los Juegos Olímpicos como un nodo y un catalizador que permite encumbrar de manera espectacular conflictos relacionados con la geopolítica, el género, la salud, las corporalidades, Las conexiones entre esta distintas problemáticas no son siempre nítidas pero la intención de esta tesis fue encontrar el hilo entre estos ejes de los problemas sociales.

En el caso de Tokio 2020+1 se produjo la particularidad de que estos posicionamientos lograron establecer un diálogo con la agenda política de la época, y con movimientos y organizaciones que desarrollan militancias políticas sobre estas temáticas. Sobre esto, es necesario señalar que el retiro de Simone Biles para cuidar su salud, los brazos cruzados de Raven Saunders en representación de todas las personas oprimidas o el retiro prematuro de Delfina Pignatiello por los ataques sufridos en las redes sociales dieron cuenta de un momento histórico donde el deporte no estaba escindido de las problemáticas que ocuparon una centralidad en las agendas públicas y mediáticas durante el transcurso de la pandemia a causa del COVID-19, que marcó lo que podría denominarse como un período bisagra en un determinado espacio temporal (Koselleck, 1993).

En el caso del deporte olímpico se pudo observar cómo este quiebre se materializó en las denuncias realizadas por algunas y algunos atletas que asistieron a Tokio y cómo estas expresiones causaron una sinergia con la agenda política y social de un mundo donde el avance y las consecuencias del COVID-19 alteraron las experiencias, las costumbres, las capacidades de las instituciones y las dinámicas de un sistema mundo (Wallerstein, 2006) que se enfrentó a la incertidumbre planteada por un escenario totalmente disruptivo y cuestionador para las premisas con las que se fundó la modernidad.

A diferencia de los puños en alto del “black power” de los corredores estadounidenses en el podio durante los Juegos Olímpicos de México 1968 o de los conflictos geopolíticos expresados mediante atentados en Múnich 1972, en la actualidad existe una agenda política de alcance global que es impulsada por instituciones como las ONU y que contempla la búsqueda de vías de diálogo y el abordaje para distintas problemáticas sociales, como el racismo, el género, la salud, las corporalidades o los conflictos bélicos.

En la actualidad y en el marco de un régimen de políticas de identidad y de reconocimiento, con una clara institucionalización de estas luchas que forman parte de la agenda política impulsada por instituciones como la ONU, la existencia de una sinergia fue posible porque hay un escenario que ocasiona que sea más permisible expresarse políticamente dentro del status quo. Esto se debe a que hay un piso alcanzado que en otro momento no existía. Esta es la diferencia entre 1968 y 2021, que el actual escenario encapsula esas demandas dentro de luchas reconocibles, nombrables e identificables.

El señalamiento de esto no es menor porque no fue algo nuevo la aparición de lo político en los Juegos Olímpicos, sino que la novedad estuvo centrada en la manera en que fueron expresados los desacuerdos y cómo encontraron una conversación con el afuera de las fronteras del olimpismo. Para que esto suceda, fue primordial que las agendas institucionales, públicas y mediáticas cubrieran con atención estos diversos reclamos. Y si esto sucedió fue porque daban cuenta de procesos sociales y culturales más amplios que se dieron en el marco de la pandemia del COVID-19.

XI. La década de 1980 y 1990 marcaron un quiebre en la organización de los Juegos Olímpicos. La alianza comercial y estratégica del COI con los grupos económicos que lo sponsorean abrió paso a un período en que los intereses privados tuvieron cada vez mayor poder de decisión sobre los funcionamientos y los modos de organización del deporte olímpico. En este nuevo contexto, las y los atletas pasaron a ser las caras de las marcas de multinacionales como Coca Cola, Nike o Gatorade y a desarrollar carreras profesionales donde empezaron a firmar contratos millonarios, filmar spots publicitarios e inclusive protagonizar películas de cine. Al mismo tiempo, los estadios, las estructuras que rodearon a las competencias y las tecnologías de la comunicación con que se difundieron las imágenes otorgaron un salto cualitativo y un cambio de percepción que habilitó la espectacularidad de las transmisiones que comenzaron a ser difundidas a millones de personas por medio de la satelización. Tal vez el más claro ejemplo de estas transformaciones sea el primer recuerdo de esta tesis. A mediados de la década de 1990, con mi familia salimos a pasear por el centro de la ciudad de La Plata. Generalmente, el paseo incluía ver una película en el cine y comer en McDonald's. En una de aquellas oportunidades, observé que en las paredes de la sucursal había colgados cuadros artísticos donde estaban pintadas las siluetas de atletas mediante la utilización de distintos colores y de fondo un color negro. En dicha ocasión me llamó la atención la estilización, el modo en que se construían aquellas figuras deportivas, era algo

abstracto pero daba la sensación de ser algo algo “futurista”. Aunque sin embargo, dichas pinturas hacían alusión a los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992, que ya habían transcurrido. Casi treinta años después de aquel episodio, comprendo que aquellas imágenes eran una muestra de la profunda alianza que se había tejido entre el deporte y las empresas multinacionales.

XII. Desde su resurgimiento moderno, los Juegos Olímpicos excluyeron y persiguieron a todas aquellas personas que no se ajustaron a la racionalidad y los valores hegemónicos, cisgénero y heterosexuales. A lo largo de su historia contemporánea, llevó adelante una “*ansiedad sobre la verdad del género*” (Butler, 2008, p. 107), desplegando distintos mecanismos para desarrollar una perspectiva profundamente varonil en la forma de concebir y organizar el deporte. A principios del siglo XX fueron las mujeres quienes tenían imposibilitada la participación en el deporte olímpico ya que, como han señalado los feminismos liberales, era un momento histórico de occidente que entendía que su participación social debía reducirse al espacio privado, a las tareas del hogar, al cuidado de las y los niños y, sobre todo, a la sumisión a la figura del esposo. Con el correr de las décadas y el desencadenamiento de las dos guerras mundiales y el traslado de los hombres a los frentes de batalla, la mujer (un tipo de mujer) empezó a ocupar distintas esferas de la vida social, como los trabajos en las fábricas y su presencia en las competencias deportivas. En este último caso no estuvo exento de luchas contra las constantes resistencias por parte de las instituciones legislativas del deporte. Para la década de 1960, con el avance de los movimientos feministas y de mujeres y sus militancias políticas por la ampliación de derechos y de reconocimiento, creció en términos cuantitativos la presencia de atletas femeninas en el deporte profesional.

A comienzos del siglo XXI, todas las resistencias desplegadas por el COI se concentraron en que no puedan ser parte del olimpismo todas aquellas personas que no se ajustan al ideal de la figura atlética moderna, construida en base a estándares biomédicos, estéticos y culturales occidentales, anglosajones y de las élites contemporáneas. Aquí entran las mujeres que no se encuadran en estos parámetros, las personas no binarias, las intersexualidades, las ancianidades, las niñeces, las minorías étnicas y raciales, quedando excluidas del deporte olímpico todas aquellas personas que no pueden sostener trayectorias que reproduzcan o la visión biológica, o varonil, y/o heroica de entender el deporte. Si a las mujeres con supuestos altos niveles de testosterona o a las personas transgénero se las obliga a realizar tratamientos

médicos para adecuarse a los estándares que pretende el COI, no es porque esto signifique una ventaja deportiva, sino porque tensionan y rompen con un esquema en torno a qué es ser una mujer y qué mujeres son las que pueden desarrollar trayectorias deportivas.

XIII. La propagación del COVID-19 representó un momento en que se separó lo viejo de lo nuevo. Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 se convirtieron en una postal de una época signada por los protocolos sanitarios, el distanciamiento y el aislamiento social, el uso de barbijos y del alcohol en gel, la crisis en los sistemas de salud, las carreras por parte de distintos Estados y laboratorios por crear vacunas que pudieran contrarrestar el virus, la incertidumbre ante la interrupción de las cotidianidades y las olas de contagios y las muertes diarias que fueron causadas por el avance del COVID-19. Esto hizo que este momento pueda ser interpretado como un umbral, donde se escindió “*lo viejo de lo nuevo*” (Koselleck, 1993). Y el deporte no fue la excepción a este quiebre de lo que estaba sucediendo en el mundo. Para su retorno, se realizaron la instalación de burbujas, protocolos de aislamiento y se acostumbró la ausencia de públicos, aunque no debe pasarse por alto que para que se concreten estos regresos fue notoria la presión que ejercieron ciertos intereses privados que poseen y comercializan los derechos de las imágenes del deporte. Un ejemplo de esto fueron las burbujas sanitarias que se instalaron en el predio que Disney World posee en la localidad estadounidense de Orlando para albergar a los jugadores de la NBA y que así esta liga pudiera volver a disputar sus encuentros a mediados del 2020 en pleno avance del virus.

Al igual que millones de personas, las y los atletas fueron expuestas y expuestos al contagio del virus en pos de garantizar la continuidad de las ganancias de los grupos económicos que financian las estructuras y las organizaciones del más alto rendimiento deportivo. Con tal de que “el show continúe” el cuidado de su salud no fue contemplado y no faltaron casos en que deportistas padecieron el contagio del COVID-19, lo transitaron de una manera que las y los llevó a padecer situaciones de fragilidad a causa de la fiebre, los dolores musculares y la pérdida de peso. Esto cobra más gravedad teniendo en cuenta que cuando se realizaron los Juegos Olímpicos de 2020+1, Tokio había sido declarada como un sitio en emergencia porque se encontraba enfrentando su cuarta ola de contagios y en Japón apenas se habían aplicado 3,5 millones de dosis de vacuna para una población total de 126 millones de personas. Lo cierto, es que el COI no se mostró compungido en poner en peligro la salud de las y los atletas con tal de evitar la suspensión de estos Juegos que le hubiesen significado pérdidas por 35.600 millones de euros (Gantman, 2020). La decisión de seguir adelante con

su organización fue una reactualización y un recrudescimiento de las narrativas que proliferaron en este momento histórico, del “que se muera quien se tenga que morir” y el “sálvese quien pueda”, el primar la economía por sobre la vida, como si la libertad contemporánea estuviese en lo económico.

XIV. Que los Juegos de Tokio 2020+1 se hayan realizado es una muestra del triunfo de una perspectiva colonizadora de los epicentros de la globalidad. Lo más encriptado y contradictorio es que esta cita olímpica fue celebrada en un momento en que el sistema mundo estaba transitando una crisis cataclísmica sin precedentes debido al COVID-19. Sin embargo, las dinámicas de la occidentalidad establecieron que “la fiesta” no podía detenerse. Lo cual da cuenta de que el proyecto político del olimpismo es profundamente violentador, porque depreda con todxs y todo aquello que no puede cumplir con sus exigencias. En el sentido en que su exacerbación del proyecto modernizador, que siempre busca ir por más, no posee ninguna preocupación o reparo que se detenga en el valor de la vida de las personas, y muchos menos, una contemplación por el cuidado del mundo. Si Tokio 2020+ 1 se realizó fue porque existe una perspectiva colonizadora que concibe que el hombre puede hacer lo que quiera y cuando quiera con las mujeres, con las infancias, con las ancianidades, con las sexualidades fuera de la norma, con las minorías étnicas y religiosas, con todxs lxs oprimidxs e inclusive con la naturaleza.

Una de las certezas que se pueden enunciar sobre los años de pandemia es que dejaron sociedades atomizadas, tejidos sociales vulnerados, representaciones políticas debilitadas, grupos sociales sin perspectivas de claridad sobre su futuro, en especial para las juventudes, la imposibilidad de transitar por duelos por las pérdidas humanas, economías frágiles y dinámicas sociales donde las redes sociales empezaron a ser el principal espacio de encuentro e interacción social. En todo este escenario, los Juegos de Tokio reforzaron narrativas acerca de que no había que detenerse en nada de todo esto, porque el ideal del progreso implica ir hacia adelante, ocurra lo que ocurra. Y lo que hicieron atletas como Simone Biles fueron acciones que dieron testimonio de que la humanización de la vida *“no pueden darse sino mediante la visibilización del conflicto, y que en el consenso y la conformidad no se experimenta más que el silenciamiento y entumecimiento de lxs vulneradxs y oprimidxs”* (Gaona, 2015, p. 240).

XV. Teniendo en cuenta las reflexiones mencionadas previamente, en esta instancia se propone desarrollar una definición sobre los Juegos Olímpicos. Para esto, se deben

abordar distintas dimensiones que permitan ahondar en las múltiples complejidades que se manifiestan en un evento que pretende la representatividad de lo universal y global.

En primer lugar, señalar la cuestión epocal que ofrece cada Juego Olímpico, porque cada edición es una fotografía de un momento histórico. No sólo del deporte sino de lo que sucedía en el mundo en ese entonces, ofreciéndonos una referencialidad y un lente sobre dónde se encontraba el horizonte que se deseaba alcanzar en dicho momento.

En segunda instancia, mencionar el objetivo con el que resurgió el olimpismo moderno. Este evento se planificó como una celebración de la exacerbación del proyecto modernista, caracterizado por la expansión del imperialismo y el colonialismo y la extensión de las vías de transportes y las comunicaciones. Por ende, en su espíritu se encuentra la constante búsqueda de la superación, siempre ir por más.

En tercer lugar, los Juegos Olímpicos son un espacio donde constantemente se encuentran aplicando y desarrollando nuevas y más sofisticadas tecnologías de la comunicación con la finalidad de mejorar las transmisiones y la espectacularidad de las competencias deportivas. De ese modo se crea un halo de distinción sobre lo que transcurre en las contiendas olímpicas. En otras palabras, el mensaje es que lo que ocurre deportivamente allí no pasa en ningún otro torneo o acontecimiento.

En cuarta instancia, exponer la magnitud de lo político que se expresa en los Juegos Olímpicos. Toda cita olímpica representa una perspectiva y una institucionalización política por parte del COI. En este marco, en cada una de las ediciones se premia, incluye y reconoce a ciertas y ciertos atletas y países y excluye, persigue y castiga a otras y otros. Mientras que por un lado se distingue todo aquello que reproduce y refuerza las narrativas sobre la figura deportiva varonil que es resiliente y que todo lo tolera, se pena a quienes no se ajustan a estos parámetros, ya sea porque tienen corporalidades que no son las que señalan como deseables los estándares dictados por los aportes biomédicos anglosajones o porque expresan posicionamientos contrarios a los de la agenda de las potencias occidentales. En los Juegos Olímpicos se representa un sistema mundo donde hay quienes mandan y quienes obedecen.

En quinto lugar, ahondar en su magnitud competitiva. Como ya se mencionó, los Juegos son un acontecimiento elitista y el plano deportivo no es la excepción. Por lo tanto, quienes asisten son las y los mejores atletas del mundo en sus respectivas disciplinas, aquellas y aquellos que tienen la capacidad de alcanzar triunfos que puedan establecer nuevos récords.

Aunque, ya de por sí, el hecho de asistir a ese evento es considerado como un logro. El nivel competitivo que se convoca y se puede admirar genera que las narrativas olímpicas, públicas y mediáticas construyen discursos que hacen énfasis en señalar que lo que transcurre deportivamente en un Juego Olímpico no sucede en otras competencias. Y, además, brinda un reconocimiento de tal magnitud a las y los ganadores que las y los convierte en las y los “mejores” de su deporte durante los próximos cuatro años.

En sexto lugar, albergar un Juego Olímpico puede representar la vulneración de la soberanía para el Estado-nación que lo organiza porque el COI les exige que desoigan sus propias leyes, reservándose el derecho a realizar negociaciones de forma directa con las ciudades anfitrionas y les exige a las y los líderes nacionales que obedezcan la Carta Olímpica, con lo cual socavan la soberanía del Estado (Latty, cit. en Besnier, Brownell y Carter, 2018, p. 348). De este modo, los grupos económicos privados obtienen ganancias millonarias con la comercialización de los Juegos, pero los Estados Nación registran pérdidas de igual magnitud, más allá de que tengan la oportunidad de usarlo como una vidriera ante el resto del mundo, como sucedió con los Juegos Olímpicos de Atenas 2004.

Esto permite reflexionar acerca de cómo la organización de este evento representa la extensión de un modelo político, económico y cultural de tintes neoliberales con una escala global y que pregona la desterritorialización de las prácticas deportivas de sus territorios nacionales específicos, la desregulación de los mercados, la privatización y el corrimiento del Estado como el responsable de garantizar el bienestar social. Al respecto presentan una visión del mundo sobre las herramientas tecnológicas y su conexión con lo humano, lo orgánico y el ambiente que pregona su innovación y desarrollo espectacular por sobre nociones de habitabilidad y sustentabilidad,

Asimismo, los Juegos Olímpicos construyen a través del deporte una narrativa de la espectacularidad, el progreso, la superación y de una integración sin fronteras, pero donde la conflictividad política se desvanece ya que solamente tiene como finalidad ser un lugar de celebración de un sistema internacional construido en la modernidad. El triunfo de la dominación de lo varonil, blanco, de las élites contemporáneas, lo cisgénero y heterosexual por sobre el resto de las otredades del mundo.

Considerando lo previamente expuesto, se puede afirmar que en los Juegos Olímpicos se puede rastrear y encontrar hacia dónde se dirigen los procesos políticos que proponen las

potencias del mundo, qué cuestiones son las que se pretenden dejar atrás y qué nuevas problemáticas aparecen en escena. Asimismo, las narrativas que anuncian la supuesta idea de un orden y el progreso con la capacidad de garantizar la paz del mundo a partir de una integración que borra con la conflictividad política dan cuenta de una perspectiva que reafirma quiénes son los que ostentan y ejercen el poder y quienes no. A la vez, refuerzan la idea del éxito mediante el mérito propio y que todo es posible si te esfuerzas lo suficiente, yendo más rápido, más alto y más fuerte. En base a esto, los Juegos Olímpicos son un dispositivo donde se transmite un legado modernizador de la burguesía varonil europea conformada en la época victoriana y continuada por las élites globales contemporáneas, donde se narra la propuesta de un solo camino posible y de un solo triunfador. Un posicionamiento que ni siquiera una pandemia como la del COVID-19 pudo frenar. En conclusión, los Juegos Olímpicos simbolizan y proponen el mito de superación de la modernidad y la fantasía meritocrática de que, si te superas, vas a estar mejor.

Esta tesis fue escrita al calor de la pandemia. En marzo de 2020, se redactaron los primeros avances cuando en nuestro país se decretó el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio y su finalización fue a finales de noviembre del 2023, momentos en que el avance electoral de la extrema derecha en nuestro país amenazó con atacar los derechos y los logros conquistados por las grandes mayorías, proponiendo un futuro hostil para el conjunto de la sociedad. En este marco, las reflexiones que dieron sustento a esta presentación fueron producidas en un escenario social cambiante y dinámico de un momento histórico signado por dos cuestiones. Por un lado, el miedo, la angustia, la incertidumbre al contagio y la muerte por el COVID-19. Y, por otra parte, por el crecimiento de los discursos y las amenazas de violencia que enuncian los movimientos ultraderechistas, que tienen conexiones políticas con el olimpismo local⁵⁵.

⁵⁵ En noviembre de 2023, el empresario argentino Gerardo Werthein (presidente del COA entre 2009 y 2021 y miembro del COI) fue designado como embajador en EE.UU por el gobierno de la Libertad Avanza. La designación de Werthein, que a lo largo de su trayectoria se dedicó al mundo de los negocios (fue vicepresidente de la compañía Telecom), se produjo luego de haberle facilitado al presidente electo, Javier Milei, un avión para su primera gira por EE.UU., donde se reunió con representantes del gobierno estadounidense en un momento en que Argentina afronta una relación delicada con dicho país por la vulnerabilidad económica y política que implica el pago de la deuda externa con el FMI, contraída durante el período del gobierno de la Alianza Cambiemos (2015-2019).

Las conexiones entre la política y el deporte en el plano local e internacional nos permiten vislumbrar cómo las prácticas deportivas son un lugar para dar rienda suelta a las narrativas y los desplazamientos que predominan en cada uno de los momentos históricos. En un período signado por la incertidumbre que dejó la pandemia, el deporte no tiene las condiciones de planificar lo que el mundo no puede garantizar, pero sí puede ser el espacio donde se generen las condiciones de certidumbre que necesitan algunos actores para hacer primar sus intereses (Paiva, 2022, p. 191).

El interés por el tema de investigación surgió por mi atracción hacia identificar los fenómenos políticos que se hacen presentes y se expresan en distintas instancias del deporte profesional. Más precisamente, me propuse reflexionar en torno a un fenómeno que se supone universal y global, como lo son los Juegos Olímpicos, procurando hacerlo con reflexiones localizadas, regionales y atentas a los intereses particulares detrás de un fenómeno pretendidamente universal. En ese sentido, me convocó la posibilidad de analizar los novedosos posicionamientos y las formas en que se produjeron las denuncias que se hicieron presentes en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1 ya que entendía que era un momento histórico de desbordamiento de lo previsible y de excepcionalidad para todo el mundo a causa del COVID-19.

En términos institucionales, este trabajo se encuadra en el marco de la obtención de la Beca Doctoral que otorga la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en 2018 y mi participación como docente desde 2019 en la Cátedra II de Culturas Populares y Deporte de la Tecnicatura en Periodismo Deportivo que se dicta en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS) de la UNLP. Esta asignatura ocupa un lugar bisagra para indagar en torno a los saberes del campo de estudios de la comunicación y cultura y los saberes del deporte como práctica social y cultural. En este punto me interesa expresar dos cuestiones. En primer lugar, que esta tesis pretende ser un aporte al fortalecimiento de las líneas de investigación que se desprenden de la Tecnicatura, que se propone ser un espacio desde donde pensar los procesos comunicacionales en un sentido amplio desde el campo del deporte, la cultura y las ciencias sociales. Y, en segundo término, que esta es la primera carrera de sus características en la historia de la Universidad Pública Argentina, al ser presencial y gratuita.

Asimismo, me es necesario señalar que durante el gobierno de Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner (2019-2023) se construyeron espacios institucionales en el Estado destinados a contener las problemáticas que conforman la agenda de los estudios sociales del

deporte, destacándose la creación del Observatorio Social del Deporte en 2019, una unidad de conocimiento conformada por la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (EIDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y el Ministerio de Turismo y Deportes de la Nación Argentina. En 2021, dicho organismo organizó un Concurso Federal de Ensayos sobre Deporte y Sociedad para incentivar a profesionales e investigadoras/es que trabajan sobre el deporte a dar a conocer sus producciones. Entre los trabajos seleccionados se encontró el ensayo de mi autoría titulado “Deporte, Estado y pandemia: reflexiones para indagar en las prácticas deportivas contemporáneas”. La publicación de este trabajo fue de suma importancia para el recorrido de esta tesis ya que fue un aliento y, al mismo tiempo, demostró un claro interés por parte del Estado en reconocer las investigaciones que se preocupan por indagar en las complejidades de los fenómenos del deporte.

Considero que las investigaciones del deporte cumplen un papel fundamental en el ejercicio de pensar los fenómenos sociales de un mundo que transita por un período convulsionado por las secuelas dejadas por el COVID-19, que devinieron en la profundización de las desigualdades políticas, económicas, sociales, materiales, simbólicas y la intensificación de las violencias. Ante este escenario de complejidad y conflictividad para las gubernamentalidades, la producción de conocimiento crítico en el marco de la universidad pública, gratuita y de calidad resulta fundamental para el acompañamiento de los movimientos que ocurren en los entramados sociales y de, esta manera, seguirles el rastro a las transformaciones políticas desde un acompañamiento crítico y académico que pueda ir detrás de los sucesos culturales impulsados por el hacer y los procesos políticos. En este sentido, el lugar de la intelectualidad crítica encuentra su fundamento en acompañar estos desplazamientos y darles una lectura. Más aún, en un momento histórico de suma crisis, como lo fue la pandemia.

Referencias bibliográficas

- Adorno, T. (1993). *Minima Moralia*. Verso Editions. Londres.
- Alarcón, F. (2014). La geopolítica de los Juegos Olímpicos. En: <https://elordenmundial.com/la-geopolitica-de-los-juegos-olimpicos/>
- Alfaro Moreno, T. (2021). “Pandemia y Juegos Olímpicos en Tiempos de Feminismos”. En *Deporte y actividad física: reflexiones desde Latinoamérica: Juegos Olímpicos Tokio 2020-2021: política, género y disidencias en el deporte: edición especial*. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Altuve, E. (2005). “Cuerpo, deporte y globalización”. En *Educación Física y Deportes* (EFDeportes.com). <https://www.efdeportes.com/indic80.htm>
- Appadurai, A. (2001). *Modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo: Trilce [1996].
- Archetti, E. (2003). *Masculinidades: fútbol, tango y polo en Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia [1999].
- Barnett, S. (1990). *Games and sets. The Changing Face of Sport on Television*. Londres, BFI.
- Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad Argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Barrancos, D. (2008). *Mujeres, entre la casa y la plaza*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Barrancos, D. (2018). “Por primera vez en la historia de nuestro feminismo asistimos a un movimiento multitudinario”, *Revista Centro de Formación y Pensamiento Género*.
- Barrancos, D., Guy, D. y Valobra, A (2014). *Moralidades y comportamientos sexuales. Argentina (1880-2011)*. Buenos Aires: Biblos.
- Barrett, M. (2002). “Las palabras y las cosas” en Michelle Barrett y Anne Phillips (comps.), *Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos*, PUEG/Universidad Nacional Autónoma de México.

- Baudrillard, J. (1987) *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Baudrillard, J. (1991). *La Guerre du Golfe n'a pas eu lieu*. Paris, Galilée.
- Baudrillard, J. (1991). *La transparencia del mal*, J. Jordá Catalá (trad.). Barcelona: Anagrama.
- Baudrillard, J. (1993). *La Ilusión del fin. La Huelga de los acontecimientos*. Barcelona, Anagrama.
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. Efe, Fondo de Cultura Económica. México, D.F.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós Básica.
- Beck, U. (1999). *¿Qué es la globalización?*. Barcelona. Paidós.
- Behringer, W. (2009). “Arena and Pall Mall: Sport in the Early Modern Period”, *German History*.vol. 27, n°3.
- Béjar, M. D. (2011). *Historia del siglo XX*. -1ª ed. – Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- bell hooks (2004). “Entender el patriarcado” publicado en *The Will to Change: Men, masculinity, and Love*, Simon and Schuster.
- Besnier, N., Brownll, S. y Carter, T. F. (2018). *Antropología del deporte. Emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. 1ª ed. – Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Betancor León M. A. y Almeida Aguiá, A. S. (2002). “Pierre de Coubertin y el mensaje educativo del olimpismo moderno”. En *Vegueta* N°6.
- Bird Rose, D. (2004). *Informes de un país salvaje: Ética para la descolonización*. University of New South Wales Press, Sydney.

Bonamy, M.B. (2021), “Juegos Olímpicos y Geopolítica ¿Guerra Fría en ropa deportiva?” en *Deporte y actividad física. Reflexiones desde Latinoamérica. Boletín del Grupo de Trabajo Deporte, cultura y sociedad*. CLACSO.

Boulogne, Y-P. (1975). *La vie et l'oeuvre pédagogique de Pierre de Coubertin 1863-1937*, Ottawa, Éditions Léméac.

Boulogne, Y.-P. (1997). “Pierre de Coubertin: ses racines et le Congrès du Havre de 1987”. En *Études Normandes*, 46e année, n°4. Députés des Villes et Députés des Champs.

Bourdieu, P. (1988). “El interés del sociólogo”, Cosas dichas, Buenos Aires, Gedisa.

Bourdieu, P. (2018). *El sentido social del gusto: Elementos para una sociología de la cultura*. -1° ed. - 5° reimpr. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bourdieu, P. y Wacquant L. (1995). *Respuestas. Para una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.

Boykoff, J. (2016). *Juegos de Poder. Historia política de los Juegos Olímpicos*. Ed. Verso Books.

Boyle, R. y Haynes, R. (2009). *Power play. Sport, media, and popular culture*. Edimburgo, Edinburgh University Press.

Bromberger, Ch. y Hayot, A. (1995). *Le match de football. Ethnologies d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*. Paris: Éditions de la MSH.

Butler, J. (1993). *Cuerpos que importan*. - 1a ed. 5ta reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós.

Butler, J. (2008). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós Studio. Primera edición: 2004.

Butler, J. (2014). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós. Primera edición: 1990.

Butler, J. (2023). *¿Qué mundo es este? Fenomenología y pandemia*. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Taurus.

Cabello Escudero, C. (2021). “Las disputas de género de Tokio. 125 años de discriminaciones”. En *Deporte y actividad física: reflexiones desde Latinoamérica: Juegos Olímpicos Tokio 2020-2021: política, género y disidencias en el deporte*: edición especial. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

Cangi, A. (2013, septiembre). Del reparto de lo sensible. Elementos estéticos y políticos para una nueva arqueología del presente. Seminario de doctorado. FPyCS-UNLP. Apuntes de clase.

Carrington, B. (2010). *Race, sport and politics: the sporting black diaspora*. Londres: SAGE.

Chase, C. (2013). Hermafroditas con actitud: cartografiando la emergencia del activismo político intersexual.. En *Debate Feminista*, 47, 48-75. Edición original: 1998.

Chiodi, A., Fabbri, L. y Sánchez, A. (2019). *Varones y masculinidad (es). Herramientas pedagógicas para facilitar talleres con adolescentes y jóvenes*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ciccía, L. (2022). *Cuerpo Atlético, deporte y normativas de género*. Centro de Investigaciones y Estudios de Género. Universidad Nacional Autónoma de México.

Comité Olímpico Internacional (2012). *London Olympic Games Marketing:Media Guide*. Lausanne: IOC

Corriente, F. y Montero, J. (2014). *Citius, altius, fortius. El libro negro del deporte*. 1ra ed., Lazo Negro.

Cortés, T. L. y Méndez, C. P. (2014). La participación de las mujeres en la historia del olimpismo. *Pikara Magazine*.
https://www.pikaramagazine.com/2014/03/la-participacion-de-las-mujeres-en-la-historia-del-olimpismo/#_ftn9

Coubertin, P. (1934). *Pédagogie Sportive, Bureau Internationale de Pédagogie Sportive*. Lausanne.

Coubertin, P. (1935). <<*La Bataille continue*>>, *Bulletin du Bureau Internationale de Pédagogie Sportive*, Lausanne.

Debord, G. (1999). Comentarios a la sociedad del espectáculo, seguido de Prólogo a la cuarta edición italiana de *La Sociedad del Espectáculo*, Barcelona, Anagrama.

Debord, G. (2012). *La sociedad del espectáculo*. 4ª ed. 1 a reimp. – Buenos Aires: la marca editora.

Díaz de Rada Brun, Á. (2007). “Valer y valor: una exhumación de la teoría del valor para reflexionar sobre la desigualdad y la diferencia en relación a la escuela”, *Revista de Antropología Social*, 16, Madrid, Universidad Complutense.

Didon, H (2004). <<Influence moral des sports athlétiques>> [s.n.] [en línea] [Consulta: 07/30/2009] www.gutenberg.org/etext/13284

Di Tullio, A., Smiraglia, R., Penschansky (comp.) (2020). *Feminismos y política. Historia, derechos y poder*. Resistencia, Chaco.

Douglas, M (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Paidós, Barcelona.

Dunning, E. (2014). “El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones”. En N. Elias y E Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. -3ª ed. - México: fce.

Dussel, E. (1994). 1492: el encubrimiento del otro : hacia el origen del mito de la modernidad. UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Plural Editores. La Paz, Bolivia.

Dyreson, M. (1997). *Making the American Team. Sport, Culture, and the Olympic Experience*. Urbana. University of Illinois Press.

Eagleton, T. (2005). *Después de la teoría*. Random House, Barcelona.

Ehrenberg, A. (1991). *Le culte de la performance*. París, Francia: Calmann-Lévy.

Elias, N. (1986). <<Introducción>>, en N. Elias y E. Dunning: *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. México, FCE.

Elias, N. y Dunning, E. (2014). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Pról. de Raymundo Mier G.; trad. De Purificación Jiménez. – 3ª ed. – México: fce.

Enloe, C. (1989). *Bananas, Beaches and Bases. Making Feminist Sense of International Politics*, Berkeley, University of California Press. 2014.

Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: Melusina. Primera edición: 2000.

Fausto-Sterling, A. (2012). *Sex/Gender. Biology in a Social World*. New York: Routledge.

Feinmann, J. P. (2018). *Una filosofía para América Latina*. -2ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Planeta.

Felitti, Karina y Ramírez Morales, Rosario. (2020). Pañuelos verdes por el aborto legal: historia, significados y circulaciones en Argentina y México. *Encartes antropológicos*, (5), 111–145.
<https://encartes.mx/felitti-ramirez-panuelos-verdes-aborto-argentina-mexico/>

Fernández de Gurmendi, S. A., “Iniciativas de las Naciones Unidas para combatir el terrorismo internacional”, *Revista de Relaciones Internacionales* Nro. 17.

Fernández, E. (2016). *Juegos Olímpicos, televisión y redes sociales*. Centro de Estudios Olímpicos de Barcelona. Barcelona.

Fernández E. (2013) “Chronology of Media and the Olympic Games”. Permanent Exhibition. Olympic Museum. Laussane: Comité Olímpico Internacional.

Fernández, E. y Ramajo Hernández, N. (2014): “La comunicación en el deporte global: los medios y los Juegos Olímpicos de verano (1894-2012)”. En: *Historia y Comunicación Social*. Vol. 19. Núm. Especial Marzo. Págs. 703-714.

Fernández, E., Ramajo, N. y Aráuz, M (2014). “Social Media in the Olympic Games: Actors, Management and Participation”. En, BILLINGS, A.; HARDIN, M. (eds.) (2014). *Handbook of Sport and New Media*. New York: Routledge.

Fernández López, L. (2020). *Performance de género en el deporte de elite: Caster Semenya y la vigilancia sexo - política*. 1-a ed. -Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Fernández Moores, E. (2019). *Juego, luego existo*. 1ª ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sudamericana.

Foucault, M. (1976). *Historia de la Sexualidad I. La voluntad del saber*. Primera edición en español, 1977. Siglo xxi editores, s.a. de c.v.

Franklin, R. (1991). *Shadows of Race and Class*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Frydenberg, J. y Sazbón. D. (2018). Deporte y modernidad en Argentina: problemas conceptuales y propuesta de abordaje. *Cuestiones de Sociología*, n° 18. <https://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/419>

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Free Press.

Gago, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de Sueños, mapas. Madrid.

Gaona, M. (2015). *Experiencia, ciudad e identidad en torno a la organización barrial Tupac Amaru de San Salvador de Jujuy*. [Tesis doctoral]. Universidad Nacional de La Plata (UNLP). La Plata.

Garay, P. y Luppi, G. (2023). *Juegos Olímpicos. Otras historias, otros deportes*. Seminario Interdisciplinario de la Tecnicatura Superior Universitaria en Periodismo Deportivo (FPyCS - UNLP).

García Dauder, S. (2011). Las fronteras del sexo en el deporte: tecnologías, cuerpos sexuados y diferencias. En *Revista Internacional Interdisciplinar Inthertesis*, 8 (2). 1-19.

Garriga Zucal, J., Hang, J. y Iuliano, R. (2018). Deporte: la dinámica de lo analizable. *Cuestiones de Sociología*, 18, e047. <https://doi.org/10.24215/23468904e047>

Gessaghi, V. (2016). *La educación de la clase alta argentina. ente la herencia y el mérito*. -1a ed. -Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Gray, C. H. (ed.) (1995) *The Cyborg Handbook*. Londres, Routledge.

Guttman, A. (1978). *From Ritual To Record: The Nature of Modern Sports*. Nueva York: Columbia UP.

Gutmann, A. (2000). "The Development of Modern Sports". en Jay Coakley y Eric Dunning (comps.), *Handbook of Sports Studies*, Londres, Sage.

Hall, S. (2017). *Estudios culturales 1983: una historia teórica*. -1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.

Haraway, D. (1984). *Manifiesto Cyborg. El sueño irónico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado*.

Hilmes, O. (2017). *Berlín 1936. Dieciséis días de agosto*. Tusquets Editores.

Hobsbawm, E. (1994). *Historia del siglo XX*. Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea.

Hunt, T. M. (2011). *Juegos de drogas*. Universidad de Texas.

Huyssen, A. (2006). *Después de la gran división: modernismo, cultura de masas, posmodernismo*. -1ª ed. 1ª reimp. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Ibarra, M. (2020). "Cuentame tus tetosteronas": un análisis sobre las regulaciones para jugadorxs transgenero e hiperandrógenas. *La ventana. Revista de estudios de género*. vol.6 no.52 Guadalajara.

Jappe, A. (2003). *Les Aventures de la marchandise*. Paris, Éditions Denoël.

Jara, O. (2014). *Cultura deportiva argentina: propuestas para su restauración*. 1ª ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Fabro.

Kaufman, A. (2012). *La pregunta por lo acontecido. Ensayos de anamnesis en el presente argentino*. 1a ed. - Lanús: Ediciones La Cebra.

Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado*. Fik ediciones Paidós. Barcelona, Buenos Aires, México.

Koselleck, R. (2003). Gibt es eine Beschleunigung der Geschichte? En R. Koselleck,

Koselleck, R. (2003). Gibt es eine Beschleunigung der Geschichte? En R. *Koselleck Zeitschichten. Studien zur Historik* (pp. 150-176). Frankfurt am Main: Suhrkamp. En español,

Koselleck, R. (2007). ¿Existe una aceleración de la historia? En J. Beriain y M. Aguiluz (Eds.) *Las contradicciones culturales de la modernidad* (pp. 319-345). Barcelona: Anthropos.

Krüger, A. (1993). <<The Origins of Pierre de Coubertin's Religio Athletae>>, *Olympika: The International Journal of Olympic Studies*, vol. II, 91-102.

Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2010). *Hegemonía y estrategia socialista*. Hacia una radicalización de la democracia. Buenos Aires: FCE.

Lagarde, R. M. (2014). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas y locas*. México: UNAM/Siglo XX.

Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid, Gn'tica [Colección Feminismos], 413 pp. ISBN: 84376129@X.

Leavi, C. (2013). Los sentidos de la justicia: Juicio por genocidio y desaparición de López en la ciudad de La Plata [Tesis doctoral]. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Le Guin, U. K (2017). *No hay tiempo que perder: pensemos en lo importante*.

Llinés, M. y Moreno, A.B. (1999). "The History of Radio and Television coverage of the Olympic Games". En: *Televisión in the Olympic Games*. The New Era. International Symposium. Lausana: IOC.

Llopis Goig, R. (2009). *Fútbol, culturas nacionales y globalización. Perspectivas europeas y latinoamericanas*. Fútbol Postnacional. Anthropos

Lluch, A. y Mellado, V. (2022). Políticas crediticias en pandemia. Estado, bancos y empresas ante la crisis. En Heredia, M (coord.) *Qué pudo y qué no pudo el Estado, frente a la emergencia del covid-19 y después* (pp. 95-120). Siglo XXI Editores Argentina.

López Frías, F. J. (2017). “Entrando al gimnasio de los ciborgs. Dos concepciones del ciborg atleta”. En *Teknokultura, Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6559442>

López, P. (2009). “Evolución histórica del doping en el deporte”. En *EfDeportes.com, Lecturas Educación Física y Deportes* <https://www.efdeportes.com/efd130/evolucion-historica-del-doping-en-el-deporte.htm>

Lupo, V. F. (2004). *Historia política del deporte argentino:1610-2002*. Buenos Aires: Corregidor.

Luxemburgo, R. (1970) [1906]. *Huelga de masas, partido y sindicato*. Cuadernos Pasado y Presente núm. 13, P&P.

Lykke, N. (2011). Intersectional Analysis: Black Box or Useful Critical Feminist Thinking Technology? In Framing Intersectionality. *Debates on a Multi-Faceted Concept in Gender Studies*, by HelmaLutz, Maria Teresa Herrera Vivar y Linda Supik. pp. 207–220. Surrey: Ashgat.

Maccario, B. (2023). *Les Olympiades Feminines de Monte-Carlos*. Éditions Gillette.

Mandell, R. (1976). “The Invention of the Sport Record!”, *Stadion*, vol. 2, n°2.

Mandell, R. D. (1984). *Historia Cultural del Deporte*. Edicions Bellaterra, S. L. Barcelona.

Massacese, J. M. (2021) ¿El fin del cyborg? Una revisión de Manifiesto para cyborgs. En *Ideas. Revista de filosofía*, vol. I, núm. I, p. 64-97.

McLuhan, M (1962). *The Gutenberg Galaxy*. Nueva York.

McVoy, J. (1997). “Radio Sports Broadcasting in the United States, Britain and Australia, 1929-1956 and its influence on the Olympic Games”. En: *Journal on Olympic History*. Vol.5 No 1.

Millet, K. (1995). *Política sexual. Feminismos*. Ediciones Cátedra, Instituto de la mujer, Universidad de Valencia.

Montaldo, G. (2010). *Zonas ciegas. Populismos y experimentos culturales en Argentina*. Fondo de cultura económica.

Montenegro, S. M. (2005), "La sociología de la sociedad del riesgo; Ulrich Beck y sus críticos". *Pampa. Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*, Año 1, N° 1, Santa Fe, Argentina, UNL (pp. 117-130).

Moragas. M. (2017). *El legado simbólico de Barcelona 1992, veinticinco años después*. Centro de Estudios Olímpicos de Barcelona. Barcelona.

Moragas, M., Rivenburgh, N.K. y Larson, J.F. (1995). *Television in the Olympics*. Londres: John Libbey.

Moreno, H. (2013). "¿Quién le teme a Caster Semenya?". En *Debate Feminista*. 47, 108-121.

Mosse, G. (1985). *Nationalism and Sexuality . Middle-Class Morality and Sexual Norms in modern Europe*. Madison, University of Wisconsin Press.

Mouffe, C. (2019). *Por un populismo de izquierda*. -1ª ed. 1ª reimpr. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Oittana, L. (2013) "La desaparición de lo real o el éxtasis La desaparición de lo real o el éxtasis de la comunicación" en *La Trama de la Comunicación, Volumen 17, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina.

Paiva, J. B. (Octubre, 2020). Sectores populares y fútbol. Una mirada desde los estudios culturales. [*Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 6, N. ° 2*]. IV COMCIS: América Latina en Disputa: legados, urgencias y desafíos desde la ética de la solidaridad y la epistemología de la esperanza. La Plata, Argentina. <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/issue/view/258>

Paiva, J. B (2021). Michael Jordan, el héroe que necesitaba la cultura estadounidense. [*Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 7 Núm. 1*]. V ENJIC: V Encuentro de Jóvenes Investigadores/as en Comunicación. La Plata, Argentina. <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/issue/view/264>

Paiva, J. B. (2022). “Deporte, Estado y Pandemia. Reflexiones para indagar en las prácticas deportivas contemporáneas”. En *Deporte y Sociedad. Trabajos Seleccionados del Concurso Federal de Ensayos sobre Deporte y Sociedad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Libro Digital, PDF.

Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona : Anthropos ; México : UNAM. (Pensamiento crítico/Pensamiento utópico. Filosofía política ; 87)

Payne, M. (2006). *Olympics Turnaround*. EE.UU: Greenwood Publishing Group.

Preciado, P. B. (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.

Preciado, P. B. (2011, 2-4 de noviembre). Cuerpo impropio. Guía de modelos somatopolíticos y de sus posibles usos desviados. Seminario en la Universidad Internacional de Andalucía.

Rennie Short, J. (2012). *Globalization, Modernity, and the City*. Londres, Routledge.

Richard, N. (2009). *La crítica feminista como modelo de crítica cultural*. Debate Feminista, 40.

Sanz Garrido, B. (2020). “Influencia del éxito deportivo en la cobertura del deporte femenino español: los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y Río 2016”. *Doxa Comunicación*, 31, pp.131-151.

Scharagrodsky, P. A. (2020). Cuerpos, Feminidades y deportes. Las Tapas de la revista El Gráfico, 1920-1930. En *Archivos em Movimento*, v. 16, nº2. julio-diezembro-2020.

Segato, R. (2011). “Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial” en Bidaseca, Karina y Vazquez Laba, Vanesa (comp.): *Feminismo y Poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*. 2º Ed. Buenos Aires, Ediciones Godot.

Sesé Alegre, J. M. (2008). Los Juegos Olímpicos de la Antigüedad. *Cultura, Ciencia y Deporte*, vol. 3, núm. 9, noviembre, 2008, pp. 201-211 Universidad Católica San Antonio de Murcia. Murcia, España.

Simonovic, L. (2018, 20 de julio). Olimpismo y cultura física moderna. <https://ljudragsimonovic.com/olympism-and-modern-physical-culture/>

Stolcke, V (2004). “La mujer es puro cuento: la cultura del género”. *Estudios Feministas*, Florianópolis, 12(2): 77-105, maio-agosto/2004. Universidad Autónoma de Barcelona.

Svampa, L. (2014). “Entre el pasado del futuro y el futuro del pasado” en *Philosophia* 74/2 p. 81-97.

Tejeiro, D., Patiño M., Padorno C. (2005). “Identidad y estereotipos de la mujer en el deporte: una aproximación a la evolución histórica”. *Revista de Investigación en Educación*, [S.l.], v. 2, p. 109-126,

Tenca, N. (2016). *Son de oro: de Atenas a Río 2016, historia de los juegos modernos*. 1a ed. -Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Deldragón.

Todorov, T. (1982). *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires.

Tolimson, A. (1996). “Olympic spectacle: opening ceremonies and some paradoxes of globalization”. En: *Media, Culture & Society*. Vol. 18. London: Sage. p. 583-602.

Ursula Kroeber, Le G. (2017). *No hay tiempo que perder: pensemos en lo importante*.

Van Dijck, J. (2019). *La cultura de la conectividad: una historia crítica de las redes sociales*. -1 ed. 1ª reimpr.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Vázquez Semadeni, M. E. (2003). “Reseña de 'Futuro Pasado' de Reinhart Koselleck” en *Relaciones. Estudio de historia y sociedad*. El Colegio de Michoacán, A.C. México.

Velázquez Buendía, R. (2001). “El deporte moderno. Consideraciones de su génesis y de la Evolución de su Significado y Funciones Sociales”. En *Revista Digital - Efdportes.com*, 36.

Villalba i Varneda, P. (1994). *Olímpia: orígens dels Jocs Olímpics*. Centro de Estudios Olímpicos de Barcelona.

Viveros Vigoya, M. (2016). “La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación”. *Debate Feminista* 52 (2016) 1-7. Programa Universitario de Estudios de Género. Universidad Nacional Autónoma de México

Wallerstein, I. (2006). *Abrir las Ciencias Sociales. Novena edición en español*. Siglo XXI editores, s.a. de c.v.

Wacquant, I. (2013). *Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado*. -2ªed.-Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Wernicke, L. (2016). *Historias insólitas de los juegos olímpicos*. 1a ed. -Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Planeta.

Yagüe, F. (1992). *Historia de los Juegos Olímpicos*. Editorial ilustrada.

Zebadúa Carbonell (2015). “Globalización, deporte y juventud. La expansión de los medios de comunicación en los deportes de masas” en *La recreación y el deporte social como medio de inclusión. Conceptualizaciones, reflexiones y debates*. Engranajes de la Cultura. Universidad Nacional de La Playa (UNLP).

Hemerografía

AAD (2023, 19 de enero). En realidad ¿Tonya Harding le rompió la pierna a Nancy Kerrigan? *Argentina* *Amateur* *Deporte*.

<https://aadeporte.com.ar/2023/01/19/en-realidad-tonya-harding-le-rompio-la-pierna-a-nancy-kerrigan/#:~:text=La%20condena%20que%20recibi%C3%B3%20Harding,y%20renunciar%20a%20la%20federaci%C3%B3n>.

AFP (2016, 17 de agosto). Chinos critican el rendimiento de sus deportistas en Río. *Informador.mx*.

<https://www.informador.mx/Deportes/Chinos-critican-el-rendimiento-de-sus-deportistas-en-Rio-20160817-0118.html>

Agencias (julio 1, 2021) Caster Semenya no estará en Tokio 2020. *La Vanguardia*.
<https://www.lavanguardia.com/deportes/olimpiadas/20210701/7570721/caster-semenya-no-estara-tokio-2020.html>

Arribas, D. (2023, 20 de febrero). ¿Qué es el dopaje en el deporte? El origen y tipos de dopaje. *Relevo*.
<https://www.relevo.com/mas-deportes/dopaje-deporte-origen-tipos-dopaje-20230215124228-nt.html>

Bermúdez, J. P. (1998, 5 de mayo). Este Mundial es un negocio redondo. *Página 12*.
<https://www.pagina12.com.ar/1998/98-05/98-05-05/pag24.htm>

Boniface, P. (2004, agosto). El deporte es la guerra. *Le Monde Diplomatique*.
<https://mondiplo.com/el-deporte-es-la-guerra>

Brogan, J. (2018, 7 de enero). Para Úrsula K. Le Guin, el futuro siempre se trató del presente. *Letras* *Libres*.
<https://letraslibres.com/ciencia-y-tecnologia/para-ursula-k-le-guin-el-futuro-siempre-se-trato-del-presente/>

Bronner, M. (1936, 20 de agosto). The Girl Who Became a Bridegroom. *Times Daily*.
<https://news.google.com/newspapers?nid=1842&dat=19360820&id=LQosAAAIBAJ&sjid=E7oEAAAIBAJ&pg=1225,1468831&hl=es>

Buckley, B. (Director) (2015). *The Bronze*. [Film] Duplass Brothers Productions.

CALAS - Center for Advanced Latin American Studies (1 de diciembre del 2020). *Conferencia CALAS Pablo Alabarces: Pospopulares. Las culturas populares después de la hibridación*. [Archivo de Video] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=-FiEv3ix8YM>

Canal Encuentro (10 de agosto de 2022). *Los 90. La década que amamos odiar: 1999 - Canal Encuentro*. [Archivo de Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=Daaizusmqc&t=3s>

Centro Latinoamericano de Estudios Coubertinianos (2022, 23 de junio). *Comisión de Efemérides del CLEC*: [Publicación de Facebook]. Facebook. https://www.facebook.com/Coubertin.CR/posts/d41d8cd9/568975431257598/?locale=ms_MY

Chaluleu, M. (2021, 9 de agosto). Soldados olímpicos: Cómo es el silencioso trabajo del Ejército en la formación de atletas argentinos. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/deportes/soldados-olimpicos-como-es-el-silencioso-trabajo-del-ejercito-en-la-formacion-de-atletas-argentinos-nid08082021/>

Comité Olímpico Argentino (2019, 4 de diciembre). Delfina Pignatello. *COA*. <https://www.coarg.org.ar/institucional/comisiones-del-coa/item/7832-delfina-pignatiello>

Comité Olímpico Internacional (2020, 23 de diciembre). El Dream Team de los Juegos Olímpicos de 1992: los supergalácticos del baloncesto. *COI*. <https://olympics.com/es/noticias/el-dream-team-de-los-juegos-olimpicos-de-1992-los-supergalacticos-del-baloncesto>

Comité Olímpico Internacional (2022, 24 de febrero). El COI condena enérgicamente el incumplimiento de la Tregua Olímpica. *COI*. <https://olympics.com/ioc/news/ioc-strongly-condemns-the-breach-of-the-olympic-truce>

Comité Olímpico Internacional (2022, 25 de febrero). La comisión ejecutiva del COI recomienda que no participen los atletas y funcionarios rusos y bielorrusos. *COI*. <https://olympics.com/athlete365/es/voz/la-comision-ejecutiva-del-coi-recomienda-que-no-participen-los-atletas-y-funcionarios-rusos-y-bielorrusos/>

Consonni ediciones (10 de julio del 2020). "Seguir con el problema" de Donna Haraway / conversación entre Donna Haraway y Helen Torres / subt. [Archivo de Vídeo]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=-WN6SYkjQSs&t=2746s>

Coria, L. (2014, 21 de abril). Los Juegos Olímpicos de la Juventud: breve reseña y campo de estudio e investigación. Sitio digital oficial del COA. <https://www.coarg.org.ar/component/k2/item/852-los-juegos-olimpicos-de-la-juventud-breve-rese%C3%B1a-y-campo-de-estudio-e-investigacion>

Craig, G. (Director). *Yo, Tonya*. [Film] Universal Cinergía Dubbing.

Crónica ONU (2015, 17 de septiembre). El 70º aniversario de las Naciones Unidas y la búsqueda constante de la igualdad de género. Naciones Unidas. <https://www.un.org/es/chronicle/article/el-70o-aniversario-de-las-naciones-unidas-y-la-busqueda-constante-de-la-igualdad-de-genero#:~:text=M%C3%A1s%20tarde%2C%20en%20el%20a%C3%B1o,Naciones%20Unidas%20para%20la%20Mujer>

Csipka, J. P (2020, 7 de julio). Los Tres Tenores: 30 años de un encuentro que cambió la ópera”, *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/277061-los-tres-tenores-30-anos-de-un-encuentro-que-cambio-la-opera>

Deportes *Página 12* (2023, 12 de julio). Fallo a favor de la atleta sudafricana Caster Semenya contra la IAAF. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/567047-fallo-a-favor-de-la-atleta-sudafricana-caster-semenya-contra>

DEPORTV (17 de agosto de 2020) *Baño de sangre: El duelo Hungría-URSS - Waterpolo - Melbourne '56 - #SombrasEnLosJuegos - Capítulo 3*. [Archivo de Vídeo]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=cA-jZGvDWdQ>

Diario *Olé* (2022, 26 de mayo). Caster Semenya relató el infierno que vivió para competir. *Diario Olé*. https://www.ole.com.ar/informacion-general/atleta-dejan-competir-_0_OODMrf0IUH.html

Diario *Perfil* (2008, 19 de agosto). La gente valora el desempeño de la delegación argentina, pero quiere más.

<https://www.perfil.com/noticias/deportes/la-gente-valora-el-desempeno-de-la-delegacion-argentina-pero-quiere-mas-20080819-0038.phtml>

EC (2016, 15 de septiembre). Simone Biles: "Tengo TDAH y medicarme para ello no es algo para estar avergonzada". *El Confidencial*. https://www.elconfidencial.com/deportes/juegos-olimpicos/2016-09-14/simone-biles-gimnasia-juegos-rio-dopaje-tdah_1259586/

El Gráfico (1992). La Jordanmanía. *El Gráfico*. Edición n° 3794, pp.41-43.

El País, (1983, 4 noviembre). Samaranch: El único problema de Los Ángeles-84 es político. https://elpais.com/diario/1983/11/05/deportes/436834804_850215.html

Feinmann, J. P. (2021, 21 de febrero). El Desierto sigue creciendo. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/326497-el-desierto-sigue-creciendo>

Freira, S. (2020, 26 de mayo). Slavoj Zizek: "No habrá ningún regreso a la normalidad". *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/268171-slavoj-zizek-no-habra-ningun-regreso-a-la-normalidad>

Gago, V. y Cavallero, L. (2023, noviembre). Cómo el feminismo contribuyó a la remontada. *Le Monde Diplomatique*.

Gantman, M. (2021, 6 de mayo). Una pesadilla llamada Tokio 2020. *Big Data Sports*. <https://bigdatasports.media/2021/05/06/una-pesadilla-llamada-tokio-2020/>

García, B. (2019, 9 de septiembre). Los mundos posibles de Donna Haraway: Así es como la ciencia ficción feminista puede ayudar a salvar nuestro planeta. *The Objective*. <https://theobjective.com/further/medioambiente/2019-09-19/donna-haraway-seguir-con-el-problema/>

García, D. (2018, febrero). Cuando se apaga la llama. *Le Monde Diplomatique*.

INADI (2021, mayo). #LoSientoHater Lo que no te gusta de mí, a mí sí. *Unicef Argentina*. <https://www.unicef.org/argentina/lo-siento-hater>

Infobae Deportes (2023, 27 de abril). Dura crítica de Navratilova a la nadadora transgénero Lia Thomas: "Deja de explicarles el feminismo a las feministas". *Infobae*.

<https://www.infobae.com/deportes/2023/04/27/dura-critica-de-navratilova-a-la-nadadora-tran-sgenero-lia-thoma-deja-de-explicarles-el-feminismo-a-las-feministas/>

Jogos Olímpicos [@jogosolimpicos] (2022, 29 de junio). *Mais do que uma medalha olímpica, o Vanderlei Cordeiro conquistou o coração do mundo inteiro nesse dia.* [Descripción audiovisual] Instagram. <https://www.instagram.com/reel/CfZJfGj81D/?igshid=MTc4MmM1YmI2Ng%3D%3D>

La Nación (2021, 28 de julio). Tokio 2020. Novak Djokovic y el contramensaje sobre la salud mental: “La presión es un privilegio”. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/deportes/tenis/tokio-2020-novak-djokovic-y-el-contramensaje-sobre-la-salud-mental-la-presion-es-un-privilegio-nid28072021/>

La Ribera Televisión (11 de mayo de 2022). *La Argentina que nos ocupa: una crítica cultural de los efectos de la pandemia - LRTV*. [Archivo de Vídeo] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=coZfaJP6yeA&t=1268s>

Lichinizer, D. (2018, 16 de octubre). Los secretos detrás de la medición del tiempo en los Juegos Olímpicos a través de la historia. *Infobae*. <https://www.infobae.com/deportes-2/2018/10/16/los-secretos-detras-de-la-medicion-del-tiempo-en-los-juegos-olimpicos-a-traves-de-la-historia/>

Mascardi, J. (2016, 2 agosto). De la pileta del Belgrano Athletic a la Alemania nazi: a 80 años de la hazaña de Jeanette Campbell. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/deportes/natacion/de-la-pileta-del-belgrano-athletic-a-la-alemania-nazi-la-hazana-de-jeanette-campbell-nid1923785/>

Moyano, M. (Presentadora) (2023, 1 octubre). No hay con qué darle al tiempo (Núm. 192). [Episodio de podcast de audio] En *Anaconda con memoria*. La Patriada Producciones. <https://open.spotify.com/episode/2MeUzcLIIKPeW7YUbd117e>

Naomi Osaka [@naomiosaka] (26 de agosto de 2020). *Hello, as many of you are aware i was scheduled to play my semifinals match tomorrow. However, before i am.* [Descripción audiovisual] Instagram. <https://www.instagram.com/p/CEX5X-WJH3j/?hl=es>

Página 12 (2020, 25 de marzo). Por el coronavirus, posponen los Juegos Olímpicos de Tokio hasta 2021. *Página 12*.

<https://www.pagina12.com.ar/254971-por-el-coronavirus-posponen-los-juegos-olimpicos-de-tokio-ha>

Página 12 (2020, 24 de agosto). El consejo de Macri a Alberto Fernández: "Que se mueran los que tengan que morirse". *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/287012-el-consejo-de-macri-a-alberto-fernandez-que-se-mueran-los-que>

Reuters (2012, 8 de agosto). Unas 900 millones de personas vieron la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos. *Portal Tic*. <https://acortar.link/BsT4xN>

Scott Cleveland (10 de noviembre de 2015). *Be Like Mike Remastered | Gatorade* [Archivo de Vídeo]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=qs2BRSWzrJE>

Smith, Clemson (1991, 3 de agosto). Jordan cambia de bebida. *El País*. https://elpais.com/diario/1991/08/04/deportes/681256805_850215.html

SoxFan10 (15 de agosto de 2006). *Michael Jordan and Spike Lee - It's Gotta be the Shoes Nike Commercial (1991)* [Archivo de Vídeo]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=Abr_LU822rQ

Sportyou (2021, 30 de julio). Ryan Murphy acusa de dopaje a los nadadores rusos y culpa al COI de permitirlo. *20 minutos*. <https://www.20minutos.es/deportes/noticia/4781577/0/ryan-murphy-acusa-dopaje-comite-olimpico-ruso-natacion/>

TEDx Talks (14 de diciembre de 2021). *Lo primero que pensé cuando llegué a la meta | Delfina Pignatiello | TEDxRiodelaPlata*. [Archivo de Vídeo]. Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=1sXwBeg-t7Q>

The Olympic Games [@olympics] (2022, 30 de julio). Work hard and practise to pursue your dreams. *Instagram*. <https://www.instagram.com/p/Cgor6gClrS2/>

UNITV (15 de octubre de 2017). *Las Armas y Las Letras: La Comuna de París* [Archivo de Vídeo] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=p8ltZIVzW24>

VCRchivist (3 de agosto de 2009). *"The Showdown" - Bird vs. Jordan McDonald's ad - 1993* [Archivo de Vídeo]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=1shK-j_u6LI

Veiga, G. (2016, 24 de julio). La doble moral del COI ante el doping. *Página 12*.
<https://www.pagina12.com.ar/diario/deportes/8-305056-2016-07-24.html>

Wall, A. (2016, 31 de julio). Guerra Fría en los Juegos del Sur. *Tiempo Argentino*.
<https://www.tiempoar.com.ar/deportes/guerra-fria-en-los-juegos-del-sur/>

WatchMojo Español (24 de febrero de 2022). *¡Top 10 VICTORIAS Olímpicas de Atletas LASTIMADOS!* [Archivo de Vídeo]. Youtube.
<https://www.youtube.com/watch?v=mDPXoWZRdU4&t=43s>

World Olympians (2023). ¿Qué es el olimpismo? *COI*.
<https://olympians.org/woa/olympism/?langid=3>

